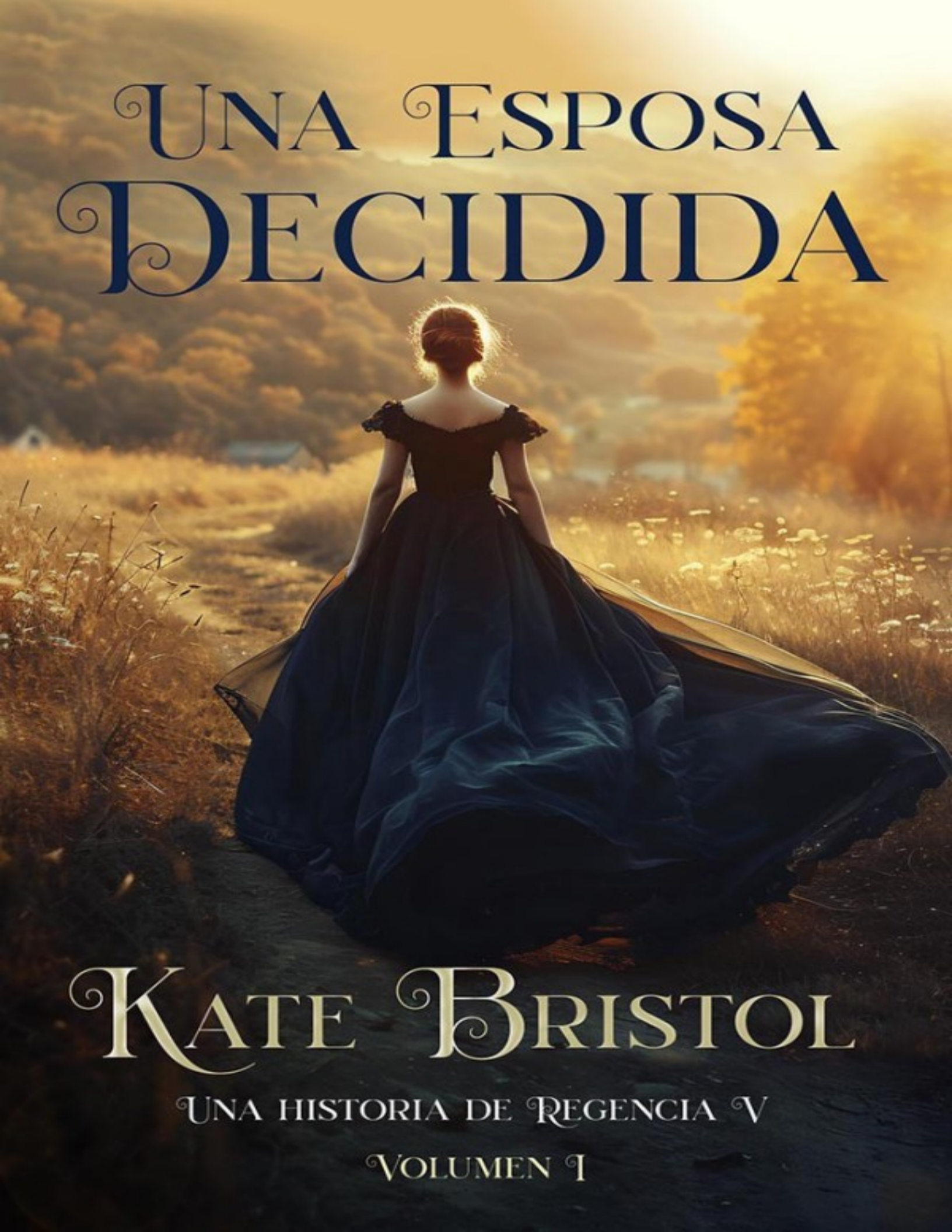
Una Esposa Decidida



Kate Bristol

Una historia de Regencia V

Volumen I

Una esposa decidida

Kate Bristol

Una historia de Regencia V

ÍNDICE

Prólogo

PARTE I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

PARTE II

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo
NOTA DE LA AUTORA
RECOMENDACIONES

Primera edición en formato digital: Diciembre, 2025
Título Original: Una esposa decidida – Una historia de Regencia V – Volumen 1
© **Kate Bristol**, 2025

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Dedicado a mis Brillis

Prólogo

Noviembre, 1817

Querido esposo,

Te escribo esta carta con la esperanza de que ambos lleguemos a un acuerdo y finalmente poder dejarte de llamar así. El título de esposo, probablemente a un militar como tú, le traerá sin cuidado, pero a mí siempre me pareció que era lo suficientemente importante como para que uno quiera conservarlo. Veo que no ha sido el caso.

Pongo en tu conocimiento que he contactado con dos abogados de renombre en Londres para que nos ayuden a llevar este divorcio con el objetivo de que finalice en buenos términos.

Te pido que seas generoso, no en cuanto dinero, que no necesito, sino en tiempo. Quisiera dejar de ser tu esposa cuanto antes, un hecho que, sin duda, tu amante agradecerá y creo que tú también.

Eres un hombre con títulos y propiedades, seguro deseas un heredero que yo no he sabido darte. Creo que este sería motivo más que suficiente como para que podamos separarnos sin que la sociedad sea excesivamente cruel con ninguno de los dos.

Ruego, contestes esta carta con la mayor brevedad posible, para poner en marcha la solicitud de divorcio.

Terminemos en paz y no empecemos una guerra que ninguno podrá parar.

Atentamente, Violet.

La respuesta no se hizo esperar. Y es que, el hecho de que su esposo respondiera en solo tres semanas, quería decir que había contratado a un mensajero veloz para que le llevara la escueta respuesta.

Que empiece la guerra.

James.

Violet había hecho añicos la carta de su esposo, o más bien su nota.

¿Que empiece la guerra? ¡Maldito fuera! La guerra empezó desde el mismísimo día que puso sus ojos en él, el día que sus padres insistieron en llevarla a ella y a su hermana Sophie a la cena de Navidad de los Phillip.

Fue un grave error, no solo asistir sino… todo lo demás.

PARTE I

UN AMARGO PRINCIPIO

1808 - 1814

Capítulo 1

Londres, mayo 1808.
9 años antes.

—Estoy muy emocionada por asistir al baile de los Phillip —dijo Violet.

Su rostro juvenil se iluminó al mirar el hermoso vestido que había extendido sobre la cama. Su hermana Sophie, la miró como si no estuviera para nada de acuerdo con ella.

—¿En serio?

—Vamos, Sophie, ¿cuántas veces tenemos la oportunidad de asistir a un baile?

—En Escocia asistimos a muchos bailes.

Violet hizo un mohín.

Era cierto, asistían a bailes, pero lo que debía entender su hermana pequeña es que los bailes entre sus vecinos de las Highlands, eran muy distintos a los que habían asistido en Londres. Era mayo, avanzado el verano se terminaría la temporada, debían aprovechar hasta el último momento para disfrutar de su estancia en aquella ciudad llena de posibilidades. Que las hubieran presentado a las dos al mismo tiempo en sociedad, para Violet significaba que quizás sus padres no estuvieran para derrochar en una nueva temporada, aunque claro, si el objetivo era encontrar marido, ninguna de las dos lo había hecho aún.

—Estarás de acuerdo conmigo que los bailes a los que hemos asistido aquí en Londres, son muy diferentes a los que estamos acostumbradas.

—¿Porque solo hay comerciantes y tenderos? —le espetó Sophie, con media sonrisa.

Si algo era su hermana, eso era sincera.

—No seas tonta, anda —la empujó y Sophie cayó sobre la cama, junto al vestido que estaba admirando.

—Me gustan más nuestras reuniones con los amigos de siempre. Aquí la gente es muy… muy…

—¿Estirada?

—Esa es exactamente la palabra —aseguró Sophie—, aunque debo admitir que no todos son así. Charlotte Phillips me cae bien —aseguró con una sonrisa.

—Porque no tiene pelos en la lengua, como tú —se rio Violet —. Pero recuerda que ella es una viuda adinerada, y que tu una debutante de quien se espera que esté calladita y sonría.

Sophie se reincorporó y sonrió.

—Dee momento lo he hecho muy bien —su sonrisa pícara fue un claro presagio de lo que iba a decir—, la gente se cree que soy una bobalicona estúpida.

—Y rara —aseguró Violet riendo a la vez—. ¿Cómo se te ocurrió hablar de la cría de caballos?

—¿Qué? Solo dije al señor Phillips que cuando volviera de España sería una buena idea traerse un par de sementales.

Violet se tapó la cara con ambas manos, se había sonrojado.

—Aún puedo ver la cara de nuestra pobre madre.

—Si no quería que hablara de sementales en público, ¿no crees que debería habérmelo dicho?

Vioelt asintió dándole la razón.

—Sí, pero en defensa de mamá, creo que quizás ella pensó que esa palabra no saldría a relucir en un salón de baile.

—No veo por qué no. —Sophie parecía un poco indignada—. Las otras chicas solo hablaban de sombreros y plumas, encaje… puaj, ¿qué les pasa? ¿No sabn disfrutar de la vida?

Violet se encogió de hombros.

—No puedo culparlas, yo suelo hablar de pasteles.

—Cada una habla de lo que le encanta, ¿no? —la miró con una sonrisa pícara y cuando Violet escuchó lo que salió de la boca de su hermana, se sonrojó hasta la punta de las orejas—. También hablas mucho del capitán James Phillips.

—Oh, Sophie, cállate.

—Pero es cierto. Os escuché a ti y a mamá.

—Solo dije que era un buen partido.

—Sí, tú y medio Londres lo cree así. Pero está un poco obsesionado con el ejército —se llevó el dedo índice a la barbilla y dio un par de golpecitos—. Dices que una habla de lo que le gusta, pues vaya si el señor Phillips habla de bayonetas, cañones y la caballería de su majestad.

Violet se rio. Le encantaba la espontaneidad de Sophie, su sinceridad, el buen corazón que tenía y hasta su mal carácter ante las injusticias. La miró con el profundo cariño que sentía por ella. Sophie era muy hermosa. Tenía unos cabellos oscuros con un lustre evidente, a diferencia de los suyos que eran de un rojo fuego. Los ojos de Sophie eran más grandes y almendrados, siempre estaban atentos a todo cuanto sucedía a su alrededor. Disfrutaba más de la soledad del campo que del bullicio de la ciudad, pero cuando estaba rodeada de gente parecía no poder evitar conocerlos y juzgarlos, inventándose mil historias en su cabeza.

Se llevaban tres años, pero podrían haber sido muchos más. No porque Violet al ser la mayor fuera más madura y cabal, sino más bien todo lo contario. Su hermana, con dieciséis a punto de cumplir diecisiete, parecía saber mucho más acerca de como funcionaba la vida. Se preguntó de donde habría sacado ciertas ideas, llegó a la conclusión de que no leían la misma clase de libros, ni escuchaban las mismas conversaciones. El humor de Sophie era mordaz y tenía una lengua afilada que la había metido en más de un apuro. Era cierto que siempre que podía rehuía de cualquier compañía que no fuera la suya propia y la de aquellas personas que juzgaba como interesantes. No podía culparla. Era cierto que las jóvenes debutantes poca conversación tenían más allá de hablar de sedas y encajes.

Por el contrario, ella era mucho más habladora. Tenía unos modales exquisitos y que había aprendido de su madre. Y aunque no se moría por ir a la última moda, debía admitir que sí le gustaban los vestidos bonitos tanto como a su hermana los libros. Aunque bueno, también le gustaban mucho las novelas, sobre todos los libros que tenían romance, esos de los que ningún erudito pondría el adjetivo de buena literatura.

Violet se acercó a la cama y tocó con delicadeza el bordado en el cuello.

—El color es magnífico.

—Es amarillo, Violet —dijo Sophie, sin ver nada especial en él —. Con tu pelo pelirrojo, deberías haber escogido el verde.

—Pero me gusta este.

—A mi me da igual —se encogió de hombros—, la moda me parece una pérdida de tiempo.

—¿Y qué no te parece una pérdida de tiempo? —la aguijoneó Violet.

—No, sé. ¿La cría de oveja lanuda? Es fascinante —Sophie le guiñó un ojo y su hermana se echó a reír—. La cría de caballos también es un gran tema. Peter Hilton se ha comprado un tordo precioso —dijo, hablando de su vecino cuyo atractivo para Sophie residía en que era propietario de unos equinos extraordinarios que usaba para cría.

—Deja de pensar en ovejas y caballos. Piensa en un marido, Sophie, por eso papá nos ha traído a Londres.

Su hermana suspiró.

—Es madre quien debería preocuparte, está muy decidida a encontrarte un marido. Eres la mayor, y la norma dicta que te cases primero.

—Pero… ¿y si encontramos a un gran erudito de ovejas lanudas y equinos? Querida —se burló Violet—, no lo dejes escapar solo porque yo me tenga que casar primero.

Sophie se inclinó hacia delante mientras reía para pellizcar a su hermana en el trasero.

—Cállate, anda. Para mí el matrimonio no tiene ningún atractivo.

—Entonces me casaré primero. Pero recuerda —la miró con malévola diversión—, luego vas tú.

—¡Puaj! —Sophie puso los brazos en cruz y se dejó caer de espaldas, mientras Violet recogía el vestido que iba a ponerse esa noche— ¿Crees que en el baile de los Phillips nos harán una encerrona?

Violet asintió.

—Si como encerrona quieres decir que vamos a tener que llenar nuestro carnet de baile, ya te digo yo que sí.

Hubo más *puajs* que llenaron la habitación cuando su hermana se levantó para bailar con el vestido amarillo de Violet que la miraba meneando la cabeza, pero sin parar de reír.

Cuando dejó de bailar, volvió a sentarse, pero su expresión fue más triste.

—No quiero casarme, Violet —gimió, haciendo después un puchero.

—Ni yo ser una carga para nuestros padres —dijo Violet y esta sí que compuso una expresión taciturna.

Ambas hermanas se miraron por un largo instante, en silencio, como si supieran exactamente lo que había en la mente de la otra.

—De acuerdo —claudicó Sophie—. Nos casaremos, con gente pudiente para que nuestra madre no se preocupe nunca más por la economía familiar.

—Esa es mi chica.

—Pero… —Sophie alzó el dedo índice y la miró muy seria—. Mi esposo tendrá una enorme biblioteca, o unos sementales preciosos. Y no voy aceptar menos que eso.

Violet recuperó el buen humor y asintió.

Cuando Sophie vio que volvía a entusiasmarse, su hermana extendió los brazos hacia ella para que ese entusiasmo no la echara sobre ella en la cama. No tuvo éxito. Violet la abrazó y besuqueó hasta que Sophie volvió a lanzar un…

—¡Puaj!

***

Una hora después, Violet bajaba las escaleras que daban a la plata principal. Había conseguido, después de mucho insistir, que Sophie aceptara un vestido que no fuera de una sencillez extrema. Por supuesto sería blanco, como toda debutante debía lucir, pero llevaría volantes en las mangas y flores en el pelo. Sabía que no

podía pedir más. Si por Sophie fuera vestiría siempre con colores apagados y es que según ella: los colores oscuros disimulan las manchas de hierba y tierra. Muy práctica.

Mientras llegaba al pie de la escalera, Violet sonreía.

Dio un saltito dirigiéndose al despacho de su padre.

La puerta estaba entreabierta.

Hubiera entrado después de golpear levemente la madera con los nudillos, pero el tono con el que hablaban sus progenitores le hizo saber que la conversación era seria.

Muy seria.

—Estamos en la ruina, Virginia.

Violet se quedó tan quieta como una estatua. Paralizada, por lo que acababa de escuchar. Jamás se habría imaginado lo que su padre fuera tan franco a la hora de hablar sobre su economía.

Se atrevió a estirar el cuello ligeramente y, frente a la puerta entreabierta, pudo ver el despacho iluminado por la luz del sol de la tarde. Las cortinas estaban descorridas y daban un poco de alegría a la estancia, llena de libros y polvo. Pero era lo único alegre, pues al inclinarse y ver los semblantes de sus padres, a Violet se le encogió el corazón.

Notó como palpitaba el suyo y por instinto ambas manos se pusieron sobre su pecho, como si así pudiera contener la pena.

Su padre estaba sentado tras el escritorio, con la cabeza entre las manos y no podía ver su expresión, aunque tampoco le hacía falta. El bello rostro de su madre estaba trasmudado por una expresión de absoluta pena. Tenía los ojos llenos de lágrimas cuando puso una mano sobre el hombro de su esposo, justo antes de inclinarse y abrazarlo.

—Saldremos de esta, querido.

—Me gustaría saber como —dijo con profundo pesar—. Apenas hay dote para las chicas.

—Pero son tan bonitas y educadas. Estoy convencida de que Violet recibirá una propuesta de matrimonio en breve.

—¿Aunque sea hija de un hombre arruinado? Dios te oiga —se respondió a sí mismo.

Virginia se reincorporó.

—¿No puedes pedirle ayuda a tu hermano? —Preguntó su madre, con cierta esperanza.

Puede que como hermano menor del conde de Shepton su padre no estuviera tan posicionado en la buena sociedad, sobre todo cuando renunció a querer llevar una vida dedicada a la iglesia y su padre lo expulsó de la familia. Por suerte, la madre de su esposa, era generosa y les proporcionó un hogar en Escocia. Tenían una pequeña casa en Edimburgo y los negocios de su padre habían prosperado hasta poder arrendar y más tarde comprar una casa en las Highlands. Su verdadero hogar.

—Oh, dudo que nuestra cuñada Marianne quiera echarnos una mano.

Marianne era la segunda esposa del hermano de su padre, el conde de Shepton. Siempre los había mirado por encima del hombro y con tres hijos de su sangre a los que criar, y otro del anterior matrimonio de su esposo quien heredaría finalmente el condado, decía que tenía poco tiempo para dedicarse a la caridad de sus parientes más pobres.

Bueno, Violet jamás la había escuchado decir eso, pero era seguramente lo que pensaba.

—Es verdad —dijo su madre—. Si Marianne influyen en algo en tu hermano, no nos ayudará.

La vio morderse el labio. Violet sabía que preferiría vender sus propiedades antes que deberle nada a la condesa de Shepton, por muy pariente que fuera.

Oh, se le rompió el corazón al ver sufrir a sus padres así.

—Saldremos adelante —su madre se arrodilló junto a la silla donde estaba sentado su marido—. Como siempre hemos hecho.

—Pero esta vez es peor —cuando Violet vio que ahora eran los ojos de su padre los que estaban acuosos y sin esperanza, el nudo que sentía en la garganta se le hizo casi insoportable—. Tendremos que vender esta casa.

—No la usamos para nada —dijo Virginia para animarlo—. Nuestra vida está en Escocia.

Hubo un profundo silencio en el que Violet pensó que ya no hablarían más. Pero se equivocaba. Solo se preparaban para lo peor.

—También la casa de Escocia.

—¡Peter! —Su madre se llevó una mano al corazón.

—Podríamos mudarnos a la casa de Edimburgo.

—Está alquilada.

—Avisaremos a los inquilinos con tiempo. No nos queda otra.

Su madre perdió la mirada en un punto indeterminado de la habitación. Violet se dio cuenta de que pronto empezó a temblar como una hoja hasta que su marido la abrazó.

—¿Y dejar las Highlands? A Sophie le dará algo si tenemos que mudarnos a la ciudad.

—He sopesado todas las opciones, y si no se casan con alguien que pueda sacarnos del apuro…

—No hables más. Lo lograremos. Haré mi mayor esfuerzo. —Su madre asintió decidida y Violet se dio cuenta de que no haber recibido ninguna propuesta de matrimonio era considerado como un fracaso.

Se sintió culpable. A pesar de los sacrificios que habían hecho sus progenitores, ella había fracasado. Había sido incapaz de mostrar interés por ninguno de los hombres que la habían cortejado. A excepción del capitán Phillips a quien ella hubiera hecho caso si él no hubiera dicho de forma tajante que el matrimonio no entraba en sus planes porque estaba casado con el ejército.

Violet se echó hacia atrás cuando las dos figuras se abrazaron y se echaron a llorar, uno en brazos del otro.

Se llevó las manos al rostro encendido y se dio cuenta de que ella también lloraba en silencio. Jamás pensó que la situación fuera tan grave. ¿Vender la casa de Londres? ¿Vender la mansión en las Highlands? Su madre tenía razón, Sophie no lo soportaría. Ya casi ni siquiera soportaba estar en Londres lejos de sus animales. No podía privarla de la vida que conocía, de los largos paseos por el campo.

No.

No.

No.

Tenía que encontrar una solución.

Ella era la mayor. La responsabilidad de encontrar un esposo cuanto antes, era suya.

Se apartó sin hacer ruido de la puerta del despacho y se dirigió a un lugar partado. Tenía que pensar.

Tenía que pensar en como atrapar un buen partido y salvar a su familia.

Capítulo 2

James Phillips se miró en el espejo con su uniforme de gala. El cabello oscuro, perfectamente peinado con precisión y cierto estilo, hacían destacar sus ojos azules como el mar, de mirada penetrante, que reflejaba autoridad y confianza. La chaqueta se ajustaba a sus anchas espaldas y a su cintura estrecha, como un guante. La postura erguida y disciplinada, lo hacía parecer más alto de lo que ya era de por sí.

Se sonrió a sí mismo.

A su madre no le haría mucha gracia que su hijo abandonara el nido y se marchara a España, pero esa decisión ni siquiera la había tomado él. Si Napoleón no hubiera querido convertirse en emperador, arrasando con todo el poder establecido en el continente, puede que hubiera podido llevar su carrera militar tranquilamente en Inglaterra.

En su interior, daba gracias a Dios no lo había hecho porque así el sueño de entrar en batalla se haría realidad.

Solo tenía veintitrés años, pero ya tenía el rango de capitán. Con una batalla y una gran hazaña podría llegar mucho más lejos. A su familia le sobraba el dinero, podría comprarse un rango mejor. Ser recordado como un gran hombre que hizo todo cuanto pudo por su país.

Ensimismado, casi no escuchó que llamaban a la puerta.

—Adelante.

Un segundo después la pequeña figura de su madre abrió la puerta y la cerró tras ella.

Charlotte Phillips era una mujer hermosa, había llegado a sus cincuenta con un cutis impecable y unos ojos verdes y vivaces. Pero que nadie se dejara engañar, tenía carácter, sobre todo cuando se enfrentaba a las injusticias del mundo. Y para ella que su hijo abandonara el nido para ir a la guerra en el esplendor de su juventud, no solo era una injusticia, sino su mayor tormento. Pero

también entendía que todo hombre o mujer tenía un sueño, ¿y como podía privar a su hijo del suyo?

Suspiró al contemplar a su hijo de arriba abajo.

—Cada vez que te miro, tan guapo… creo que hice un excelente trabajo.

James le sonrió y fue hacia ella para besarle la mejilla. Después, la observó, mientras el corazón se le henchía de amor y orgullo. Su rostro mostraba algunas finas arrugas de expresión, especialmente cuando sonreía y no se le habían blanqueado los cabellos, puede que el color dorado de su melena disimulara las canas.

—Lo hiciste.

—Oh, pero eres cruel con tu pobre madre. Acabas de llegar con el regimiento y ya quieres irte otra vez.

No le había dicho que su intención era partir de inmediato a España, pero su madre era lo suficientemente lista como para averiguarlo por sí misma.

—Ya sabes, mis soldados necesitan instrucción.

Y eso no era mentira.

—Pero me gustaría que, antes de irte, prestaras atención a mucho más que conversaciones bélicas. —La señora Phillips le arregló la corbata, que ya tenía perfecta y lo miró a los ojos—. Me refiero a damas de buena familia… casaderas —añadió, por si no lo había entendido.

Apoyó ambas manos sobre el pecho de su hijo y lo miró con tal cariño que él no resistió poner los ojos en blanco.

—Madre… —suspiró con cierto cansancio—. No digas más, te he entendido a la perfección.

Pero su madre lo golpeó en el hombro como si quisiera quitarle una pelusa, en lugar de reprenderlo.

—Menos mal, así me ahorras el perseguirte para que bailes con bonitas muchachas.

—Pero…

—Quiero que te cases.

—Madre…

—Y quiero nietos —dijo, con esa mirada fija y perturbadora que siempre usaba cuando lo regañaba—. Piensa en tu pobre madre. Eres mi único hijo. Tú quieres irte a la guerra, ¿crees que no lo sé? Pues yo no quiero quedarme sola. ¿Has pensado lo triste que será mi vida sin ti? ¿A quién voy a regañar, o en que vida ajena voy a meterme?

En lugar de suspirar resignado, esta vez James se echó a reír.

—Entontarás otras pobres almas con las que meterte.

—Sí, pero quiero tener el derecho ha hacerlo. Dame una nuera y un nieto al que malcriar.

La expresión divertida fue apagándose en los ojos de James.

—Como has dicho, voy a la guerra, madre. Y precisamente por eso deberías entender porque no quiero casarme. Si algo me ocurre…

Disgustada, Charlotte alzó una mano para callarle.

—No pasará nada —dijo, como si tuviera plena fe en que Dios lo devolviera sano y salvo—, pero mientras estés lejos yo tendré que quedarme aquí, sola. Piensa en ello.

James apretó los labios para que no se le escaparan las palabras que luchaban por salir. No iba a quedarse el tiempo suficiente para casarse, y mucho tiempo para engendrar un heredero. Su superior estaba reuniendo a sus hombres, al ms siguiente, se esperaba un desembarco en La Coruña. Cerca de quince mil soldados se estaban preparando y él iba a ser uno de ellos. No había discusión en eso. Es lo que iba a pasar.

—Solo te pido que tengas la mente abierta, hijo. —Le pidió Charlotte como si tuviera una paciencia infinita—. Conoce a un par de muchachas, baila, diviértete un poco. Quizás encuentres una de tu agrado a quien no le importe esperar mientras haces tu papel de héroe.

James chasqueó la lengua.

—Madre, parece que solo te importe que deje una familia sola en Londres.

Charlotte suspiró y después le dedicó una maravillosa sonrisa.

—Hace años que me resigné, hijo. Quizás desde que tenías seis años y le robaste la escoba a la señora Flint para usarla como

caballo. Te pasaste una semana arengando a las tropas contra un enemigo de un país inexistente. Supe que tu carrera sería la de militar, y una madre sabe que esa profesión tiene riesgos.

—No me pasará nada.

—Pero si pasa… —por un momento los amorosos ojos de Charlotte se empañaron. Tomó las manos de su hijo y las enlazó con las suyas—. No quiero acabar mis días sola.

Apoyó la cabeza contra el pecho de James y dejó que este le besara la coronilla.

—Me encantaría decirte que sí, pero tengo mis reparos en dejar una joven viuda, sola.

—No estaría sola, estaría conmigo —Le agarró las manos y las apretó con fuerza, intentando convencerle—. Solo te pido que te cases. Déjame a alguien con quien pasar mis días y pueda compartir la esperanza de que vuelvas pronto. Tú dices que no quieres dejar atrás a una familia, pero ya dejas a tu familia sola, porque yo soy tu familia.

El aguijonazo de la culpa lo atravesó como una hoja oxidada.

No pudo hablar durante un rato mientras la súplica seguía en los ojos de su madre.

—Oh, mamá.

James, conmovido la abrazó con más fuerza.

No quería casarse.

Dios sabía que no estaba hecho para el matrimonio. Pero aún así asintió.

—Está bien —Cedió, en parte por presión y en parte porque sentía que era lo correcto no dejar del todo sola a la mujer que le había dado la vida—. Conoceré a esas muchachas que te has esmerado tanto en invitar a nuestro baile.

El rostro de Charlotte Phillip se iluminó.

—Oh, James. No sabes lo feliz que me haces.

Lo sabía. Por eso sería tan difícil decepcionarla cuando se marchara sin cumplir lo que ella le estaba pidiendo.

***

—Oh, esto es impresionante.

Violet miró a Sophie, que estaba con la boca abierta.

—Lo es, ¿verdad?

Sus padres iban delante de ellas, y su madre les lanzó una sonrisa radiante que a Violet le calentó el corazón para después apuñalarlo. Que buena era mamá, no se merecía pasar por ese trance de saber que pronto estarían muy lejos de poder contemplar esos lujos. No era tan ingenua como para saber las consecuencias de la ruina. Serían apartados de la buena sociedad y era muy posible que incluso sus amigos de Escocia les dieran la espalda.

No obstante, aún tenían una oportunidad. Se esforzaría por encontrar un buen partido. Con un buen matrimonio estaba segura de que las cosas irían bien. Otro milagro sería que el tío Robert no fuera el hombre manipulable que su madre creía y se apiadara de ellos, al fin y al cabo, era el conde de Shepton. Le sobraba fortuna para compartir, no obstante, lo que le faltaba era caridad cristiana, sobre todo a su esposa. Papá tenía razón, la tía Marianne los despreciaba, quizás por no poseer título propio. Sea como fuere, encontrarían el medio de salir adelante. Y es que ella tenía un plan.

—Los Phillip son muy ricos —aseguró Sophie.

—Sssh, no es de buena educación hablar de esas cosas —la amonestó Violet.

Su hermana le sacó la lengua.

—Solo te lo digo a ti. —Guardó silencio un rato largo, admirando los frescos del techo, las estatuas, las lámparas resplandecientes…—. Oh, ¿y no tienen título?

—El padre del capitán Phillip era militar, llegó a coronel y se espera lo mismo de él —dijo Violet, que esa misma tarde se había puesto a estudiar los orígenes de la familia—. Invirtió en el extranjero y sí, es muy rico. Importa… algo, pero no he logrado averiguar el qué.

—Espero que no tenga negocios de esclavos.

—Por supuesto que no —la miró como si le hubieran salido dos cabezas—. ¿Crees que padre querría confraternizar con gente así?

—Sé que los Talbot tienen una plantación en las Antillas.

—Ya bueno… no hablemos de eso.

—Pero estamos de acuerdo en que somos abolicionistas —sentenció Sophie, que desde que escuchó las atrocidades de la esclavitud, había jurado no relacionarse con esa gente. De ahí que no le gustaran los nobles, y hasta había hecho prometer a su padre que los Belford no tenían negocios en eso. Por suerte era cierto y padre le aseguró que su fortuna tenía orígenes relacionados con la expansión del ferrocarril y el comercio de especias.

—Somos abolicionistas —dijo Violet, también obnubilada por todo el esplendor que reinaba en casa de los Phillips.

—Yo también.

La cavernosa voz las hizo dar un respingo. Se detuvieron en seco y menos mal, pues habían llegado frente a los anfitriones.

Su padre se apartó un paso, desconcertado por la declaración de Violet. Y su madre no lucía mejor cara. Miró a su hija como si su piel fuera verde.

Después del carraspeo del señor Peter Belford, este agradeció la deferencia con su familia.

—Señor, gracias por la invitación a esta velada maravillosa.

Charlotte Phillips se encontraba junto a su hijo. Violet admiró casi con la boca abierta lo hermoso que era su vestido y lo bien que le quedaba. Sophie por su parte no pudo apartar la mirada del tocado de plumas que casi media un metro de alto.

—¿Existe un pájaro con las plumas tan grandes? —preguntó boquiabierta.

—¡Sophie! —Su madre se sonrojó y Violet le dio un pequeño codazo a su hermana.

—Oh, me temo que sí —suspiró como si no estuviera convencida de haber acertado con el atuendo—. Después de una hora con esto, lo encuentro bastante incómodo, la verdad.

La sonrisa de Charlotte hizo que Sophie también sonriera. Dos mujeres curiosas presentándose sin palabras, pensó Violet.

La anfitriona dedicó unas palabras amables a Virginia Belford y acto seguido miró a James. Lo animó a hablar, pero cuando Charlotte quiso saber porque no repetía las palabras de rigor que les

decía a todos los invitados, se dio cuenta de que su hijo solo tenía ojos para Violet.

—¿Has perdido el habla? —le susurró su madre a modo de que nadie más pudiera escucharlos.

Él carraspeó y se maldijo por sentir un repentino calor en sus mejillas.

—Déjeme presentarle a mis hijas —intervino el señor Belford —. La señorita Violet Belford y la señorita Sophie.

—Es un placer.

James saludó con la cabeza y seguía sonriendo, mientras que Violet se preguntaba qué le hacía tanta gracia. Desde luego, ella y Sophie lamentaban profundamente haber olvidado sus modales, en su defensa dirían que el esplendor que las rodeaba había hecho que dejaran de pensar que se encontraban rodeadas de gente y más concretamente que se dirigían a ser presentadas a los anfitriones.

—Es un placer —contestaron al unísono.

—Violet es la mayor con dieciocho años recién cumplidos, y Sophie pronto cumplirá los diecisiete.

—Encantadoras —dijo Charlotte—. La menor un poco joven para mis planes.

La mirada que le echó James hizo que se riera, cubriéndose la boca con el abanico de plumas a conjunto con su tocado.

—¿Cómo dice? —preguntó Virginia que no entendía cuales eran esos planes que la divertían tanto y alteraban de igual modo a su hijo.

Charlotte, hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Únanse a nosotros en la fiesta, pero no se olviden de tomar un refrigerio más tarde con nosotros —dijo con mucha amabilidad la señora Phillips.

Había invitados que esperaban a su espalda y los Belford empezaron a desfilar hacia el salón. La voz de la anfitriona los ralentizó de nuevo.

—Por favor, reserven un baile para mi hijo, señoritas. O dos — se rio mientras James luchaba por no poner los ojos en blanco.

Finalmente, el capitán se animó a sonreír a las damas y se centró en los próximos invitados.

James desplazó la mirada hacia su madre, entendieron que las Belford, eran esas muchachas a las que había invitado a sabiendas de que podrían ser unas nueras muy interesantes.

Y desde luego, interesantes lo eran. James llegaría pronto a esa conclusión.

Capítulo 3

Violet podía asegurar que la velada en casa de los Phillips se había convertido en la mejor noche de su vida. Le dolían los pies de tanto bailar, su carné de baile estaba lleno y había bailado con el apuesto capitán Phillips, el anfitrión.

Se había sonrojado como una tonta, de los pies a la cabeza con solo apoyar su mano sobre uno de sus anchos hombros. Era tan alto, tan fuerte… se tragó un suspiro y fue a esconderse tras uno de los grandes maceteros ornamentales. Se apoyó contra la pared de papel pintado y se abanicó a conciencia.

Se rio al ver a Sophie escabullirse por los rincones para huir de sus pretendientes, pero finalmente se colgó del brazo de mamá que le sonrió con cariño, a salvo de un nuevo baile no deseado.

En aquel rincón del salón, Violet pudo observar sin ser vista.

Definitivamente la fiesta no tenía nada que ver con las que organizaban sus vecinos en las Highlands. Aquí todo parecía brillar más, era todo más hermoso, más… El hilo de su pensamiento se esfumó al ver como el capitán Phillips atravesaba el salón junto a la mesa de los refrigerios y se dirigía a la terraza.

Quizás sí que sería buena idea ir a tomar un poco de aire fresco.

Con la cabeza gacha y abanicándose con suavidad, fue capaz de llegar a las puertas acristaladas que daban al exterior.

En la terraza el ambiente era totalmente distinto al bullicioso salón. No vio al capitán por ninguna parte, pero fue maravilloso sentir el aire fresco de la noche en su rostro.

Allí la atmósfera era pacífica, no había tensiones entre las debutantes para ver quien acapararía más la atención de los solteros. Las cuerdas de los instrumentos parecían lanzar las notas hacia cada rincón, incluida la terraza. Violet apoyó los codos sobre la baranda de piedra y contempló la luna después de apurar la copa de ponche.

Sonrió, permitiéndose un momento de paz.

Cuando la música cesó, se dio la vuelta para ver a las parejas a través de las puertas abiertas. En concreto, tres parejas y alguna carabina, se habían unido a ella en el exterior para disfrutar de la espléndida noche.

Pero también se encontraba alguien más.

—Buenas noches, señorita Belford.

—Bu… buenas noches, señor Phillips —Para su absoluto bochorno, casi se pone a tartamudear.

Violet cerró la boca al darse cuenta de que se estaba comportando como una tonta, como una debutante ansiosa de agradar al soltero de la temporada. Un soltero que ciertamente, estaba fuera de su alcance.

Demasiado guapo, demasiado alto, demasiado… rico.

Violet parpadeó como si una idea hubiera cruzado por su mente. Una que no era ni sensata, ni mucho menos decente.

—¿Se encuentra bien señorita Belford?

—Sí —se rio ella—, por supuesto, solo que no esperaba su aparición.

—Siento haberla asustado.

A Violet un escalofrío le recorrió la espalda, y no era a causa de la temperatura de la noche.

Era… sin lugar a dudas, el caballero más apuesto del baile y puede que el más guapo que había visto en su vida.

—¿Tiene frío? Puedo ir… —se ofreció él, solícito.

—Por supuesto que no. No se moleste —le sonrió y en esa sonrisa James vio algo especial.

Inocencia, tal vez.

Sonrió también, porque la alegría de la joven era contagiosa.

Violet y a falta de poder decir algo mejor, se dio la vuelta, como invitándole a acercarse a donde ella se encontraba.

James aceptó el ofrecimiento de su compañía. No había nada en el salón que le llamara la atención. Maggie Florence y Edgar, su mejor amigo, no había asistido a la fiesta esa noche, o al menos, aún no habían llegado. Así pues, no le pareció mal seguirle el juego

a su madre y más cuando la muchacha que tenía frente a él era tan encantadora.

—¿Disfruta de la velada?

—Muchísimo —juntó las manos con entusiasmo y puso una expresión soñadora—. Su madre sí que sabe organizar un hermoso baile. Son muy diferentes a los que hemos asistido mi hermana y yo en casa.

—Estoy seguro de que sus amables palabras le agradarán mucho. Se lo diré nada más verla, se lo prometo. —Le sonrió de nuevo— ¿Y cómo eran esos bailes en casa?

—Oh, no crea que hemos asistido a muchos, pero desde luego hay muchos más bailes de cuadrilla, la gente bebe bastante — hizo una mueca y James se rio.

—No me diga.

—Whisky —le sonrió con amabilidad—. En Escocia se hace el mejor whisky del mundo. —Entonces cayó en su error—. Pero no crea que bebo. No, no, no… bueno en Navidad bebo ponche.

James soltó una carcajada, que ni él mismo esperaba.

—Oh, beber ponche no es ningún delito.

—¿Aunque lleve whisky? —le preguntó ella como si fuera una confidencia.

—Al ser escoceses, creo que el Señor la perdonará. Si solo bebe en Navidad.

Ella asintió complacida por haber sido exonerada, y se sintió menos tonta en su presencia cuando James empezó una amena conversación sobre la casa en la que estaban y sus otras propiedades, su vida en el ejército y planes de futuro.

Se inclinó sobre la barandilla de piedra y descansó las manos abiertas sobre esta.

—¿Echará de menos los bailes, capitán?

Él la miró de lado y le sonrió.

—Quizás sí, me temo que con Napoleón avanzando por Europa, tendremos poco divertimento.

—Espero que todo se solucione pronto y pueda volver sano y salvo.

James parpadeó con una sonrisa congelada en su rostro.

—Lo siento —Violet se llevó las manos a la boca—. No debí haber dicho eso. Seguro que no quiere que le recuerden que tiene que marcharse y… ´

—¿No volver?

Ella se encogió de hombros al no saber que decir.

—Entiendo que la muerte es una opción.

—Oh, no diga eso. No debí haber sacado el tema —chasqueó la lengua mientras se daba cuenta de que cada vez decía más estupideces. Pero para su fortuna, a James le hizo gracia y se echó a reír.

—No me ha molestado —dijo divertido.

—No, pero no son temas de los que una dama deba hablar.

—De veras. Siempre es refrescante encontrar a una dama dispuesta a expresar sus opiniones.

Violet suspiró, dejando a un lado el bochorno e intentando ser amable.

—Mi madre me reprendería con severidad si me viera hablar así. Las señoritas no deben hablar de política o conflictos bélicos. Dudo mucho que Loretta Garret sepa dónde está España. —Volvió a ponerse la mano en la boca y chasqueó la lengua de nuevo mientras él reía—. Parezco una víbora, no debí haber dicho eso. Oh pobre muchacha.

—No se preocupe —respondió él, divirtiéndose de lo lindo—, he hablado con Loretta Garret en más de una ocasión, y no, no sabe dónde está España.

Ahora fueron los dos quienes rieron, captando alguna que otra mirada de desaprobación.

James carraspeó.

—Debería volver dentro —le dijo Violet—, mi madre debe estar buscándome.

Él asintió.

—Vaya, le prometo que si sucede algo interesante aquí fuera, yo mismo iré a buscarla para contárselo.

Violet le sonrió, sin poder ocultar su alegría.

Se dio la vuelta, pero sintió un leve toque en el brazo.

—¿Me reservaría el último baile?

Los ojos grandes de la muchacha se abrieron con asombro y algo más que James no supo discernir.

No solía abordar así a las damas, pero ella tenía algo especial. Le hacía reír. Parecía trasparente, sin dobleces. Cuando había podido disfrutar de la compañía de una muchacha que no estuviera deseosa por agradar y siguiera al pie de la letra todos y cada uno de los puntos del protocolo exigido por sus madres.

Quizás su madre tenía razón y las hermanas Belford, eran especiales.

Había sido una buena conversación. Un buen encuentro.

—Por supuesto —Violet se mostró tímida y le tendió el carné de baile para que él mismo anotara su nombre.

Lo hizo con gracia y antes de dejar que colgara de nuevo de su muleca, la miró como ningún hombre con buenas intenciones miraría a una joven debutante.

—Si me disculpa —Violet dio un paso hacia atrás y casi se enreda con sus propios pies. James se apresuró a socorrerla, pero finalmente no hizo falta. Con una sonrisa avergonzada, la muchacha se encaminó hacia el interior del salón sin mirar atrás. Temía que, si lo hacía, quizás volvería sobre sus pasos para disfrutar un poco más de la compañía del capitán.

Era un buen partido, guapo, valiente, inteligente y… con mucho dinero.

Ahora sí que miró por encima del hombro y él… estaba observándola con la sonrisa aún bailando en esos labios gruesos.

Sonrojada, casi tropieza con el camarero.

¡Que torpe eres Violet! Se reprendió mentalmente.

Su madre, al darse cuenta, fue a su encuentro y tiró de la manga de su vestido.

—Violet, estás ruborizada.

—Yo… es el ponche, madre.

—Oh, por Dios, ¿qué voy a hacer contigo? ¿Una debutante ebria? ¿No te he enseñado nada?

No mucho, la verdad. Pero, aunque su madre no le hubiera dicho demasiado sobre lo que se esperaba de ella esa temporada, lo

cierto es que no hacía falta. Ella misma lo había averiguado por su cuenta. Necesitaban dinero y quizás supiera donde encontrarlo.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Qué opinas del capitán Phillips?

La cara que puso su madre, no podría haber sido más cómica, la sorpresa se reflejaba en sus ojos, su boca abierta y el balbuceo intermitente que no la dejó hablar.

—Po favor, Violet.

Ella se encogió de hombros.

—¿Demasiado lejos de mi alcance?

Su madre la miró con fijeza.

—Por supuesto que no —dijo, finalmente. Aunque sí que le había sorprendido que su hija apuntara tan alto.

El señor Phillips no era noble, pero si que era un hombre bien considerado entre las altas esferas, pero Virginia se dijo que el hermano de su marido era conde, no tenían nada que envidiar a los Phillips y sin embargo...

—Puedes conseguir lo que te propongas, Violet —le sonrió con afecto—. Ya sea llenar la biblioteca de más libros de los que te leerás en la vida, o bien casarte… con quien te propongas.

Su madre no añadió nada más, carraspeó y miró al frente.

Violet se quedó viendo las parejas girar por la pista y su mente empezó a funcionar con el beneplácito de su madre. Si ella no encontraba al capitán James Phillips lejos de su alcance, es que quizás no lo estuviera.

Capítulo 4

Para Violet, la conversación con James Phillips había sido algo más que un simple intercambio de palabras. Después de que su madre alabara al capitán durante una buena media hora, se había percatado del interés de su hija, y lo que era peor, Violet también se había dado cuenta tiempo después, que había estado barriendo con la mirada el salón en su busca.

Lo había encontrado sin cierta dificultad, una vez que una hermosa mujer no mucho mayor que ella, se había ganado todas las miradas de los hombres y mujeres del salón. Violet pudo apreciar que James corrió a su lado, no de forma literal, eso hubiera sido un escándalo, pero sí que era evidente que tenían una relación muy estrecha y se apresuró a acudir a su sutil llamado. De igual modo el apuesto joven moreno que estaba entre ambos también debía formar parte de su íntimo círculo de amigos.

La mujer era hermosa, muy hermosa y lo que era algo inusual, de su misma edad. Podría ser una debutante, pero por su vistoso vestido rojo, pudo deducir que no era así. El vestido de la dama resplandecía, al igual que su sonrisa cada vez que se la dedicaba al capitán.

—¿Mamá? —susurró Violet sin poder apartar la mirada del trio —, ¿quién es esa joven?

Su madre estiró el cuello, pero lo cierto es que no era preciso esforzarse mucho para ver a la beldad morena. Destacaba sobre las otras damas.

—Es muy joven —dijo su madre, y pudo notar un cierto tono de desaprobación.

En verdad, aquella mujer seguramente no tendría muchos más años que ella. ¿Quizás veinte?

Cuando James dio la espalda a la chimenea apagada, pudo fijarse en que había algo en aquellos ojos azules como hielo, que de repente no eran tan glaciales. Quizás porque miraban a…

—Es la señora Hopkins. Margaret Florence Hopkins —Se apresuró a añadir una voz conocida cuando se paró junto a la señora Belford—. Todos la llaman Maggie Florence, quizás porque por su edad el *señora* suena de lo más…

—¿Ridículo?

—¡Violet!

Ella se encogió ante la reprimenda que le había dado frente a la señora Phillips.

—Lo siento mamá.

—No la riña, es verdad que no es más que una niña. La casaron a los diecisiete con el señor Hopkins, un adinerado y distinguido miembro de la alta sociedad —suspiró con cierta pena—. El hombre murió pronto, a sus setenta y tres años.

—Por Dios… —mamá se llevó una mano a la garganta. Y Violet supo que no era por la pena que le daba el señor Hopkins, sino porque había osado casarse con una muchacha de diecisiete años.

—Sí —asintió Charlotte, reconociendo sin palabras que ella censuraba esa unión por motivos que le parecían obvios y que a la sociedad no tanto—. Casi fue una suerte que le diera un ataque al corazón y muriera sin sufrir.

Violet estuvo segura de que su madre refrenó una persignación.Y ella… en fin, no sabía que alguien tan joven pudiera casarse con un hombre cuya edad era superior a la que tendría su abuelo si viviera.

—Ah —Violet cerró los ojos molesta y luego fulminó a su hermana Sophie cuando esta salió desde atrás dándole un susto de muerte—. Me has asustado.

—Estabas muy absorta, hermanita.

Ella se molestó y bufó, poco elegante.

—Solo miraba a los invitados. —Vio como el capitán se apartaba de su amiga y se dirigía a la mesa de los refrigerios, seguramente para llevarle un poche—. Los vestidos de las damas son muy hermosos —dijo, mirando a Maggie Florence en concreto.

Sophie frunció el ceño al ver que la mayoría de damas la miraban con envidia o desdén y otras tantas se arremolinaban a su

alrededor, o bien para fijarse en cada detalle de su vestido o simplemente gozar de su compañía.

Sophie alzó una ceja al darse cuenta de que el capitán Phillips también se acercaba a ella.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Sophie.

—Según me ha dicho mamá, es la baronesa lady Margaret Florence Hopkins. Viuda —añadió para más señas.

—Pero si tiene nuestra edad, ¿ya es viuda?

—Sí, a los dos años su viejo marido murió dejándole una gran fortuna.

—Qué suerte.

—¡Sophie! —la reprendió Violet, abriendo mucho los ojos.

—Lo de la fortuna, no la muerte del marido —se excusó su hermana. Aunque en el fondo, no era del todo cierto. Si su anciano esposo había pasado a mejor vida de forma totalmente natural, y la dama ahora podía disponer de su dinero y libertad que confería el título de viuda acaudalada, era buena suerte. Aunque jamás lo diría en voz alta.

Violet la siguió con la mirada mientras se desplazaba por el salón, sin duda a por su presa. Gimió para sus adentros, ella no era tan malvada. Era normal que caminara entre la gente para que todos la admiraban. Y también lo era que caminara del brazo del anfitrión quien le había ofrecido una copa de ponche en la mano.

—Oh, parece que nuestro capitán tiene todos los bailes completos —dijo Sophie.

—Me ha prometido un baile más.

Se sintió algo acalorada al decirlo. Miró de reojo a su madre, pero esta estaba enfrascada en una animada conversación con Charlotte Phillips.

—Pues, deberías recordárselo —dijo Sophie mirando lo bien que se llevaban los dos—, igual se le olvida.

Violet negó con la cabeza.

—Solo son amigos, no es ninguna candidata a…

—¿A qué? —preguntó Sophie, alzando una ceja y esperando la respuesta de su hermana.

—A esposa.

Sophie se rio y Violet le dio un codazo, esperando que nadie la viera en semejante desliz.

—No, no creo que lo sea—se rio Sophie—. He descubierto, gracias a espiar a los sirvientes de casa, que es habitual que un hombre rico tome bajo su protección a una dama. ¡Sin necesidad de casarse!

—¡Por Dios, Sophie! No deberías hablar de esas cosas. No tienes edad —la amonestó. De repente le quitó la copa de ponche de la mano—. Ni siquiera tienes edad para beber.

—No soy yo la que está achispada.

—No estoy achispada —se quejó Violet.

—Mamá no le ha dicho eso a papá.

Su hermana abrió la boca disgustada, miró a su madre, pero esta no le hizo el menor caso.

Su hermana soltó una risita que apenas pudo disimular.

—Ya sabes que yo me entero de todo.

—Sí, y ya me gustaría saber cómo lo haces.

La joven se encogió de hombros.

—Porque escucho. Y he escuchado cosas del capitán.

Violet tomó un trago de ponche y fingió que no le interesaba lo más mínimo. Pero cuando vio que Maggie Florence le tocaba el musculoso brazo a James, primero con su abanico y después con su mano enguantada, sus cejas se juntaron interrogantes.

—¿Qué has oído?

—Que tiene una amante.

La cabeza de Sophie se volvió como un latigazo.

—Mientes.

—Claro que no —Sophie la miró con cierta tristeza—. Lo siento no pensé que te gustara tanto, si lo acabamos de conocer.

—No me gusta —mintió—. Bueno, sigue.

Sophie dudó.

—Dicen que es amante de una viuda acaudalada, que se conocen desde siempre. Sin duda debe ser ella.

Sí, pensó Violet. Sin duda por como se trataban y por como se miraban, era bastante obvio que Margaret Hopkins ocupaba esa categoría.

—Miralo por el lado bueno, Violet.

—¿Qué?

—Ella es viuda…

—Ya lo sabemos.

—¿Y sabes que ha manifestado abiertamente la idea de no volver a casarse? —preguntó Sophie con un asentimiento— Tiene posición y fortuna, ¿qué mujer en su sano juicio querría casarse de nuevo?

De pronto, Sophie calló, algo que le pareció muy extraño de su hermana menor. La miró instándola a hablar.

—¿Y?

—Y bueno —dijo sin mucho ánimo a continuar—, que no será su esposa, pero tampoco creo que tenga intención de dejar de ser su amante.

La boca se abrió con tal descaro que el dedo índice de Sophie voló a su barbilla y se la cerró de un toque.

—Violet…

—No, no puedes decir eso.

—Es la verdad. No te encandiles de ese botarate si hay tantos peces en el mar.

—No hables de lo que no sabes. Nosotras no somos así —la riñó Violet—. Los chismes infundados podrían arruinar la reputación de esa dama. Debemos ser leales entre nosotras…

—Oh, no vuelvas a eso de que las mujeres deben permanecer unidas, sus derechos y bla bla bla…

—¿Bla, bla, bla?

—¡Paparruchas!

—Has bebido mucho, Sophie. —Violet entrecerró los ojos y su hermana no lo negó, aunque tampoco le hizo el menor caso.

—Solo te advierto que no es un buen candidato.

—Mamá no piensa lo mismo.

—Mamá solo ve su cartera, pero cuando sepa que tiene a una mantenida y que no piensa echarla de su cama —se encogió de hombros—, no querrá un futuro así para su hija.

Apartó su mirada perpleja de Sophie y se centró en la pareja.

Podría tener razón, y si era el caso… ¿querría un futuro así para sí misma?

Cuando apartó los ojos de James, que tenía una de las sonrisas más perfectas que había visto jamás, su mirada se desplazó por el salón para encontrar a un nuevo pretendiente, pero para su desgracia sus ojos volvieron una vez y otra al vestido rojo y a la sonrisa radiante del capitán Phillips.

Maldición. ¿Era eso a lo que se referían los libros cuando decían que una había sido tocada por la flecha de cupido?

Parpadeó con rapidez al notar los ojos vidriosos. Padre estaba al otro lado del salón hablando con un antiguo colega, tenía el rostro serio y ella sintió un pellizco en el corazón al saberse conocedora de su secreto. Estaban en la ruina.

Sí, definitivamente soportaría a una amante de su marido si con ello, él se mostraba tan generoso con su familia como para salvarles.

Miró a su madre que permanecía a su lado, ahora ya libre de la compañía de la señora Phillips que había ido a saludar a otros invitados. Estaba absorta en el salón de baile, sin duda evaluando a los candidatos.

Violet volvió a mirar a James.

Puede que compartirlo con otra fuera mejor que no tener marido.

Podría esperar y encontrar a alguien más adecuado, pero si se casaba con James Phillips, ¿no sería toda una gran ventaja?

Había manifestado claramente que se marcharía a España. ¿Qué problema habría en que se marchara meses, años quizás? Maggie seguiría en Londres, no iría tras él, por lo que no lo compartiría hasta que regresara, y cuando eso sucediera… ya se encargaría ella de encontrar una solución. Creía que le había gustado, puede que fuera un paso al amor.

Estaba segura de que podían congeniar, es lo que habían hecho esa noche en la terraza. ¿Por qué no podría enamorarle? Ella sí podría enamorarse de él.

Podrían ser felices, solo debía forzar un poco las cosas. Salvar a su familia y luego ser todo lo que él hubiera deseado en una mujer

para que la perdonara.

—¿Violet? —Sophie la miraba con preocupación—. ¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

—Sí.

Y así era.

Se encontraba bien, en medio de un plan que no tenía por qué dañar a nadie. ¿O sí?

***

Charlotte abrió el abanico y mantuvo su expresión inamovible cuando su hijo se acercó a ella con la baronesa. Evidentemente la conocía desde siempre, pero Charlotte debía esforzarse mucho para encontrar en aquella mujer a la cándida niña que había jugado en sus jardines.

—Gracias por invitarme, señora Phillips.

—Oh, la invitación se la debes a mi hijo, no concebiría una fiesta sin ti o Edgard si ambos estáis en Londres.

Maggie miró a James con afecto, y algo más.

El suspiro de Charlotte fue casi imperceptible. No era tan tonta como para no darse cuenta que la amistad de aquellos dos niños se había transformado en otra cosa. Y es que corrían rumores acerca de Maggie y su estilo de vida, pero no pensó que uno de aquellos moscones que se relacionaban con ella fuera su propio hijo.

—Es un baile encantador —dijo Maggie paseando la vista por el salón.

La señora Phillips la vio mirar con cierto desprecio a las damas más jóvenes, como si hiciera unos años ella no hubiera estado en su lugar. Todas las damas conocían ahora a Maggie Florence como la pesadilla de las debutantes. La dulce niña de antaño había desarrollado una lengua muy afilada capa de destrozar a los corazones más sensibles.

Maggie miró a James y después sonrió desplegando todo su encanto.

—Las flores son preciosas, de verdad que todo es encantador.

—Tan encantador como… oh —Charlotte alzó su abanico e hizo un movimiento con él esperando que las damas a las que llamaba acudieran a su encuentro—. Señoritas, acérquense. Oh, debo presentarle a la sensación de la temporada, las Belford, ¿las conoce usted? —Charlotte esperó con el brazo extendido a que Violet tomara su mano—. Le presento a la señorita Belford, ella es la señora Hopkins, Margaret Florence, amiga de mi hijo.

Si bien cuando se miraron, la sonrisa de Violet era vacilante, la de Maggie era de completo estupor. ¿En serio le estaban presentando a esas crías? ¿Por qué?

Por la mirada que su madre le lanzó, James tenía muy claro cual era el motivo. Se vio forzado a estirar el cuello y rascarse la nuca mientras intentaba no suspirar.

—Esta joven preciosa e inteligente es Sophie, la hermana menor. —Dirigiéndose a lady Belford, le sonrió—. Tiene unas hijas tan adorables.

—Eso creo yo.

—¿Verdad que lo son, querido? —le preguntó a su hijo, quien asintió con los labios apretados.

—Por supuesto.

Violet enrojeció cuando él posó los ojos en ella. Por un instante algo pasó, una chispa escapándose súbitamente de un pedernal.

No todos lo notaron, pero Maggie sí, y eso era más que suficiente para Charlotte.

—Tienen que venir mañana a tomar el té, queridas.

Lo dijo muy consciente de excluir a Maggie Florence. De hecho, todo el mundo lo fue.

Incomoda y sintiéndose despreciada, la viuda carraspeó y abrió su abanico con ímpetu.

—Si me disculpan —dijo Maggie, buscando a su corrillo de admiradoras.

—Vaya, vaya, querida —la instó Charlotte mientras agarraba el brazo de su hijo como si de pronto lo necesitara para apoyarse.

Maggi echó un vistazo a James y después de alzar la barbilla desapareció por el fondo del salón.

—Eso ha sido descortés, madre —le dijo susurrando al oído.

—¿Sí? Lo descortés es que seas tan evidente. Esto tiene que acabar —le dijo su madre en un tono tan bajo que solo él lo escuchó.

Al volverse hacia sus invitadas, James se quedó muy quieto y esperando que el mal humor no se le notara.

Charlotte lo ignoró, pero esperó a tener la atención de las tres damas para preguntarles por el señor Belford.

—Oh, estaba aquí hace un momento.

—Quizás pueda venir algún día a nuestra casa de campo, hay faisanes para cazar. A mi hijo no le gusta mucho la caza —le dijo a Violet—, pero le encantan los caballos.

—¿Caballos? —dijo Sophie, como si fuera el tema más fascinante del mundo.

—Sí, ¿le gustan? —El comentario había captado la atención de James.

—Son mi pasión.

James sonrió con cortesía, pero sus ojos como si supieran cual era su favorita se posaron sobre Violet. No quería hacerlo, al menos no conscientemente, pero eso no importaba. Su madre parecía decidida a que entablara amistad con las Belford.

—Sí me disculpan.

—Creo que no —Charlotte tiró de él sutilmente—. Estoy algo cansada hijo y necesitaría de tu brazo para retirarme unos instantes.

—¿Desea que la ayude? —se ofreció Violet con una nota de preocupación. Le caía muy bien esa mujer y no deseaba que tuviera ningún inconveniente.

—No, por supuesto que no. Ustedes son jóvenes, diviértanse. —Miró a su hijo—. James me llevará al saloncito con las demás carabinas.

—Por supuesto —dijo sin perder la sonrisa.

Pero antes de marcharse Charlotte estiró la mano hasta tomar el carné de baile de Violet, ojeó los pretendientes y sonrió al ver que su hijo estaba anotado para un baile de cuadrillas con la señorita Belford.

Violet se sonrojó cuando la miró fijamente a los ojos.

—No tema, mi hijo estará aquí enseguida para hacerles compañía, y para solicitarle el baile que le ha prometido.

James parpadeó y Violet se dio cuenta desilusionada que se le había olvidado. Pero antes de acompañar a su madre, le habló.

—Por supuesto, señorita Belford. Volveré a por mi baile. —Se despidió de las damas con una inclinación de cabeza.

Avanzaron entre la gente hasta casi llegar a la entrada del salón.

—Madre, no puedes estar hablando en serio —dijo, consciente de lo que se proponía.

—Elije, la mayor o la pequeña.

—¡Por Dios!

Era una lástima que Charlotte Phillips fuera la persona más cabezota que James había conocido en la vida. Eso significaba que cuando se le metía algo entre ceja y ceja…

—Madre…

—Elije —insistió Charlotte, como si hubiera ganado una batalla.

Capítulo 5

La mansión de los Phillips no era menos impresionante de día, pensó Violet cuando subieron los escalones que separaban la calle principal de la entrada. Tenía la vista paseándose por la fachada y admirando el estilo neoclásico.

Dos días después del baile, por la tarde, había acudido con su madre a tomar el té. Sophie también estaba invitada, pero se sintió enferma. Por supuesto su hermana mayor la conocía lo suficiente como para saber que no era verdad. En realidad, solo quería seguir leyendo un libro mucho más interesante que el capitán Phillips.

A su madre no le importó, pues no insistió en que hiciera un esfuerzo. Ese era un hecho que le indicaba a Violet a que hija deseaba que el señor Phillips cortejara.

Una vez las guiaron por el solemne recibidor, Violet miró de reojo a su madre. Estaba convencida de que pensaba que ese té era algo más que una simple invitación. Y el calor que sentía en su estómago, también le decía que podía ser algo importante.

Tomó su abanico y su muñeca se movió por inercia. Suspiró aliviada al sentir como el aire le golpeaba en la cara. Sentía las mejillas arder, pero sabía que sería mucho peor cuando él apareciera.

Su corazón podría haberse calmado un poco si no recordara lo extraordinario que fue bailar entre sus brazos. Era alto, tan alto que Violet miró al techo con la grandiosa lámpara de cristales tallados, evocando su postura durante el inolvidable baile.

Finalmente, no pudo contener un suspiro.

Por supuesto su madre la miró, escrutadora y cavilando si su actitud era más que una simple reacción al calor del naciente verano.

No es que James Phillips hubiera mostrado un especial interés en ella, pero la señora Belford estaba convencida de que así era.

Además, Charlotte había insistido en que acudieran a la cita, por lo que en ese momento sería una decepción que no apareciera.

Lamentablemente, para ambas madres, no apareció y la decepción fue evidente en el rostro de Violet, algo que agradó a la señora Phillips.

Media hora después, les servían en el té en un salón pequeño y encantador. La señora Belford no podía parar de sonreír, y es que se había dado cuenta de que estaban en una parte privada de la casa, lo que significaba que Charlotte Phillips las tenía en alta consideración.

—Lamento que mi hijo no haya podido acompañarnos a tomar el té —dijo Charlotte alargando el brazo con delicadeza y esperando a que Violet lo tomara.

A pesar de que James no estuviera, Violet no paraba de mostrarse atenta a todo lo que decía su anfitriona y se mostraba abiertamente encantada y es que, en sí misma, Charlotte era una mujer tan increíble que apenas había pensado en James en su presencia. Sus anécdotas y aventuras eran demasiado interesantes como para hacerlo.

—Espero verlo pronto —dijo la madre de Violet refiriéndose a James y tomando removiendo con la cuchara el azucarillo que había añadido al té—. Debe ser su mayor orgullo.

—Lo es. —Aseguró Charlotte, pero luego suspiró como si estuviera preocupada. Desde luego no le faltaban motivos—. Temo por él, como cualquier madre haría. Pero ser militar es lo que ha escogido ser.

—Comentó que se marchaba pronto a España.

Charlotte y su madre miraron a Violet en silencio y ella enrojeció.

—¿Cuándo hizo eso, querida? —le preguntó su madre algo escéptica.

—En el baile. —Parpadeó, confusa—. España está en guerra.

Charlotte asintió, pero su madre se abanicó con fuerza haciéndole ver que esas palabras no eran apropiadas. Las damas no hablan de política.

—Lo siento, yo…

—No lo sientas —dijo Charlotte, con tono dulce, dispensándola—. Es cierto. Va a partir pronto, pero antes de que lo haga me gustaría que sentara cabeza.

Ahora fue el turno de Violet de parpadear confusa.

Se suponía que las damas tampoco hablaban tan abiertamente de aquellos temas, y menos con alguien que estaban tanteando para que se uniera a la familia, porque para eso estaba ahí, dedujo Violet.

No podía decir que no fuese un milagro más que bien recibido, pues una boda con James Phillips, les salvarían de muchas cosas, de la ruina económica y social y de tener que vender la mansión de las Highlands y así salvar a la pobre Sophie de la histeria.

—Quiero que mi hijo se case antes de partir.

—Oh, entiendo —Asintió su madre.

—Sí, ya sé que no sería muy justo para una señorita quedarse en casa poco después de la boda, viendo a su marido partir a la guerra. Pero… —miró hacia un punto indeterminado de la pared y movió los dedos como si buscara las palabras correctas—, no es que se arriesguen mucho. Me refiero a los oficiales. No estará en primer alinea de fuego. Y lo referente a la guerra, Napoleón no podrá conquistar toda Europa. Es un sueño de un loco.

Violet vio como su madre se removía incómoda en el sillón, y ella estaba por decirle que los oficiales sí se arriesgaban en la batalla, y desde luego por lo poco que conocía James, estaba convencida de que tomaría el papel de héroe. Sobre Napoleón… Puede que en algún momento se detuviera y consolidara su imperio, pero sí perdía, si todo volvía al antiguo cauce, Violet dudaba que la chispa de las libertades se apagara y que los derechos adquiridos por los hombres y mujeres de esos países, cayeran tan fácilmente en el olvido sin protesta alguna.

—Ninguna novia quiere ver partir a su marido a la guerra…

Violet se dio cuenta de que Charlotte seguía hablando y respiró hondo.

—Pero si ha de partir —dijo ella apesadumbrada—, ¿qué acto más honorable hay que ese?

Charlotte asintió con aprobación y cierta emoción en la mirada.

—Eso mismo digo yo.

La madre de Violet asintió, entendiendo que aquellas dos mujeres se llevaban a las mil maravillas y si eso era así, ¿acaso no podría ser una pequeña puerta a la esperanza? Si tenía el beneplácito de Charlotte Phillips…

—Una novia comprensiva, sabrá que es muy generoso dejar partir a su esposo por el honor y la gloria, pero también sabrá sentirse orgullosa —acabó diciendo la señora Phillips.

—Desde luego —convino Virginia, quien miró a su hija como si supiera que aquella era una gran oportunidad. Luego siguió abanicándose porque ni en sus mejores sueños hubiera esperado poder conseguir un marido tan rico para una de sus hijas.

—Me agrada su compañía —Charlotte dijo lo que era evidente para todas.

—A nosotras también —Violet soltó una risita entusiasta—, me encantan las anécdotas de sus viajes.

—Oh, pues tengo muchas más —le aseguró de buen humor —, tantas que no voy a poder contártelas todas, hoy. Lo que me recuerda —se tocó la barbilla con el dedo índice pensativa—, que vamos a tomarnos un descanso del sofocante Londres. ¿Sabe que tenemos una pequeña casa a las afueras? Allí hay buena caza.

Esto último se lo dijo a Virginia, y Violet dedujo que la señora Phillips le estaba informando de que además de fortuna, poseían propiedades. Y por supuesto, madre, lo sabía. Como también sabía que la pequeña casa, contaba con cuarenta habitaciones.

—Suena encantador, poder huir del bochorno de Londres.

—¿Por qué no se unen a nosotros?

Virginia parpadeó y la taza hizo demasiado ruido cuando chocó con el platillo a causa de los nervios. Violet no se atrevió a respirar.

—¿No les apetece?

—Por supuesto, en estas semanas de calor, ¿qué podría apetecernos más?, ¿verdad querida? —Miró a su hija y la vio asentir.

Violet estaba sin habla.

¿Sería aquella un aprueba de fugo para que Charlotte decidiera enviar a James hacia sus brazos?

En lo profundo de su corazón, esperaba que así fuera. Y no solo porque eso los salvaría de muchos problemas, sino porque… es lo que realmente quería ella. Violet quería estar con el capitán James Phillips.

—Has vuelto a sonrojarte, niña —se rio Charlotte guiñándole un ojo.

Violet se abanicó con fuerza.

—El calor.

—¿Entonces puedo contar con ustedes para la pequeña excursión al campo?

Miró a su madre y juraría que casi la había visto levitar.

—Por supuesto —dijo Virginia con entusiasmo—. No nos lo perderíamos por nada del mundo.

Capítulo 6

Su madre había pensado que la pequeña casa de campo, como la denominaba Charlotte, tendría unas cuarenta habitaciones, y por supuesto, no se había equivocado.

Al llegar al camino principal que daba a la casa por una larga avenida de chopos, Sophie observó boquiabierta la casa de la familia Phillips que les esperaba al final del paseo.

—¿Y se supone que todo esto va a ser tuyo?

Violet la golpeó en la cabeza con el abanico.

—¡Violet! —la reprendió su madre— Sophie, deja de decir tonterías. Ni se te ocurra hablar de esa forma cuando estemos con los invitados.

—Sí, mamá —se rascó la cabeza como si todavía le doliera y finalmente le sacó la lengua a Violet quien la ignoró a conciencia. Nadie podía decir que no se la notara nerviosa. Pero solo ella sabía la enorme responsabilidad que caía sobre sus hombros. Pues no se había atrevido a decirle nada a su hermana menor acerca de los problemas económicos por los que pasaban la familia.

—En verdad es una casa muy hermosa, y qué paisajes.

Estaba cerca de Londres, en una encantadora localidad, pero lo suficientemente lejos como para poder disfrutar de la vida campestre sin estar perdida en medio de Devonshire.

—¿No os parece impresionante? —preguntó Sophie, asomando medio cuerpo por la ventana.

Su madre la agarró sin miramientos y la volvió a sentar a su lado.

—¿Os debo recordar lo importante que es esta visita?

Violet alzó una ceja y miró a su padre. Este no pudo evitar reírse, pero para no ser amonestado por su mujer la risa se convirtió en un ataque de tos.

—Por favor, Peter. —Le riñó su esposa.

Ahora su padre sonreía abiertamente se dirigió a sus dos soles.

—Es muy importante, hijas mías.

—Por supuesto, papá. —Violet se inclinó hacia delante y tomó la mano de su querido padre.

Lo miró con preocupación.

Últimamente su salud se estaba resintiendo y Violet empezaba a entender por qué. Los negocios no iban bien y seguramente ya debía tener un comprador para la finca de Escocia. Violet lloraba en silencio por las noches al pensar en el momento en que su padre tuviera que anunciar su situación. Una situación que si todo iba bien podría cambiar con aquella visita.

Hizo un mohín que se convirtió en una expresión de absoluta tristeza.

—Hija —su padre se inclinó hacia delante y ahora fue él quien le palmeó la mano—. Te divertirás.

—Por supuesto, papá —exclamó, intentando mostrarse más animada—. Y Sophie también, ¿verdad Sophie?

—Por supuesto —su hermana respiró hondo y miró el campo, embelesada—. Espero que tengan caballos.

—Oh, tienen muchos caballos.

—Entonces podría casarme con el capitán Phillips sin problemas.

Su madre la miró sorprendida y luego miró a su marido.

—No es en serio, mamá —le dijo con una expresión de terror en la cara—. No irás a casarme tan pronto, acabo de debutar. Casad a Violet.

—Claro —dijo la aludida con un deje de diversión—, así podrás tener a los equinos a tu entera disposición cuando vengas de visita.

—¿Qué visita?, si tienes caballos, me sacrificaré y viviré contigo.

Ambas hermanas se rieron con sus bromas y su madre suspiró, dejando claro que para ella no tenían remedio. Su padre, por el contrario, disfrutaba de que sus dos pequeñas se llevaran tan bien.

—Si el capitán Phillips, o cualquier caballero de la reunión no se interesa por vosotras dos, es que no entiendo nada de belleza, ni magnificencia.

Sophie dio un codazo a su hermana.

—¿Has oído? —se rio—, somos magníficas.

Violet también participó en las bromas, pero cuando la gran mole que era la casa del capitán Phillips se mostró en todo su esplendor, lo cierto es que su ánimo menguó un poco.

¿Cómo alguien como él iba a interesarse por ella?

***

—Bueno —suspiró James—, viene la familia Belford al completo.

Charlotte sonrió mientras tomaba un sorbo de su té.

—Por supuesto, me caen muy bien.

—No lo dudo.

Charlotte entrecerró los ojos observando a su hijo que a la vez miraba como se acercaba el carruaje.

—¿Debemos salir a recibirles como si fueran de la realeza?

Cuando su madre inclinó la cabeza hacia un lado fue para mirarlo con desaprobación.

—¿D verdad te has vuelto tan elitista? —dijo más seria—. Perdone capitán, quizás solo debería haber invitado a las familias más distinguidas de la nobleza. Aunque dudo que vinieran porque… ¿te recuerdo que carecemos de título?

James carraspeó y se acercó a su madre, pero antes de poder disculparse, ella volvió a atacar.

—¿Te sonrojas por la vergüenza de creerte superior a los Belford?

—Lo siento —dijo compungido y de verdad parecía estar avergonzado—. No soy mejor que los Belford, ni mucho menos. Mi mal humor es porque veo claramente tus intenciones.

—Si no las vieras, —dijo alzando la barbilla—, yo misma te las diría.

El descaro de su madre siempre le hacía sonreír.

A veces recordaba a su padre y se preguntaba como un hombre tan huraño, aunque de noble corazón, había podido cazar a una mujer como su madre.

—¿Entonces te caen bien las señoritas Belford?

James clavó sus ojos azules como el hielo en ella, y Charlotte desvió un segundo la mirada.

—Me caen bien los Belford, pero no es motivo para casarme.

Charlotte le sonrió con malicia.

—No quiero que te cases con todos ellos, solo con una de sus hijas.

—Qué graciosa eres, madre —le dijo James, acercándose a la pequeña mesa donde destacaba una bandeja de plata con las cartas que habían llegado esa mañana—. Mmm…

—Ese mmm, parece interesante. ¿Quién ha escrito? —preguntó la señora Phillips estirando el cuello, aunque desde el sillón donde estaba sentada, cerca de la ventana, no podía ver absolutamente nada—. No he tenido tiempo de mirarlas con el trajín de preparar la casa.

—Los Harris han enviado una nota asistirán —dijo James pasando las misivas, una tras otra— y Maggie Florence, también.

Los labios de Charlotte se curvaron en un mohín de disgusto.

—Olvidé invitarla, que suerte que mi hijo se haya acordado de extenderle la invitación.

—También a Edgard.

—Calor, como Edgard es barón. Dará prestigio a la fiesta.

—Esa lengua tan ácida… es reconfortante escucharla de buena mañana.

Charlotte sonrió ante la pulla, pero dejó de hacerlo al recordar que la señora Hopkins podría ser un gran inconveniente para sus planes.

—Por favor, no quiero que solo le prestes atención a Maggie. Prométemelo.

James la miró muy serio, pero finalmente asintió.

No entendía porque su madre, que siempre le había tenido mucho cariño a sus amigos, sobre todo a Maggie y a Edgard, ahora

no podía ni verla. No sería de extrañar si supiera que era su amante. La miró de nuevo con curiosidad. ¿Lo sabía?

Sí, supuso que sí, a su madre no se le escapaba nada.

—Señora —interrumpió el mayordomo, después de que le dieran permiso para entrar en el salón privado—. Los invitados ya empiezan a llegar.

James frunció el ceño.

—Que pronto —suspiró.

—Son los Belford —sonrió enigmática, aunque James ya sabía lo que se proponía—. Les dije que salieran a primera hora, porque temía que por la tarde lloviera.

—No lloverá —refunfuñó. Tenía muy claro que ese no era el motivo.

Lo que su madre quería es que las Belford estuvieran con ellos a solas antes de que llegaran los demás invitados. Antes de que llegara Maggie.

Después de un largo suspiró, la señora Phillips admitió.

—Está bien. Quería que fueran los primeros en llegar.

James se guardó de decir que ya lo sabía.

—¿Y para qué, si puede saberse? —Tampoco hacía falta que se lo explicara, pero las excusas de su madre siempre le habían parecido de lo más divertidas.

—Pues para hablar con ellos —dijo Charlotte, llanamente—. Después hay demasiada gente y ruido y me cuesta enterarme de las cosas.

James mantuvo la boca cerrada, no sería él quien dijera nada, aunque sabía perfectamente que a su madre no se le escapaba nada, con o sin gente alrededor.

Diez minutos después, James se comportó tal y como su madre le había inculcado de pequeño y eso era con total corrección.

Se paró junto a ella en el recibidor para acoger a los Belford. A ojos de James, el barón y su esposa eran gente muy callada, y al parecer sus hijas también. No obstante, James sabía que Violet

Belfort tenía una conversación interesante y no era para nada una cabeza hueca.

—Buenos días, señor Phillips.

La observó con detenimiento después de que los recién llegados saludaran a su madre y a él. Cuando la vio hacer una pequeña reverencia, él inclinó la cabeza y le sonrió con amabilidad.

—Señorita Belfort, es un placer volver a verla. —Se vio parpadeando algo confuso cuando a su mente acudió una gran verdad y es que Violet Belford también era muy hermosa. Sus cabellos rojos hacían resaltar su tez blanca, por no hablar de aquellos labios llenos y rosados.

La voz de su madre interrumpió cualquier conversación que pudiera iniciarse.

—Debe haber sido un viaje muy tedioso.

—Nada de eso —exclamó Sophie—, hemos podido disfrutar de un paisaje fantástico.

—¡Sophie! —la reprendió su madre al ver que había interrumpido a la señora Phillips.

—Lo siento —se mordió el labio inferior y no parecía nada compungida.

—No te preocupes, querida. Me encanta su entusiasmo juvenil —dijo Charlotte sonriendo e indicando con un gesto que la acompañaran al salón para que estuvieran más cómodos.

James se quedó algo rezagado, acompañando a la señorita Belford hacia el lugar donde su madre había ordenado que les trajeran algunos refrigerios.

Las mejillas de Violet se arrebolaron y la sonrisa de James se ensanchó.

Ninguno de los dos gestos pasó desapercibido para la señora Phillips, que durante toda la mañana estuvo pendiente de cada movimiento.

Su plan estaba funcionando. Esos dos solo tenían que conocerse mejor para que la chispa saltara.

Capítulo 7

Violet no podía decir que la comida con sus anfitriones no fuera memorable. Solo pudo reafirmar que Charlotte Phillips era una mujer, no solo bella, sino inteligente y muy perspicaz. Le gustaba hablar de literatura y se burlaba de aquellos que osaban reírse de sus gustos por las novelas. También entendía de política, aunque el tema de la guerra con Napoleón la afectaba directamente por la partida próxima de James, y nadie en la mesa quiso ahondar en ese asunto.

Por otro lado, pensó Violet, estaba James. Era todo un caballero, no únicamente apuesto, también instruido como pudo apreciar por su elocuente conversación filosófica. Además, para regocijo de Sophie, era un gran amante de los caballos. Eso hizo que se metiera a la menor de las Belford en el bolsillo, quien lo escuchó embelesada con cada palabra sobre potrillos y tordos.

—¿Me dejará montar uno?

Su madre suspiró al darse cuenta de que difícilmente podría refrenar la lengua de su hija pequeña todo el tiempo.

—Por supuesto —aseguró James, que enseguida miró a Violet —. Si les apetece, mañana podemos ir a dar un paseo. Tengo dos caballos preciosos que es muy probable que dos damas como ustedes encuentren de lo más apropiados.

Violet le sonrió agradecida, Sophie frunció el ceño.

—Caballos apropiados para damas, igual a aburrimiento —le susurró a su hermana que estaba sentada a su lado. Violet le dio una patada por debajo de la mesa.

La tarde pasó acompañada por el leve sonido del piano que su madre había obligado a Sophie a tocar. Para ese momento ya se habían unido a ellos algunos invitados más y para fortuna de la pequeña de los Beelford, todas quisieron lucirse por lo qu ella pudo escabullirse hacia la biblioteca, la cual la señora Phillips había abierto sus puertas para los invitados.

Algunos jugaron a cartas, como la propia Violet que formaba pareja con la señora Phillips. James también estaba en la mesa hasta que poco después de la segunda partida, el mayordomo entró anunciando la llegada de otro invitado.

—La señora Margaret Florence Hopkins.

James se levantó de inmediato de la silla y Violet se percató enseguida de su interés, al mismo tiempo que veía a Charlotte ocultar su disgusto.

Parpadeó y su cabecita juvenil supo entender el interés del capitán por estar con Maggie Florence, y el interés de la señora Phillips por separarlos.

Cuando la joven señora Hopkins entró con su vestido color burdeos y su sombrero ornamentado con perlas y plumas, Violet enarcó una ceja, quizás por la sorpresa o el rechazo al nido que llevaba en la cabeza. Y ese pensamiento cruel fue lo máximo que se permitió en contra de Maggie Florence, aunque de ningún modo admitió que sintió el leve pellizco de los celos.

Quizás la recién llegada tuviera poderes y supiera en que estaba pensando Violet, pues acto seguido de que la mirada de Maggie abandonara la de James, se centró en Violet.

Contuvo la respiración al ver sus ojos de hielo.

Entonces, supo que se había ganado una enemiga para siempre.

***

Los días que siguieron a la llegada de todos los invitados, fueron tan frenéticos, como divertidos. Violet los recordaría con el tiempo con mucho cariño.

Quedaron claros los bandos. Los que adoraban a Maggie, y quienes la detestaban.

Violet se posicionó rápidamente en el segundo. Olvidados los celos, era simplemente porque la mujer la detestaba y ella no podía hacer otra cosa que pagarle con la misma moneda.

Algunos invitados parecían haberse dado cuenta, de hechos todos lo que estaban lo suficientemente cerca como para escucharla.

—Tiene muy buen gusto para los sombreritos —le dijo Maggie una tarde mientras se sentaban a la mesa para jugar a las cartas—, lástima que este no le quede bien. —Hizo un mohín cuando Violet se limitó a alzar una ceja como si no entendiera como se había atrevido a hacer un comentario tan desagradable.

Algunas de las jóvenes que la acompañaban se rieron también, menos Sophie que se sentó a su lado y se limitó a mirar a Maggie como si quisiera arrancarle la cabeza.

—Están de moda las mujeres delgadas y altas —dijo poco después— pero yo creo que lo ideal es una mujer de buen comer —su mirada se centró en Violet—, con un cuerpo indique que no pasa hambre, como usted.

Más risitas, menos Violet y Sophie que la miraron con la boca abierta, hasta que su hermana se inclinó sobre su hombro.

—Te ha llamado vaca.

—Cállate, Sophie —dijo entre dientes mientras Maggie hablaba con otra invitada.

—Ella es una bruja cadavérica, recuérdalo si te afecta algo de lo que diga.

No era cierto, Maggie tenía un busto generoso y era redondeada en los lugares oportunos. Violet nunca se había considerado gorda, de hecho, sus pechos eran casi tan generosos como los de su enemiga, aunque si es cierto que ella tenía las caderas más anchas. Sin proponérselo sus manos alisaron unas arrugas inexistentes de su vestido a la altura de las caderas.

Quería aparentar que no, pero lo que dijera esa mujer la afectaba. Por supuesto.

Y la afectó más al darse cuenta de que esa misma lengua venenosa, la estaba utilizando para poner en su contra al señor Phillips.

A la siguiente mañana, después del desayuno cuando algunos invitados estaban en la biblioteca, Violet quiso acercarse al capitán Phillips para dedicarle una palabra amable, por supuesto, la viuda Hopkins no podía soportarlo.

—Señorita Belford —le dijo interceptándola—, me pidió que le recomendara un libro de la biblioteca, quizás pueda indicarle donde están las novelas…

—¿Novelas? —preguntó James.

—Sí —Maggie se tapó la boca con la mano enguantada como si sus gustos le parecieran ridículos—. No la juzgues, James. La señorita Belford es muy joven.

Solo dos años menos que tú, pensó Violet como si no pudiera entender esos ataques gratuitos.

—¿No le gustan las novelas? —El tono de Violet dejaba claro que empezaba a perder la paciencia con sus groserías.

—Son un tanto… vulgares.

—¿Vulgares? —se enojó Violet dejando escapar una risa seca —. Supongo que no todo el mundo puede entenderlas.

Maggie parpadeó confusa, sin comprender como esa muchacha insignificante podía responderle con semejante descaro. La miró por encima de la nariz.

—Creo tener suficiente inteligencia para entenderlas.

—No me diga que ha leído algunas —se fingió sorprendida Violet, solo para ponerla en evidencia—. ¿No acaba de asegurar que son vulgares?

—No todas.

—Ah, entiendo —se burló—. Pues, entre esas que no lo son, buscaré mi próxima lectura —acabó la frase perdiendo la sonrisa. Violet estaba harta y empezaba a pensar que, si James Phillips era amigo de esa mujer, eso no le hacía ningún favor—. Discúlpenme.

Miró a James y le dedicó una sonrisa fugaz.

—Si le gustan, no lo pregone por ahí. Hay quien piensa que son un poco superficiales.

Violet se detuvo y volvió a mirarla.

—Espero que no insinúe que la señora Phillips no tiene buen gusto para llenar su biblioteca.

Maggie abrió la boca ofendida, miró a James como si esperara que interviniera, y eso la ofendió todavía más porque él se limitó ver qué pasaba.

—¡Por supuesto que no he dicho eso!

James dio un paso imperceptible hacia delante y se posicionó entre ambas damas.

—Señoras, dudo haber visto un enfrentamiento tan apasionado por unos libros.

Violet se dio cuenta de que estaba muy cerca del capitán Phillips, se sonrojó de la cabeza a los pies, y al verla tan azorada, Maggie Florence rio con ganas.

—No se ruborice, señorita Belford. Estoy convencida de que el capitán solo intentaba interponerse entre ambas para que dejáramos la literata discusión. —La expresión de mofa malvada hizo que Violet apretara los labios—. No pretendía nada indecoroso con usted. ¿Verdad que no, James?

—Maggie —la reprendió James, al ver sus insinuaciones.

Pero ella no le hizo caso.

—¿Como iba a serlo?, usted está muy lejos de su interés.

—Creo que ya es suficiente —dijo James, cada vez más molesto.

Violet no pudo menos que susurrar una disculpa y salir de allí.

Después de esa tarde, había decidido que ella misma iba a encabezar la categoría de: Odio a la señora Hopkins.

Capítulo 8

Durante aquellos días en la casa de los Phillips, Violet se había relacionado con gente muy interesante. Por desgracia no había muchos hombres solteros, algo que estaba segura de que Charlotte había hecho adrede.

A pesar de las burlas de Maggie Florence, Violet se lo había pasado en grande consultando algunos libros de la biblioteca de la señora Phillips. No solo tenía novelas, sino muchos libros de filosofía y de botánica. Pero los que más le gustaban eran los atlas dignos de estar en un museo. Esa noche, después de la cena y mientras algunas damas estaban demostrando su talento al piano, Violet se escabulló hacia la biblioteca.

Le había prometido a su hermana encontrar un libro de doma clásica que había visto entre los volúmenes más antiguos. La biblioteca de los Phillips era espléndida por lo que no se sorprendió al encontrar *L'ecole de cavalerie*, de François Robichon de Guérinière. Con lo mucho que el capitán amaba a los caballos, no le extrañaría lo más mínimo que él mismo hubiera conservado como oro una edición tan antigua. En ella se detallaba el entrenamiento de los caballos y ponía las bases a la doma clásica. Por supuesto para consultar tal volumen le había pedido permiso a la señora Phillips, aunque ahora dudaba si no debería habérselo pedido al capitán.

Apretó los labios e hizo un mohín descartando la idea. Con la señora Hopkins a su alrededor, se hacía bastante difícil poder hablar con él.

Después de entrar, suspiró. Recordó la primera vez que había visto semejante sala con dos pisos de altura. Nave alargada y unas barandillas superiores ornamentadas con figuras mitológicas. Todo allí era mágico. Ese lugar era más hermoso de lo que había imaginado. Las altas paredes estaban revestidas de estantes de madera oscura, varios de ellos con puertas de vidrio para guardar los libros más antiguos y delicados. La enorme estructura se elevaba

hasta que techo de la segunda altura y empezaba a inclinarse en una bóveda magnífica con unos frescos que nada tenían que envidiar a ningún palacio o iglesia renacentista.

Caminó entre los centenares de ejemplares encuadernados en cuero desde los que se podía acceder por una escalera lateral que conducía a un pequeño pasillo también de madera, suspendido a tres metros de altura, al final de este, otra escalera subía al siguiente nivel.

Desde abajo, Violet miraba todo con fascinación. Se sentía como en un cuento de hadas. Habían dejado candelabros con velas encendidas y el resplandor dorado confería a la estancia un ambiente de otro mundo.

Soltó una risita sin poder contenerse.

Había dejado la gran puerta de la entrada abierta y se encaminó hacia el amplio escritorio de caoba, a un lado de la estancia. Frente a él, había dos amplios sillones de terciopelo y al fondo, una enorme chimenea de mármol apagada, con un impresionante reloj de oro sobre su repisa, rodeando la esfera con una escultura de Dafne transformándose en árbol. Acarició un sillón mientras posaba sus ojos en el libro que descansaba en la mesa.

Sueño de una noche de verano, de William Shakespeare. Sin duda, lady Phillips tenía muy buen gusto.

Los libros estaban ordenados por colecciones, los había desde grandes tomos de literatura clásica pasando por tratados militares hasta novelas más amenas. Caminó hacia su derecha donde encontró lo que buscaba. Cogió un libro sobre anatomía del caballo y lo ojeó.

Justo en ese momento, oyó un carraspeo tras ella, y se dio la vuelta con rapidez, llevándose una mano al corazón, cayéndosele el tomo al suelo.

James se quedó quieto frente a ella, quizás más cerca de lo que permitía el decoro.

—Capitán, me ha asuntado.

Se llevó una mano al corazón y enseguida se agachó para recoger el libro, pero él también lo hizo, por lo que ambos se

quedaron de cuclillas mirándose a los ojos. Por un instante, sus manos se rozaron de forma accidental.

No llevaba guantes.

Cuando sus miradas quedaron en suspenso, ella se sonrojó al percatarse de que se había quitado los guantes antes de entrar en el lugar.

James se incorporó de inmediato con el libro entre las manos al sentir como el calor lo inundaba.

—Discúlpeme, no era mi intención asustarla.

Ella asintió para después soltar una risa nerviosa que provocó una sonrisa en el apuesto rostro de James.

Le ofreció el libro que ella tomó con cuidado de no volver a tocarle. Los dos pusieron algo de distancia.

—Oh, no se disculpe, está usted en su casa —se sonrojó aún más, cuando lo vio sonreír—. Soy yo la intrusa, que ha entrado en su biblioteca, a hurtadillas y…

—Es usted libre de visitar este lugar cuantas veces le plazca, señorita Belford —la interrumpió.

—Su madre me dio permiso para hacerlo, y aún así creo que este es más su territorio. Hay muchos libros sobre caballos y el escritorio se usa con frecuencia —dijo señalándolo con la barbilla y revelando que no solo había visto el libro que seguramente era de su madre, sino también las cartas y documentos escritos del puño y letra de James.

—Me ha cazado, señorita Belford —dijo juntando las manos a la espalda e inclinándose un poco más hacia ella—. Es mi lugar favorito de la casa, después de las caballerizas, por supuesto.

Ella le sonrió jugueteando con el lomo del libro.

—Puede llamarme Violet, si gusta.

Hubo un profundo silencio mientras los ojos azules de ese hombre parecían querer mirar en su interior, pero finalmente solo pronunció una palabra.

—Violet.

Fue la forma en que pronunció su nombre, que provocó en la joven que se le calentara el rostro hasta que hizo el intento de

abanicarse con su propia mano. La dejó caer de golpe, sintiéndose estúpida.

El capitán soltó una risita.

—Ahora que lo pienso, no es muy decoroso que… —logró decir, poniéndose los dedos en la cara, de forma inconsciente, y haciendo que él soltara una risa ronca.

—¿La llame por su nombre? —convino—. Quizás no, pero siempre que lo hagamos cuando nadie nos escucha…

A Violet tampoco le pareció muy buena idea, ¿la reprendería su madre? Probablemente sí. ¿Le importaría? Seguramente, ni lo más mínimo.

—De acuerdo.

La sonrisa de Violet fue tan radiante que James tuvo que carraspear y alejarse para no caer completamente bajo su embrujo.

—Dígame, ¿buscaba algo en particular? —le preguntó dándole la espalda.

Vio a James caminar, mirando hacia el techo, observando la biblioteca.

—Uno de doma clásica para mi hermana.

Él se volvió de inmediato, contento de ser un experto en el tema.

Extendió el brazo y le ofreció la mano.

—Venga.

A pesar de que no llevaba guantes no lo dudó y James tiró de ella hasta que subieron la escalera hacia el primer piso.

—Están aquí.

Cuando se pararon frente a la estantería en cuestión, habían recorrido medio pasillo del nivel superior y la espalda baja de Violet quedó apoyada contra la barandilla cuando alzó la cabeza para que él subiera por la escalerilla de madera y le ofreciera algunos libros. Para hacerlo, le había tenido que soltar la mano y ella la extendió varias veces como si notara su ausencia y no quisiera olvidar su calor.

—¿Los ha leído todos?

—Me gustaría tener tiempo para leerlos todos, pero me temo que es prácticamente imposible —se lamentó.

—Es lógico, sus obligaciones no se lo permitirán —tragó saliva al darse cuenta de que él volvía a estar muy cerca. El pasillo era estrecho y el cuerpo de James desprendía un calor de lo más agradable. O quizás fuera su aroma a sándalo. Suspiró como si recuperara el hilo de la conversación—, y hay tantos que…

—Nunca son suficientes —respondió James, mirándola demasiado cerca.

En ese momento, algo cambió en él. Violet lo notó y desde luego James se dio cuenta de que las sospechas que tenía sobre Violet Belford eran totalmente ciertas. Era una mujer embriagadora.

Sí, por supuesto ya se había dado cuenta antes de que era una mujer hermosa, pero en ese momento se lo pareció aún más. Llevaba un vestido verde claro, a juego con sus ojos. Su figura era esbelta, y la piel blanca como la luna, salpicada con algunas pecas sobre el puente de su nariz. James quiso alzar la mano para poder tocarlas, acariciarle las mejillas, hundir la mano en los mechones rojizos de su abundante cabellera.

¡Oh! ¿Cómo sería tenerla desnuda en su cama, con aquellos sedosos cabellos cubriendo su cuerpo?

—¿Ocurre algo? —carraspeó ella tocándose el cabello como si de repente pensara que se le había desecho el recogido.

—No, no —se apresuró a decir James—. Solo que el tono de sus cabellos… —se atrevió a tomar un mechón entre sus dedos y a Violet por poco se le para el corazón—. Es de un rojo más oscuro a la luz de las lámparas.

Las sombras parecían bailar sobre ellos.

—Gracias por los libros —dijo Violet. Pero era incapaz de dejarlo marchar tan pronto.

—No hay de qué.

—¿Ha venido en busca de algún libro en concreto? —se apresuró a preguntar Violet.—. Me gustaría conocer sus gustos.

Echó un vistazo hacia el gran ventanal y nerviosa se tocó el pelo. James ya no sostenía su mechón entre los dedos, pero ese gesto íntimo aún planeaba en sus mentes.

Escuchó voces fuera. Algunos invitados disfrutaban del aire fresco, por lo que no había peligro de que se les reprochara el estar

a solas. Los dos eran visibles desde cualquier ángulo de la biblioteca. De hecho, Violet no dudaba que pronto aparecerían las otras damas a reclamar su presencia para un baile o una partida de cartas, al fin y al cabo, era el anfitrión y la pieza más codiciada de las matronas.

—Hay aquí algunos tomos sobre la historia militar de la antigua Roma que me interesan bastante.

—Por supuesto —Violet volvió a mirarlo, pero se encaminó hacia la escalera para descender a la planta baja.

James fue tras ella, admirando su estrecha figura y cada curva de su cuerpo que fuera digna de admirar. Y eran muchas.

—¿En que sección está ese libro?

—Oh, allí —se inclinó sobre su hombro y le señaló otra sección de la biblioteca.

Ahora el calor que desprendía el cuerpo de James, lo notaba en su espalda. Era muy agradable pensó ella.

—Pero no he venido a por un libro. Sino a encontrarme con usted —le confesó James.

Violet parpadeó y paró el descenso que había empezado. Se volvió y su cabeza quedaba a la altura de su abdomen. Juraría que James se había ruborizado, pero en aquella parte la escalera estaba mal iluminada.

Un carraspeo.

—Por favor, señorita Bel… Violet. Continúe.

—Oh, por supuesto.

Ella miró al frente y volvió a tomar las faldas del vestido para no tropezar. Al llegar abajo se volvió de nuevo hacia él para escuchar la explicación que le debía.

—¿Por qué ha venido a buscarme?

Él se lamió los labios que tenía resecos. El rubor de las mejillas de Violet a juego con sus cabellos le resultó de lo más encantador.

Ella esperó a que le explicara el motivo por el cual estaba en ese lugar. Lo que dijo a continuación, la dejó perpleja.

—Verá, quería disculparme —James había inclinado la cabeza en un gesto encantador y ahora la miraba con fijeza esperando su reacción.

—¿Usted? ¿Conmigo? —parpadeó— ¿Por qué haría tal cosa?

—Lamento muchísimo las palabras tan inapropiadas que le ha dedicado Maggie esta mañana.

—Oh… yo no…

Maldición, ¿las había escuchado? Suspiró.

Maggie Florence había vuelto a meterse con ella, esta vez con sus caderas anchas y su papada. ¡Ella no tenía papada! Pero claramente había querido dejar constancia a cualquiera que estuviera en el salón que Violet tenía sobrepeso.

Se llevó la mano a las mejillas, como si allí pretendiera encontrar una gran cantidad de grasa excesiva bajo la piel.

—Violet, es usted preciosa.

Ella alzó la cabeza como si le hubieran dado un latigazo.

Parpadeó confusa.

—Yo… ¿qué?

James no se burló de su estupor, de hecho, la expresión dulce y de sincera sorpresa le pareció sublime.

—Cualquier hombre en su sano juicio, caería rendido a sus pies.

Estupefacta, tenía la boca abierta. Al darse cuenta de ese gesto tan inapropiado, la cerró y carraspeó.

—Gracias por el halago, capitán.

—Únicamente estoy siendo sincero. —Le guiñó un ojo y ella se sonrojó todavía más—. Y si yo puedo llamarla Violet, usted debería llamarme James.

Toda la sangre se le subió al rostro y se vio incapaz de poder hacerlo.

—Ja… James —carraspeó y la risa del capitán acompañó ese sonido.

Hubo un momento de silencio, durante el cual ambos se miraron a los ojos.

Algo descubrió Violet en la mirada de James, normalmente azul y fría, que le pareció cálido. Sintió algo en el estómago, como si se hubiese tragado una mariposa y esta revoloteara en su interior, intentando escapar. Creyó que era lo normal, pues era tan guapo, que cualquier mujer se quedaría sin aliento en su presencia.

—Bueno, pues se lo agradezco —sonrió, nerviosa y por instinto dio un paso hacia atrás, saliendo de las sombras que proyectaba la escalera de madera—. Acabo de recordar que mi hermana está esperando… este libro. Bueno, no era este… pero eso no importa. Gracias por su amabilidad y su tiempo, capitán…

—James.

Violet fue consciente de lo cerca que estaba, de que las mariposas de su estómago ya no revoloteaban, sino que estaban dando furiosas mordidas. Era incapaz de controlar el temblor de sus manos y su respiración agitada le estaba indicando claramente por qué una mujer no podía estar a solas con un hombre y menos en una biblioteca de noche.

La cabeza de James se inclinó hacia ella y los ojos de Violet se abrieron como platos al notar como tomaba su barbilla entre el dedo índice y el pulgar.

¡Iba a besarla!

No, no, no, no… Oh, bueno. No sé. Pensó Violet.

¿Eso significaba que le gustaba, que quizás entre los dos podría existir algo más?

¡SEÑOR! ¿Acaso no sería la solución a todos sus problemas?

James dio un paso hacia ella y sintió el momento exacto en el que el cervatillo quiso correr por su vida.

No iba a perseguirla. Asintió con un leve movimiento de cabeza y Violet se volvió veloz para escapar.

Se había olvidado de su torpeza, algo que sabía que jamás debía hacer.

Dio una gran zancada alzándose los bajos del vestido para salir corriendo. No vio venir la escalerilla de madera, o más bien, no se dio cuenta de que corrió hacia ella hasta que su frente protestó con el impacto.

Se tambaleó hacia atrás aturdida y cayó entre los brazos de James.

—¡Violet!

Los libros se desparramaron por el suelo.

James, ágil, la había cazado al vuelo. Ahora la sostenía entre sus brazos, haciendo que la pobre cabeza de Violet se pegara contra

su pecho.

Violet gimió por el bochorno, al darse cuenta de lo inapropiado de la escena. Pegó las palmas de sus manos en su pecho y notó su calor, su respiración, incluso percibió el latir acelerado del corazón de James.

¡Cielo Santo! Pensó, echando un vistazo hacia el ventanal para asegurarse de que nadie los había visto.

—¿Está bien? —preguntó James preocupado—. Te has dado un buen golpe.

Violet se llevó una mano a la frente y horrorizada lo miró comprendiendo que era muy probable que le saliera un chichón. Intentó no llorar.

—Violet —James la acunó entre sus brazos e intentó incorporarla.

Ella no podía moverse. Ni siquiera podía temblar, mucho menos responder.

Las fuertes manos de James le acariciaban sutilmente las mejillas. Con el dedo índice le apartó un mechón rebelde de la frente. Una vez más, ambas miradas quedaron cosidas, y los labios y los cuerpos a una distancia muy poco decorosa.

Justo en ese momento, su madre, la señora Belford, entró por la puerta.

—¡Violet! —exclamó— ¿Estás bien?

—Se ha dado un buen golpe —dijo James aun sosteniéndola para que no se cayera.

De pronto, su corazón se había acelerado y en esos momentos no era capaz de determinar si era por la interrupción de lady Belford, o por los labios rojos y carnosos de Violet, que habían estado demasiado cerca, siendo demasiado tentadores.

—Oh, hijo —Charlotte también acudió a su lado—. Lo hemos visto todo desde el jardín.

James apretó los labios y fue muy consciente de que su madre simplemente acababa de decirle que lo estaba espiando.

—¿De veras? —susurró.

—Sí —dijo en el mismo tono bajo la señora Phillips cuando Virginia tomó a su hija del brazo y la apartó de James para

examinarla—. Con lo bien que iba todo.

El resoplido del capitán fue audible para todas, pero enseguida se recompuso, incluso después de escuchar reír a su madre.

—Vamos, queridas. Sentémonos un momento y demos gracias de que no ha pasado nada malo.

Virginia asistió muy preocupada, tocando le frente de su hija.

—Sí, demos gracias a Dios.

James se quedó allí de pie mirando con cierta preocupación a Violet, pero seguro de que no era nada grave. Lo que si era grave fue la mirada de satisfacción de su madre, al ver el interés que despertaba la señorita Belford en él.

—Que Dios nos asista —murmuró entre dientes.

Pero si James hubiera mirado hacia las puertas acristaladas que daban al jardín se hubiera dado cuenta de que su madre, era el menor de sus problemas.

Afuera, Maggie Florence había estado viendo toda la escena. Su semblante era sombrío y su mirada fija en James no la tranquilizó lo más mínimo. Tuvo muy claro que había encontrado a una rival mucho más poderosa de lo que había creído en un principio.

James sentía algo por aquella mosquita muerta, y no lo iba a permitir.

Ni hablar.

Capítulo 9

Entre la señora Hopkins y el señor Phillips, ocurría algo. Y ocurrió algo más después de aquel momento en la biblioteca. De eso Violet estaba segura.

Maggie la miraba con más desdén que antes, pero paradójicamente de su boca no había vuelto a salir ninguna palabra hostil en contra de su persona, algo que sin duda ella adjudicaba a una conversación con un enfadado señor Phillips. Ra lógico pensarlo, ya que esa actitud había hecho que él tuviera que disculparse.

Aquella noche en la cena, Maggie se sentaba junto a James que ocupaba la cabecera de la mesa. Quizás por intervención de Charlotte, Violet se sentaba también a su lado, frente a Maggie.

La cena hubiera sido una auténtica tortura sino fuera porque Edgard Hawke, hijo del barón de Evermere y amigo íntimo de James. Al parecer se habían conocido en la academia militar, pues él también había llegado al cargo de capitán, no obstante, su padre había decidido pronto otra cosa.

—Entonces, señorita Belford —dijo Edgard—, cuando empezaba a estar cómodo en el ejército, mi padre decidió que no podía vivir sin mí y me obligó a mudarme a su tétrica casa donde me enseña todo lo necesario para heredar el título cuando el fallezca, ojalá tarde.

Violet apretó los labios par ano echarse a reír. Dicho así, ella solo pudo pensar que Edgard estaría encantado de que su padre pasara a mejor vida, más bien pronto.

El señor Hawke resultó ser mucho más encantador de lo que hubiera creído posible, y lo cierto es que ni siquiera notó las miradas de la señora Hopkins que pretendían asesinarla como si fueran cuchillos afilados.

Comprendió al rato que ellos tres se conocían de toda la vida, y que a Maggie tampoco le gustaba compartir la atención de Edgard con ella.

Que lástima, se encogió de hombros disfrutando de las aventuras que contaba Edgard de cuando eran pequeños. Al parecer Maggie no siempre había sido una arpía, quien lo diría.

—¿Entonces te quedarás a vivir con tu padre? —preguntó Maggie. Luego miró a Violet y dirigiéndose a ella, dijo—. Su padre tiene una baronía y un ruinoso castillo en Windermere. Es muy bonito. Además, Edgard es más rico que yo, una presa fácil para una cazafortunas.

—Maggie —Edgard la miró como si no comprendiera esa actitud y dejó la copa con más fuerza de la necesaria mientras la miraba a los ojos—. ¿Has olvidado tus modales en uno de esos ridículos sombreros que usas? —preguntó anonadado.

Para estupefacción, la de Maggie que lo miró como si la hubiera traicionado.

—No me hables así.

—Pues compórtate —le dijo a su vez James.

Violet no era malvada, pero no pudo menos que sentir cierto regocijo después de apreciar la reprimenda de los dos hombres hacia Maggie.

La odiaba, y sin duda había esperado que sus amigos de toda la vida también la odiaran.

Mala suerte.

Maggie estuvo bastante callada durante el resto de la cena y Edgard fue encantador y muy divertido mientras interactuaba con James a quien tenía un cariño fraternal muy acusado.

Después de la cena, muchos se retiraron al salón, incluidos los tres amigos.

Al rato, parecía que James ya hubiera perdonado a Maggie, y por la delicadeza con que la trataba Edgard, él también la había perdonado.

Fue evidente, mientras avanzaba la noche que las miradas de James con esa mujer eran algo más que amistad. Nada nuevo, pues ya había sospechado que eran amantes.

Aquellas miradas ya las había visto antes, no eran simple galantería por parte de él, era un crudo deseo. Y después de haber

estado a punto de besarla, las emociones que sentía no eran nada agradables.

Estaba celosa.

Sí, sin más.

Desde cuando le interesaba tanto el señor Phillips, más allá de ser un simple buen partido para enderezar la solvencia económica de la familia, lo desconocía. O quizás, sí lo sabía, pero no quería pensar en ello, porque no estaba preparada para darse cuenta de que todo aquello no iría a ninguna parte. Algo que quedaba muy claro cuando los veía juntos.

No es que Violet supiera mucho de esas cosas, pero algo había visto y oído. La servidumbre hablaba y a Violet le gustaba escuchar.

Eran amantes.

No había otra posibilidad al ver la familiaridad con que se trataban cuando se quedaban a solas, o creían que nadie los veía.

¿Por qué no? Maggie era una viuda, una muy rica que no necesitaba darle explicaciones a nadie. Se había casado con un hombre mucho mayor que ella, además estaba enfermo, lo que quiso decir que en dos años de matrimonio no hubo hijos, pero sí una defunción, más o menos inesperada que la dejó en una muy buena posición y con dinero suficiente para no depender de nadie.

Violet suspiró. A ella también le gustaría no depender de nadie. Y por eso tenía un plan.

Aprovechar cada oportunidad para encontrar marido. Lamentablemente el número de invitados en aquella escapada, era reducido, y no es que abundaran los caballeros solteros. Miró a Edgard y sonrió, era realmente encantador, pero Violet era demasiado observadora y por el modo que el señor Hawk miraba a Maggie, igual siempre tendría una sombra sobre ellos. ¿Sería posible que Edgard Hawk estuviera enamorado de Maggi Florence?

Como si quisiera revelarse la respuesta de aquella pregunta, el pobre señor Hawk puso una mirada triste y apenada cuando Maggie se rio de una bromad de James.

Violet sintió pena por él.

Le daba en la nariz que Edgard si era de los hombres correctos que se casaban, quizás había tenido esperanzas después del fallecimiento del esposo de Maggie, de poder convertirla en su esposa, pero ella no parecía estar por la labor de sentar cabeza, no al menos ahora que mantenía una amistad con James. Aunque, las malas lenguas decían que no se iba a casar pronto, no por libertino, que lo era… al menos un poco —toda esa información procedía de su encantador y chismoso servicio—, sino porque tenía otros planes y esos planes eran la guerra.

Se decía que ya tenían fecha de partida hacia España y el capitán no iba a quedarse de brazos cruzados. Por supuesto que estaba mal visto que decidiera divertirse con la señora Hopkins antes de su partida, pero quien era Violet para juzgar a nadie, y más cuando lo que tenía en mente hacer era mucho más terrible que tener un amante, y eso era… tener un marido. O, mejor dicho, conseguirlo a como diera lugar. Su familia dependía de ello y no iba a fallar.

Mientras avanzaba la velada, Maggie salió del salón hacia una dirección incierta mientras James la observaba con disimulo.

Sí, ahí había intenciones deshonrosas, pensó Violet.

Cuando Maggie volvió a entrar se llevó una nota al escote y con el mismo disimulo fallido miró a James, guiñándole un ojo.

No supo qué palabras llevarían escritas esa nota, pero estaba claro quiénes eran destinatario y remitente.

Violet hubiera dado cualquier cosa por saber qué quería decirle el capitán. ¿Una nota romántica tal vez? Desde luego no una proposición de matrimonio.

Mientras jugaban a las cartas, Maggie había dejado claro que no se volvería a casar.

—¿Y para qué hacerlo, señora Hopkins? —le había dicho la madre de James.

Charlotte la había mirado a ella, a Violet, como si quisiera decirle algo. Algo muy parecido a… *no es competencia, querida.*

Pero después pensó que serían solo imaginaciones suyas. No querría Charlotte Phillips que se casara con su hijo, ¿verdad?

—¿Por qué no vamos a la sala de música? —propuso lady Charlotte cuando terminaron la partida—. Creo que hay algunas jóvenes que quisieran demostrar sus habilidades al piano. Quizás tocar, o cantar a dúo.

Hubo entusiasmo por parte de algunos, pero a otros les fue del todo indiferente, como a James, que miró de nuevo a Maggie antes de salir de la sala.

La estancia se fue vaciando hasta que Maggie se quedó atrás.

Violet salió por la puerta, pero fingió que se le había salido un zapato. Con disimulo, cuando todos hubieron abandonado la habitación, asomó la cabeza por la puerta y vio como Maggie sacaba la nota de su escote para acto seguido partirla por la mitad y tirarla al fuego sin tan siquiera romperá, debido a su pequeño tamaño.

Para Maggie, Violet debía ser insignificante, pues ni siquiera la miró al salir y encontrársela arreglándose el dobladillo del vestido.

Al incorporarse, Violet corrió hacia la chimenea, con tan buena suerte que el papel seguía intacto, partido en dos trozos sobre un tronco sin consumir. Miró hacia la puerta entreabierta y al alzarse, se volvió para que nadie que pasara por delante se diera cuenta de qué estaba haciendo.

Juntó los trozos, pero no habría sido necesario, pues cada una de las frases quedaron en uno de los fragmentos.

Esta noche, a las tres. Cuando todos duerman, en la biblioteca.

Violet alzó la vista hacia la ventana y se le cortó la respiración al confirmar que aquellos dos tenían una cita clandestina.

Notó un pellizco en el corazón y con un carraspeó desechó enseguida todo estado de melancolía que pudiera provocarle la confirmación de que James y Maggie Florence fueran amantes.

La velada pasó sin sobresaltos, y Violet admitiría que se divirtió a pesar de que su atención estaba inequívocamente puesta sobre el capitán Phillips y la señora Hopkins. Curiosamente los dos mantenían las distancias, pero Violet se dio cuenta que no querían dar pie a habladurías.

Como siempre Charlotte Phillips la entretuvo con anécdotas de toda índole. Le gustaba escucharla hablar de su vida y de todo lo que conocía, y obviamente la anfitriona la complacía. Violet empezó a pensar que si en verdad el capitán fuera una opción se sentiría muy orgullosa de decir que Charlotte era su suegra. No había conocido a ninguna mujer más interesante. Su presencia hacía que se lo pasara bien en cualquier circunstancia, no así su hermana Sophie que contaba los minutos para retirarse a su habitación para leer y que no se viera como un insulto hacia los anfitriones. Para su gran alegría su madre no tardó mucho en hablar con ellas.

—Podéis retiraros —dijo Virginia en un ataque de compasión.

Violet rio al ver la cara de alivio de su hermana menor, seguidamente la tomó por el brazo y se despidieron educadamente de los invitados. Ya en la escalera que accedía a las habitaciones, ambas se rieron de las anécdotas del día.

Al subir varios peldaños, Violet se dio cuenta de que alguien las seguía. Se volvió para encontrarse con la mirada vacía de su padre. Pasó a su lado sin verla.

—Papá, ¿ocurre algo? —Violet soltó a su hermana del brazo y descendió dos peldaños hasta que él se paró desconcertado al verla ahí—. ¿Papá?

Parpadeó confuso.

—Hija… no, no —forzó una sonrisa—. No es nada, Violet —le palmeó la mano y sonrió sin mucho entusiasmo—. Id a descansar.

En ese momento, James salió del que debía ser su despacho. La luz de la lámpara que había dejado encendida iluminó parte de la alfombra del pasillo.

—Señor Belford, le estaba esperando —le dijo James a su padre—¿quería hablar conmigo?

—Sí, sí. —Peter Belford se dio la vuelta y bajó los pocos peldaños que los separaban.

James hizo un gesto con la mano invitándole a pasar, luego al sentirse observado, se detuvo unos segundos para atrapar la mirada de Violet que se obligó a saludarle con un ligero movimiento de cabeza, él hizo lo mismo, antes de entrar en su despacho y cerrar la puerta tras de sí.

Violet se quedó quieta, ahí de pie aún con la imagen del capitán Phillips en su retina. Nunca había conocido a un noble con los brazos tan fuertes y hombros tan anchos.

Se molestó porque las mariposas de su estómago estuvieran otra vez inquietas.

—Violet.

La voz de su hermana Sophie era la de una mujer que acababa de ver un fantasma.

—¿Qué?

—¿Has visto cómo te ha mirado?

—¿Qué? —Violet parpadeó sin comprender— ¿Cómo me ha mirado?

La risita de Sophie fue acompañada de un pellizco en la manga de su vestido que la hizo despertar.

—Creo que le gustas.

Violet miró la puerta cerrada y después a su hermana.

—¡Sophie! —le dio un manotazo en el brazo para que se dejara de tonterías—. Solo se ha despedido con un asentimiento de cabeza.

—Sí, de mí también se ha despedido, pero ni por asomo me ha mirado así.

Violet respiró hondo antes de permitir que los nervios hicieran temblar sus manos y que alzara el mentón para reprender a su hermana.

—¿Sophie?

—¿Sí?

—Ve a descansar.

Los ojos de Sophie se entrecerraron.

—Tienes esa mirada.

—No sé a que te refieres.

Pero lejos de dejarlo estar, Sophie se rio de ella.

—Ya sabes, esa de he tomado una decisión y voy a por ello.

—No tengo una mirada así.

Sophie sabía que eso no era cierto. Su hermana tenía algo en mente y muy probablemente tuviera algo que ver con el capitán

Phillips y el semblante pálido de su padre. Sea como fuere, entendía que Violet prefería ocuparse de lo que fuera ella sola.

—¿Estarás bien?

—Por supuesto —contestó Violet—. Ve a terminar tu libro.

Al asegurarse que su hermana había desaparecido en lo alto de las escaleras se escabulló hacia la entrada. Debía tener cuidado, de que nadie la vería. Los invitados estaban ya en sus habitaciones, y los que no, seguían en la sala de música cuyas ventanas daban a la otra parte de la casa. ¿Quién podría verla? ¿Los mozos de cuadras? Estaban demasiado lejos, y si alguien la veía espiar, diría que había sufrido un desmayo.

Violet se escabulló fuera de la casa. La temperatura era agradable. Pegada a la pared pasó con cuidado frente a varias ventanas entrecerradas. Había luz en todas ellas, pero tenía un objetivo concreto.

Se llenó los zapatos de barro al localizar el punto exacto donde quería estar, bajo la ventana del despacho del capitán Phillips.

¿Qué tan importante era el tema a tratar que había dejado con aquella cara a su pobre padre?

Apretó los labios y se inclinó para perder altura. Avanzó cerca de la pared hasta agacharse por fin bajo la ventana del despacho, después de cerciorarse de que eran sus voces las que escuchaba. Sonaban amortiguadas, pero era junio y al no llover el buen capitán había entreabierto la ventana.

Podía escuchar la conversación desde allí.

—No pensé que la situación fuera tan grave.

—En verdad lo es. —Su padre habló con un timbre de voz más agudo de lo normal y se dispuso a carraspear—. Me temo que no puedo dar la culpa a nadie. Es solo mía. Una mala inversión.

—Todos podemos sufrir un bache —dijo el capitán, comprensivo.

—Sí, pero me temo que es mucho más que eso —carraspeó de nuevo—, con ello no quiero darle lástima, ni mucho menos. Soy consciente de mis deudas, las cuales pagaré de inmediato, como caballero que soy, pero para ello debo renunciar a la casa de Londres.

Hubo unos segundos de silencio y Violet pensó que era porque James estaba realmente sorprendido de todo aquello, y ella también, ¿qué querría de él su padre?

—Sé que busca un piso de soltero más amplio y en verdad he pensado que sería un buen comprador para la casa.

Ahí estaba el motivo.

Violet se abrazó las rodillas con los brazos mientras sentía como la pena la embargaba. Su casa de Londres vendida, y solo era el principio. No le tenía ningún apego a aquella propiedad, pero si luego iba la de las Tierras Altas...

Tragó saliva al sentir como el nudo de su garganta no desaparecía.

—Es cierto, señor Belford que deseaba adquirir una nueva propiedad, y más siendo esta cercana a la de mi madre… pero las circunstancias actuales me han hecho cambiar de opinión.

—Entiendo. —¿Y entendía? Al parecer sí, porque añadió—. El momento que vivimos es delicado y solo espero que vuelva sano y salvo de la gran empresa en la que va a embarcarse.

Así pues, era cierto. El capitán James Phillips se iba a España, y al parecer su partida era inminente.

—Solo me quedaré dos semanas más a lo sumo.

¡Vaya! ¡Dos semanas!

—Lamento haberle importunado…

—Todo lo contrario, me alegra que haya pensado en mí, señor Belford —dijo James con amabilidad—. No puedo menos que sentir respeto por los hombres que pagan sus deudas y estaré encantado de escribirle a algún amigo que pueda estar interesado con la casa.

—Oh, se lo agradecería mucho. Tenemos intención de venderla de inmediato.

Violet tragó saliva.

De inmediato. Eso era tener mucha prisa, y mucha preocupación.

La situación debía ser apremiante si su padre estaba así de desesperado.

—Hoy mismo redactaré esas cartas, y espero que la situación se solucione.

—Yo también, por supuesto la prisa es porque no quisiera renunciar a la dote de mis hijas, aunque modesta, yo creo que ellas son un premio en sí mismas.

—Por supuesto.

Por supuesto era la respuesta de un hombre dispuesto a salir del paso como fuera. Violet cerró los ojos apenada. Era evidente que el capitán Phillips no tenía interés alguno en ninguna de ellas. Al fin y al cabo, se marcharía en menos de dos semanas.

Si se casara, su esposa quedaría sola en una casa vacía, bien cuidada por su nombre y su… riqueza. Pero sin un marido que la importunara…

Violet abrió los ojos, mirando al frente. La noche se extendía ante ella. Parpadeó y sintió como el nudo de la garganta bajaba hasta el corazón y se lo estrujaba en un puño.

—No, Violet —se reprendió—. No pienses en esas maldades.

Pero a situación desesperada, medidas desesperas.

Capítulo 10

James, en su dormitorio, esperó a que la casa durmiera.

Suspiró al ponerse la bata y cerrarla con un nudo simple. Se puso las pantuflas y agradeció que estas no hicieran ruido por la casa cuando bajó las escaleras.

Se había asegurado de que todo el mundo durmiera, menos él y por supuesto su cita clandestina.

Hacía tiempo que los últimos invitados se habían retirado a sus habitaciones e incluso así, James había esperado a que el reloj de la entrada diera el tercer cuarto antes de levantarse de la cama.

En verdad no le había llevado ningún esfuerzo mantenerse despierto. Le había preocupado la situación de los Belford. Peter le caía bien, era un hombre sensato y lamentaba profundamente que su inversión, fuera la que fuera, no hubiera salido bien. Aún lo lamentaba más por su esposa y sus dos hijas, más en concreto por Violet. Le agradaba la chica y entendía que no tardaría mucho en encontrar un buen marido. Era hermosa y franca, era mucho más de lo que él pediría en una esposa, pero lamentablemente Napoleón lo aguardaba en España.

No, se dijo tomando el picaporte con más fuerza de la necesaria.

Él no sería la solución para sus males.

Por mucho que dijera su madre, no estaba en el mercado.

Cerró la puerta con sigilo. Pero de estarlo… sí, Violet sería una candidata magnífica.

Se apartó el cabello de la cara al echar a andar por el pasillo del ala familiar y bajó las escaleras para reunirse con Maggie.

La había echado de menos, no solo porque la quería como su mejor amiga que era, sino por el alivio que su cuerpo solía proporcionarle. Sus declaraciones atrevidas, su risa divertida, toda ella le distraía de su futuro inmediato.

No habían tenido mucho tiempo para estar juntos y es que cuando habían tenido la oportunidad se habían inclinado a discutir en lugar de hacer el amor. El objeto de dicha discusión, durante esos días, era siempre el mismo: Violet Belford.

No sabía de dónde había sacado Maggie esos celos repentinos, pero lo cierto es que desde que la viera en la fiesta de su madre, había sido prácticamente imposible que se la sacara de la cabeza, algo que a James le disgustaba, pues resultaba que, a él, Violet le caía bien.

—Sabes que tu madre la ha elegido como posible esposa.

Él se había enfadado.

—Sabes que mi madre elegiría a cualquiera para posible esposa si con ello consiguiera casarme.

Maggie le había mirado enfurruñada, pero no había hecho ningún otro comentario, y menos después de decirle que lo había visto todo en la biblioteca.

—¿Qué es todo? —Había preguntado él. Pero Maggie se negó a responder.

James no era tan hipócrita como para negarse a si mismo que sentía algo por la mayor de los Belford. En la biblioteca, cuando la sostuvo entre sus brazos para que no cayera al suelo, había sentido algo. Se le había acelerado el corazón al notar su cercanía, su calor. Era una mujer bella, y… sí, había tenido la tentación de besarla. Puede que lo hubiese hecho, de no haber sido interrumpidos.

En parte le había sorprendido que Maggie aceptara su invitación para verse esa noche. La había citado en la biblioteca puesto que los cuartos estaban ocupados y cualquiera podría escucharlos, pero en la biblioteca, en una zona apartada de los dormitorios, nadie los molestaría.

Pronto se despedirían. Esperaba que sin drama alguno. Habían sido amantes durante un tiempo, pero si era sincero consigo mismo fue más por el cariño que se habían tenido durante toda la vida, que por un deseo carnal propiamente dicho. Maggie se había sentido liberada tras la muerte de su esposo y se había atrevido a decirle que quería sentir como era un buen amante. ¿Quién podía culparla? Desde luego él no lo hacía. Y simplemente un día ocurrió, y

había seguido ocurriendo una y otra vez. Pero no era tan ingenuo como para no darse cuenta de que Maggie no esperaba exclusividad, ni ella de él. ¿Entonces por qué esos celos con respecto a Violet Belford? ¿Por qué ella sí era una rival?

No. James dudaba de que se sintiera amenazada, más bien su querida amiga se había vuelto algo frívola y algo egoísta con el tiempo. Maggie era una mujer rica e independiente que no quería volver a casarse, pero a veces era muy posesiva con sus juguetes, y aunque él no tenía ninguna otra amante por el momento, no dudaba de que Maggie se divertía en camas ajenas. Mejor así, pensó. Cuando se marchara pronto a la guerra, no pensaba dejar atrás a ninguna mujer llorosa que rezara para su vuelta.

Llegó a la biblioteca y respiró hondo al ver que por la rendija una tenue luz se filtraba hacia el pasillo.

Sonrió.

Había alguien esperándolo.

***

Violet se retorcía las manos junto a la ventana. Tenía las cortinas echadas pero la luz de la vela que tenía sobre el escritorio a bastantes metros de distancia, era tan tenue como para dejarle observar la luz de la luna, sin apenas ver su reflejo.

Su corazón latió desbocado.

Él acudiría.

Maggie no.

Violet se llevó las manos al rostro y negó con la cabeza. Los remordimientos fueron súbitos. Ella no era así, no jugaba con la gente, pero… recordó la cara de su padre, su expresión abatida. No tenía más remedio que hacer lo que había planeado para poder sacar a su familia del apuro.

Sabiendo la hora y el lugar de la cita, Violet solo tuvo que asegurarse de que Maggie no acudiría. Y se había asegurado de ello cuando le escribió una nota que dejó bajo la puerta del dormitorio.

Me siento muy indispuesto esta noche, no me esperes.

James.

Una vez superado ese obstáculo, solo tenía que atreverse a ir hacia allí.

Había acudido con su bata, ni siquiera iba a vestirse, porque eso no ayudaría a sus planes.

Había escuchado historias de parejas obligadas a casarse al haberse visto sorprendidas en circunstancias comprometidas. ¿Qué circunstancia podría ser más comprometida que aquella?

Se llevó una mano al pecho donde su corazón latía desenfrenado.

Era una mala persona.

Lo había sabido desde el momento que el plan se fraguó en su mente. Se había calmado diciéndose que solo debían casarse, que él se iría a España y que haría su vida como si no estuviera casado. Además, por boca de su hermana había descubierto como él la miraba, y era cierto. James la deseaba, ella le gustaba, aunque el hecho de haber elegido la vida militar era un obstáculo para el matrimonio, o así lo creía él.

Bien, no iba a darle opción.

Se casarían, salvaría a su familia, cuidaría de Charlotte, y sería una esposa ejemplar en la distancia. Y cuando volviera… se haría perdonar, le daría todo lo que quisiera hasta hacer que se enamorara de ello. Si al final se amaban todo aquel plan no sería tan terrible, ¿no?

Una lágrima furtiva empezó a deslizarse por su mejilla y estaba tan concentrada en calmar a su corazón y tener una respiración serena que no escuchó la puerta al abrirse. Tampoco escuchó los pasos del hombre sobre la alfombra, ni como, al instante unos fuertes brazos le rodeaban la cintura.

—Llevo deseándote desde que llegaste a esta casa.

La voz ronca de James le erizó la piel cuando su aliento se derramó sobre el cuello desnudo.

Se quedó tiesa, sin saber qué decir o qué hacer. Fue incapaz de controlar su respiración.

Soltó un jadeo ahogado cuando la mano de James agarró uno de sus pechos y la otra buceaba sobre su vientre abriendo la bata blanca. No pudo moverse a causa de la impresión y del aguijonazo de deseo que sintió entre las piernas, y precisamente allí fue a parar la mano de James cuando todo su cuerpo se pegó a su espalda.

Otro jadeó, pero esta vez era de él.

Estaba disfrutando de lo que le hacía. Apoyó los labios contra su nuca y los hizo rodar por el cuello hasta que Violet alzó la cabeza, echándola hacia atrás. Tuvo que apretar los labios para no jadear.

El cuerpo le ardió y lo hizo aún más cuando la mano de James le alzó el camisón y fue directo hacia la humedad que él mismo le había provocado.

—Abre las piernas para mí —le dijo justo antes de tomar su oreja entre los labios.

Violet empezó a temblar.

Las rodillas se le doblaron cuando él finalmente rodeó su cintura con fuerza, sosteniéndola para que no cayera de bruces. Pero su mano áspera seguía entre sus muslos, buceando bajo el camisón y acariciando a ese rincón que no había tocado nadie.

El cuerpo de Violet empezó a temblar sin remedio.

—Ah —se mordió el labio para que no saliera sonido alguno.

Lo escuchó rugir a su espalda.

En la oscuridad los ojos de Violet estaban abiertos, con temor y sorpresa. Era su cuerpo, de eso no tenía ninguna duda, pero no lo controlaba, no podía…

Estuvo a punto de gritar cuando James empezó a andar hacia la ventana. Finalmente dio un paso lateral y la aplastó contra una de las estanterías. Se mordió el labio inferior y echó la cabeza hacia atrás cuando James abrió uno de sus muslos y puso su pie sobre uno de los peldaños de la escalerilla de madera. La mano insolente se volvió más atrevida y ella empezó a temblar, esta vez sintiendo que sus caricias la llevaban a un lugar sin retorno.

La luz de la luna entraba tenue por la ventana, y los ojos de Violet se enfocaron en el papel pintado de la pared, junto a los libros frente a sus ojos.

Ahí se quedó, en silencio. Un silencio solo roto por sus propios jadeos y la respiración acelerada de James.

—Te he echado de menos.

Violet cerró los ojos, sintiéndose miserable.

No era a ella a quien quería tener entre sus brazos, era sin duda a otra mujer, a Maggie. Su verdadera amante.

El hecho de que deseara a otra la estaba matando. *Te lo mereces por ser tan malvada*, le dijo su conciencia. Había decidido suplantarla con el propósito de salirse con la suya, a pesar de que no era eso lo que James quería.

—Ah —el jadeó fue inevitable cuando introdujo uno de los dedos en su interior.

Juntó los labios para no gritar, mientras él la aplastaba un poco más contra la librería.

Sintió las caderas de él empujar contra las suyas.

El frío aire de la biblioteca le besó la piel de las nalgas cuando de las acarició una vez le subió la bata y el camisón hasta su cintura.

Notó la protuberancia de él, un miembro tan duro como enorme.

Jadeó de nuevo al escuchar como caía la bata de él en el suelo, solo un susurro de seda. Supo que tenía razón y que era su bata la que había caído cuando el cálido pecho se pegó contra su espalda.

Señor, estaba desnudo de cintura para arriba.

No, no, no… ¿Dónde se había metido su hermana? Se suponía que Sophie llegaría hasta ellos y gritaría alertando a los demás. ¿Cuántos matrimonios no se habían concertado después de un encuentro inesperado en una biblioteca?

Por favor.

—Oh, Maggie… te deseo tanto.

Violet intentó apartarse de la pared.

—No —gimió ella. Intentó encontrar el antebrazo de James y apartarlo de ella. Lo deseaba, en otras circunstancias estaba convencida de que ella misma se habría echado a perder por estar con James. Pero él no la deseaba, estaba abusando de él. Lo había engañado de la forma más vil.

—Para —Empezó a forcejear al sentir como él se despegaba un momento de su cuerpo para bajarse los pantalones y…

Notó aquella dura calidez contra sus nalgas y… gritó, presa del pánico.

—¡Capitán Phillips! ¡Quíteme las manos de encima!

Capítulo 11

Todo ocurrió demasiado deprisa.

Violet había gritado, James había tropezado en las sombras, a tanta velocidad que lo hizo cayendo sobre la alfombra de su madre. Violet pudo verlo precisamente porque en ese instante la puerta de la biblioteca se abrió, y el lugar donde estaban quedó iluminado por la luz que se filtró desde el pasillo cuando la puerta se abrió de par en par.

—¡Violet!

Al escuchar gritar su nombre desde la entrada de la biblioteca, pensó que Sophie había aparecido. Pero al alzar la vista, se quedó horrorizada.

Sophie no había seguido las instrucciones del plan.

Apareció, pero no lo hizo sola.

Su padre estaba junto a ella, al igual que su madre y por supuesto… la señora Phillips.

—¡James! —Charlotte estaba estupefacta.

Quizás no tanto por encontrar a James con una mujer, sino que esta fuera la señorita Belford.

No era tonta, Charlotte sabía que su hijo era el amante de Maggie Florence, y que en algún momento encontrarían el lugar y el momento para estar juntos. Por eso cuando escuchó a alguien andando por los pasillos, se limitó a poner los ojos en blanco. Pero fue después cuando escuchó más voces, la de lady Belford regañando a su hija Sophie que se dio cuenta de que quizás la cita de su hijo no era con Maggie.

Se había levantado a tiempo para ponerse una bata y llegar a la escalera donde los Belford estaban discutiendo.

—¿Qué estás haciendo deambulando por la casa a estas horas?

—Mamá, tienes que venir —dijo Sophie—, no sé por qué, pero Violet nos necesita.

Junto a Virginia, su marido Peter estaba tan desconcertado como ella.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Charlotte desde lo alto de las escaleras.

Ninguno contestó hasta que Charlotte se puso a la altura de Sophie.

La pequeña Sophie se apretaba las manos nerviosa.

—En la biblioteca… Violet…

Fue entonces cuando se escuchó el grito de Violet Belford desde la biblioteca.

Charlotte no perdió tiempo en pedir explicaciones. Era su casa. Avanzó a empujones y se encontró con la escena grotesca que no pensó ver nunca.

Su hijo estaba sentado sobre la alfombra y forcejeaba por subirse los pantalones, entre jadeos y maldiciones. Para ser un hombre que había acudido con su amante a una cita clandestina no parecía nada contento.

El motivo de la cita era más que obvio, James iba completamente desnudo de cintura para arriba, pero no era el único que no iba adecuadamente vestido. A su lado la figura de una mujer captó su atención cuando esta, desesperadamente, intentó ponerse la bata. Lo hizo del revés, pero ¿a quién le importaba?

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Charlotte en un tono agudo a causa de la sorpresa.

Vio como su hijo se ponía en pie sin hacerle el menor caso. Furioso, no le hubiera extrañado sacar fuego por los ojos, no hacía ella, sino hacia la mujer que estaba sollozando junto a la ventana.

—¡Señorita Belford! —Charlotte se llevó las manos a las mejillas y tras de sí escuchó el grito de Virginia.

—¡Violet!

—¡Maldita sea! —James gritó más fuerte que todos. Quizás también por haberse dado cuenta de que la mujer a la que había estado a punto d violentar no era Maggie—. ¿Qué demonios hace aquí? ¡No eres Maggie! —Miraba directamente a Violet y ella solo pudo cubrirse el rostro con las manos a causa de la vergüenza.

Violet negó con la cabeza.

—No, no lo soy —se abrazó el cuerpo como si de pronto tuviera frio y sus ojos asustados se pusieron sobre su padre.

—Papá. —Por impulso, corrió hacia él, echándose a sus brazos.

Charlotte miraba la escena estupefacta.

—¿James? ¿Pero qué has hecho?

Los dedos de las manos masculinas se curvaron como garras para después cerrarse con fuerza en un puño.

—¡No he hecho nada, maldita sea!

James se fijó en el estado de nervios de Violet Belford, en su llanto audible que, sin duda, iba a despertar a toda la casa.

Él no…

—Yo no… no he hecho nada.

Maldita sea. Sí quería hacerlo, pero con Maggie, su amante, que por cierto… ¿dónde demonios estaba?

Miró a todos y parecía que se habían metido en un cuadro de El Bosco.

Sophie se llevó la mano a la boca y empezó a llorar cuando vio que lo hacía su madre. No era tan inocente como para no darse cuenta de lo que estaba pasando, aunque su hermana no le hubiera dado detalles, ahora veía claramente que la intención de Violet era que los atraparan juntos. Pero ¿por qué? ¿Qué mujer querría arruinar su reputación de esa manera?

—No lo entiendo —dijo Sophie con el rostro surcado de lágrimas.

Pero nadie le prestó atención, el padre de Violet solo tenía ojos para James, lo miraba con desprecio absoluto.

La única que se atrevió a acercársele, fue su madre, que lo miró con una severidad y decepción que pocas veces utilizaba.

—James, ve a adecentarte —Charlotte lo miró de arriba abajo y tuvo la decencia de ruborizarse—. Luego baja a mi despacho, hay cosas de las que tenemos que encargarnos.

—No ha…

Iba a decir que no había pasado nada, pero eso no importaba.

Miró a Violet que le suplicaba perdón con la mirada, entonces solo fue capaz de abrir la boca y darse cuenta de que todo eso había sido una treta.

—¡Lo has hecho apropósito!

—¡James! —Charlotte dio un paso hacia él, totalmente decepcionada. Que se interpusiera entre él y el señor Belford le evitó que se llevara su merecido.

El incidente se volvió en escándalo cuando al darse la vuelta para ver como su hijo salía de la biblioteca, se dieron cuenta de que allí no solo estaban los Belford. Los gritos habían propiciado un corrillo de fisgones.

James apretó los labios con disgusto y maldijo entre dientes.

Charlotte Phillips se volvió hacia la entrada de la biblioteca.

—Vuelvan a sus habitaciones —dijo a sus invitados—. Señor Swenney —llamó al mayordomo que, por supuesto, había acudido raudo al escuchar los gritos—, ilumine a los invitados para que vuelvan sin contratiempo a sus respectivas habitaciones.

Luego miró a su hijo y a lord Belford.

—Por favor, acompáñenme a mi despacho. —Peter asintió y dejó a Violet en los brazos de su madre—. Ahí les esperaremos, cuando los muchachos se hayan vestido decentemente.

Se escucharon risitas y algún gritito escandalizado. Violet se cubrió el rostro con ambas manos.

Cuando la gente empezó a despejar el pasillo, solo quedaba una silueta obstaculizando el paso. Maggie Florence miró a James salir de la biblioteca y después a Violet. Había tanto asombro en su mirada al darse cuenta de lo ocurrido que su hermoso rostro mudó en una máscara de absoluto desprecio cuando se fijó en la señorita Belford.

—Lo has hecho a propósito —la agarró por el brazo y la miró con desprecio. Los ojos de Violet se agrandaron por la sorpresa. Fue terrible ver el odio en ella y aún peor escuchar su amenaza—. Haré que te arrepientas de esto.

No importaba que Maggie nunca hubiera tenido intención de casarse con el capitán Phillips, pensó Violet, había tocado lo que consideraba suyo y se había ganado a una enemiga muy peligrosa.

***

Aquella fue la noche más bochornosa de toda su vida. La reunión con Charlotte Phillips, su padre y el capitán, la avergonzó tanto que deseó que la tierra se la tragase. Pero no se había obrado el milagro y Violet tuvo que soportar las consecuencias de sus actos. La mirada de decepción de sus padres, la furia en la mirada de James y el reproche en la de Charlotte.

—Las cosas no se hacen así, señorita Belford —le había dicho la madre de James. Y por supuesto, ella lo entendía, pero como continuó diciendo—: Ahora ya no se puede hacer nada.

—Tu reputación arruinada —lloró su madre.

Pero por fortuna Charlotte Phillips había resultado tener mucha sangre fría y una resolución férrea.

—Os casaréis de inmediato.

—¡Madre!

No hubo respuesta, esta se limitó a mirar a su hijo con severidad, como si le dijera, *esto también es culpa tuya.*

—Obviamente James no cancelará sus planes de marcharse con su regimiento.

—¡Por supuesto que no! —La mano de Charlotte cayó sobre su brazo para que él guardara silencio, y surtió efecto pues no volvió a hablar.

Se dobló en dos y puso la cabeza entre sus manos.

—Os casaréis y como su esposa, Violet vendrá a vivir conmigo después de la partida de su esposo. Los pormenores los arreglaré yo con el señor y la señora Belford, así que ambos podéis retiraros.

Violet no esperó a que James se levantara, salió sollozando y una vez fuera empezó a correr y no se detuvo hasta llegar a su habitación.

Iba a casarse con el capitán Phillips, pero jamás pensó sentirse tan desgracia. La había mirado con un odio y desprecio absoluto, de tal forma que empezó a plantearse si no era un precio demasiado elevado para salvar a su familia.

Al regresar a su habitación, Violet lloraba en silencio.

—¿Hermana? —preguntó Sophie a la oscuridad cuando cerró la puerta tras de sí al entrar en el dormitorio.

—Oh, Sophie.

El llanto no se hizo esperar. Se tiró sobre la cama mientras Sophie se incorporaba para encender una vela.

Al verla se le encogió el corazón. El hermoso rostro de Violet estaba demacrado y ojeroso. Empezó a temblar entre sus brazos y Sophie no pudo hacer otra cosa que abrazarla. Le acarició el cabello largo y suelto, mientras Violet se dejaba caer sin fuerzas hasta acurrucarse en la cama junto a su hermana. Abrazó la almohada al tiempo qu sentía las manos de Sophie acariciar de nuevo sus cabellos.

—Ha sido horrible.

Sophie abrió los ojos como platos.

—¿Lo que te hizo el señor Phillips?

—No, no, eso no —y cuando lo dijo, se arrepintió de inmediato. No estaba preparada para enfrentarse al deseo que había sentido. No iba a hablar de ello con nadie, eso solo le hacía sentirse más miserable.

—¿Sabías qué iba a pasar? —le preguntó Sophie—, ¿acaso te arrastró hacia la biblioteca? ¿Por eso me pediste que fuera?, ¿para salvarte?

El llanto de Violet se hizo más fuerte y la vergüenza la hizo asentir.

—Ese canalla…

—Sophie…

—¿Qué ha dicho padre? ¿va a matarlo? ¿un duelo? —por el tono de voz de Sophie, a su hermana no le desagradaba nada en absoluto aquella posibilidad. Para ella, James era un desgraciado que había querido abusar de su hermana cuando estaba bajo su mismo techo.

—No, no, nada de eso. Vamos a casarnos.

—¿Con ese depravado? —Sophie retrocedió sobre la cama y saltó a la alfombra. Al mirar su rostro, estaba horrorizada—. Padre no puede hacerte eso.

—Mi reputación está arruinada —le explicó Violet—. Si no me caso con él, nadie me querrá como esposa.

—Pero…

—La señora Phillips ha cerrado el acuerdo con papá. La dote será mínima, pero la ceremonia se realizará de inmediato, con una licencia especial.

—¿Por qué tan rápido?

Podría decirle para que los rumores no se esparcieran antes de la noticia de la boda, pero en realidad era porque su marido iba a abandonarla para irse a España, la guerra ya había comenzado y él iba a estar presente. Lo había dejado muy claro al comprometerse.

—Me comprometo con una boda, rápida y sin pompa. Pero ni muerto esperéis que me quede amarrado a esta… esta…

—Suficiente —le había dicho su padre, mientras su madre lloraba desconsoladamente, solo animada de vez en cuando por unos leves toquecitos en el brazo de Charlotte.

—Tú cásate, hijo —le había dicho Charlotte. De cuidar a tu esposa, me encargo yo.

Esas palabras no se le iban de la mente.

Charlotte tenía claro que su hijo de marcharía, pero también le había dejado claro que se iba a casar, y por lo visto, para la mujer aquello era más que suficiente.

—¿Cuándo será la boda?

—En tres días.

—Pero eso es imposible.

Violet negó.

—No lo es cuando tu hermano es un obispo.

—Válgame Dios —Sophie tenía la mandíbula desencajada.

El hermano de Charlotte era del clero e iba a conseguir una licencia especial y él mismo oficiaría la boda en la finca.

Sophie se acercó a su hermana, que había dejado de llorar, pero seguía abrazando la almohada.

—¿Quieres que nos fuguemos?

—¿Qué? —se incorporó, mirándola estupefacta.

—Ya sabes, si no lo quieres, si no quieres casarte… nos vamos. Papá lo entenderá, ya tendremos tiempo para arreglar las

cosas.

—Oh, Sophie…

La miró con ternura, no tenía ninguna duda de que su hermana pequeña lo decía totalmente en serio y solo para salvarla.

Violet abrazó a su hermana con fuerza y empezó a llorar de nuevo.

No podía irse.

Si lo hacía, todo lo que había hecho, no habría servido para nada.

Capítulo 12

Violet no recordaría el día de su boda con especial cariño. Más bien, lo haría como uno de los días más tristes de su vida.

Apenas asistieron familiares, a parte de sus padres y Sophie. La familia de los condes de Shepton, el hermano de Peter Belford, no asistirían a la boda. En primera instancia porque Somerset estaba muy lejos y jamás llegarían a tiempo, aunque sí que se puso al corriente del matrimonio de la hija mayor de Peter Belford con un destacado capitán del ejercito de su majestad. Por otra parte, Violet sabría por su madre que lady Marianne jamás hubiera consentido acudir a una boda propiciada por un escándalo.

Por parte del novio a Violet le quedó claro que James quería algo discreto, pero Charlotte se había negado en redondo. Acudieron la familia más cercana que se encontraba en Londres y todos pusieron muy buena cara durante el convite. Al parecer que la boda fuera consecuencia de un escándalo, solo le importaba al novio.

Cualquiera hubiera dicho que Maggie Florence no estaría invitada a la boda, pero no fue el caso. Su invitación por supuesto fue de las primeras que el novio hizo llegar. Pero a parte de mirarla con un profundo desprecio, se quedó en silencio junto a su amigo Edgard. Violet estaba convencida de que el futuro barón de Evermere la contuvo todo lo que pudo, pues mucho antes de finalizar el convite, ambos habían desaparecido.

Charlotte estuvo encantada de que su primo oficiara la ceremonia, como obispo puso todo su empeño en que nadie pudiera rebatirle la santidad, ni la idoneidad de ese matrimonio, en cuanto a fechas se tratase.

Violet pensó que le dolía no ser una novia hermosa después de haber pasado varios días sin apenas dormir y llorando a mares, en parte por la vergüenza y por el desprecio que su marido debía sentir por ella. Sin duda no se casaba nada contento y ese rechazo

se reflejó en su expresión, a medida que fue acercándose al altar del brazo de su padre.

Sus ojos jamás le parecieron tan glaciales.

No obstante, a la hora de dar el sí quiero, lo hizo de forma alta y clara. Y sin apenas darse cuenta, Violet ya estaba casada con el capitán Phillips.

***

—Una boda preciosa —dijo una prima lejana despidiéndose de los novios.

Ya se había hecho tarde y aunque Violet podía escuchar la música, esa mujer había sido la última invitada de la que despedirse.

—Sube, querida —le dijo su madre con el rostro pálido, como si el amargo trance tuviera que pasarlo ella y no Violet—. Tenemos que hablar un momentito.

Violet echó una mirada por encima de su hombro mientras, una joven Sophie la miraba como si la llevaran al matadero. Su padre le sonrió, pero lo conocía bien y aquella sonrisa no llegó a sus ojos.

Al llegar al dormitorio principal de la casa, Violet tragó saliva. Empezó a temblar de tal forma que su madre la condujo hacia el tocador donde empezó a quitarle las horquillas del laborado peinado. Violet asintió a cada momento, sin decir una sola palabra, intentando contener las lágrimas. Finalmente, cuando la conversación hubo terminado su madre le preguntó con cariño:

—¿Lo has entendido?

Violet asintió, porque sabía que debía hacerlo, pero no. No había entendido prácticamente nada, ni tampoco iba a hacer que le repitiera la parte de las abejas.

Sintió el apretón de las manos de su madre sobre los hombros y una mirada que nadaba entre la lástima y la pena proyectarse a través del espejo.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, mamá.

Pero debió tardar mucho en contestar porque escuchó el clic de la puerta cerrarse, justo cuando acababa de decirlo.

No estuvo sola mucho tiempo. Una doncella de los Phillips fue a ayudarla a desvestirse. Pronto Violet se vio con un bonito camisón de encaje y una bata de seda.

La chimenea estaba apagada, pero los hermosos candelabros de plata tenían sus velas encendidas, como si esa noche no quisieran dejarla a oscuras.

Esperó a su esposo sentada a los pies de la cama, mientras se retorcía un mechón pelirrojo en el dedo índice.

¿Y si James la odiaba tanto como para no querer saber nada de ella? ¿Y si decidía no consumar el matrimonio y marcharse de la casa de Londres? Sabía que su partida estaba cerca, podía no consumar el matrimonio para después, al volver pedir la anulación.

Al volver… se dijo mientras su cabeza se elevaba y su mirada quedaba clavada en un punto impreciso de la habitación.

James se iba a la guerra, ¿y si no volvía? Sintió un nudo de hierro en la boca de estómago. Puede que el la detestara, pero ella no quería afrontar la posibilidad de que a James l pasara algo.

Todo el mundo hablaba de su valor, del esfuerzo que había puesto en conseguir su ascenso. ¿Y si quería ascender más? ¿Y si era demasiado temerario para hacerse un nombre en la historia?

Negó con la cabeza y sin proponérselo sus ojos se llenaron de lágrimas.

¿En que momento el capitán Phillips había dejado de ser solo un medio para salvar a su familia y se había convertido en el eje central de sus pensamientos?

Gimió, pensando que había echado a perder su vida por una mala decisión. Sin embargo, ¿qué otra opción tenía, si su padre estaba en la ruina? Quiso convencerse a sí misma que había obrado por el bien de todos.

Cuando escuchó la puerta abrirse los hombros de Violet parecieron hundirse, en parte por el temor de lo que iba a ocurrir aquella noche. Las velas se habían ido consumiendo y ahora la luz era tenue y dorada, aun así vio a James acercarse con pasos casi silenciosos.

Su cuerpo se tensó. Tragó saliva y cerró unos instantes los ojos para poder enfrentarse a él.

James había bebido.

Lo notó en el caminar errático y también en la forma en que se apoyó al poste de la cama para no perder el equilibrio. En un acto de valor que no se creyó capaz de realizar, Violet alzó la mirada y se quedó colgada de los ojos glaciales de James.

—Ahogar las penas en alcohol no es lo más juicioso —dijo él frunciendo el ceño al sentirse juzgado—. Pero esta noche, Dios sabe que lo necesito.

Violet tragó saliva y se quedó muy quieta esperando su próximo movimiento.

James elevó una mano para tocar uno de sus mechones rojizos. Sin embargo, cuando la vio encogerse ante su presencia, su corazón empezó a latir desbocado.

—¿Me temes? —le preguntó en un tono más brusco de lo que pretendía.

—No —su voz apenas era un graznido, y no supo discernir si era cierto.

Se apartó un paso y la miró un largo rato en silencio.

Estaba sentada al borde de la cama. Podía ver su perfil de nariz recta perfecta. Iba descalza, como si los pies balanceantes sobre las zapatillas, las hubieran lanzado por capricho sobre la alfombra.

Observó que la doncella la había ayudado a quitarse le bonito vestido de boda, de color amarillo pálido, lleno de flores y encaje. Tragó saliva, nunca la había visto tan hermosa. Pero eso fue antes de encontrársela sentada a los pies de la cama, tan solo cubierta con un camisón y una bata de seda azul pálido sobre los hombros.

La ondulada cascada escarlata que era su melena, descansaba suelta tras su espalda y llegaba a rozar la fina colcha con las puntas. Su imagen era digna de la belleza de Afrodita. Hasta que la vio alzar el rostro de nuevo hacia él.

Entonces, notó el pánico en sus ojos, enrojecidos por el llanto.

James dio otro paso atrás.

—Dijiste que no me temías.

Ella intentó por todos los medios que la barbilla no le temblara.

—Solo estoy cansada.

Una sonrisa ladeada hizo que Violet se preguntara a qué estaba jugando su esposo. Parecía divertirle su estado de nervios.

—¿Lo suficientemente cansada como para no cumplir con tu marido?

Ella juntó las cejas como si aquellas palabras no fueran de su agrado.

—¿He dicho yo eso?

—De hecho, no has dicho nada.

—¿Qué quieres que diga?

Ahora ya no parecía tan cansada, sino enojada por un motivo que James no alcanzaba a comprender.

—¿Sacas las uñas? ¿Por qué? —le preguntó sin atisbo de simpatía—. Deberías estar contenta, eres tú quien nos ha traído hasta aquí. Tienes lo que querías. —Se señaló como si el premio fuera evidente—. ¡A mí!

Violet volteó la cara para no verle, y en parte para no responderle con una grosería.

Lo escuchó suspirar y es que al verla tan vulnerable, se culpó.

Pero de inmediato desechó esa emoción y el brillo del rencor regresó a sus ojos azules.

—Eres mi esposa —dijo él, acercándose. La tomó de la barbilla e hizo que lo mirara a los ojos.

Si por un momento pensó que ella se acobardaría, se equivocó.

Se puso en pie y con la dignidad de una reina.

—He sido muy consciente de que la mañana de hoy culminaría en semejante honor.

No pudo dar un paso hacia él, ni James retrocedió, por lo que los cuerpos de ambos se rozaron haciendo que ambos tragaran saliva por lo imprevisto de sus sentimientos.

Como en la biblioteca, Violet sintió que su cuerpo empezaba a arder, especialmente sus mejillas, pro no era una cobarde, así que

alzó el rostro lo más que pudo y no parpadeó mientras su esposo seguía mirándola.

James tampoco estaba preparado para el súbito deseo que lo inundó. No debería sentir nada por esa mocosa que lo había puesto en una situación tan desagradable como era para él el matrimonio. Pero ahí estaba, todo ojos, piel delicada, pecas juguetonas sobre la nariz y… esos labios que se moría por probar y así descubrir de una vez por todas a qué demonios sabían.

—Es una suerte que sepas que es un honor.

—¿Lo es?

Violet lo vio respirar profundamente por la nariz. No se apartó ni una pulgada y el calor que desprendía seguía haciendo que su piel cosquilleara.

Agarró la nuca de su esposa sin demasiada delicadeza y la acercó un poco más a él, haciendo que sintiera con su fuerza, lo inútil que sería luchar contra lo que ambos sentían.

—Lo es —fue mitad susurro, mitad rugido. Pero antes de poder responder, James la besó con fuerza, abriendo sus labios con la lengua, invadiendo su boca.

Las manos de Violet se agarraron a sus hombros ante la presión que ejercía su cuerpo contra el de ella. No le producía rechazo. ¡Dios mío! Ni mucho menos.

Era deseo, lo reconocía.

Lo había descubierto en la biblioteca y ahora era fácil volver a asociarlo con lo que James la hacía sentir. Era algo primitivo, carente de toda razón. Se escuchó gemir contra aquella boca que asediaba y arrollaba cualquier resistencia que pudieran ofrecerle.

Se escuchó un jadeo, o un pequeño grito de sorpresa o deseo cuando James la embistió con su cuerpo, empujándola hacia la cama.

Antes de que su cuerpo cayera sobre el suave colchón de plumas, James la tomó de las axilas y la alzó. Sorpresivamente, ella no lo rechazó. Rodeó su cuello con los brazos y gimió con fuerza cuando las piernas envolvieron su cintura. Cuando él continuó arrastrando las manos por el cuerpo sensible de Violet se vio sorprendido por la fuerza de su deseo.

Levantó una rodilla hasta posarla sobre el colchón y finalmente se inclinó, haciendo que Violet quedara tendida de espaldas sobre este.

Se apartó para tomar aire.

Jadeaba. Cada palmo de su cuerpo vibraba por ella.

Se apartó lo suficiente como para observar la roja melena, abierta en abanico, destacándose contra la colcha oscura. Los labios estaban hinchados y las mejillas sonrojadas.

Sus caderas estaban encajadas en las de ella, y había apoyado ambas manos a cada lado de su cabeza. La veía respirar con rapidez, sus pechos, llenos y turgentes, se podían intuir bajo el camisón de fina seda que había quedado al descubierto después de que la bata se hubiera abierto ligeramente desde el cuello.

La mirada de James se perdió sobre las suaves curvas de su esposa. Le rozó el bello rostro con una mano, la misma que acarició su cabello rojo y fue bajando por el cuello hasta posarse sobre un pecho que apretó hasta sentir que se arqueaba contra su palma.

Maldita fuera, esa mujer era un pecado.

No lo pensó demasiado, ninguno de los dos lo hizo.

James se arrancó la camisa, desabrochó sus pantalones al tiempo que le ordenaba:

—Desnúdate.

Violet no tuvo la vacilación de una virgen. Se desató la el lazo de la bata qu abrazaba su cintura y tiró hasta deshacerse de ella. Se bajó los tirantes del camisón, y consiguió que la suave seda bajara dejando los pechos expuestos. La tela se le arremolinó en las caderas, pero no pudo quitársela por los pies. James estaba entre sus muslos.

La luz anaranjada que proyectaban las velas a su espalda recortaba su figura musculosa. Tenía unos hombros tan anchos y fornidos…

—Ah —Jadeó de nuevo cuando la mano de James volvió a tomar su pecho. Esta vez ella volvió la cabeza hacia un lado, con los ojos cerrados, saboreando el contacto y el peso del cuerpo de su esposo cuando este cayó sobre ella.

Acarició sus piernas, los muslos abiertos y lo sintió mecerse contra ella mientras la habitación se llenaba de unas respiraciones agitadas, como las que habían tenido aquella noche en la biblioteca.

Violet tomó aire y lo contuvo varios segundos en el pecho.

—Mírame —le ordenó, y ella no supo cómo negarse.

Se quedó observándolo. No solo su bello rostro, sino también otras partes de su anatomía que jamás había visto en ningún hombre. Se había bajado los pantalones. Sus ojos se agrandaron y se sonrojó hasta las orejas.

Si esa reacción provocó algo de ternura en el corazón de James, no quiso demostrarlo.

Sin mediar palabra, la tomó por debajo de la rodilla y volvió a dejarse caer, hasta que sus torsos desnudos sintieron el calor del otro.

Violet no habló, cerró los ojos y se concentró en sentir el roce de las manos de su esposo sobre su piel, acariciándola, descubriéndola por completo. Tomó el dobladillo dl camisón y cuando lo tuvo a la altura del pecho, Violet alzó los brazos para facilitar que él se lo sacara por la cabeza.

Quedó completamente desnuda debajo de él.

Se miraron a los ojos. Ella le sostuvo la mirada, con valentía y… ¿deseo?

Sí, estaba avergonzada, pero había algo más. Algo en James la atraía, la excitaba. Puede que fueran sus ojos azules y fríos que en esos momentos parecían contener las llamas de un incendio, o su olor. Oh, cielos, olía a romero y a tierra mojada por la lluvia y… a whisky también.

Pudo saborearlo otra vez, cuando sin mediar palabra se inclinó sobre ella y volvió a apoderarse de su boca, haciendo que el beso se volviera húmedo y posesivo.

Y una vez más, su cuerpo se olvidó de quién era y de por qué estaba allí, y solo se dedicó a sentir.

Las manos masculinas acariciaron su piel, empezando por acunar su rostro, y bajar por el cuello, clavícula… hasta llegar a sus senos.

Sin dejar de besarla, apretó uno y luego le llegó el turno al otro. Violet se dio cuenta de que no era la primera vez que lo hacía, así que entendió que a James le gustaba tenerla desnuda, y más concretamente sentir el peso de sus pechos en las manos.

Los apretó con más fuerza y ella gimió, arqueándose con las piernas abiertas y sintiendo como la dureza de James descansaba sobre su vientre.

Se apartó al poco, despegando los labios de su boca y dejándola aturdida por las sensaciones que le dejaban la piel ardiente.

La boca de James fue recorriendo el mismo camino que habían trazado sus manos, y cuando con los labios capturó un inhiesto pezón, succionó con fuerza haciendo que Violet gritara presa tanto del placer como de la sorpresa. El grito se volvió un hondo gemido. Se arqueó, separando la espalda de la cama y acunó la cabeza de James entre sus manos. Por puro instinto sus caderas se movieron, buscándolo, como si supieran que él tenía más que ofrecerle.

—Oh, James.

Él apoyó el peso en sus codos y posó sus ojos sobre los de ella, mientras sus manos iban navegando por su piel. Vio la pasión y el placer en el rostro de Violet y le agradó que se entregara de la manera como lo hacía cuando su mano llegó al centro de su deseo. La notó húmeda y notó como se esforzaba por abrir más las piernas. Le hubiera gustado hundirse de inmediato en ella, pero entre la bruma del alcohol, sabía que no estaría bien.

Pero cuando sus dedos se abrieron camino entre sus labios inferiores y la cara de su esposa se transformó en sorpresa, le costó la vida misma ser fiel al ideal de caballero.

Acto seguido, Violet volvió a cerrar los ojos y a gemir y, con las manos, se agarró a sus hombros, clavándole las uñas.

El siguió acariciando y frotando su sexo húmedo, mientras disfrutaba de los suspiros y gemidos que ella expulsaba de sus divinos labios.

No lo reconocería jamás, pero su esposa era pura sensualidad.

Siguió frotando hasta que notó como su pulso se aceleraba, que su piel ardía consumiéndose en un tono sonrosado que se sintió orgulloso de haber provocado.

Violet bailaba bajo su toque, arqueando la espalda, balanceando las caderas en busca del placentero roce, revolviendo sus rojos cabellos sobre la almohada.

Abrió los párpados al notar que su necesidad hallaba por fin el alivio que tanto había buscado y se incorporó sorprendida, arañando su brazo al agarrarse a él y mirándolo con fijeza, esperando una explicación que llegó en forma de una lengua de fuego que la consumió de la cabeza a los pies.

Gritó, y él la acalló con un beso largo y húmedo.

Ahora sí lo sabía, pensó, gimiendo contra su boca.

La tomó por detrás de ambas rodillas y la abrió a él.

El baile no había hecho más que comenzar.

Guio su miembro hasta su húmeda cavidad y separó su boca de la de ella por unos segundos.

—Te dolerá, pero sólo será un momento.

Ella lo miró, por primera vez con un brillo de miedo en sus iris.

Él la acarició, para calmarla.

—Quédate quieta, y pronto pasará.

Asintió, comprendiendo sus palabras. Mirándolo a los ojos, él empujó, lentamente, mientras iba adentrándose poco a poco, abriendo su carne, húmeda y resbaladiza.

—¡Ah! —se arqueó de nuevo.

Dolió, sí, pero el deseo hizo que el placer ganara a la partida al dolor.

Podía sentir su fuerte pecho golpeando el suyo por la agitada respiración, poseyéndola con cada arremetida. Lo escuchaba jadear en su cuello y sintió enloquecer cuando le besó la suave piel del cuello para luego rozarla con los dientes.

Gritó cuando subió el ritmo de los empellones que daba con sus caderas, pero no pudo menos que aferrarse a él, recorriendo el placentero viaje del acto.

Con la piel cálida de su cuerpo se tensaba y parecía vibrar como las cuerdas de un violín.

La oyó gemir y sintió sus uñas clavadas en sus hombros. Le agarró las muñecas, estirando los brazos por encima de su cabellera rojiza. Los dedos se clavaron el as caderas de su esposa, penetrándola con más rapidez, más fuerza, hasta que ella gritó de nuevo. Cuando convulsionó bajo su cuerpo, supo que no era de dolor.

Ella empezó a mover tímidamente las caderas y a cada acometida de su esposo, gemía. Al principio era por una simple molestia, pero después pudo sentir como la necesidad regresaba a su centro. Pronto se olvidó del dolor y el placer regresó para estallar, una vez más. La escuchó pronunciar su nombre y apretó los dientes cuando el deseo lo asaltó, abriéndose paso por su contención, arrasando con todo.

Sostuvo el ritmo y los jadeos de ambos acompañaron el erótico sonido del entrechocar de carne con carne. La tenía tendida bajo su cuerpo, con las muñecas aún sujetas y sus pechos plenos bamboleándose frenéticos con cada estocada. Fue esa visión y los labios entreabiertos e hinchados por los besos que hicieron que se corriera de placer.

A pesar del estallido, siguió meciéndose contra ella.

Violet, por primera vez buscó su boca con desesperación. No le negó ese capricho. La besó, la abrazó y continuó en su interior hasta que ambos se relajaron, unidos en un abrazo durante el cual ninguno de los dos habló, temerosos de romper el hechizo.

Pero cuando su piel se enfrió, ambos sintieron la vergüenza de haberse entregado demasiado.

James se levantó de la cama, buscando sus ropas.

Violet se tapó con el cobertor.

—¿A dónde vas? —preguntó en un susurro.

Por un instante su marido se la quedó mirando desde los pies de la cama.

—Hemos consumado —dijo sin expresión alguna en el rostro —. Supongo que es lo que querías para que no hubiera anulación posible.

—Yo…

—Ahora que he cumplido, esperes que me dejes marcharme con alguien a quien sí quiero en mi cama.

Los ojos de Violet se abrieron como platos.

No.

No iba a irse.

No iba a irse con su amante, con Maggie. ¿Verdad?

Se encaminó a la puerta solo vestido con sus pantalones y con el resto de la ropa en la mano.

—¡James! —le gritó furiosa desde la cama.

—Lo siento —se mofó—. Serás mi esposa, pero me marcho mañana a España. Adelantar mi partida ha sido la venganza contra mi madre por haberme obligado a casarme contigo.

Violet se sintió orgullosa de sí misma, no intentó matarle, ni tampoco le dio la satisfacción de llorar frente a él.

—Muy bien. Lárgate.

—Es lo que haré Violet —abrió la puerta—. La última noche aquí, pienso pasarla con una mujer con la que sí quiero estar.

Capítulo 13

A James le costó mucho menos bajar las escaleras de su casa, que subir las de Maggie Florence.

Ni siquiera se molestó en llamar a la puerta. Tenía llave de la cocina. Entraba como un vulgar sirviente siempre que lo hacía en horas intempestivas. ¿Era denigrante para un capitán del ejército? Para nada, era práctico.

Todo el mundo sabía que, junto con Edgard, Maggie y él habían tenido una relación muy estrecha, desde siempre. Incluso se rumoreaba sobre un posible matrimonio. En aquellos tiempos cuando Maggie era solo una inocente debutante se planteó un enlace entre las dos familias, pero James tenía muy claro que casarse era incompatible con la vida que quería llevar en el ejército. Edgard si le propuso matrimonio a Maggie cuando supo que su padre quería venderla a ese viejo verde, pero sí de malos padres hablamos, el de Edgard se llevaba la palma. Era un monstruo despiadado y por supuesto no le permitió a su hijo emparentar con la que consideraba una familia de tercera. Al final Maggie si se casó con el barón Hopkins y se vio obligada a dejar sus amistades hasta que este falleció poco después. Desde entonces los tres habían vuelto a ser amigos y ahora sin la censura del mundo, siempre que fueran discretos, Maggie y él se habían convertido en amantes. No obstante, para James, ella siempre sería más su amiga, el sexo era bueno, pero secundario. Jamás quiso que saliera a la luz su relación, ella tenía muy claro que no quería casarse, ni tener hijos. Y él, él se debía al ejército.

Las llaves de le cayeron cuando entró en la cocina y se limitó a cerrar la puerta de una patada.

No debería haberse bebido media botella de Whisky a la velocidad que lo hizo mientras el carruaje lo llevaba hasta allí, pero la noche con su esposa había sido… Su cabeza, como empujada por

la gravedad se precipitó hacia abajo, poco después lo hizo su cuerpo y terminó de rodillas en medio de la cocina.

Debería haber ido a ver a Edgard, pero este, por orden de su padre había tenido que reunirse con él en el club. Gruñó, porque quizás su amigo necesitaría más ayuda que él en ese mismo momento.

Se levantó como pudo, apoyando los codos en la mesa central de trabajo. Se abstrajo con las ascuas que aún reinaban en la gran chimenea.

El cuarto del ama de llaves estaba muy cerca de allí y James intentó hacer el menos ruido posible, lástima que su estado de embriaguez le complicara las cosas. Después de tirar dos cazos y tropezar contra la barandilla mientras subía las escaleras de servicio al cuarto de Maggie, para algunos en la casa fue más que evidente que alguien había entrado sin permiso. Solo cuando el mayordomo y el ama de llaves se asomaron para ver de quien se trataba, llegó a sus oídos algunas palabras quedas entre ambos. Seguramente unas que venían a decir lo indecente de la situación. Se miraron con desaprobación, pero volvieron a sus habitaciones. Pero a James no le importaba, y a Maggie tampoco le importaría. De hecho, lo esperaba.

James consiguió subir, pero de algún modo salió en la habitación contigua de Maggie. Tuvo que salir al pasillo del primer piso y continuar hasta el fondo.

Se paró a medio camino cuando vio que Maggie esperaba a su visitante nocturno con una bata desabrochada y un semblante bastante tranquilo. Apoyada en el marco de la puerta, jugaba con el lazo de su bata.

—No pensé que vendrías esta noche.

James se paró frente a ella como pudo.

Hipó.

—La verdad es que he dudado de si lo conseguiría o no.

Intentó permanecer erguido, aunque no lo consiguió del todo.

—¿Cuánto has bebido?

—Media Escocia —dijo James encogiéndose de hombros.

—Pensé que después de cumplir con tu esposa, visitarías a Edgard.

—Su padre ha vuelto.

Maggie hizo un mohín y hubo verdadera preocupación en sus ojos.

—¿Qué quiere?

—No te preocupes —le dijo James poniéndose serio de golpe —, ya no es un niño, dudo que se deje meter las palizas que su viejo le pegaba antaño.

Maggie se abrazó a sí misma y negó con la cabeza.

—Mañana iré a verle.

—Hazlo, por favor —James alargó una mano para tomar un mechón oscuro y tirar de él. No supo porque se decepcionó de que no fuera de color rojo.

—¿Vendrás conmigo?

Negó con la cabeza.

—Me marcho, he venido a despedirme.

—¡James!

Se apartó del marco de la puerta, incrédula, y él aprovechó para pasar dentro del dormitorio.

Después de la muerte de su esposo, Maggie no había querido cambiarse a la habitación principal, quería estar lejos de cualquier cosa que le recordara a su difunto marido. La alcoba estaba decorada en tonos azulados y los muebles eran robustos y de buena calidad. Podría haberse comprado una casa mucho más lujosa que aquella, pero no había tenido hijos y para una mujer sola que quería pasarse media vida viajando y de fiesta en fiesta, esa casa de escaso mantenimiento era lo que necesitaba.

—¿A qué has venido?

—A despedirme —dijo finalmente tirando la chaqueta sobre la cama.

Maggie se rio.

—No puedo creerme eso.

—¿Por qué no?

Maggie Florence alzó una ceja, acto seguido cerró la puerta del dormitorio y se tiró sobre la cama de forma despreocupada.

—Porque es tu noche de bodas.

James hizo un gesto con la mano, como si eso no tuviera ninguna importancia.

Miró a su alrededor, buscando una licorera. No se dirigió hacia su amiga, sino al pequeño mueble que ella tenía al fondo de la habitación. Sacó dos copas de licor y las llenó sin mirarla.

—¿No crees que has bebido demasiado? —Preguntó Maggie.

—¿Eso crees? —se encogió de hombros—. Yo creo que podría beberme todo el licor de Londres y no habría bebido lo suficiente para olvidar lo que ha pasado hoy.

—Hoy ha pasado, que te has casado.

—¡Sí! —se bebió de un trago el whisky y se tambaleó haciendo que Maggie se incorporara, segura de que iba a estrellarse contra el pequeño mueble. Finalmente recuperó el equilibrio y las ganas de beber, pues volvió a llenar la copa.

Alzó las dos al volverse como si estuviera brindando.

—¡Me he casado! —Cayó sobre el cobertor color borgoña mientras gruñía—¿Puedes creértelo?

Maggie lo miró con la cabeza ladeada. Recogió las piernas y las abrazó mientras él intentaba darse la vuelta y quedar mirando al techo. Le quitó las copas de las manos y las puso sobre la mesilla de noche. Cuando gateó sobre la cama, le puso la cabeza sobre sus muslos y le acarició el pelo.

—Me alegra que estés aquí.

La sonrisa de James dejaba ver lo borracho que estaba, pues rara vez sonreía de aquella manera.

—Yo también —dijo, intentando poner el peso de su cuerpo sobre los codos para reincorporarse. No lo consiguió.

Maggie estiró las piernas y se acomodó contra el cabecero de la cama. La cabeza de James siguió largo rato sobre sus muslos.

—¿Piensas seguir siendo mi amigo ahora que estás casado? —preguntó Maggie con toda la inocencia del mundo.

—Mi matrimonio —dijo mientas una sombra le cruzaba la mirada—, no va a cambiar absolutamente nada.

Maggie acarició su pierna, hasta el muslo, robusto y tenso.

—Me alegra escuchar esto.

—Maldita embustera.

Parpadeó confusa, hasta que lo miró de nuevo a los ojos y se dio cuenta que estaba pensando en otra cosa. Tal vez en su esposa.

—¿Sí?

—¡Si! —se enfurruñó.

Cuando luchó con su cuerpo para alcanzar las copas sobre la mesilla de noche, se bebió el contenido de una de ellas de un solo trago. Después la tiró sobre la alfombra y el vaso rodó sin romperse.

—Es una embaucadora. Sí, se finge muy inocente.

A Maggie se le abrieron mucho los ojos.

—¿No era inocente?

—¿Qué? —James fijó su mirada en ella—. Oh, eso. Sí, sí lo era. Pero… ella me engañó. Creo que se dio cuenta de que íbamos a citarnos en la biblioteca.

Maggie le dio la razón.

—Recibí una nota tuya de que no te encontrabas bien y que no fuera a nuestra cita.

—Eso es un engaño. Yo no la escribí. ¡La escribió ella! Mi pérfida esposa. ¡Ja! —se rio, acomodándose en la cama.

Maggie le acarició el pelo, pensativa.

—Tu mujer es muy astuta. Debe estar muy orgullosa de sí misma después de haberte cazado.

—¿Cree que me voy a quedar con ella para jugar a las casitas? Pues que ni lo sueñe. Me voy a España.

—¿Tan pronto?

—No va disfrutar de mi compañía, ni un día más.

—¿Y tu madre? —preguntó Maggie. Siempre había querido mucho a Charlotte, pero sabía que después de enviudar su actitud hacia ella había cambiado, muy probablemente porque sabía que se había convertido en la amante de su hijo.

—Ella ha participado en esto, tanto como mi dulce esposa —Antes de que su amante pudiera abrir la boca, le aclaró—. Quería que me casara con una de las hermanas Belford.

—Pero si no tienen fortuna.

—Creo que ya lo sabía, pero mi madre quiere algo más que dinero para mí —Se rio sin humor—. Por algún motivo mi esposa le cayó bien enseguida.

James tragó saliva con expresión ausente, podía entender perfectamente porque Violet Belford la había encandilado. ¿Acaso él no había empezado a sucumbir a su embrujo?

Pensó en los momentos en la biblioteca, en aquella noche que estuvo a punto de besarla bajo la escalera.

Carraspeó y negó con la cabeza como si quisiera alejar cualquier pensamiento positivo que tuviera sobre la mujer que lo había obligado a casarse.

—Creo que tu madre no lo pensó bien. Ahora tiene como nuera a una mujer capaz de engañar de la forma más vil —dijo Maggie y él no le respondió.

Maggie apoyó la mano en su pecho y después descansó la cabeza sobre este.

—¿Y qué hay de nosotros?

Él sonrió con los ojos cerrados.

—Siempre seremos amigos, Maggie. Edgard, tú y yo, contra el mundo.

Maggie sonrió a pesar de que no pudiera verlo en la oscuridad.

—Pero yo quiero seguir siendo algo más.

Empezó a desatarle los botones de la camisa y James dijo algo que sonó como un.

—Sé que encontraras a otro.

—Nunca hemos sido exclusivos —dijo ella en un susurro—, pero sabes que eres mi favorito. Y no pienso perderte porque una zorra embustera te haya arrastrado al alatar.

Se escuchó un ronquido.

—¿James?

—Me tengo… que ir.

Al escuchar su voz somnolienta, ella lo zarandeó con fuerza. Pero no sirvió de nada.

Tenía la cabeza caída hacia un lado y mientras Maggie le golpeaba la mejilla para que reaccionara, lo escuchó balbucear.

—Esa arpía atrapa maridos… jamás será nada para mí.

El Diablo quiso que mucho después tuviera que tragarse sus palabras.

PARTE II

Una larga distancia

1812 - 1814

Capítulo 14

1812, Cádiz.
Cuatro años después.

Cinco años, pensó James, casi cinco años en que no había visto a su madre, ni a su esposa.

Resopló molesto cuando golpeó su muslo con la carta que acababa de llegar de Inglaterra. Su madre estaba cada vez más enferma.

Si no supiera bien de su estado de salud, pensaría que aquella carta alarmista de su esposa Violet, era una estratagema para hacerlo volver. Pero era muy poco probable. Violet jamás le escribía, desde el momento en el que él le escribió una larga carta expresando lo que pensaba de ella después de haberlo forzado a un matrimonio que no deseaba.

Me alegra que nuestra unión no haya tenido frutos y que empieces a vislumbrar lo sola que estarás en los años venideros mientras yo cumplo con mi deber lejos de Inglaterra. De todas formas, déjame aclarar que no tengo ningún deseo de reanudar la vida matrimonial contigo una vez vuelva de esta guerra, si es que vuelvo.

No me escribas, tus cartas no son bienvenidas. Perderías el tiempo, porque tampoco creería nada de lo que en ellas está escrito.

Ella le había hecho caso. No le había vuelto a escribir, de ahí su sorpresa cuando vio el remitente.

Su corazón se encogió, pensando que, si su madre no escribía, quizás fuera porque su estado de salud había empeorado considerablemente. Y parecía que así había sido.

No me tomaría la molestia de escribirle si no pensara que su madre está minimizando los males que la achacan. Algunos días no puede levantarse de la cama y se siente cada vez más melancólica pensando que morirá sin ver a su hijo una vez más.

Siento ser tan franca, esposo, pero su madre se muere y es su dedeo verle. Quizás ella en sus cartas sepa lo importante de su misión, pero le suplico que haga lo posible por volver antes de que pase algo irresoluble.

No tenía por qué creer a su esposa, pero de alguna manera sabía que no mentía. Las cartas de su madre se habían vuelto monótonas, expresando emociones que le evocaban experiencias vividas en el pasado, en lugar de contarle su asistencia a fiestas y bailes. Por la carta de Violet ahora sabía el por qué: su madre no tenía fuerzas para tener vida social.

Cerró los ojos y de alguna manera le pidió perdón. No podía ir. Aunque su corazón estaba en parte con su madre, volver ahora a Londres le sería imposible.

Estaban sitiados. Desde febrero de 1810. En la batalla de Portazgo, después de derrotar a los napoleónicos, se estableció el cerco a la ciudad de Cádiz y San Fernando. Había pasado año y medio y según la experiencia del Almirante Anderson, este no iba a durar mucho más. El hombre que siempre estaba de buen humor, se le empezó a agriar el carácter.

El almirante, nunca había estado tan lejos de su esposa y sus hijas. James, pensó que ojalá el supiera qué amor incondicional empujaba a un militar de su rango a pensar a diario en volver con su familia, pero esos eran unos sentimientos que, al parecer, James no estaba destinado a experimentar.

¿Él, James Phillips?, ¿echar de menos a su esposa?

Eso no sucedería jamás.

Y, sin embargo, las cartas que le habían llegado de su madre durante aquellos años, las palabras llenas de afecto que tenía hacia Violet, hacía que se plateara el hecho de que quizás hubiera demonizado a esa mujer antes de conocerla bien.

No solo era su madre quien hablaba maravillas de ella, sino también opiniones que le llegaban por otros medios. Eso hacía que a veces, solo a veces, evocara ese sedoso cabello caoba.

Dobló la carta de Violet para releerla más tarde y se la guardó en su casaca.

—¿Ocurre algo, Phillips? —preguntó el Almirante Anderson entrando en el camarote.

James suspiró y negó con la cabeza.

—No, solo noticias de Londres.

El hombre lo miró con paciencia, como aquel que sabe que si uno no pregunta es más probable que obtenga respuestas.

—¿Cree que esto durará mucho más? —preguntó James.

—¿Napoleón, la guerra en España, o el asedio?

Hizo un mohín.

—Olvídelo, no sé si quiero saber la respuesta.

—Es usted militar, y de vocación —dijo Anderson riéndose un poco del joven—, aunque esto durara poco, ¿iría corriendo a Londres para pasar sus días lejos de la batalla, deleitándose con ostentosos bailes y el amargo vino inglés?

James se esforzó por no poner los ojos en blanco. No lo consiguió.

—Mi deseo no es volver a los salones de baile —se tocó el pecho donde había guardado la carta—, pero si lo que dice mi esposa es cierto, mi madre está muy enferma y… —tragó saliva.

—Entiendo.

—Quisiera verla antes de que se vaya toda su vitalidad y me encuentre a otra persona.

Anderson asintió con una expresión que venía a decir que lo entendía.

—Cuando el asedio termine, quizás pueda volver a Londres.

James alzó una ceja al escuchar esas palabras.

—¿Usted cree?

—Por supuesto, una pequeña intervención en el parlamento para que nos den un poco más de fondos, sería la excusa perfecta. A Wellesley no le hará gracia perderle por unas semanas, pero lo entenderá. —Anderson le sonrió, como si lo diera por hecho—.

Necesitamos un hombre con presencia para que diga en el parlamento que todos los recursos y esfuerzos de los ingleses aquí, no son en vano.

James lo miró en silencio, con una expresión que quería decir ¿no lo son?

Como si le hubiera leído la mente, el almirante se rio de buena gana y se despidió con un gesto de la mano. Abandonó el camarote donde solían reunirse para intercambiar opiniones o tomar una copa antes de la cena. Estaban en guerra, pero uno no tenía por qué perder a los amigos, ni los modales.

James se sentó tras el escritorio anclado al suelo y dudó si escribir a su esposa o a su madre.

Finalmente, por cabezonería o por no cambiar sus costumbres, ignoró por completo a su esposa y dirigió la carta a su madre.

Iría a visitarla, pero ni él sabría decir cuándo.

***

Octubre, 1812

Violet acompañó a Charlotte a la velada de música, únicamente porque su suegra se lo había pedido.

Ese año Violet se sentía más decaída que nunca. Ya se cumplían casi dos años desde que sus padres se habían marchado a América con Sophie.

Cualquiera diría que los problemas económicos de los Belford se habían solucionado con su matrimonio con James Phillips, pero nada más lejos de la realidad. Su padre no aceptó ni un solo centavo de James o, mejor dicho, de Charlotte. Cuando James se fue a la guerra a su padre le resultó imposible aclarar los asuntos de la dote e informarle de los problemas económicos a los que la familia se enfrentaba, aunque al intentar venderle su casa, era lógico que sabían que no tenían dinero. Pero Charlotte era una mujer muy capaz de manejar sus asuntos.

Charlotte había querido renunciar, en nombre de su hijo, a la dote que le correspondía. Su padre se negó en redondo. Vendió la casa de Londres y la de las tierras altas, conservó la casa de Edimburgo porque pertenecía a su esposa, heredada de su madre y se negaba a vender nada que consideraba de Virginia y que sería la única herencia de las muchachas.

Durante dos años habían vivido en Edimburgo, aunque de forma esporádica, pues Charlotte, con la excusa de que se sentía sola los había invitado a pasar las temporadas en Londres. Finalmente, la providencia quiso que un primo de la familia de su madre le escribiera al enterarse de sus apuros económicos. Les ofreció pasaje a Nueva York, con la garantía de que tendría trabajo al llegar allí. El primo de su esposa necesitaba a alguien que conociera a los aristócratas de Inglaterra que se interesaban por algunas empresas al otro lado del océano. Peter Belford aceptó de inmediato. Violet se quedó sola.

Al año le había escrito afirmando que todo lo que el primo de su madre decía, era cierto. Los negocios del ferrocarril y las minas que se estaban abriendo, hacían que invertir allí fuera un negocio lucrativo. Su padre vio una muy buena oportunidad de devolver a Charlotte Phillips la pequeña cantidad de dinero que sí había aceptado para comprar todo lo necesario para el viaje, incluso un guardarropa para Sophie a quien había animado a vestir como una joven casadera y probar de encontrar un marido en tierras lejanas.

Por supuesto a Sophie no le interesó ningún guapo pretendiente, pero por las cartas que recibía de ella, Violet sabía que, aunque su corazón siempre pertenecería a Escocia, había encontrado un hogar en las afueras de Nueva York. Pues en su última carta, su hermana le informaba de que, a parte de la mansión en Nueva York, se habían hecho propietarios de una granja a las afueras de la ciudad. La que Sophie, describía a través de sus cartas, como el paraíso.

Los echaba a todos de menos. Debía conformarse con las cartas que le llegaban cada pocas semanas. No tenían intención de volver, pues su padre solía decir que en América había un buen futuro para todo hombre que quisiera trabajar duro y ser

recompensado por ello, por ese motivo se sentiría defraudado consigo mismo si iba a visitarla, dejando sus obligaciones.

Con su familia lejos, tenía un único apoyo. Su familia se reducía a Charlotte, pero eso era decir mucho. Violet quería a su suegra como si fuera su segunda madre.

No sabía que habría hecho sin su amor y su apoyo incondicional. Las habladurías de por qué una boda tan precipitada, fueron muchas y a Violet le dio vergüenza admitir que lo pasó mucho peor de lo que hubiera creído en un principio. Por supuesto, todo hubiera ido mejor si la señora Margaret Hopkins no se hubiera empeñado en amargarle la existencia. En cada pequeño acto, en cada salón de baile, en cada velada musical, ahí estaba ella recordándole a todo el mundo que esa boda se había propiciado a raíz de unas circunstancias de lo más escandalosas.

Una vez más se apoyó en Charlotte. Ahora no solo era su suegra, sino su mejor amiga.

La vida en Londres transcurría sin ningún contratiempo, pero tampoco podía decir que fuera feliz.

Violet seguía casada, aunque no se sentía como tal. No obstante, la sociedad se lo recordaba. Podía disfrutar los beneficios de llevar el apellido Phillips. Disfrutaba de las amistades de Charlotte como si fueran propias, a la vez que su suegra le había hecho aceptar una nada despreciable suma mensual para sus gastos. Suma que por supuesto solía guardar para un día devolvérsela.

Pero a pesar de esos beneficios, dinero y libertad, también padecía sus inconvenientes. Las proposiciones indecentes de ciertos caballeros al saber que su esposo estaba lejos y que ya no era una joven virginal que no sabía lo que hacía, ponían a Violet en situaciones bastante violentas. Con el tiempo había aprendido a mantenerse firme y poner a un hombre en su sitio sin perder la elegancia.

Habían pasado cinco años, ya no era una joven debutante, ni se sentía como tal. Con la seguridad en sí misma que fue adquiriendo con el tiempo, dejó bastante claro que su corazón estaba cerrado a cualquier romance y que, por supuesto le sería fiel

a su esposo, a pesar de que sabía muy bien que no se lo merecía, porque sabía que él no le guardaba la misma deferencia.

Por supuesto, James no era tan cretino para confesárselo en sus cartas, pero ¿por qué hacerlo? Para eso tenía a Maggie Florence. Ya se encargaba ella de poner al corriente a Violet sobre los asuntos más privados de James.

—Se divierte mucho en Sevilla, dice que las mujeres allí son muy amorosas. Oh, no te sonrojes querida…

La odiaba.

Esa mujer había nacido para que Violet expiara sus pecados. Si no hubiera sido tan ingenua de creer que después de lo que hizo podría comportarse como la esposa ejemplar y hacerse perdonar por su marido, no sufriría tanto. Porque no solo James no la perdonaría, sino que después de su desprecio y abandono, ella no lo perdonaría jamás.

—Vino a visitarme después de su noche de bodas —le había dicho en una ocasión Maggie Florence—, al parecer no lo dejaste muy satisfecho. Quizás deberías practicar un poco, el conde de Borhaum estaría encantado…

Ella estaría encantada de arañarle la cara, pero también había aprendido a templar su carácter, al menos de cara a la galería.

Pero malditos fueran los dos. Podrían irse juntos al mismísimo infierno. Violet juró que no le importaría que ambos desaparecieran de su vida. Lamentablemente, al vivir en casa de Charlotte, James era recordado a diario, aunque por lo menos no se le santificaba y su propia madre era consciente de sus defectos.

Esa noche, Violet esperaba librarse de la presencia de Maggie, pero después de acomodar a Charlotte en los primeros asientos e ir a buscarle una copa de ponche, se dio cuenta de que no tendría tanta suerte.

—Buenas noches, señora Phillips.

La voz de Maggie sonó arrastrada y tras ella un coro de risitas le puso los pelos de punta.

Ahí estaba ella, con su atuendo a la última moda, sus labios encarnados y esa sonrisa perversa que conocía tan bien.

Mientras Violet se empecinaba en vestir con colores apagados, Maggie Florence lo hacía con fucsias, azules vivos y borgoñas. Era un espectáculo para la vista, tenía a sus pies a todos los hombres que pudiera desear. Violet jamás entendería por qué la sociedad le daba un lugar privilegiado en esta, cuando todo el mundo sabía de su relajada moral.

Maggi se acercó a ella, la interceptó para que no pudiera tomar el ponche y tener que prestarle toda su atención.

—Buenas noches —dijo, cortés.

Hubo más risitas de parte de su corrillo de amigas.

—Permítame decirle —empezó a decir Maggie Florence—, que está arrebatadora.

Violet entrecerró los ojos, porque sabía que después de aquel halago vendría algo mucho peor.

—¿En serio? —respondió, seria.

—Por supuesto —se sorprendió Maggie—. Jamás pensé que una escocesa que vivía alegremente en el campo, tendría tan buen gusto en el vestir.

Más risitas.

La mano de Maggie se estiró hasta tocar el bordado de su escote cuadrado.

—Es una belleza.

No lo era. Violet era muy consciente de su austeridad. No quería gastarse ni un chelín más de lo necesario en su guardarropa. No consentiría que su esposo le echara en cara que era una derrochadora.

—No sabía que su familia era escocesa, creí que su padre era hermano de un conde.

Maggie miró a su amiga, contenta de que sacara el tema.

—Así es, su padre es el hermano del conde de Shepton. —Sonrió con malicia—. Todos nos alegramos mucho de que su padre, junto a su familia, hayan ido a América a probar fortuna. Le va bien, ¿verdad?

—Muy bien —dijo Violet tirante, sin saber como salir de esa situación.

—Me alegro. Así su padre no tendrá que mendigar limosna al conde.

Muérdete la lengua.

—Como le digo, le va muy bien.

Maggie alzó la barbilla, no muy satisfecha con la expresión comedida de Violet.

Pero como siempre tenía un as en la manga, y ese no era otro que James Phillips, no dudó en usarlo.

—Por cierto, ¿ha recibido noticias de su esposo?

Violet apretó los dientes y desvió la mirada hacia la ponchera.

—Las cartas son escasas —dijo tirante—, al fin y al cabo, estamos en guerra, aunque muchas veces se nos olvide.

—Oh, no se nos olvida —dijo Maggie—, o de lo contrario su esposo estaría aquí, con usted —añadió esas últimas palabras como si quisiera decir que estaría en cualquier lugar menos a su lado.

Gracias a Maggie Florence, todo el mundo sabía que su esposo la abandonó para irse a la guerra, la misma noche de su boda.

—Si me disculpan, tengo que ir con…

—Oh, ¿la señora Phillips está aquí? —preguntó, con inocencia —. Por supuesto, vaya, vaya. Debe estarle muy agradecida. Gracias a ella tiene un techo sobre su cabeza y dinero suficiente para comprarse estos vestidos tan bonitos.

Las carcajadas a su alrededor no se hicieron esperar.

Violet apretó los labios y se giró para quedar de cara a la mesa. Llenó una copa y después otra.

—Espero que le mande recuerdos a su marido de mi parte. — Los ojos de Violet se clavaron en la pared de papel pintado al escuchar las palabras de Maggie—. Ya sabe que siempre hemos sido muy buenos amigos…

Violet impostó una radiante sonrisa y se giró de golpe con ambas copas en la mano.

—Sí, por supuesto —dijo, mirándola directamente a los ojos y viendo como Maggie cambiaba su expresión de seguridad por la de sorpresa—. Ya sé que usted y mi esposo son muy amigos. Lo sé yo, y lo sabe todo el mundo.

Se hizo un silencio muy desagradable en el corrillo de damas.

Algunas sofocaron una risita.

¿Estaba diciendo Violet que todo el mundo sabía que su esposo mantenía una relación romántica con Maggie Florence?

—Tenga cuidado, señora —le advirtió Maggie.

—Por supuesto —respondió mirando las copas en sus manos —. No quisiera que se me derramara el ponche sobre un vestido taaan bonito. Cualquiera diría que sale de los puertos de Devon.

Las damas escandalizadas dieron un paso atrás mientras Violet las empujaba ligeramente para ir con Charlotte.

Maggie apretó los dientes y se abanicó con fiereza, al ser muy consciente de que esa mosquita muerta la había insultado. Antes de convertirse en la esposa de un barón, su padre era solo un rico comerciante sin contactos. Nadie le recordaba ya sus orígenes, pero esa zorra había tenido la desfachatez de hacerlo.

No iba a quedarse así.

Violet Phillips había firmado su sentencia, la de convertirse en su enemiga declarada, e iba a sufrir bajo el peso de su influencia.

—Me las pagarás, mosquita muerta.

Violet se acercó con prisa al salón de música.

Quería dejar atrás y cuanto antes a esa arpía que le había hecho la vida imposible desde que se casara con James y tuvo que permanecer en Londres. Era un recordatorio constante de lo infeliz que era asistiendo a bailes y paseándose por sus salones.

Respiró hondo y cambió su expresión cuando entró por fin y se dio cuenta que no se escuchaba música alguna, pero sí el rumor de exclamaciones ahogadas y voces agitadas.

—¡Qué alguien llame a un médico!

Violet estiró el cuello y se dio cuenta de que el alboroto procedía de las primeras filas. Justo donde había dejado a su suegra.

—¡Charlotte!

Las tazas cayeron en el suelo de baldosas y el líquido se esparció sobre estas como sangre.

Se alzó el dobladillo de la falda para no caerse en su carrera por llegar hasta ella.

—¡Por favor! ¡Permítanme!

La señora Phillips estaba pálida, y su respiración era superficial.

Miró a los invitados que la observaron con lástima, todos con curiosidad, pero ninguno con la suficiente humanidad como para apoyarla.

—Apártense —dijo la voz de un hombre, quien enseguida se arrodilló junto a Charlotte. Miró a Violet y le dijo resuelto—. Venga conmigo.

Ella solo pudo asentir y agradecerle con la mirada que la sacara de ese trance.

El apuesto joven tomó a Charlotte en brazos y los tres se fueron a una sala contigua que el anfitrión le había señalado.

—Por aquí.

Violet agradeció al señor Harris, el anfitrión de la velada, que los escoltara. Él mismo cerró la puerta tras de sí para dejar atrás a los curiosos.

—Está respirando —dijo el joven.

Los ojos de Violet se llenaron de lágrimas y se llevó una mano al corazón mientras se arrodillaba junto a Charlotte que permanecía más pálida de lo que creía posible.

—¿Han avisado a un médico?

El señor Harris, asintió.

—Por supuesto, señor Corbet —miró a Charlotte preocupado —Debe estar a punto de llegar, no vive lejos.

—Se lo agradezco mucho —Violet, nerviosa, se retorció las manos. Luego miró con amabilidad al joven que las había salvado del escrutinio público—. A usted también, le estoy muy agradecida, señor…

Se dio cuenta que no sabía su nombre.

—Es el señor Corbet, David, mi abogado —le presentó el señor Harris—. Ella es la señora Violet Phillips y la dama su suegra.

Violet asintió.

—Muchas gracias, señor Corbet, de verdad.

Antes de que él pudiera añadir nada más, el medico entró en el pequeño salón.

Capítulo 15

Enero, 1813

Nadie podía obviar que la carrerea militar de Arthur Wellesley había sido extraordinaria. No solo él había luchado en la guerra del francés en España, pero nadie jamás le podría quitarle el mérito de todo lo que consiguió y que nadie más fue capaz de hacer.

En abril de 1812 había conquistado Badajoz, siéndole otorgada la Cruz de San Fernando. En agosto de ese mismo año, entró en Madrid y ya en octubre, lo hizo en Burgos. Sus victorias se sucedieron y tanto empeño puso en alzarse con la victoria que en diciembre de 1812 fue nombrado generalísimo de todos los ejércitos hispanos.

Puede que la carrera de James no fuera tan espléndida como la de Arthur Wellesley, pero por sus hazañas en Burgos fue nombrado Mayor, así como también debido a ciertas bajas.

Después de tantas hazañas, el plan del almirante Anderson pareció materializarse. Lo dejaban volver a casa para tener una intervención en el parlamento, así como al almirante Anderson lo dejaban volver a casa de forma definitiva. El por qué, se le escapaba a James. El almirante no era tan mayor, de hecho, a muchos hombres ya le hubiera gustado llegar a su edad con semejante vitalidad, pero las órdenes venían de arriba, de muy, muy arriba. James dedujo que, si volvía a casa, sería porque el reino allí lo necesitaba. No podía decir que no le echaría de menos, se había vuelto una gran figura paternal. Dudaba que por el contrario el almirante se acordara de él ahora que tendría en casa a sus cinco hijas y a su esposa, para ocupar cada momento del día.

Antes de Navidad, James había recibido un permiso especial para visitar a su familia. Fue muy consciente de que se lo concedían no solo por sus méritos militares y su merecida fama, sino también por la gravedad de la enfermedad de su madre.

Así pues, en año nuevo, James desembarcaba en Londres para asistir a la apertura del parlamento y estar allí se le hacía increíblemente extraño.

Por sus cartas, sabía que su esposa se encontraba en la casa londinense de la familia. Había vivido todos esos años con su madre. Cuidándola. Por supuesto Violet no le había dicho nada al respecto. Cuando le dejó claro que no quería recibir sus cartas, estas dejaron de llegar. Pero sí que su madre le escribía a menudo, informándole del gran consuelo que era Violet para ella.

Cuando sentía que se enfurecía de nuevo al recordar como esa mujer lo había engañado para conseguir una boda, se consolaba con la idea de que por lo menos su madre había salido ganando con una nuera, o una enfermera, que al parecer es lo que su santa esposa se dedicaba a ser. Odiaba la devoción y el cariño que transmitían las cartas de su madre para con Violet. Casi se sentía culpable. Casi.

No obstante, se prometió tratarla con educación. Si su madre estaba tan enferma y le quedaba tan poco tiempo, James se aseguraría de no alterarla. Pero se marcharía de nuevo hacia la península tan pronto hiciera su intervención en el parlamento y se despidiera.

Cuando la guerra llegara a su fin, ya pensaría en como seguir con su matrimonio, o como ponerle fin. Y es que tener una esposa, y más una como la suya, no entraba en sus planes.

Ese matrimonio era una farsa, y el mayor James Phillips lo sabía bien.

Mientras bajaba del carruaje y miraba la puerta de entrada a la casa de los Phillips, carraspeó. Debía contratar un buen abogado para deshacerse de Violet, aunque seguramente cualquiera sería mejor del que ella pudiera contratar. No obstante, tenía un problema, había jurado no consumar esa unión, pero erró al subestimar el poder de seducción de su esposa, por fortuna ese desliz no había tenido consecuencias. No era padre, que él supiera, y desde luego no sería tan idiota de volver a caer en las redes de esa mujer.

Se alisó la casaca, en lugar de la habitual chaqueta escarlata, James vestía de azul oscuro, así como lo había hecho el mayor Craufurd, su predecesor.

Adelante, se dijo.

Estaba más nervioso de lo que esperaba, pero ¿por qué? Al comandante general de la división ligera no le daba miedo una mujer, y mucho menos su embaucadora esposa.

Al subir los peldaños que separaban el rellano de la calle, la puerta se abrió con el estoico mayordomo de la familia, más envejecido y desde luego mucho más emocionado de lo que creía posible.

—Buenos días, señor. No sabe lo que nos alegramos de tenerlo en casa.

—Muchas gracias, señor Powell.

Le sonrió y antes de que pudiera tenderle el sombrero la mirada se elevó, justo al entrar en el recibidor y ver descender a su esposa por la escalera principal de la casa.

Violet se quedó dónde estaba, sujetándose la falda del vestido y con la mano apoyada en la barandilla.

El tiempo pareció haberse detenido en el instante en que vio aparecer a su esposo por la puerta principal.

El señor Powell cerró, dejando fuera el frío del invierno, pero al ver que su señor permanecía tan rígido como ella, inclinó la cabeza a modo de despedida y los dejó solos.

Los labios de James parecieron querer moverse para decir algo, un saludo tal vez, o quizás un reproche. Ella no lo supo, bajó algunos peldaños más hasta situarse al pie de la escalera.

—Buenas tardes, James. Bienvenido.

No obtuvo reacción alguna, solo aquella mirada fija en ella, como si no la reconociera.

Violet admiró su porte. Llevaba una casaca de corte ajustado, azul oscuro, como sus vistas en cuello y puños, el color distintivo de la Infantería Ligera. Si el color de su indumentaria no anunciaba su rango, sí lo hacía el oro, las charreteras en sus hombros, gruesas y de hilo dorado, sus botones pulidos hasta hacerlos brillar. Se había quitado el sombrero que, a diferencia de otros oficiales, el penacho

que lo coronaba no era nada ostentoso, de color verde, representando a la división ligera. Por supuesto, las botas eran del mejor cuero endurecido. La faja de seda carmesí se abrazaba a su cadera, atrapando la mirada de Violet. Parpadeó al ver sus inmaculados pantalones blancos, más aptos para un desfile que para la guerra, por lo que Violet pensó que no eran los que usaba habitualmente.

Ante el carraspeó de su esposo, ella elevó la mirada y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Buenas tardes, seño… —se mordió la lengua y Violet se encogió por lo que iba a decir—. Querida —añadió rápidamente—, quisiera ver a mi madre.

Violet asintió.

—Por supuesto.

Para eso había venido, pensó ella.

Al ver que el mayordomo había huido, recayó sobre ella el acompañarlo hasta la alcoba donde descansaba Charlotte.

Subieron el primer tramo de las escaleras en silencio.

James la miró de reojo. No podía decir que no había cambiado nada en esos últimos seis años. Ya no era una jovencita, sin duda, ahora su belleza era mucho más exuberante. Seguía con su cabello cobrizo, su esbelta cintura, pero a no ser que sus ojos lo engañaran, tenía las caderas mucho más anchas, algo que no le desagradó en absoluto.

Carraspeó, sintiendo que se comportaba como un imberbe sediento de atenciones.

Violet lo miró, como si esperara que hiciera alguna pregunta, algo que se vio forzado a hacer.

—¿Cómo se encuentra mi madre?

—Estable —respondió, mirándolo con un parpadeo perezoso —. Como sabrá por sus cartas, hace tiempo que no está bien de salud. En el verano se recuperó lo suficiente para viajar, fuimos unas semanas a Nottingham.

—¿Tan lejos?

Violet asintió.

—A ella le gusta mucho esa finca y deseaba verla por última vez.

James asintió, y de momento no dijo nada. Se dejó embargar por sus recuerdos de la infancia en Nottingham y finalmente volvió a carraspear, esta vez para que la emoción no lo embargara.

—Siempre le gustó esa finca.

—Es muy hermosa.

Se pararon en el último rellano. Ella parecía querer decirle algo importante, pero fue James quien habló.

—¿Siempre la acompaña a todos lados?

Violet frunció el ceño, como si no tuviera muy claro como tomarse aquella pregunta.

—Siempre que puedo.

—Entiendo.

Las cejas de ella se alzaron, ¿qué entendía exactamente?

Juntó los labios en una fina línea y empezó a subir el último tramo, pero se paró de nuevo, como si el despiste le hubiera privado de decirle lo que deseaba en realidad.

—Puede que encuentre a su madre muy cambiada.

—Lo supongo, han pasado muchos años.

—Muy cambiada —insistió.

James sintió como si una mano inmisericorde le estrujara el corazón.

—¿Tan cambiada? —tragó saliva al tiempo que los ojos caídos de Violet le decían claramente que no sería agradable.

Pero jamás esperó que tanto.

La puerta se abrió con desgana. Su madre estaba en cama y no se encontraba leyendo, ni cotilleando con el servicio, como solía hacer en los días de lluvia que se sentía demasiado melancólica como para salir del lecho. Ahora estaba entre las sábanas, pero no por disfrutar del placer de no hacer nada, sino porque no tenía fuerzas para enfrentar el resto de la tarde.

—Charlotte —susurró Violet.

Se acercó a la cama y James lo hizo con paso pausado, observando al pequeño bulto acurrucado en su centro.

—Hay alguien que ha venido a verte —dijo, dulcemente.

James miró a la que era su esposa, la emoción bailaba en su voz, y no le pasó por alto la familiaridad y sobre todo el profundo cariño con que trataba a su madre.

—¿Quién es, querida? ¿Ya ha anochecido?

—No, todavía es pronto. —Violet retiró las cortinas para que el sol de media tarde iluminara la estancia.

James escuchó el suspiro materno al tiempo que parpadeaba, mirando hacia la ventana. Sonrió a Violet y ella miró a James, para que Charlotte se diera cuenta que no estaba sola.

—¿Qué…?

No tuvo tiempo a formular la pregunta, James dio dos zancadas y se sentó en el borde de la cama.

—Madre… —se inclinó para abrazarla y los temblorosos brazos de Charlotte lo envolvieron.

—Oh, mi niño. Mi hermoso niño.

Violet retrocedió un paso al ver que Charlotte se echaba a llorar en brazos de su hijo. Luego retrocedió otro paso más, como si quisiera fundirse con el papel tapiz de la pared.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y tuvo que secárselas con un pañuelo. Lloró en silencio mientras la escena se desarrollaba delante de ella.

¿Cuánto tiempo había esperado Charlotte a su hijo?

Muchísimo.

—Oh, madre —dijo con una voz embargada por la emoción—. Ya estoy aquí.

Y en verdad lo estaba, pero lo que no sabía Violet es qué le iba a deparar el futuro con su esposo por fin en casa, porque… había venido para quedarse ¿no?

***

Como si hubiera recuperado las fuerzas de repente, Charlotte salió de la cama. Se preparó una cena de siete platos y los tres cenaron temprano. Por un momento todo pareció perfecto, como si no pudiera reinar nada menos que la perfecta armonía.

Se habló de España, por supuesto, y de los méritos militares de James. Pero no se habló del sufrimiento, ni de las sangrientas batallas que seguramente había vivido.

Violet lo supo al ver la sombra oscura de la muerte atravesar sus ojos. Había perdido a amigos y compañeros. En esos seis años su esposo se había transformado en un hombre que sabía cual era el valor de la vida.

La conversación se alargó hasta que los ojos de su madre se cerraban por el cansancio.

—No deberías esforzarte tanto, madre.

—Oh, no me digas lo que tengo o no tengo que hacer cuando acabas de llegar.

Él se llevó la mano de su madre a los labios. La besó con ternura y se dio cuenta de lo frágil que era.

La miró con todo el amor que tenía guardado para ella.

—Mañana tendremos tiempo para seguir conversando.

Charlotte asintió y poco después dos de los lacayos la ayudaron a ponerse en pie.

—Yo te ayudo, Charlotte.

—Por supuesto que no —dijo su suegra.

Se volvió la indicarle que debía volver a sentarse.

—Pero…

—Sin duda tenéis mucho de que hablar —los miró a ambos y había cierto reproche en esa mirada.

Violet apretó los labios algo avergonzada y James lo hizo con cierto fastidio.

—Han pasado muchos años. No me gustaría que por mi culpa se quedaran cosas sin decir.

Violet ni siquiera parpadeó.

No tenían nada que decirse, la herida seguía abierta y dudaba mucho que James tuviera algo agradable que discutir con ella. Para él, muy probablemente sería la mujer que lo empujó a casarse mediante engaños.

James se quedó de pie, cuando la puerta del salón se cerró.

Por fin, los esposos se quedaron solos.

Capítulo 16

James seguía de pie y al beber distraídamente de su copa, se dio la vuelta para mirar a Violet.

La vio hermosa, porque así era ella. Había rechazado casarse, no porque no le agradara, sino porque tenía otros planes. Pero esa mujer lo había precipitado todo, le había engañado de la forma más vil, propiciando que fueran sorprendidos como dos amantes, cuando él ni siquiera hubiera osado tocar la punta de sus cabellos. Por muy hermosos que fueran cuando eran acariciados por la luz de las velas.

Se acabó el vino de un trago y se dijo que estaba demasiado ofendido para tener una conversación agradable con su esposa.

—Me voy, creo que la velada ha perdido toda su gracia.

—Por supuesto —respondió, aún sentada, sin ni siquiera levantarse para despedirse de él.

—¿Va a quedarse con la última palabra? —le preguntó James, tomando el pomo de la puerta.

Violet alzó la ceja izquierda.

—Lo que deseo es que se vaya.

Era cierto. Llevaba demasiados años libre y sola como para desear o alentar una discusión con un esposo que jamás se había comportado como tal.

Su indiferencia lo enfadó, y lo que pronunciaron sus labios fue puro veneno.

—Eso haré, aún tengo a alguien a quien visitar.

La boca de Violet se abrió con incredulidad. Después dejó de mirarle y resopló.

—Por supuesto.

James detuvo su avance y volvió a mirarla.

—¿Y qué significa eso? —preguntó, furioso.

—Lo que significa es que todo el mundo sabe donde va.

—A visitar a mis amigos a los que hace mucho tiempo que no veo.

La sonrisa irónica de Violet no llegó a iluminar sus preciosos ojos verdes. ¿Puede que realmente no hubiese tanta indiferencia en su corazón?

—Y a sus amigas —señaló ella, sin poder morderse la lengua.

Lejos de negarlo, la sonrisa de James se hizo lobuna.

Maldito fuera, sabía que eso le dolía, o al menos la molestaba y no desaprovechó la oportunidad para tirárselo en cara.

El cuerpo de James se movió como un depredador, pausadamente y con elegancia. A pesar de lo que la hacía sentir, permaneció en su sitio, de pie junto a la mesa de la cena, esperando… no sabía muy bien qué.

Tragó saliva al tenerlo frente a ella. Aunque le hacía daño reconocerlo, era tan apuesto que quitaba el sentido. Los años y la guerra lo habían transformado en un hombre distinto, mucho más maduro, más fiero. Atrás quedaba el joven lleno de ilusiones, ahora era un hombre que había conseguido con esfuerzo todo lo que tenía y eso era una carrera prometedora, un nombre que todo el mundo conocía y admiraba.

Sí, sin duda era un hombre. Sus rasgos eran más duros, su mirada más intensa, y su figura, la forma de andar y sus gestos irradiaban autoridad.

La sonrisa que dibujaron aquellos labios era tan falsa como despectiva.

—Jamás te he sido fiel —soltó, a bocajarro.

Violet no se movió, a menos que no fuera por abrir su boca llena de sorpresa. No por el hecho de que no le hubiera sido fiel, eso lo tenía más que claro, sino que lo soltara con tanta frialdad, como quien dice que va a llover. Debía detestarla mucho por ser tan poco considerado.

—No esperaba menos —respondió.

A pesar de no lograr ocultar su sorpresa, estuvo bastante orgullosa de no llorar.

—Bien —La sonrisa cruel seguía ahí.

James alzó una mano y aunque ella giró el rostro para que no la tocara, no quiso apartarse más. No quería demostrarle que le tenía miedo, o si más no, la ponía nerviosa.

—Seis años es mucho tiempo para que consideres que yo…

—No considero nada —lo cortó.

Se puso de pie y a pesar de que su rostro quedó a la altura del pecho de su marido, no se movió y mucho menos retrocedió.

Se mantuvo firme, mirándolo de nuevo a los ojos, y lo hizo con todo el rencor que sentía.

—No pienso en que me haya sido fiel, eso me quedó claro en nuestra noche de bodas, cuando se marchó con tu amante. Amante que no tardará en visitar esta misma noche cuando salga por esa puerta.

—Cuidado, señora —No le pareció posible, pero él dio un paso hacia ella. Estaba tan cerca que notaba el calor de su cuerpo a través del vestido de invierno— ¿Acaso oigo un reproche en su voz?

La mofa hizo que Violet se envarara.

—No oirá queja alguna de mí.

—¿De veras? —se rio—, entonces me doy por satisfecho de que al menos sea una esposa que sabe cuál es su lugar.

—No es que sepa mi lugar, es que lo que haga, me importa un bledo, querido.

Apretó los labios, ofendido.

—Sí, sé que jamás te he importado —se olvidó de hablarle con la formalidad que habían establecido después de tantos años sin verse. La furia hizo que no rectificara su desliz, y ella tampoco lo corrigió—. Lo único que te importó fue mi dinero.

Ahora quien apretaba los dientes era Violet.

—¿Vamos a hablarnos así lo que quede de nuestra vida?

James no quiso responder, y es que no tenía respuesta alguna para esa pregunta.

¿Qué pasaría con ellos una vez él volviera de España? ¿Qué pasaría cuando su madre no estuviera para obligarlos a fingir ser civilizados?

—¿Cómo le hablo?

—Con tanto ácido que podría escupir veneno.

Él negó con la cabeza, como si no entendiera como habían llegado hasta allí.

—No tienes ningún derecho a quejarte —dijo apartado la mirada de aquellos ojos que ya le dolían por ser demasiado transparentes y juzgarlo sin piedad—. Dejaste de tenerlo en el momento que me engañaste para que me casara contigo. En el momento que me amarraste para destruir mi vida y…

Violet agachó la cabeza y los hombros empezaron a moverse con violencia.

Se apartó de ella como si tuviera la peste.

Tardó unos instantes en darse cuenta de que su esposa se estaba riendo. O, mejor dicho, se estaba burlando de él.

—¿Te mofas? —la miró furioso.

—Pobre... —siguió riéndose.

—¿Te atreves a reírte de mí?

—Oh, lo siento —dijo, intentando serenarse.

Hizo varios intentos para dejar de reír, carraspeando y tosiendo.

Había llegado el momento de la verdad. Estaba dispuesta a hablarle con sinceridad, al fin y al cabo, era su esposa.

—Pobrecito —cuando terminó de decir la palabra, ya no reía —. De verdad, qué pena me da capitán Phillips.

—Mayor, me he ganado mi rango.

—Oh, Mayor —se burló—. Qué lástima que se haya visto arrastrado a un matrimonio tan perjudicial para usted. Una esposa tan molesta a quien no ha tenido que ver en prácticamente seis años. La misma que no se ha gastado ni un penique de su dinero, que no ha hecho otra cosa que quedarse en casa y solo salir cuando se la obligaba a ello, que se ha comportado en todo momento como debe comportarse una dama a pesar de que su amiga —recalcó, con un tono venenoso—, se haya burlado de ella en cualquier ocasión que ha tenido, humillándola frente a todo el mundo.

James retrocedió un paso al escuchar la furia envenenada de su voz.

—Qué verdadera lástima me da el hecho de que le moleste tanto que esta —se señaló a si misma—, se haya entregado con cariño a cuidar de su madre. Una madre que ha dejado sola sabiendo que no tiene más familia que usted, que ha pasado seis

años en España, dejándola sola, alejándola de su único hijo. Repito. Qué verdadera pena que su madre haya tenido alguien con quien compartir las penas estos largos años.

James retrocedió otro paso, como si le hubiera abofeteado.

—Es hijo único —la voz de Violet era firme y dio un paso hacia él cuando intentó apartarse—. ¿Sabe lo que ha sufrido su madre?

—Mi madre…

—No me diga que es una mujer fuerte.

Era exactamente lo que iba a decir.

—¡Lo es!

—¿Le parece fuerte ahora? —le señaló la puerta por la que acababa de salir.

No hubo respuesta. La vergüenza tiñó las mejillas de James y le dio la espalda para que su esposa no las viera.

—Charlotte sabía que se quedaría sola. ¿Cree que quería que se casara por gusto? Pero usted insistía en querer jugar a los soldados.

Se volvió molesto.

—No me insulte.

—¡Y usted no insulte mi inteligencia! —le gritó llena de rabia —. Nunca pensó en su madre y ahora se comporta como un niño con un berrinche porque ha dado su apellido a una mujer que no eligió. Madure, ¿no es usted un soldado condecorado? Compórtese como un hombre, deje de patalear y asúmalo. Estamos casados, para bien o para mal. Y no vuelva a insultarme, ni a intentar que me sienta mal por lo que hice. Lo lamento, pero las cosas no fueron como cree.

—No me importa, lo hizo y punto.

—Los motivos importan.

—No quiero saberlos —dijo molesto y volvió a alejarse de ella, al menos hasta que Violet lo siguió.

—No quiero discutir. No permitiré que me hable así delante de Charlotte, no quiero que sufra más de lo necesario por nuestra culpa.

—¿Propone que me comporte como un amante esposo? —se burló encarándola.

—Propongo ser civilizados, y que no le dé motivos para ponerse triste.

James se dio la vuelta y avanzó hacia la puerta, pero después se lo pensó mejor y volvió como si quisiera embestirla.

Violet no se movió ni un centímetro, ni sus ojos hermosos y nobles, dejaron de mirarle con acusación.

—No se haga la buena samaritana, se casó conmigo para sacar a su padre de la ruina. Un padre que creo que le va muy bien en América…

—Y no gracias a su dinero —le respondió, sin alterarse—. Salimos adelante…

—Entonces al final no hacía falta que se sacrificara, ni que me arrastrara en sus juegos.

Violet cerró los ojos.

Estaba harta.

—Las cosas no fueron como... No lo hice por... Yo… si me dejara explicarle —por un instante, vio la duda en su mirada y eso lo envalentonó.

—Nunca la creeré.

—Pues crea esto —contratacó, furiosa—. Me he comportado como la más fiel de las esposas, he cuidado de Charlotte y a pesar de sus escasas cartas, me merezco respeto y no crea que no se lo voy a exigir.

James la agarró por los codos y a Violet se le agradaron los ojos al notar su fuerza.

—¿Qué me exige exactamente?

Forcejeó con él hasta que la soltó.

—Que haga el favor de no pisotear el nombre de su esposa largándose con su amante la primera noche que está aquí.

James no volvió a tocarla, pero se inclinó sobre su rostro para que lo viera bien.

Notó el perfume a violetas y observó el movimiento del esbelto cuello al tragar saliva.

—¿Acaso quieres que la primera noche la pase contigo?

Violet abrió tanto los ojos, que su expresión fue casi cómica.

James retrocedió de golpe. ¿De dónde había salido semejante proposición?

—Me voy —dijo, antes de arrepentirse de hacer algo que no debía—. No me espere levantada.

Violet todavía tenía la mandíbula desencajada cuando escuchó el portazo desde la calle.

***

—No sabes cuanto me alegro de volver a verte —dijo palmeándole la espalda a James. Este hizo un mohín con los labios y se dejó caer en la butaca de aquel rincón privado del club. Frente a él, Robert Belford, el primo de Violet y su mejor amigo, le estaba sonriendo.

Habían combatido juntos en España y ahora los dos habían vuelto a Inglaterra por diferentes circunstancias

—Me alegro de que hayas tenido tiempo para ver a tu amigo antes de marcharte a Somerset.

Robert Belford asintió.

Robert era el hijo del conde de Shepton. Su padre había muerto algunos años atrás y su hermano mayor había heredado el título. Lamentablemente una nueva desgracia se había cernido sobre la familia y su hermano mayor había muerto en un accidente.

Ahora Robert Belford había heredado en condado y sus deberes era cuidar de su familia, su madre y dos hermanos pequeños que le necesitaban. Por supuesto su nuevo título le había hecho regresar a Inglaterra dejando atrás su vida militar y a muy buenos amigos comunes.

—Yo también me alegro de que podamos hablar.

—Parto en una semana —informó James—. Tengo una intervención en el parlamento, el general quiere que dejemos claro que no se están malgastando los recursos y que la derrota de Napoleón está cerca.

—¿Y tú lo crees?

James asintió.

—Sí, ya no puede durar mucho —dijo convencido—, demasiados frentes abiertos.

Robert se sirvió otra copa para acompañar a su amigo.

—¿Has visto a tu madre?

James pareció distraído, pero asintió.

—Sí —había una profunda tristeza en su voz—. Lamento decir que no es la mujer que dejé hace tantos años.

Robert asintió sin saber que decir. Sabía del deterioro de Charlotte y lo lamentaba profundamente, siempre le cayó bien. Era una mujer fuerte y elegante que no se dejaba amedrentar por nadie.

Antes de preguntarle sobre la campaña en España, Robert preguntó por su prima Violet.

—¿Ya has visto a tu mujer?

—Sí.

Robert parpadeó y se quedó mirándolo un rato largo sin que el otro añadiera ni una sola palabra. Finalmente, Robert hizo una mueca.

—No estás muy entusiasmado.

—No finjas no saber por qué me casé.

En eso se equivocaba, no sabía los pormenores. No había preguntado y, aunque en aquel momento fue un escándalo, no supo muy bien si todo se debió a una treta de Violet o a un malentendido.

—Nunca quisiste explicármelo —se encogió de hombros—, y te recuerdo que yo también partí a la guerra poco después que tú. No tuve mucho tiempo de entretenerme en los salones de baile londinenses para escuchar los motivos.

—Fue un escándalo.

—Algo sé, pero si quieres contármelo.

—No lo hice en su momento y no lo haré ahora —dijo tajante, pero no estaba enfadado con él, sino con las circunstancias—. Solo te diré que estar casado es mucho más complicado que ir a la guerra. Allí tienes claras tus funciones, te pones el uniforme y haces lo que tienes que hacer.

—¿Y en el matrimonio no?

James gruñó al ver que Belford se reía de él.

—Cuéntame tú cómo es eso de ser conde.

La expresión de Robert cambió. Se acercó a su amigo y se sentó en el sillón gemelo que estaba junto a él.

—Es mucho más complicado de lo que creía.

Hubo unos instantes de silencio.

—Lamento la muerte de tu hermano y que tuvieras que regresar para ocupar su puesto —dijo James con sentimiento—, al menos yo no tengo un título por el que sentirme atado a…

—¿Casarte? —se medio burló Robert.

—A tener un heredero.

Robert fingió saborear el whisky mientras pensaba en qué significaban las palabras de su amigo.

—¿Tú y…?

—No te atrevas a preguntarlo.

Robert alzó las manos como si se pusiera a la defensiva.

—Jamás sería tan intrusivo.

—Ya, pero por si te lo preguntas, hemos consumado. De no ser así, te juro que pediría la anulación.

Robert lo miró con disgusto.

—¿Recuerdas que hablas de mi prima? —preguntó muy serio —. Es una mujer respetable que ha cuidado de tu madre…

—¡Oh! ¡Ya lo sé! —James se levantó del sillón y se fue a beber junto a la ventana—. Me lo ha dejado muy clarito. Menuda fiera.

Robert se rio.

—Te mereces que te digan un par de verdades —Lo señaló con el vaso de licor—. Las circunstancias no fueron las mejores, poro no hubieras encontrado a nadie tan dedicada a tu madre como Violet.

Un gruñido fue su única respuesta.

No hacía falta que le recordaran las virtudes de su esposa. Las sabía, ella misma se las había explicado con detalle. Lo que más le enfurecía es que esa arpía tenía razón. Había cuidado de su madre como lo haría una hija, no había gastado ni un penique, tal y

como ella le había echado en cara, y en todo momento se comportó con decencia.

Robert lo miró guardando silencio, hasta que el mayor tuvo que admitir.

—Lo siento, sé que no lo ha tenido fácil y aunque yo no quería casarme debo reconocer que mi madre ha estado bien cuidada, y que ni un solo reproche ha escapado de sus labios.

Su amigo alzó una ceja, como si con ello esperara que se diera cuenta de lo valiosa que era Violet. No obstante, James desvió la mirada antes de añadir.

—Pero me engañó y no puedes confiar de nuevo en una mujer que te ha engañado una vez.

Nadie solía molestarlos en aquel salón privado del club, por eso cuando escuchó la puerta abrirse y unos pasos acelerados hacia las butacas que ocupaban, James no tuvo más remedio que darse la vuelta.

—¡Edgard!

El mayor Phillips se puso en pie y abrazó a su amigo quien le dio sonoras palmadas en la espalda.

—No sabes cuanto me alegro de verte, James.

—Y yo a ti.

Las cartas que le había escrito Edgard eran constantes, normalmente le hablaba de cosas banales y James lo agradecía, al fin y al cabo, lo que quería con estas era que se evadiera de la realidad, del día a día de un soldado.

Edgard había estado visitando a su padre, después de que este le obligara a dejar el ejército lo había puesto bajo su puño de hierro viviendo en el castillo solitario que su amigo detestaba, pero al parecer las cosas habían cambiado.

—¿Qué haces en Londres?

—Podría hacerte la misma pregunta —le dijo Edgard sin dejar de sonreír—. Pero creo que tienes una aparición frente al parlamento.

Edgard saludó a lord Belford y este le correspondió el saludo, excusándose para ir a buscar más whisky. Por supuesto era una

excusa, el nuevo conde bebía más bien poco, pero quiso dejarles privacidad para hablar de sus temas.

Se sentaron para ponerse al día.

—¿Estás en Londres por mandato de tu padre?

Con cierta tristeza Edgard le respondió.

—Creo que eso ya se ha terminado.

Sorprendido, James no tuvo que preguntar pues su amigo estaba ansioso por contarle las novedades.

—Me he mudado a la casa de Nottingham, vecina a la casa de tu madre.

—¿De veras?

—¿Y tu padre está de acuerdo?

Uno no insistiría tanto si en verdad no estuviera tan sorprendido por las novedades. El padre de Edgard lo había tenido bien sujeto, con amenazas, cortándole los fondos, o moviendo sus hilos para que cualquier cosa que su hijo deseara le fuera denegada.

—Madre murió y después de estar con mi padre tanto tiempo, creo que es hora que haga mi camino —James lo observaba en silencio esperando algo más—. Sí, sé lo que piensas y sí, ha amenazado con desheredarme, pero como digo. Ya quiero hacer mi camino.

—Bien —dijo James vacilante—. Sabes que te apoyaré en todo lo que hagas.

—Está bien saber que mi padre no podrá sobornar a una figura tan elevada del ejército.

—Ni por todo el oro del mundo te traicionaría, amigo mío.

Por la expresión del joven cruzó una sombre que hizo que agachara la cabeza.

—Hablando de traiciones, hay cosas que deberías saber. Cosas de las que me gustaría hablarte. —Empezó diciendo Edgard—. Maggie se ha ido a Italia, creo que después llegará a Viena…

—Sí, bien por ella —Levantó la copa como si brindara por ella —. ¿No te parece que ya es hora de que se gaste toda la fortuna de su difunto esposo?

—No se ha ido sola.

—Me lo supongo —dijo encogiéndose de hombros—, sabes que somos amigos, siempre lo seremos. Después de mi madre sois las personas más importantes para mí.

Edgard no lo dudaba y por eso le gustaría que nada cambiara después de lo que le tenía que decir.

Capítulo 17

Violet, no podía dormir. Su marido se había ido y no le extrañaría saber exactamente donde estaba. Después de tanto tiempo querría visitar a su querida amiga Maggie y la rabia la consumía. Fue empujada por ese sentimiento a levantarse de la cama y bajar las escaleras hasta la biblioteca. Allí se sentó tras el escritorio y sacó papel y pluma.

Llevaba una buena hora acumulando bolas de papel, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que quería decir.

Por enésima vez dejó la pluma en el tintero y suspiró, recostándose en la silla que crujió ante el brusco movimiento.

No sabía por qué le había dado por escribir al señor David Corbet, pero fue un impulso irrefrenable.

David se había portado muy bien con ellas, era un joven atento y amable y empezaba a destacar en su profesión como abogado. La propia Charlotte le había confiado todos sus asuntos después de que el abogado de toda la vida se hubiera jubilado sin relevo generacional.

Se llevó una mano a la cabeza y siguió con los dedos la larga trenza que se había hecho a la hora de acostarse. Suspiró. Si alguien podía ayudarla en aquellos asuntos privados, era sin duda David. Siempre había sido un hombre discreto y se había ganado su confianza y afecto.

Miró hacia la ventana que daba a la calle, no había nadie que a esas horas perturbara la quietud de la noche. La luna estaba alta y además de la luz de la vela, podía ver sus rayos plateados adentrarse en la biblioteca a través de la fina cortina.

Tomó la carta que había escrito y la leyó para asegurarse que no tenía más que decir.

Querido señor Corbet,

Me alegró saber por su última carta que se encontraba bien de salud, déjeme adelantarme a su pregunta y responderle que la salud de la señora Charlotte es precaria, pero su ánimo ha mejorado ahora que su hijo ha vuelto de visita desde España.

Yo también me encuentro bien de salud, según Charlotte conmigo los médicos no ganarían más que un maestro de escuela. No obstante, mi ánimo no está tan elevado como el de mi querida Charlotte a raíz de la visita de mi marido. Ya le conté en confianza las circunstancias de nuestro matrimonio y es por eso que me tomo el atrevimiento de pedirle consejo.

Por lo que he podido ver, la convivencia con mi marido sería del todo imposible, y mucho más si Charlotte no está con nosotros. Mi deseo es que eso suceda muy tarde, pero no podemos ponerle freno al tiempo.

El mayor Phillips partirá de inmediato, pues la contienda no ha terminado. Pero el hecho de tenerlo de nuevo en Londres me ha hecho darme cuenta de que sería imposible una vida en común, por lo que creo que ha llegado el momento de saber cuales son mis opciones. Divorcio o anulación.

No quisiera hacerlo mientras la señora Phillips viva, pues no quiero abandonarla, solo pido que me diga qué pasaría conmigo en caso de tomar como definitiva esta decisión.

Siempre espero lo mejor de sus consejos, es un gran abogado y ya lo considero un buen amigo que sabrá asesorarme de corazón. Esperaré su carta para leerla con sumo interés. Si al volver de Edimburgo quiere visitarnos, estaremos encantadas de recibirle.

Un cordial saludo.

Violet Phillips.

Violet se dijo que, si finalmente decidía alejarse de su esposo y por lo tanto de la sociedad, como la paria que sería al divorciarse, David era quien mejor podría decirle cuales eran sus opciones.

La vida de una divorciada no sería nada fácil, poco menos desgraciada sería si conseguía la anulación, pero sea como fuere debería abandonar la vida pública. Pues bien, no le importaba lo más

mínimo, sería un alivio no coincidir con ese atajo de hipócritas, ni con la odiosa lengua viperina de Maggie Florence.

Pensativa, Violet esperó a que la tinta se secara sobre el papel satinado mientras la luz de la vela hacía brillar los suaves trazos oscuros.

Mientras la doblaba se preguntó si se habría precipitado. Apenas habían pasado unos días desde la agria conversación con su marido. Después el ánimo se había templado, con Charlotte frente a ellos se obligaban a tener unos modales exquisitos. Con el paso de los días se habían acostumbrado a la presencia del otro.

Pocas veces coincidían a solas y si en algún momento lo hacían su conversación había sido del todo insustancial.

Por motivos de salud Charlotte no había salido de casa para asistir a la intervención de su hijo en el parlamento, pero esta tan emocionada que enseguida que él volvió le hizo mil preguntas que James se esforzó en responder con sumo gusto.

—¿Estaba el príncipe regente? ¿Se han metido mucho contigo? Seguro que sí, ¿pero no entienden lo importante que es tu labor? ¿Llevabas este uniforme? Es tan bonito.

Violet tuvo que darse la vuelta para no echarse a llorar. Charlotte recostada en la cama y emocionada como una niña, acariciaba la mejilla de James. Se le partía el corazón al saber que se marcharía de inmediato. Debía volver nuevamente a España y no estaba claro el momento de su regreso.

Si bien era cierto que la guerra estaba casi ganada, las cosas podían torcerse en cualquier momento. Napoleón era del todo imprevisible.

Violet se sorprendió deseando que James volviese pronto. Gruñó y se llevó las manos a la cabeza. ¿Pero qué estaba pensando? Para ella todo sería más fácil si él no regresara. No que muriera. ¡Por Dios! No lo aborrecía tanto, pero podría encontrar una vida lejos de allí para que pudiera proseguir con su existencia junto a Charlotte.

—Charlotte —suspiró llena de pena.

James debía volver y pasar el poco tiempo que le quedara con su madre. Ella no merecía un hijo ausente. Pero nada podía

hacer Violet por retenerlo. No pudo retener a su marido por ella, y tampoco podría hacerlo por Charlotte.

Suspiró, mientras doblaba el papel y le ponía el sello. Se levantó de su asiento y paseó por las estanterías. Escogió un libro que seguramente James no aprobaría, y se encaminó hacia sus aposentos.

Estaba sumida en sus pensamientos cuando subió las escaleras para dirigirse de nuevo a su dormitorio. Con una mano sujetaba la palmatoria que le iluminaba el camino, con la otra tenía bien agarrada la carta y el libro que había escogido para su noche de insomnio.

Cuando acabó de subir el último tramo de la escalera y se adentró en el lúgubre pasillo no fue consciente de la figura alta y fornida que la esperaba junto a su puerta.

—¡James! —exclamó deteniéndose de inmediato. Lo hizo apenas a dos pasos de distancia y esta se acortó cuando él avanzó uno hacia ella

Al verlo frente a la puerta de su habitación, tragó saliva y apretó el libro contra el pecho. Sus ojos chocaron y ella, aunque se sentía inquieta, le sostuvo la mirada, alzando la barbilla.

—¿Qué haces aquí?

—¿Dónde estabas? —le contestó con otra pregunta que a ella le hizo fruncir el ceño.

—¿Acaso crees que vengo e la calle? —se miró la bata larga y cerrada y alzó la palmatoria para que la vela encendida iluminara su rostro.

No estaba molesto, pero tampoco podía decir que sonriera mostrando buen humor.

—Tenemos que hablar.

—¿A estas horas? —Miró la puerta de su dormitorio, todavía cerrada, después a ella y su atuendo inapropiado, no como el que llevaba James que aunque sin corbata parecía haber salido de un baile real.

—Me marcho temprano.

Durante un momento Violet se quedó muy quieta. Él la vio tomar aire hasta que respondió.

—Entiendo —dijo, sin saber qué podrían decirse.

James partiría a la mañana siguiente, ya se había despedido de su madre y no podía perder mucho más tiempo, el barco que lo llevaría a él y a otros hacia España, les esperaba en el Muelle.

Suspiró al ver que su esposo no seguía hablando, solo la miraba esperando su aprobación.

—¿De qué debemos hablar exactamente? —preguntó, extrañada.

—De nosotros —dijo muy serio—, de cómo vamos a resolver nuestras vidas.

—¿Tenemos que hablar de ello ahora?

—¿Crees que podrías venir a España y aclarar la situación? —preguntó burlón— O es que quizás pretendas que tu marido deje al duque de Wellington…

—Deja el sarcasmo, James —alzó el tono de voz y se arrepintió de inmediato.

Miró en derredor y con un movimiento de cabeza le exigió que entrara en su dormitorio.

Abrió la puerta decidida y no comprobó que su marido la siguiera, simplemente encendió las velas que esperaban en dos candelabros de plata y eso dio a la estancia la luz suficiente para no sentirse intimidada por su presencia.

Escuchó como la puerta se cerraba y al volverse para enfrentarlo vio que él parecía más alicaído de lo habitual. Su enfado permanente con él pareció menguar al darse cuenta de que dejar una madre enferma no debía ser nada agradable para él.

—Hablemos —dijo Violet—, aunque creo que deberíamos decidirnos entre el divorcio o la anulación, lo que mejor nos convenga. C

Miró de reojo la carta que había dejado sobre el tocador junto al libro. David Corbet le contestaría y quizás su esposo tuviera bien…

—No habrá ni divorcio, ni anulación.

Los ojos de Violet buscaron los suyos como si no se esperara esa respuesta.

—Pensé que estarías más que de acuerdo en…

—¿Quieres matar a mi madre de un disgusto?

Ella apretó los puños y dio un paso hacia él.

—¿Cómo te atreves…?

Violet pareció crecer ante sus ojos cuando la afilada barbilla se alzó y aquellos ojos profundos y directos lo miraron sin temor alguno.

Antes de que se enfureciera más, James hizo un gesto con la mano como si le diera a entender que no le importaba lo más mínimo que tenía que decirle.

—No haremos nada mientras mi madre siga viva. —El mentón de James se marcó cuando este apretó los labios—. Quiero asegurarme de que te quedes a su lado…

—Eso no tienes ni que decirlo.

Estaba ofendida.

—Por si acaso seguirás siendo mi esposa, al menos este tiempo.

Ella quiso estrangularlo, pero se obligó a respirar y a pensar en que James en realidad no la conocía. ¿Creía que si no estaban casados abandonaría a Charlotte? La simple idea la hizo reírse de él en silencio. Estaba convencida de que ella la quería más que un hijo que la abandonaba por ir a jugar a los soldados.

—Luego —continuó diciendo James—, simplemente harás lo que yo te diga.

—¡Ja! —soltó Violet—. Lo lamento, pero creo que debiste sufrir un fuerte golpe en la cabeza durante la campaña.

—Yo… —apretó los puños y dio varios pasos hacia ella, hasta arrinconarla contra el poste de la cama—. No he sufrido ninguna herida en la cabeza. Ni en ninguna otra parte del cuerpo.

Al sentir su presencia masculina, poderosa y amenazante, Violet tragó saliva.

—Es bueno saberlo —dijo desviando la mirada incómoda.

Miró a cualquier otra parte menos a aquellos ojos glaciales. Y ojalá no lo hubiera hecho, la luz de las velas le recordó a su noche de bodas y se llevó una mano a la cabeza. Empezaba a marearse.

Se apartó de él, rodando la cama y encendiendo una vela más sobre la mesilla de noche, luego se dio la vuelta y lo miró fijamente.

—Si cerciorarse de que me quedaré junto a Charlotte es de lo único que querías hablar, creo que es mejor que te marches de mi dormitorio.

James rio, incrédulo.

—¿Tu dormitorio? También es el mío.

—Cierto, pero hace años que no lo usas —dijo alzando la barbilla—. Ahora tienes otro, muy bonito —señaló la puerta que daba a la habitación contigua y que él había usado esos días.

—¿Es un reproche?

—En absoluto. Es un hecho.

—¿Acaso no puedo visitar a mi esposa en donde me plazca?

—Supongo que sí, algo bien distinto sería que su esposa lo deseara, que no es el caso. Por lo que no te humilles y vete por donde has venido.

La risa de James se percibió dolorosa.

—¿Y a quien desea mi esposa en su dormitorio? —Violet frunció el ceño y James se rascó la barbilla como si estuviera meditando la respuesta— ¿Sería posible que ese privilegio recayera sobre el señor Corbet?

La mandíbula de Violet se desencajó de pura indignación.

—¿Cómo te atreves? —Lo miró con fijeza— ¿Dónde has escuchado eso?

—La gente habla, querida.

—¿La gente? —rio sin humor—. Di mejor tú amante. Le gusta mucho calumniarme e inventarse cosas sobre mí. —Lo vio apretar los labios y ella siguió atacando— ¿Qué? ¿No lo sabías? Me ha hecho la vida imposible desde que me casé contigo.

—¿Y te extraña?

Violet guardó silencio. Si James estaba insinuando que Maggie estaba enamorada de él, no iba a concederle ni un ápice de su lástima. Esa mujer la había tratado como basura frente a todo el mundo.

—De haber querido casarse contigo, yo no habría podido impedirlo.

—¿No? —James avanzó otro paso hacia ella, acorralándola de nuevo. Torció el gesto—. ¿Cómo lo hubiésemos hecho, después de

abandonarte para que llevaras el estigma de una cualquiera?

Violet apartó la mirada.

—Me refería a antes de conocerme.

El silencio cayó como una losa pesada sobre ambos.

—No quiero seguir hablando de esto —dijo Violet con una voz más suave de la que pretendía—. Me quedaré al lado de Charlotte siempre que me necesite, puedes irte tranquilo a España.

Por un momento pensó que su marido iba a lanzar un comentario mordaz, pero solo hubo más silencio, así que ella se forzó a seguir hablando.

—Respecto a lo que le dijeron, es mentira. David Corbet es el abogado de su madre, un amigo de la familia. No hay nada más que un afecto sincero y una buena amistad.

James apretó los dientes porque por algún motivo se sintió herido en su orgullo.

—Supongo que tendré que creerlo.

—Créelo —dijo ella sosteniéndole la mirada.

—Maggie Florence ya no es mi amante —aseguró.

Hizo que Violet no supiera que decir. Abrió la boca y pronto la cerró, segura de que solo se pondría en ridículo balbuceando. Se sintió confusa al ver que sus ojos parecían decir la verdad.

Aunque eso ablandó ligeramente el corazón de Violet, no lo demostró.

—Puedes hacer lo que desees y tener las amantes que quieras, porque en realidad no me importa en absoluto —se sorprendió a sí misma diciendo con total entereza.

Bueno, no mentía del todo. No estaba enamorada de su esposo y si solo le molestaba que tuviera amantes, es porque… porque…

Maldita sea. Sí le importaba.

—Si no le importa y no tiene nada más que decirme, le pido que me deje sola, ha sido un día largo y deseo descansar.

—Entonces nos despedimos aquí y ahora.

Ella asintió.

—Nos veremos cuando regrese.

Si es que regresaba, pensó James. Hasta ahora había tenido suerte en su temeridad, sabía de otros que no lo habían conseguido y que dejaron su vida en tierras extranjeras.

—¿No vas a desearme suerte?

Violet lo miró sintiendo un pellizco en el corazón. La voz con que James había hablado le dejaba claro que esperaba algo más de su esposa.

—¿Qué quieres que te diga?

—No siempre nos odiamos.

—Yo no te odio —dijo ella demasiado deprisa como para poder retractarse.

Él le dedicó una sonrisa ladeada.

—Yo tampoco te odio, Violet. Es solo que…

Lo miró con cierta reserva, incluso con cierta esperanza. Que no la odiara era mejor que nada. Al fin y al cabo, era su marido, el hijo de una de las personas que más apreciaba en el mundo. No deberían odiarse.

Aunque… habían pasado demasiadas cosas entre ambos.

De pronto sintió como un lánguido calor se apoderaba de su cuerpo. Cuando quiso darse cuenta James estaba demasiado cerca, notó el calor de su mano agarrando la nuca, no para someterla, sino para convencerla.

No tiró de ella, se quedó simplemente allí acariciando la piel sensible con sus dedos.

—Cuando vuelva hablaremos de todo.

Ese todo, era mucho. Seguramente incluiría a Maggie Florence, a Corbet, a un sinfín de posibilidades que al final de reducirían a dos: Separarse o darse una nueva oportunidad. Y con sinceridad, cuando su marido estaba así de cerca, bajo la luz de las velas, no sabía cual escoger.

Capítulo 18

Violet no tembló, a pesar de que sabía que era una mala idea no huir.

Al ver las intenciones de Violet, James la asió su nuca y la acercó sin pensar demasiado en ello, si lo hacía, era probable que se arrepintiera y, aunque no se lo había dicho a nadie, había fantaseado con los labios de su esposa. ¿Sabrían igual que antaño?

Se precipitó sobre estos y la besó como si le fuera la vida en ello.

Escuchó el gruñido de Violet quien alzó las manos, pero no para apartarlo sino simplemente para posarlas sobre su pecho y aceptar sin reservas el avance de su boca.

No fue su intención que el beso se alargara, pues iba destinado a ser simplemente una despedida. Pero cuando sintió el gemido de pasión de Violet vibrar contra su boca, se olvidó de todo.

Ella también lo hizo cuando la asió por las nalgas y la apretó contra su cuerpo.

Soltó un gemido ahogado y su mente vagó a aquella noche. La fatídica noche que el la abandonó para marcharse no solo a la guerra, sino en brazos de otra mujer. Lamentablemente para su sentido común, la intimidad compartida con su marido fue más de lo que ella hubiera podido desear.

Había fantaseado durante aquellos años con sus besos, sus caricias y ahora que él había vuelto, aunque solo fuera por esa noche, pensaba aprovechar cada momento, cada latido.

Sus manos, las de ambos, cobraron vida propia y, mientras las bocas seguían unidas, se arrancaron la ropa de forma urgente.

La chaqueta de James cayó con pesadez a sus pies, mientras la bata de seda lo hacía con delicadeza. Algunos botones de la camisa de él saltaron, al contrario de los lazos del fino camisón de Violet, que se deshicieron con presteza, de un solo tirón, hasta que la prenda cayó junto a la camisa.

Enmarcó la cara de Violet entre sus manos y respiró con dificultad. Se apartó solo un poco para disfrutar de la imagen maravillosa y excitante que era su esposa desnuda. No le dio tiempo a que sintiera vergüenza, pues antes de que pudiera proferir otro suspiro la abrazó con rapidez para tumbarla sobre la cama.

Los cabellos caoba caían tras su espalda, derramándose como fuego. Algunos mechones rozaban sus pechos, coronados con sus respectivas aureolas rosadas y erectas. No pudo evitar tomar uno con la mano, al tiempo que con la otra la asía por la cintura y, nuevamente, la atraía hacia sí, pegándola a su cuerpo.

Ella lo besó de nuevo, jugando con su lengua, mordiendo su labio inferior como una invitación, gimiendo. Desatada, mientras sus dedos largos y elegantes luchaban contra los botones del pantalón, solo pudo abrirse un poco más para él.

A penas podían respirar, solo lo hacían para tomar aire y seguir besándose, acariciándose, peleando por quien le daba más placer al otro.

Cuando James quedó completamente desnudo, se tumbó sobre su esposa, apoyando el peso de su cuerpo sobre los codos.

Sintió la piel de Violet contra la suya, tan cálida y sedosa, tan sublime como recordaba.

Su ingle se tensó aún más. En ese momento, y por temor a que se apartara, Violet le rodeó el cuello con los brazos, arqueándose contra la cálida piel de su torso. James aprovechó para recorrerla con sus manos, desde sus voluptuosos pechos, hasta la suavidad de sus caderas y más abajo. Acarició los muslos satinados y finalmente posó las manos sobre sus nalgas, suaves y redondas.

El jadeo de su esposa contra su boca chocó con el placer que le proporcionó el hecho de que rodease su cintura con las largas y esbeltas piernas.

Se apretase más contra él. Pudo sentir la humedad de su sexo en la piel del bajo vientre y eso casi lo vuelve loco de pasión.

El deseo de hundirse en su interior era demasiado intenso como para ignorarlo, no obstante…

Quería disfrutarla al máximo.

—Violet…

Dios, era tan excitante, tan intensa, era puro fuego. Toda su piel quemaba.

Sus ojos azules chocaron con los suyos cuando separó los labios de su boca y sus manos empezaron a recorrerla.

A cada toque, con cada caricia, ella reaccionaba retorciéndose, gimiendo, como si bailara y cantara y él tocase la cuerda precisa para que el arte explotara en catarsis.

Se deslizó por su piel desnuda, la boca masculina iba dejando un reguero de fuego sobre su sensible piel. Acarició los senos plenos con reverencia y pellizcó los pezones hasta hacer que se arqueara pidiendo más.

Ninguno fue capaz de decir una sola palabra, temerosos de romper el hechizo que al menos por esa noche los uniría.

Cuando los dedos enrojecieron los pezones de Violet ante sus insistentes caricias, James los substituyó por su boca, con la que mordió y lamió a placer.

Descendió un poco más, haciendo rodar su lengua por el vientre mientras le sujetaba con fuerza las caderas, hasta llegar a su montículo de finos y suaves rizos, del mismo tono que su melena.

Abrió sus maravillosas piernas y la flor rosada de su sexo, húmeda y brillante, se abrió para él.

Violet empezó a temblar, incapaz de poder contener el deseo que sentía por su marido.

Gritó cuando notó la suavidad excitante de su lengua sobre su centro. No sabía muy bien qué estaba sucediendo, pero nada le importaba, había estado demasiado tiempo anhelando esas sensaciones, pensando en él durante las largas noches de aquellos años que habían estado separados. Quizás su matrimonio no había comenzado con buen pie, pero el deseo entre ambos fue innegable, incluso antes de su noche de bodas, quizás desde el día en que se encontraron en la biblioteca y él intentó besarla. Allí Violet había descubierto el deseo, y ahora no pensaba renunciar a él.

No había nada de que avergonzarse, era su marido, y cuando todo acabara él se marcharía y podía fingir que nada la afectaba, que llevaba una vida plena sin él a su lado.

Pero esa noche, él era suyo, y de nadie más.

Agarró con las manos la oscura melena de su esposo y cerró los puños en ella, se arqueó con la boca abierta, pero en un grito agónico mudo. En el instante en que el éxtasis la recorrió de arriba abajo, le cruzó un pensamiento fugaz sobre que sería capaz de perdonarlo todo si él le pedía la oportunidad de empezar de nuevo.

Convulsionó sin importarle cuan pecaminoso era ese acto.

Quería más. Y estaba dispuesta a obtenerlo.

Tiró de su cabello denso y oscuro hasta que él cedió.

Mirandola a los ojos con una sonrisa lobuna, empezó a gatear sobre ella, deshaciendo el camino que momentos antes la había llevado al más absoluto abandono.

La cubrió de nuevo con su enorme cuerpo. Lo miró a los ojos y rodeó su cintura con las piernas. Mientras abandonaba su melena para arañar su espalda y acabar cerrando las manos en su trasero, sus caderas empezaron a moverse en un vaivén antiguo como el tiempo.

No hicieron falta palabras para saber qué querían el uno del otro.

En un rápido movimiento, casi violento, James se hundió en su carne, abriéndola mientras un grito escapaba de la garganta de Violet, que lo recibió gustosa.

Comenzó a moverse con rapidez sobre ella. Sabía que ese momento compartido lo disfrutaban los dos. Cada vez que la penetraba, su esposa soltaba un hondo gemido y sus largas piernas, con los tobillos entrelazados en el nacimiento de su espalda, lo apretaban para no dejarlo marchar.

Sintió las uñas en su espalda, dejándole marcas de medida luna, pero también las caricias que le dejó por su nuca, así como los apretones de las manos sobre sus glúteos, con la intención de atraerlo más hacia ella.

Era exquisita.

Hundió la cara en su cuello, penetrándola más profundamente, soltando un sonido gutural, preludió del éxtasis que estaba por llegar.

Apoyó sus manos sobre el colchón a la altura de su cabeza y aumentó el ritmo de los empujones de sus caderas.

Contempló cuan hermosa era, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos soltando esos gemidos incontrolables que James sabía que le provocaban sus embestidas.

Golpeó con más fuerza haciéndola gritar.

—¡James!

Sus labios hinchados a causa de los besos y los pequeños mordiscos que le había propiciado, eran una imagen que no pensaba olvidar. Rosados y húmedos, su visión bastó para que él mismo se humedeciera los labios antes de precipitarse contra su boca y explorarla con la lengua. Rodeó su cara con ambas manos, acariciando sus pómulos con los pulgares.

Por su padre, Violet clavó las uñas en las fuertes nalgas masculinas. Lo quería más adentró. La tensión volvía a crecer en su vientre y sabía que, si no paraba, volvería a experimentar el delirio que solo él le había provocado.

Sus caderas entrechocaban al ritmo que él marcaba, o puede que fuera Violet quien guiara sus acometidas, exigiéndole más con cada sutil serpenteo de su cuerpo.

James notó cómo su sexo se humedecía cada vez más, y como las paredes de su húmeda cueva se volvían más cálidas hasta casi quemar. Era incluso capaz de sentir su pulso, golpeándolo.

En un momento dado las manos de Violet lo asieron por los hombros, clavándole las uñas y mirándolo con unos ojos muy abiertos. Notó su orgasmo tan intensamente, que enterró la cabeza en su cuello para ahogar su propia voz.

Lo apretó con fuerza, y movió las caderas a un ritmo acelerado, buscando su propio placer, hasta que alcanzó el éxtasis, enajenada.

Cuando eso sucedió, James se separó ligeramente para observar su rostro, sin dejar de bombear cada vez más fuerte y más rápido.

Sus pechos temblaban con cada acometida y sus manos acudieron a ellos para comprobar su suavidad. De su garganta seguían brotando suspiros, gemidos y jadeos, tan excitantes que no pudo mantener ese ritmo por mucho tiempo.

—¡Oh! Violet…

Se vació en ella, aminorando el ritmo para sentirla con más intensidad, tomándola con fuerza por el muslo para que no se apartara. Sus dedos dejarían huella en su tierna carne mientras él se arqueaba con los ojos cerrados, disfrutando de los últimos coletazos de aquella agonía.

Cuando las oleadas llegaron a su fin, se dejó caer sobre el cuerpo de su esposa, que lo recibió rodeándolo entre sus brazos.

Se acomodó para no aplastarla y la miró fugazmente antes de que los labios regresaron a su boca.

Esta vez el beso fue suave, pausado. Disfrutó de cada detalle, de cada sensación, todavía dentro de ella.

Después, la miró a los ojos y pudo ver su vulnerabilidad por unos instantes.

En esos momentos, le habría dicho muchas cosas.

Pero no lo hizo.

Era mejor así.

Al fin y al cabo, él se marcharía y era imposible saber su destino. Quizás no regresaría, y si así fuera, al menos le quedaría la protección de su apellido.

Acarició su frente, apartando un húmedo y rojo mechón para colocárselo tras la oreja. Después se apoyó en el costado y se colocó de espaldas sobre la cama.

Cerró los ojos unos momentos, hasta que, pasado un tiempo que no pudo determinar, supo que se había quedado dormida.

Giró la cabeza hacia ella y la observó.

La piel blanca brillaba con los destellos rojizos que proyectaban sobre ella las tenues llamas de la chimenea. Su melena despeinada enmarcaba un rostro tan maravilloso que jamás se habría atrevido a mirar tan intensamente si no estuviese dormida. Bebió de su imagen hasta que vio que su piel se erizaba a causa del frío.

La tapó con la colcha y se colocó de lado para observar su rostro hasta que el sueño también le venció.

Aquella noche tuvo un sueño extraño. Soñó que ella lo abandonaba y su corazón se rompía en pedazos. Por fortuna, no lo recordaría al despertar.

A la mañana siguiente, un perfecto haz de luz se coló por la contraventana para acariciar parte de sus cabellos, esparcidos sobre el almohadón. Sintió la tentación de despertarla con un beso para despedirse de ella, pero no lo hizo.

James se vistió con cuidado y antes de abandonar la alcoba echó un último vistazo.

Adiós.

Era mejor así.

Capítulo 19

Pasaron las semanas, la primavera aún estaba lejos y Violet juraría que ese año el invierno no parecía tener fin.

No recordaba el tiempo que hacía que James se había ido, pero a pesar de que algún pensamiento fugaz la llevó a la idea de que quizás había concebido por la noche de pasión compartida, a los pocos días fue evidente que no.

Así pues, Violet volvió a su rutina.

Cuidaba de Charlotte y se sentaba junto a ella largo tiempo leyendo, puesto que la enfermedad que la tenía postrada en la cama, la hacía dormir mucho a causa del láudano. Por fortuna, la biblioteca de los Phillips era increíblemente surtida, no tanto como la mansión que poseían en las afueras de Londres, pero ella jamás tendría queja de aquella maravilla.

Justo en ese momento en que Violet apoyó el libro sobre su regazo y su mente se abstrajo pensando en el hombre que no debería volver a ocupar sus pensamientos, la voz de Charlotte captó su atención.

—¿En qué piensas Violet?

Le dedicó una amable sonrisa y se encogió de hombros.

—En realidad en que su hijo no apreciaría mucho mis lecturas —sonrió, con cierta ironía.

—Oh, es verdad, algo bueno tiene que tener que no esté aquí. —Escuchó esa nota de tristeza en su voz y Violet le apretó la mano con más fuerza.

—Volverá pronto —aseguró Violet, solo para que Charlotte se sintiera mejor—, dicen que Napoleón está por caer.

—Siempre dicen lo mismo, pero qué astuto ha resultado ser el enano francés.

Violet se echó a reír y Charlotte también, aunque pronto le sobrevino un ataque de tos que hizo que le acercara enseguida un poco de agua a los labios.

—¿Ves? Culpa de Napoleón, seguro —volvió a bromear Charlotte.

Violet le apoyó la cabeza sobre la almohada y sintió como la emoción la embargaba. Su suegra y amiga, había sido una mujer muy vital y su corazón se rompía al ver como la enfermedad la consumía día tras día a una velocidad que no le daba tiempo para hacerse la idea de que pronto la perdería.

En verdad pensaba que la guerra estaba a punto de acabarse, pero no creía que James volviera a tiempo para… verla marchar.

—Querida, abre un poco la ventana.

Violet miró hacia donde le indicaba Charlotte, y chasqueó la lengua.

—No es bueno que haya corriente. Sigue haciendo frío.

Charlotte le sonrió, como siempre que quería que hiciera algo. Y por supuesto ella lo hacía.

—Solo un poquito —le palmeó la mano con la sonrisa inocente de una niña.

Para complacerla, Violet la abrió, enseguida se escuchó el rumor de la calle y cuando volvió a sentarse a su lado, Charlotte seguía sonriendo.

La placidez de la escena duró poco, solo el tiempo que su suegra volvió a hablar para decirle.

—Ya falta poco.

No hacía falta que le dijera a qué se refería. Ya no hablaba de la guerra, de Napoleón o de la vuelta de James, hablaba de la inexorable muerte que a todos nos alcanza.

Los ojos de Violet se llenaron de lágrimas y se llevó una mano para taparse los ojos que ya habían empezado a dejar caer su tristeza.

—No llores, querida.

—Es que… yo… no quiero… —hipó al llorar desconsolada.

—Eres fuerte.

—Tú también —Violet se arrodilló al lado de la cama y tomó la mano de Charlotte entre las suyas—. Yo, no quiero que te vayas.

—Mi dulce niña —se rio—, ni yo quisiera irme, al menos no quería hasta que el dolor me hace estar de mal humor todo el

tiempo.

—Oh, Charlotte…

—Ya no podré volver a bailar, y ni siquiera puedo disfrutar de una buena pieza de música sin irritarme. Las Hilton tocan fatal el piano, ¿no te parece?

Violet rio entre lágrimas.

—Muy mal, le doy la razón.

—Pobres niñas, suerte que tienen belleza y se casarán bien. Al menos con un hombre que no le importe casarse con una cabeza de chorlito.

—Por favor —la amonestó Violet—, pobres muchachas.

Ambas sonrieron con la mirada llorosa.

—Tienes buen corazón Violet, no te he escuchado decir una mala palabra de nadie, jamás. Y eso que has tenido motivos para odiar a más de una.

Sabía que estaba pensando en Maggie, y lo cierto es que, aunque no hablara mal de ella, si lo hacía para sí misma.

—Suelo quejarme en privado.

—Y aún así, te quejas menos de lo que deberías.

Cuando el silencio se hizo pesado entre ambas, Charlotte volvió a hablar.

—Siento dejarte sola —Violet se inclinó y besó la mano que tenía entre las suyas.

—No sabe como la echaré de menos. Ha sido como una madre para mí. A pesar de lo que pasó… yo…

—Ssssh… no digas nada. Lo pasado, pasado está.

Violet quería confesarle la verdad, pero se dio cuenta que ya la sabía. Charlotte había deducido todo cuando vio las finanzas de su padre, y cuando ató cabos no la culpó, ni le hizo pasar un mal trago. Fue comprensiva.

Jamás le recriminó nada y Violet pensó que sabía de su desesperación. Porque eso había sido, una mujer desesperada por salvar a su familia, Charlotte lo sabía y admiraba su valentía. En el pensamiento de la señora Phillips, si Violet había sido capaz de hacer eso por los suyos, defendería con uñas y dientes a su familia. Y ahora James era a su familia. Quería para su hijo lo que ella había

tenido, un compañero que velara por ella, que no solo diera un paso al frente, sino que también le recriminara su actitud cuando se lo mereciera.

—Siempre has sido una joven sensata y elegante. Pero me gustó mucho más el hecho de que no te mordieras la lengua en las cosas importantes.

—Acaba de decirme que nunca he criticado a nadie.

—Pero si has puesto en su lugar a un par de bocas cotillas cuando han intentado atacar a tu familia o a mi hijo, aunque a veces pienso que no se lo merece tanto —Volvió a respirar con dificultad y cuando fue capaz de seguir hablando, la alabó—. Eres una gran mujer, justo lo que necesita James. Aún no lo sabe, pero te necesitará. Estará solo y aunque crea que la soledad le gusta… pronto se dará cuenta de que puede ser una carga muy pesada.

—No creo que vuelva dispuesto a arreglar las cosas.

Sí, puede que ahora su testarudo hijo no se diera cuenta de la maravillosa mujer que tenía, pero lo haría. Con el tiempo, lo haría.

—Dale tiempo. Si le conozco tan bien como creo, se enamorará de ti.

Como tú lo estás de él, quiso añadir, pero mantuvo la boca cerrada. Violet no necesitaba en aquellos momentos que le echara en cara sus sentimientos.

—Violet.

—Sí —miró sus expresivos ojos y la mujer apretó su mano con más fuerza.

—Hay algo que quiero decir antes de irme.

Violet guardó silencio, sabiendo que cualquier objeción a hablar de su enfermedad y su futura muerte, no haría que ella se quedara más tiempo.

—De hecho —continuó Charlotte—, hay algo que quiero dejarte.

No preguntó, pensando que se refería a una alhaja, un recuerdo para que la tuviera presente. Pero la sorprendió al decirle:

—La casa de Nottingham…

Violet parpadeó, totalmente confundida.

—¿Qué ocurre con ella? —parpadeó confusa.

—Ha pertenecido a la familia estos últimos cien años, desde que mi abuelo se la ganó a un pirata a las cartas, a alguien que a su vez se la había ganado a un conde —suspiró—. Los hombres, menudos botarates. No obstante, en mi propiedad más querida. Fui muy feliz allí con mi marido. Es donde pasamos nuestra luna de miel y donde años después, cuando pensé que ya no podría concebir, llegó James.

Cuando Violet la miró a los ojos, los de la mujer estaban clavados en algún punto impreciso del papel pintado, como si recordara sus momentos paseando entre sus cuatro paredes.

—Mi padre, al tener un asiento en el parlamento, pasaba largas temporadas aquí y yo tenía que venir con él. Al final me acostumbré a Londres, pero mi corazón siempre ha estado en Nottingham. Eché mucho de menos esa casa y me ha alegrado mucho poder compartirla contigo —Hablaba del pequeño viaje que hicieron juntas antes que James regresara—. Después de casarme fue nuestro lugar de vacaciones favorito. —Miró a Violet y ahora fue ella quien agarró sus manos y las apretó con fuerza, toda la que pudo—. Siempre ha tenido servicio, jamás he querido que se echara a perder. Te llevaras muy bien con la señora Swanson, empezó de doncella, es muy cariñosa, una mujer muy sensata, será una gran compañía para ti.

—Sí, ya me di cuenta de ello.

Durante su estancia se había percatado de la naturalidad con que Charlotte y el ama de llaves de trataban, y no solo ella, sino también con la señora Mills, la cocinera, y el señor Stephenson, el mayordomo.

—Pero…

—Oh, no me digas que quieres quedarte en Londres, es ruidoso y apesta. ¿No quieres irte al norte? No será Escocia, lamento que tu padre vendiera la mansión que os gradaba tanto —le dijo con tristeza—, pero la mansión de Nottingham es preciosa. Techos altos, pasillos largos, una enorme escalera central de mármol. Te dejaré dinero, mucho, de hecho, redecórala a tu gusto.

—Pero Charlotee… no puedo hacer eso. Es más, no puedes hacer eso —dijo muy seria—. La casa es de tu hijo.

—Bah, mi hijo —lo dijo como si no le importara, pero Violet ya la conocía bien, había cierta malicia detrás de aquellos ojos.

—Charlotte… —empezó a decirle como una advertencia.

—A James le encanta esa casa. Sí, es cierto que estaría mal que te la dejara a ti, pero eres mi nuera. Creo que te la dejaré como usufructo. Ya he hablado de ello con David.

—¿Con el señor Corbet?

—Por supuesto, y no seas tan formal. Sé que ha sido un gran apoyo para ti. Si no creyera que eres incapaz de hacer nada indebido, yo misma hubiera tenido mis reparos en fomentar esa amistad.

—Por favor —gruñó Violet—. No seas como tu hijo. Ya me lo tiró en cara.

—Pues que se fastidie —le dijo riendo—. David Corbet te ayudará si el cabezota de mi hijo pretende echarte de allí. De momento ya he firmado los documentos necesarios para que puedas vivir en ella hasta que te mueras. A no ser que quieras quedarte aquí, pero… tienes que prometerme que primero irás a Nottingham una larga temporada.

Violet parpadeó como si no comprendiera.

—¿Por qué?

—Estoy más que convencida que una vez que pasees por sus bosques y llenes de caballos los establos, no encontrarás lugar más hermoso en la tierra.

—¿Quieres que ponga caballos? —se rio mientras se sorbía la nariz.

—Por supuesto, sé que te gustan.

Pero lo que no dijo es que a James también le gustaban y estaba más que segura que una vez que él fuera a buscarla, o bien para darse una oportunidad, o bien para reprocharle que estuviera en una propiedad que no era suya, James caería rendido al encanto de la casa señorial. Y por supuesto, caería más rápido si tenía caballos.

—No monto muy bien —se quejó Violet.

—Eso no importa. James puede enseñarte a montar mejor.

Violet la miró con simpatía, vislumbrando su plan.

—Y crees que estará encantado de visitar Nottingham para ver sus caballos, y claro, una vez que pase allí una temporada no querrá marcharse, ¿no es así?

—Yo no he dicho eso —dijo, pícara.

—Pero es lo que piensa.

—Que bien me conoces —se rio como una niña traviesa y un nuevo ataque de tos la sorprendió, tanto que Violet estuvo a punto de llamar al médico. Pero se lo impidió—. No, no… todavía no es mi hora. Deja que termine de hablar.

Violet vaciló, pero finalmente la escuchó.

—Quizás James vuelva pronto, pero le dejaré muy claro al señor Corbet que quiero que la finca la administres tú y que será tu hogar para siempre… —la miró con fijeza—, siempre, Violet. No quiero que decidas marcharte solo porque James diga que es suya.

—Pero es suya.

—Júramelo —le agarró con fuerza las manos y se las sacudió —, prométeme que vivirás allí y que serás feliz. Que no permitirás que James te eche.

Parecía tan importante para ella que Violet no pudo hacer otra cosa que asentir. Además, estaba convencida de que James no querría vivir en Nottingham, él se lo pasaba bien el Londres, con sus amigos, las visitas a su club y con… Maggie.

Carraspeó y apartó la mirada para que Charlotte no viera el dolor en sus ojos.

—¿Me lo prometes?

Violet asintió.

—Te lo prometo. —Le sonrió porque quería que se sintiera en paz—. Eres muy generosa.

—No, querida —dijo, dejando que la emoción la embargara—. La generosa con esta vieja has sido tú. Me has proporcionado tantas alegrías. No sabes cuanto he valorado tu compañía y amistad. Eres mucho mejor de lo que pensé cuando te vi por primera vez. Sabía que eras buena e inteligente, pero eres mucho más. —Le acarició el rostro—. No habría podido tener una hija mejor que tú.

Violet volvió a llorar sin poder contenerse.

—No diga eso —hipó Violet—, yo no he sido ni mucho menos una buena mujer.

—Si lo dices por lo que pasó con mi hijo. Bah, deberá superarlo. No sabes el favor que le hiciste.

—Si no lo hubiera hecho, él podría haberse casado con alguien a quien amara.

—Por favor, mi hijo no distinguiría el amor de un calentón ni que se lo restregaran por la cara.

—¡Charlotte!

—Créeme —dijo, ignorando lo escandalizada que estaba su nuera—, él entrará en razón. No es tan tonto como te crees. Aunque tarde, seguro que se dará cuenta de lo extraordinaria que eres. Solo espero que eso pase antes de que te canses de él y lo mandes a paseo.

Violet sonrió muy a su pesar, aunque en verdad jamás pensó que ella pudiera hacer eso por muy enfadada o dolida que se sintiera por su causa.

—Te gustará Nottingham —añadió Charlotte, más animada—. Tendrás de vecino a lord Byron.

Violet parpadeó, confusa.

—No sé si eso debería agradarme u horrorizarme.

Charlotte se echó a reír junto a Violet, pero un ataque de tos hizo que la diversión acabara pronto.

—Cuando muera, no esperes. Mis abogados ya arreglarán lo que tengan que arreglar y le he dicho especialmente a David que esté pendiente de ti. Escribe a tu hermana, no tienes por qué estar sola, quizás le guste volver a Inglaterra.

Violet apretó los labios para no echarse a llorar de nuevo. Echaba mucho de menos a Sophie y a sus padres, y con la ausencia de Charlotte, la soledad se haría un poco más insoportable.

—Sophie se ha adaptado maravillosamente a la vida de América.

Charlotte se rio.

—Me acuerdo de tu hermana, y seguro que se adaptado aún mejor a las normas relajadas del nuevo mundo.

—Vive muy feliz con mamá y papá en una casa a las afueras de Nueva York. Pero quizás una visita le apetezca.

Guardó silencio mientras veía que los ojos de Charlotte se iban apagando.

Pero antes de quedarse dormida, enfocó su mirada y le sonrió.

—Vive tu vida, Violet. Una vida plena y feliz. —Finalmente añadió—. Mi hijo recapacitará. Volverá. Al fin y al cabo, las guerras no duran para siempre.

Violet asintió, pero mucho se temía que la guerra que había iniciado con su marido continuaría sin tregua por mucho tiempo.

Capítulo 20

1814, Vitoria. España.

—¿Sabéis que ha ocurrido?

—Al parecer, algún imbécil nombró a su esposa.

Frederick miró a su hermano Lyonel. Como coronel, Lyonel Knigth, tenía mucho mayor contacto con el mayor Phillips. Al parecer tenía muy malas pulgas desde que se tomara un permiso para ver a su madre durante el mes de enero del año pasado.

Las malas lenguas decían que su cambio de actitud se debía a que no deseaba volver a España, pero sus hombres eran leales y no había hombre más valiente, incluso temerario que el mayor Phillips, así que pronto buscaron otro motivo.

Lo encontraron en la esposa del mayor, Violet Phillips.

A alguien se le había ocurrido mencionar que el matrimonio del mayor era blanco, como insinuando de que había algún motivo por el cual no se cartearan, ni hubieran vivido juntos ni una sola semana. Cuando James partió la primera mandíbula se confirmó que su esposa era tema tabú, pero de vez en cuando había algún incauto que lo olvidaba, como había sucedido en aquella ocasión.

—¿Le ha hecho mucho daño? —preguntó Lyonel.

—Esta en la enfermería, coronel —dijo uno de sus subordinados.

Lyonel suspiró, le gustaba el mayor Phillips. Era un hombre cabal y hacía honor a su rango, pero debía de dejar de perder los papeles, y más ahora que la guerra estaba a punto de acabarse.

—¿Se sabe que se dijo de la señora Phillips?

Ante la pregunta de Frederick Knigth, el joven se puso rojo.

—Entiendo —suspiró a desgana.

—El capitán le dio una paliza por defender su honor —se cuadró el soldado.

Frederick fingió volver a leer una carta que le había enviado su cuñada Rose, dejando que su hermano indagara si es que quería saber más información al respecto.

—Parece que alguien aún no sabe que no se puede mencionar a la esposa del capitán Hervey —dijo Lyonel con desgana.

El soldado se acercó un poco más hacia la mesa donde estaba Lyonel revisando una información que acaba de recibir.

—Al parecer su esposa le envió una carta.

Se hizo el silencio, ambos chicos esperaban que Frederick se interesara por la historia, y así fue.

Se sentó y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Y? —preguntó en voz muy baja alzando la cabeza. Era consciente de que, si el Mayor Phillips lo encontraba hablando más de la cuenta, quien tendría la cara amoratada sería él.

Lyonel sonrió. Por supuesto a su hermano le gustaban los chismes.

Era de dominio público que el mayor y su esposa, no se llevaban bien. Ella se había quedado en Londres cuidando a su suegra, pero no era ningún secreto que James se había ido a la guerra justo después de la noche de bodas. Muchos vieron en ello un signo de que no se había casado muy conforme.

Muchos habían especulado con un divorcio, pero cuando hacía poco un insensato se lo había preguntado después de un par de copas de vino, James le había respondido con un derechazo y un no rotundo.

Si bien es cierto que la postura del mayor, era clara respecto al tema del divorcio, también lo era la opinión general que decía que al mayor no le interesaba su esposa. No porque no fuera bonita, sino que la desavenencia tenía otro origen. Hubo quienes especularon que era por algún desliz de la dama, pero Lyonel se puso serio y dejó claro que la señora Violet Phillips era una mujer de moral intachable y que no tenía mácula alguna.

Todo el mundo lo creyó, y fue así en parte porque el coronel Knigth era un hombre que jamás mentía y mucho menos era amigo de personas a las que no consideraba de confianza y cabales.

—Al parecer, el tipo mencionó que la esposa del Mayor, había entablado amistad con un reputado abogado.

Los hermanos Knigth hicieron una mueca.

—¿Se lo dijo a la cara? —Preguntó Frederick.

El soldado asintió.

—Por eso está en la enfermería —suspiró Lyonel.

—Así es. El mayor Phillips se limitó a decir que el comportamiento de su esposa, era intachable —dijo el soldado asintiendo como si lo creyera ciegamente—. Después de tal afirmación le lanzó un derechazo al sargento y lo dejó inconsciente. Dos capitanes de distintos regimientos, y tres tenientes tuvieron que separarlo de ese imbécil.

—Si lo hubiera matado, se habría enfrentado a una dura pena.

Frederick asintió. No le extrañaba lo más mínimo que James hubiera reaccionado de ese modo si habían dicho cosas tan poco halagüeñas de su esposa.

—Entonces —dijo Frederick—, por nuestro propio bien, será mejor no hablar más del asunto.

—Avisa a los demás —dijo Lyonel al soldado—. También os dejará la cara así, si seguís por ese camino.

Su subordinado asintió antes de juntar los talones y dar media vuelta para marcharse.

—¿Hay correo? —preguntó Frederick al ver las cartas que le habían llegado a Lyonel para su inspección.

—Una de Rose —sonrió mientras se la tendía a su hermano.

Rose, amiga y vecina, escribía a Frederick desde Somerset, muchas veces en nombre de su padre, ya que una dama pocas veces se le era permitido escribir a un hombre, pero entre Frederick y Rose había una bonita amistad desde la infancia.

Lyonel miró con avidez la expresión de Frederick mientras leía la carta de Rose.

Sintió un pellizco en el corazón y carraspeó como si las emociones que lo embargaban no debieran estar ahí.

—Caballeros —La entrada de James sorprendió a los hermanos, pero Lyonel reaccionó rápido.

—Mayor.

Por supuesto no mencionó el ojo morado, ni nada que tuviera que ver con su esposa, al menos hasta que le tendió una carta que iba dirigida a él.

—Hay correo.

—Gracias —sonrió a Lyonel por su amabilidad.

Recibir carta de su madre siempre era una alegría. Su salud era precaria, bien lo sabía, pero la guerra ya terminaba, pronto estaría en casa y podría volver a verla.

Cuando tuvo la carta entre las manos la sonrisa que le provocó recibir noticias de su madre se borró de inmediato al ver que no era ella quien la escribía.

Se puso rígido y su cuerpo se negó a moverse.

El remitente era claro.

Violet Phillips.

Y solo había una razón por la que su esposa escribiría una carta que no le había dictado su madre.

Tragó saliva y ni siquiera se despidió antes de buscar un lugar donde leer la carta con privacidad. La primera carta de su esposa desde que se había marchado de Londres hacía dos años.

No es que no le hubiera escrito, en verdad las cartas que firmaba su madre eran del puño y letra de Violet, hasta al oler las palabras podía notar el olor a lilas, seguramente por el roce de su muñeca al desplazarla por encima del papel.

Si ahora no le escribía con el nombre de su madre, solo podía significar una cosa.

Odió esa sensación de pérdida, incluso antes de saber la noticia. Pero no se equivocaba.

James abrió el sobre y leyó.

Lamento muchísimo comunicarte que Charlotte nos ha dejado. El funeral se celebrará mañana, pero no puedo esperar a enviarte esta carta. Sabes que lamento su marcha de todo corazón.

Espero que te encuentres bien y que las noticias que llegan a Inglaterra se confirmen y puedas regresar pronto a casa para visitar la tumba de tu madre.

Te acompaño en este sentimiento de dolor y pérdida.

Violet.

Capítulo 21

Aquel día amaneció gris, al igual que el corazón de Violet. Como tímidas lágrimas, las nubes de alabastro dejaron caer una suave llovizna, pues también el cielo lloraba la partida de Charlotte.

—Una mujer maravillosa, la echaremos de menos.

—Una buena mujer, un ejemplo a seguir.

Las palabras de condolencias se escuchaban como un eco lejano en la cabeza de Violet.

Se había vestido de riguroso luto y aunque sabía que algunas personas estaban allí simplemente por apariencia, sí que había recibido en el velatorio a amigos muy queridos de Charlotte. Lamentablemente su incomodidad se hacía cada vez más patente mientras la fila de dolientes avanzaba.

Se escuchaban murmullos. *¿Dónde está el hijo de Charlotte?, ¿no ha llegado todavía de España? Se dice que no se lleva muy bien con su mujer, pero aún así no presentarse al funeral de su madre…*

Violet se dejó caer en una silla cercana a la ventana y pronto notó como una mano enguantada le apretaba ligeramente el hombro.

—Violet —le susurró el señor David Corbet—, ¿no deberías ir a descansar? Ha sido un día muy largo.

La mirada de David era cristalina y cargada de buenas intenciones, pero en aquel día nada parecía poder consolarla.

—Y parece no haber terminado.

Violet observaba con el alma rota, la partida de su única amiga en mucho tiempo. Se quedó mirando el hermoso ataúd que presidía el gran salón.

—Tenemos que esperar. Los caballos aún no están listos —dijo ella mirando por la ventana.

Sería un cortejo fúnebre modesto, pero con toda la pompa que Charlotte Phillips se merecía.

—Sí, ya han llegado —lee dijo con amabilidad—. Pero podemos esperar un poco más, hasta que se reponga.

Era evidente para el señor Corbet que Violet se iba a romper. Aunque siempre la había considerado una mujer fuerte y elegante, la partida de su mejor amiga dejaría una profunda herida en su corazón.

—Si ya están aquí, es mejor que nos pongamos en marcha.

Violet se puso en pie y recuperó la compostura.

—Por favor —le dijo David mirándola con ternura, le ofreció su brazo y ella se agarró por un instante a él.

Los ojos azules de David y su abundante cabello rizado le hacían un hombre muy apuesto, aunque Violet a duras penas había reparado en ello. Lo que hacía especial a David es que siempre sabía que decir en todo momento y había sido una tremenda ayuda para ella, y seguía siéndolo en aquellos duros instantes.

Se soltó de él para ponerse junto al ataúd. Cuatro fornidos hombres alzaron el féretro y lo llevaron por la puerta principal hasta el coche de caballos ornamentados con elegantes plumas en sus crines.

Se habían acercado amigos y familiares para despedirse de la dama y ahora empezaban a andar tras Charlotte Phillips.

David se posicionó a su lado y por un instante sus brazos fueron hacia ella cuando vio que se inclinaba ligeramente hacia un lado.

—No, no… estoy bien.

El abogado no estaba convencido, pero asintió.

—Entonces vamos.

Una hora después el ataúd de Charlotte descendía suavemente para adentrarse en la tierra, sostenido por las cuerdas que cuatro sirvientes manipulaban con rostros compungidos. Todos los que alguna vez habían vivido en su casa, como sirvientes o no, sin excepción, la habían querido y respetado.

A pesar de las circunstancias, Violet se mantuvo firme.

Las palabras del párroco sonaban huecas en sus oídos, mientras sostenía una rosa blanca entre las manos enguantadas. Por fortuna, el velo negro que le cubría el rostro ocultó sus lágrimas en el momento en que echó la flor sobre la pulida madera oscura. Después, un puñado de tierra lo cubrió, y luego otro, hasta que se fundió con ella.

Violet se había encargado de todo, pero fue imposible no pensar en su esposo. ¿Habría recibido la noticia?

Seguramente sí.

También lloró por él, se lo mereciera o no había tenido a la mejor de las mujeres como madre y sin duda su ausencia sería una gran carga. Le constaba que James la amaba muchísimo.

Pobre, sintió compasión por él.

El resto del día pasó entre brumas.

Violet se sentía muy sola, pero por fortuna David Corbet estaba ahí. Él se encargaría de todo, de las últimas voluntades de Charlotte y de ayudarla a instalarse en la casa de Nottingham, algo que le había prometido a su suegra que haría sin dilación.

Sabía que Charlotte amaba a su hijo, y quizás por eso quería que ella le diera espacio, pero tampoco deseaba dejarla desamparada. En Nottingham sabía que encontraría personas maravillosas que la ayudarían a tener una nueva vida y seguir adelante.

Charlotte la conocía bien, y por eso mismo comprendía que podía adaptarse perfectamente a una vida mucho más rural, lejos de lenguas viperines y el trajín de Londres, del que nunca acababa de acostumbrarse.

Por la tarde, cuando los invitados se marcharon, pidió al señor Corbet que se reuniera con ella en el despacho que solía utilizar Charlotte para tratar sus asuntos.

Aún no se había hecho la lectura del testamento, pero Violet sabía que Charlotte le había dejado en usufructo la casa de Nottingham y allí deseaba viajar para instalarse definitivamente, cuanto antes.

—¿Quiere hablar ahora de lo que dejó estipulado la señora Charlotte Phillips para usted? —le dijo, cariacontecido—. Ha sido

muy generosa, no debe temer por su futuro.

—No temo, sé cuanto me quería, y que no me dejaría desamparada —si es que James decidiera deshacerse de mí, añadió para sí.

—Si no se siente preparada, voy a quedarme en Londres el tiempo que sea necesario. Ya he avisado a mi socio en Edimburgo.

—Se lo agradezco, pero no será necesario —dijo Violet ofreciéndole el asiento vacío frente al escritorio. Ella también tomó asiento y continuó—. Me gustaría ponerme en marcha cuanto antes.

En el joven rostro de David Corbet había sinceridad y bondad.

El abogado carraspeó y se dispuso a hablar.

—Fue una gran mujer.

Violet asintió.

—Cierto, lo fue. No se puede imaginar cuanto me pesa ya su ausencia.

—Estoy seguro de ello, Violet—dijo David, con una sonrisa suave.

Habían pasado años juntos y se había forjado entre ellos una hermosa amistad, aunque esta se sustentaba en un gran intercambio epistolar, puesto que David solía pasar más de medio año en Edimburgo.

—Le he pedido que se reúna conmigo, porque me gustaría partir cuanto antes a Nottingham —dijo sin más preámbulos—. Si fuera posible acelerar los trámites… Sé que partirás hacia Edimburgo nada más termines este asunto y te quería pedir, como amigo que te considero, que te marcharas conmigo.

David la miró tan sorprendido como compasivo.

—Oh, Violet —alargó una mano sobre el escritorio y ella se apresuró a tomársela entre las suyas—. Puedes contar conmigo.

—Sabía que dirías que sí —le sonrió—. Eres un verdadero amigo.

Se quedaron mirándose varios segundos, luego el señor Corbet volvió a posar la espalda en el respaldo de la silla y la miró con un suspiro.

—Así que ¿partimos cuanto antes?

—Nada más se lea el testamento.

—Entiendo. —David carraspeó—. Su hijo no estará presente, pero designó un abogado que actuará en su nombre. He hablado con él, un hombre cabal y también buen amigo. No se opondrá a las últimas voluntades de Charlotte Phillips porque así se lo ordenó su cliente.

—Así que James no se opondrá a que viva indefinidamente en Nottingham.

—Según tengo entendido no.

Bien, eso era un alivio. Demasiadas desavenencias tenían entre ellos dos, como para sumarle otra.

—Mañana se hará la lectura del testamento, no hay motivo para retrasarlo más.

Violet asintió con una leve sonrisa.

—Si he de serle sincera, me disgusta Londres. Demasiado ruido, demasiada gente… y tras la pérdida de mi suegra, necesito respirar el limpio aire del norte.

—Entiendo. No se preocupe por nada, la señora Phillips dejó todo zanjado. Puede empezar a organizar ese viaje.

El suspiro de Violet estuvo cargado de alivio.

—Marchémonos cuanto antes. Lo organizaré todo para esta misma semana.

—El viernes dejaré todo listo —le informó David—. No veo el problema que pueda surgir para que tengamos que quedarnos más tiempo.

—Por supuesto llevaré a mi doncella para que nos haga de carabina, no hace falta azuzar a las malas lenguas. Ya han hablado suficiente en el velatorio.

David lamentaba que Violet lo hubiera pasado mal por los comentarios que había desatado la ausencia de James, pero también se calmaron las aguas cuando supieron por los altos mandos del ejército y pares del parlamento que el mayor Phillips seguía atado al ahora duque de Wellington y que tardaría unos meses más en llegar a Inglaterra.

—Muchas gracias por todo, David.

Le dedicó una mirada clara llena de cariño y preocupación.

—Debo marcharme ya, mañana vendré a buscarla para la lectura del testamento —Violet asintió—. Espero que descanse.

Se levantó para acompañarlo hasta la puerta, donde aguardaba el mayordomo.

—Que pase una buena noche. Hasta mañana.

—Descanse.

David inclinó la cabeza a modo de despedida y acto seguido se puso el sombrero. Salió a la calle con andar apresurado para que no lo cogiera la lluvia.

Cuando la puerta se cerró, Violet sintió como si empezara una nueva etapa.

Y así fue.

Capítulo 22

Mayo, 1814. Londres.

James, no tocó la puerta, simplemente se escabulló por la entrada de los sirvientes. La cocina estaba en silencio cuando entró, después de haber rescatado la llave que se encontraba bajo la maceta, cerca de la entrada.

Hacía unas cuantas horas que había desembarcado, pero sabía que no tenía a donde ir. Su madre había fallecido y a pesar de la alegría de ver terminada la contienda y el saber que ningún otro amigo caería bajo fuego enemigo, James sentía una extraña infelicidad. Pena y dolor por la muerte de su madre, y profunda tristeza al darse cuenta de que sin ella, no tenía un hogar al que regresar.

En España había hecho amigos, pero ninguno tan cercano como Edgard, ni Maggie.

Sin su madre, el único lugar donde sabía que sería bien recibido era en casa de sus amigos. Edgard le había escrito diciendo que se iba a Nottingham, llegaba junio y ya había tenido suficiente por aquella temporada. Pero según creía, Maggie seguía en Londres, y pronto recorrería medio país para hacerle una visita.

Sin su madre, quizás sería buena idea ir con ellos y disfrutar de la cotidianidad de la vida.

James subió por la escalera de servicio, como siempre hacía cuando llegaba a la casa de Maggie, demasiado tarde como para ser anunciado.

Tocó la puerta, una, dos, tres veces, hasta que se escuchó su voz irritada.

—¡Por el amor de Dios! ¡Pasa Eli!

Sin duda, Maggie esperaba a su doncella, pero cuando abrió la puerta dos palmos y reconoció de inmediato sus ojos azules, la figura de su amiga corrió hacia la puerta y la abrió de un tirón.

—¡James!

Se echó a sus brazos y no paró de abrazarlo hasta que él le juró que estaba a punto de asfixiarlo.

—Oh, James. No sabes lo contenta que estoy de verte.

Era de noche, la había sorprendido a punto de ir a acostarse. Llevaba solo un fino camisón y sin duda se había tenido que levantar de la cama para ir a su encuentro.

—Vas a resfriarte —se burló James, instándola a que se pusiera una bata.

La estancia estaba iluminada por la sutil luz que desprendían los troncos en la chimenea, y un candelabro sobre la mesa donde Maggie solía responder al correo.

Maggie lo cogió de la mano y aunque él reusó sentarse en la cama, sí que cogió una silla y la acercó para poner los pies sobre esta, después de haberse quitado las botas, por supuesto.

—¿Te sirvo una copa? —le dijo mientras lo hacía—. ¿Cuánto haces que estás en Londres? No mucho —se respondió nerviosa y muy contenta—, ayer mismo vi al capitán Rubens, si supiera de tu llegada me lo hubiera dicho.

—He llegado esta tarde.

—¿Y has venido directamente a verme? —se alegró ella—. Te he echado de menos.

Le dio la copa y se sentó sobre sus muslos, antes de que él pudiera apartarla, Maggie ya se había abrazado a su cuello y respiraba su aroma masculino.

—Maggie…

—¿Tienes hambre? —le dijo parloteando—, puedo despertar al servicio.

—No será necesario.

Lo miró coqueta.

—Incluso es tal mi alegría que quizás hasta me anime a prepararte algo.

James se echó a reír y ella también. Por un momento volvían a ser aquellos dos jóvenes que habían compartido mucho en aquella vida.

—William me ha dicho que vas a visitarle —Maggie asintió y se puso algo seria.

—Así es —se levantó y cuando tomó asiento lo hizo sobre la cama, acomodándose la bata—. Dime que vendrás conmigo. No sabes cuanto te hemos echado de menos.

—No lo dudo —la miró con afecto—. Yo también os he echado mucho de menos.

Maggie le cogió la mano.

—No sabes cuanto me alegra oír eso. Pensé que me habías olvidado.

—Sabes que no podría.

Ella asintió con una sonrisa algo tímida. Lo cierto es que no sabía nada.

James había cambiado. Su amigo de antaño se había convertido en un hombre, un líder militar que había vivido mucho y sufrido demasiado en España.

—Me dijeron que te hirieron.

James asintió.

—En el muslo, pero ya estoy recuperado. —Con un suspiro, Maggie demostró su alegría— ¿Entonces cuando nos vamos? —Añadió haciéndola reír.

—Cuando desees, pensaba marcharme el lunes.

Se apoyó en el cabezal de la cama sobre un gran almohadón, mirando a James como si no pudiera creerse que había vuelto. Llevaba una bata de seda con elegantes bordados orientales y empezó a parlotear de cosas banales mientras James degustaba el licor que le había ofrecido y ella jugaba con la copa de vino cuyo líquido brillante, sorpresivamente, le recordó al color de los cabellos de su esposa.

Se quedó absorto mirando aquel color, pensando en Violet.

Diría que su imagen había acudido a su mente porque el whisky le había hecho efecto, pero lo cierto era que pocos días eran los que no pensara en su mujer. Maggie debió intuir algo en su mirada ausente porque lo llamó.

—¡James! No me estás escuchando.

—Por supuesto —le contestó con una sonrisa al ser pillado en su falta—. Nos marcharemos juntos.

—Hablaba de lo tediosas que han sido estas temporadas sin ti.

—Sé que te has divertido mucho —se rio él burlón—. No me das ninguna pena.

Ella chasqueó la lengua.

Los rumores volaban, y seguro que a los oídos de James habían llegado más de una de sus travesuras. Era probable que su esposa le hubiera hablado mal de ella, esa Violet…

—Me he divertido, pero sabes que no es lo mismo sin ti —se quedaron un rato en silencio, él sumido en sus pensamientos y ella intentando averiguar si su esposa le habría contado algo que lo pusiera en su contra— ¿Qué tal el encuentro con tu esposa, después de tantos años?

James la miró de reojo.

—No has tardado mucho en sacar el tema.

Chasqueó la lengua molesta y desvió la mirada, pero esperando que él le contestara.

—Mi madre murió hace tres meses y sé que sabes que se fue a Nothingam de inmediato.

—Sí, ahora es la vecina de Edgard.

Él también lo sabía.

—Tu madre fue muy generosa de dejarla vivir en aquella casa el resto que le queda de vida, aunque claro, eso también dependerá de tu generosidad.

—Puede quedarse el tiempo que quiera.

—Claro que sí —le dijo, apoyando una mano sobre su muslo —, eres muy generoso.

—Ella lo fue con mi madre, Maggie. Al menos puedo decir eso bueno de ella.

Eso no le gustó a Maggie, no estaba de acuerdo en que esa mujer se mereciera nada bueno, pero se calló. Cogió su copa, la rellenó y se sentó al borde de la cama, frente a él, cruzando sus esbeltas piernas, de forma estratégica para mostrar más de lo que era decente.

James cerró los ojos unos instantes y se pinzó el puente de la nariz.

—¿En verdad vas a divorciarte de ella?

Al abrir los ojos, Maggie por primera vez en mucho tiempo, no pudo leer en ellos.

La miró con fijeza y fue ella quien tuvo que desviar la mirada algo inquieta.

—Todavía no lo he decidido.

—Pues deberías —dijo sin mirarlo—. Debe ser terrible estar casado con una mujer tan manipuladora como Violet.

A James no le gustó que se refiriera a ella en ese tono, pero no la corrigió, pues él había expresado lo mismo en innumerables ocasiones.

—El señor Cormak se jubiló —siguió hablando Maggie—. Ya sabes que fue el abogado de confianza de tu familia durante mucho tiempo.

—Y ahora lo es David Corbet —él negó con la cabeza, sabiendo exactamente donde Maggie quería ir a parar.

—Pues sí.

—¿Y?

Su amiga lo miró visiblemente molesta.

—Se rumorea que tu esposa y el señor Corbet son amantes.

La copa que iba a llevarse a los labios se quedó a medio camino. Con rapidez se levantó dejándola con la palabra en la boca.

—Lo siento si he sido brusca, pero es así.

Los dientes de James se apretaron y fue visible en su barbilla. La mirada se volvió de piedra, tanto así que la incomodidad de Maggie la hizo enrojecer.

—¿Así que sabemos con certeza que son amantes?

—Bueno —ella dudó encogiéndose de hombros—. Es lo que se rumorea.

La mirada de James fue glacial.

—¿Eso es lo que se rumorea? —insistió.

—Así es —Maggie se levantó de la cama y caminó, seductora, hacia él. Dejó que su bata se abriera y cuando puso ambas manos

sobre el pecho de James, se humedeció los labios—. No pensarás que esa mosquita muerta te ha sido fiel.

Él bufó.

—No me importa lo más mínimo.

—Por supuesto —dijo burlona—, por eso te lo cuento. Sé que no te importa, pero tampoco quiero que te tome por tonto. No quiero que se haga la fiel esposa contigo y que tenga la oportunidad… —se calló al entender que era mejor no darle ideas.

—¿Oportunidad? —James apuró la copa y se abotonó de nuevo la casaca.

—Ya sabes —dijo Maggie siguiéndolo—. No quiero que te convenza para que seáis un matrimonio feliz. No se lo merece.

James se echó a reír, no pensó nunca en ser un matrimonio feliz con Violet.

—Tengo que irme.

—¿Qué? —Los ojos de Maggie se abrieron como platos—. Pero… ¿por qué?

—No estoy de humor —le sonrió mientras se dirigía a la puerta.

—¿Por lo que he dicho de tu mujer?

Él la miró sin inmutarse.

Ofendida, Maggie se cruzó de brazos.

No hacía falta que respondiera, sabía que así era. ¿De verdad James sentía algo por esa insulsa mujer que había convertido en su esposa porque no le había quedado más remedio? No quería ni pensar que la perdonara. Eso era imposible. Eso… lo convertiría en un pusilánime, y el mayor James Phillips era todo menos eso.

—Deberías agradecerme que te avise —le dijo apoyándose en la puerta cuando él salió al pasillo.

—Oh, y te lo agradezco, aunque no sé si agradecerte que estés esparciendo el infundado rumor de que mi mujer tiene un amante.

Las mejillas de Maggie se arrebolaron, James sonrió. Al parecer sí había dado en el clavo. Maggie Florence le había hecho la vida imposible a Violet tal y como le había contado su madre. Ahora lo veía claro.

—Ensuciando su nombre, solo ensucias el mío.

—¡Porque estás casado con ella! —le espetó—. Si pidieras la anulación, o te divorciaras, no tendrías por qué volver a ver a esa mujer.

—En eso tienes razón —dijo James, dirigiéndose hacia las escaleras—, pero si decido hacerlo o no, es una decisión que solo a mí me conviene.

—¡James! —dio un paso hacia él—. No te vayas. Yo… —dejó caer las pestañas—, te he echado mucho de menos.

James la miró por última vez.

—Lo lamento, Maggie. Yo no.

Bajó las escaleras aun escuchando su nombre mientras Maggie despertaba a los sirvientes con su grito.

—¡James!

—Nos vemos el lunes por la mañana, prepáralo todo. Iremos con Edgard, puede que los dos necesitemos de su buen carácter y serenidad para no olvidar por qué un día fuimos amigos.

Maggie tuvo que conformarse con ello.

Era evidente que no visitaría su cama esa noche, pero al menos irían a Nottingham para volver a estar los tres juntos.

—¡Te espero el lunes! —Le gritó desde lo alto de la escalera.

Sí, el lunes partiría a Nottingham, pensó James. Visitaría a su amigo y… quien sabe si a alguien más.

Capítulo 23

Junio 1814

Violet miró por la ventana de la mansión de Nottingham. Hacía muy buen día. Había decidido acercarse al pueblo, quizás comprar unas telas para hacerse un vestido para montar. Charlotte había tenido razón, en aquella casa podría ser feliz y ahora que se había comprado unos nuevos caballos para los establos estaba más que contenta de dedicarse al pasatiempo de montarlos y cuidarlos. Pero antes de salir hacia el pueblo para comprarse unas buenas telas para un vestido de montar, tenía que responder algunas cartas.

Después de haber abandonado la ciudad hacía meses, no tenía mucha vida social. David solo la acompañó, estuvo de paso rumbo a Edimburgo, ahora estaba sola y así seguiría durante mucho tiempo, quizás toda su vida. No tenía esperanza de que James se metiera en sus asuntos. El abogado que él designó había dejado muy claro, en lo que a las últimas voluntades de Charlotte Phillips, su hijo las respetaría todas, inclusive las que trataban exclusivamente sobre Violet Phillips.

Se sentó tras el escritorio y después de escoger una pluma adecuada, la mojó en la tinta oscura para empezar con su correspondencia diaria. Normalmente se trataban de cartas a su familia o respuestas a invitaciones de ciertos vecinos a tomar el té o jugar a cartas.

Llevaba una vida tranquila, en definitiva, las cartas que llegaban eran escasas y hasta había algunas que le hubiera gustado no recibir.

Suspiró, tras el escritorio que había dispuesto en la biblioteca. Charlotte tenía allí su propio despacho, pero a Violet le había recordado tanto a ella que prefirió conservarlo como estaba y

hacerse un rincón en la biblioteca. Era grande, no del tamaño de la casa de las afueras de Londres, pero la encontraba exquisita. Eran estanterías de buena madera oscura, que le daban al lugar un tono austero, pero la luz que entraba por las grandes ventanas compensaba esa tosquedad. A veces se sorprendía pensando que tal vez la hubiera decorado su marido.

Carraspeó al darse cuenta de que su mente volvía a jugarle una mala pasada. Se había comprometido consigo misma a olvidar el pasado y dejarlo todo atrás, James Phillips incluido. Y es que no podría pasar página si seguía pensando en lo que pudo ser y no fue.

De todas formas, era bastante difícil y más cuando el periódico que llegaba siempre con retraso le daba noticas de España y del final de la guerra. Pero alguien había tenido la amabilidad de escribirle una carta y contarle que James, ahora el mayor James, que había llegado a Londres y que no tenía ninguna intención de interferir en la vida de su esposa.

Por supuesto, el alma caritativa que había tenido tal deferencia con ella, había sido, ni más ni menos que lady Margaret Hopkins. Maggie Florence, como íntima amiga, seguramente ya estaba en brazos de su marido dejando a James tan entretenido que seguro era incapaz de acordarse de que estaba casado.

Si por Violet fuera, Maggie podía quedárselo, comérselo y atragantarse con él. Y bien, si se ahogaba en el proceso, no sería ella quien leyera el panegírico en su funeral.

Era muy probable que Maggie estuviera instalada en su casa de Londres, tal y como le había insinuado en la carta.

Todos los amigos de su esposo estamos muy contentos de tenerlo de nuevo en casa. Goza de muy buena salud y las fiestas que da para nosotros solo reflejan su buen humor.

Sí, se imaginaba que disfrutaba de las fiestas en aquella casa, la misma que había permanecido cerrada desde que Charlotte había muerto, la misma de la que había huido.

Había llorado mucho después de la muerte de su suegra, pero lo había hecho en Nottingham, siendo incapaz de cumplir la promesa que le hizo.

Dime que intentarás una última vez, demostrarle a mi hijo la extraordinaria mujer que eres.

Ya le hubiera gustado, pero eso era imposible.

James la odiaba.

La odiaba lo suficiente como para usarla y marcharse de su casa, hacia la guerra, sin una palabra, sin un adiós. Ignorándola a su regreso, para ir presto a los brazos de otra mujer.

No era tonta, siempre había sabido que James había podido morir allí y no volver, y aun así, su esposo no había tenido compasión de ella. Ni siquiera un adiós.

Se levantó como un resorte y, acalorada, caminó hacia la ventana abierta.

Ya todo parecía muy lejano, y a pesar de ello, pensar en James la alteraba.

Giró el rostro y apoyó la frente cálida contra el cristal y se dejó llevar por la melancolía.

Desde la muerte de Charlotte no había pisado un salón de baile. La echaba de menos, y no se refería a compartir tiempo con ella en cenas y bailes, sino a ella. Su compañía siempre fue grata, Charlotte fue una mujer extraordinaria y cuando su familia se fue a América, ella se convirtió en su segunda madre. Le dolía mucho que su hijo la hubiera abandonado así, pero lejos de enfadarse, Charlotte respetaba la decisión de James.

Si lo hubieras visto de niño, le decía, *robando los palos de escopa de las fregonas para usarlos como espada. Ese siempre fue su destino y yo lo respeto, aunque Napoleón lo tenga muy apartado de mí.*

Violet siempre callaba, porque no tenía nada bueno que decir de James, en realidad, ni bueno ni malo. Apenas lo conocía.

Recordó que algunas veces le había sonreído y en verdad estaba convencida de que le había caído bien en algún momento, hasta que los sorprendieron en la biblioteca.

—Señora.

Violet se dio la vuelta, llevándose una mano al corazón al no haberse percatado de la presencia del mayordomo.

—Discúlpeme.

—No se preocupe, señor Stephens.

—Ha llegado una carta para usted.

—¿Una carta?

—Creo que de América.

Los ojos de Violet se iluminaron y salió al encuentro del mayordomo, que le tendía la carta en una bandeja de plata.

—Por favor —dijo, tomándola—, ordene que en media hora tengan listo mi carruaje, quiero hacer unas compras y visitar a la señora Norris, no parecía gozar de muy buena salud la última vez que la vi.

—¿Le digo que le preparen una cesta de comida?

—Eso sería maravilloso —dijo contenta, pero sus ojos estaban fijos en la carta—. Muchas gracias, señor Stephens.

El mayordomo sonrió a su vez, mientras se retiraba y la dejaba de nuevo a solas en la biblioteca. Violet se había convertido en alguien muy querido por el servicio y no porque fuera su señora, sino porque era una mujer amable y bondadosa que se preocupaba por todos.

Cuando Violet se quedó a solas, sus manos nerviosas rasgaron el sello y desplegó la carta de su hermana Sophie. Reconocía su caligrafía y las tres páginas escritas sin demasiada pulcritud le dijeron que tenía mucho que contar de su nueva vida.

La última vez que había escrito, hacía dos semanas, su padre se había resfriado, pero en la carta aseguraba que se había recuperado casi por completo. Su madre tenía amigas en la parroquia con quien compartía intereses, y ella estaba feliz porque vivía rodeada de caballos y podía comportarse de la manera más salvaje que quisiera, después de que su padre hubiera comprado una pequeña granja a las afueras de la ciudad. Su madre padecía de una enfermedad pulmonar, nada grave, pero el aire del campo le sentaba mucho mejor que el de Nueva York. Eso quería decir que su padre viajaba mucho a la ciudad, mientras ellas dos se quedaban en casa solas con el servicio.

Yo me dedico a cuidar de los animales de la granja. Sí, soy granjera.

Mamá quiere casarme, ya sabes que a mis 23 años tiene miedo a que me convierta en una solterona. Sé que te estás riendo, pero quizás esa sonrisa se borre de tu cara cuando sepas que tengo toda la intención del mundo de quedarme para vestir santos.

—Por Dios, Sophie —Por supuesto sabía que su hermana era muy capaz de conseguir todo lo que se proponía.

¡Cuánto la echaba de menos!

Bueno, vestir santos no. Voy poco por la iglesia. Los sermones del padre Stone son auténticas exaltaciones a Morfeo, así que procuro estar lo más lejos de la iglesia que puedo. Pero vistos los pretendientes que tenía en la ciudad y los discursos del padre Stone sobre lo mucho que se parecen las mujeres a los animales, no pienso dar mi brazo a torcer.

Tampoco digas que vuelva a Gran Bretaña, el panorama desde donde contemplábamos el mundo, no era nada alentador. No había nada en Escocia, que hiciera que abandonara mi soltería, así que mucho menos lo habrá en Inglaterra. Pero no se lo digas a padre, él todavía cree que no soy un caso perdido.

¡Pero lo soy! ¿Qué hombre querría a una mujer que en lugar de hornear pasteles, ayuda a los potrillos a nacer? ¡Un potrillo! Tiré de esa masa viscosa, y chan… nació. Es tan bonito, que le he puesto "Algodoncito", no es del todo blanco, tiene unas manchas marrones sobre la parte derecha de la grupa y en medio de la frente. ¿De pequeña ya me gustaban tanto los animales? No puedo acordarme.

De hecho, dejo de escribirte esta carta porque tengo que ponerme con mis quehaceres. Mamá cree que todo lo hacen el señor Gresson y su hijo, pero la vida en el campo me fascina, y creo que moriría feliz si no tengo que volver a pisar un salón de baile en lo que me resta de vida.

Por cierto, que no me olvido de los libros. Tu hermana ha cambiado, Violet, pero no tanto como para no abstraerme de la realidad durante horas con un libro en la mano.

Por último, espero que te encuentres bien, que goces de buena salud y que seas feliz a pesar de que ya no tienes la

compañía de tu querida Charlotte. Yo también la echo de menos.

Espero que tener a tu marido lejos te colme de alegría, no soportaría que su presencia trastornara tus apacibles días. Lamento que no puedas tener un matrimonio como el de papá y mamá, tal como siempre habías soñado.

Y ya paro, porque te pondré triste y yo de mal humor.

Deseo más que nada verte, pero mamá me necesita más que nunca, así que pospondré mi viaje para más adelante.

No olvides lo mucho que te quiero. Si lo piensas, es algo que no te dije casi nunca, quizás porque lo daba por sentado. ¿No es maravilloso que la distancia te haga valorar a una hermana que siempre fue una aguafiestas?

Escríbeme Violet, escríbeme cuanto quieras.

Tu hermana que te echa de menos.

Sophie.

Violet se limpió una lágrima que rodaba por su mejilla y sonrió mientras doblaba la carta. Sophie había cambiado, desde luego sabía que su madre tendría algún que otro berrinche al no poder meterla en cintura, pero quizás la sociedad rural más relajada, le permitiría ser feliz, y eso era lo único que le importaba a Violet.

Un carraspeó y el señor Stephens le habló desde la puerta.

—Como pidió, su carruaje está listo.

—Muchas gracias.

—Le he dicho a la ayudante de la cocinera que la acompañe.

—No será necesario, señor Stephens. A no ser que Lily quiera venir al pueblo.

—En realidad están muy atareadas en la cocina, pero si lo desea, puede acompañarla.

Violet negó con la cabeza y con una sonrisa amable se encaminó hacia la entrada de la casa.

Tal como había dicho el mayordomo, el coche esperaba.

Capítulo 24

Cuando Violet entró en la tienda de telas de la señora Morrison lo hizo porque necesitaba un nuevo vestido de invierno. Uno que le permitiera montar en su precioso tordo.

Sonrió al acariciar los distintos rollos de buena calidad que estaban en el fondo de la tienda. Tan absorta estaba en acariciar el material que no prestó atención a la campanilla que acababa de sonar, anunciando una visita.

Una que jamás habría imaginado encontrarse en Nottingham.

Maggie Florence entró con la barbilla en alto, podía fingir que no estaba ahí porque había visto a Violet entrar, pero era exactamente por eso.

Sonrió con malicia nada más verla y se encaminó hacia ella. Lamentablemente la campanilla volvió a sonar y Maggie se paró para darse la vuelta y esperar a su acompañante.

—No hacía falta que entraras.

Edgard sonrió a Maggie.

—No me molesta esperarte y ver que deseas comprar —le sonrió—, ni tampoco pagar alguna de tus facturas.

Maggie Florence le devolvió la sonrisa.

Hacía semanas que se encontraba en Nottingham, había viajado con James y los dos junto a Edgard vivían en su casa. La verdad es que era una buena época, Maggie no había disfrutado tanto de la compañía de sus amigos desde hacía años, y es que por supuesto la guerra había mantenido a James lejos de ellos.

Desde luego le agradaba la compañía de Edgar, pero no cuando quería mortificar a Violet Phillips.

Daba gracias de que James no hubiera acudido al pueblo con ellos, de lo contrario el encuentro con su esposa habría sido inevitable.

—¿Qué quieres comprar, querida? —preguntó Edgard, mirando alrededor por si había algo digno de su interés.

—Oh, nada en especial —mientras lo decía, Maggie no apartó la mirada de Violet. No fue hasta que se desplazó hasta el fondo de la tienda que hizo notar su presencia con un carraspeo.

Al ver sus ojos abiertos como platos, la saludo sin ocultar su deleite.

—Buenos días, señora Phillips.

Violet se quedó rígida.

No apartó la mirada enseguida, pero carraspeó y se concentró profundamente en unos guantes de cabritilla.

—Bu… buenos días.

Apretó los labios en una fina línea, y aún así, por educación fue capaz de mirar a Margaret Florence a la cara y saludarla.

—¿Cómo está usted, señora?

—Oh, muy bien —su sonrisa era tan brillante que Violet fue incapaz de dedicarle una.

—¿Qué le trae por aquí?

—Oh, no crea que no tengo derecho a estar aquí, señora Phillips —La forma en que Maggie pronunció su apellido, como si fuera ella la que no tenía derecho a usarlo hizo que se tensara—. Estoy pasando unos días con un grupo de amigos —se giró para ver a su acompañante—. Edgard querido, ven a saludar a la señora Phillips.

El hombre abrió la boca al verla y por como reaccionó supo que sí la recordaba.

—Buenos días —se quitó el sombrero y se lo quedó en la mano.

Con una agradable sonrisa que para nada le hizo pensar que le caía mal a ese hombre, Edgard hizo ademán de tomar su mano y Violet se la tendió para que la besara.

—Es un placer volver a verla.

—Lo mismo digo —le sonrió avergonzada, Violet.

—Ha sabido que está viviendo en la antigua casa de Charlotte Phillips, Fairview House, esa casa es la envidia de todos los vecinos —le dijo Edgard con amabilidad mientras a su lado Maggie parecía mirarle como si le salieran culebras por los ojos. No se esperaba que Edgard mantuviera un buen recuerdo de Violet, pero al parecer así

era—. Mi madre me dejó la casa de la colina, somos vecinos por si no lo sabía.

—Algo había oído.

—Por supuesto está más que invitada de visitarla. De hecho, un par de amigos están de visita —le dijo con una amplia sonrisa—, me pregunto si le gustaría venir a cenar algún día.

—Querido… —lo frenó Maggie como si él se hubiera olvidado de con quien estaba hablando.

No obstante, no pudo continuar porque Violet la interrumpió.

—Es muy amable, pero me temo que estoy aún muy atareada aclimatándome a la nueva casa, siempre hay tanto que hacer.

—Eso es verdad, en el campo uno no se aburre nada.

Maggie resopló.

—El campo es lo más aburrido que hay —sentenció solo para llevarles la contraria—, es solo para paletos.

Violet y Edgard se la quedaron mirando con una ceja levantada, y sí se dio cuenta de que les había llamado paletos en sus narices.

—Por supuesto no me refería a ustedes —carraspeó.

—Ya, entiendo —respondió Violet con amabilidad.

Edgard se quedó callado, pero no pudo menos que mirarla con reprobación.

—Hace poco más de un año que he ido a vivir a la casa que me dejó mi madre. Puedo asegurarle que yo también me estoy acostumbrando, pero los vecinos son muy amables. ¿Cónoce a la señora Clementine?

Violet se rio.

—Por supuesto.

—Es de lo más estimulante —la anciana tenía un carácter de mil demonios, pero por alguna razón a Vioelt le parecía una mujer especial y maravillosa, a su austera manera.

—También contamos con la presencia de lord bayron en alguna que otra reunión.

—Me temo que no soy amiga de sus poemas.

—Oh, pero él le agradará, es el hombre de moda.

Violet no contestó, porque dudaba que fuera cierto.

—¿Vais a repasar los nombres de todos vuestros vecinos? —preguntó Maggie balanceándose sobre sus talones, en una clara demostración de que se aburría.

—No somos muchos y si Violet acaba de llegar hay que hacer las spresentaciones.

—Es muy amable.

Al escucharla y ver que miraba a Edgard con gratitud, Maggi la fulminó con la mirada, pero no le importó lo más mínimo.

—Preséntale al conde Sinclair…

—Por favor —la cortó Edgard.

—¿Qué? —preguntó Maggie con inocencia.

Pero Violet ya había sido avisada por su amiga Clementine de que el conde que no se hospedaba muy lejos de allí, era un hombre terrible, mujeriego y vividor del que ese había de huir como de la peste. Solo sus hijos William y Daemon eran de fiar, y según Clementine ni siquiera el menor, William, quien tenía madera de sacerdote era lo suficientemente inteligente como para poder mantener una conversación agradable.

—Me temo que la compañía del conde Sinclair no sería de mi agrado, ni creo que de un hombre de su buen carácter.

Edgard asintió.

—No lo es, pero por aquí verá que el resto de vecinos somos gente amable —la miró con afecto y Violet no supo muy bien por qué—. Mi invitación está en pie —dijo esperando que ella notara la sinceridad en su voz—, será siempre bienvenida.

Otro resoplido que en lugar de indignar a Violet, le encantó.

Si ella no era feliz, porque su enemiga debía serlo. Pero Maggie tenía otro dardo que lanzarle.

—Debería aceptar la invitación de Edgard, señora Phillips, así tal vez conseguiría ver a su marido.

Reinó un espeso silencio entre los tres, mientras Edgard y Violet la fulminaban con la mirada, Maggie sonreía triunfal.

—¿Qué? —dijo con inocencia—, me consta que al llegar a Londres usted no estaba.

—Pero usted sí —dijo Violet sin poder morderse la lengua.

—Por supuesto —la miró con fijeza—, yo siempre estaré querida.

A Violet se le erizó el vello de la nuca.

—Disculpé —dijo Edgard—, pensé que sabía que James está pasando unos días en mi finca.

Violet asintió.

—No se preocupe, señor…

—Puede llamarle Edgard, al fin y al cabo, somos vecinos.

Esta vez no fue un chasquido de lengua, ni un resoplido lo que profirió Maggie, sino un grito ahogado que fue acompañado por unos pasos hacia la salida de la tienda.

—No me lo puedo creer —se la escuchó murmurar.

—Es muy amable, Edgard.

—No crea que mi invitación es una burla, ni muchísimo menos. Creo que entre ustedes hay muchos malentendidos y que… —Vio como Violet intentaba mantener la compostura y que le seguía sonriendo forzadamente—. De acuerdo, no ha pedido mi opinión.

Violet agachó la cabeza.

—No es eso, solo…

—Que no quiere que un desconocido venga a hablarle bien de su marido y trastoque su paz. Lo entiendo —se inclinó para despedirse—. Pero solo he hablado porque los dos son buenas personas y sería una lástima no poder vivir en paz cuando esta se encuentra tras una conversación amistosa.

Violet no pudo evitar reírse. ¿Solo una conversación amistosa haría que su marido dejara de odiarla? Lo dudaba, pero veía las buenas intenciones de Edgard y no sería ella quien le rompiera el corazón a ese buen hombre.

—Espero verle pronto, vecino —le dijo tendiéndole la mano cuando él se inclinó para besarla y despedirse.

Otra expresión frustrada se escuchó desde el principio de la tienda. Maggie los estaba fulminando con la mirada.

—¡Edgard! —lo llamó para que se apresurara.

El aludido se puso el sombrero y le dedicó una sonrisa a Violet.

—No se lo tenga en cuenta, Maggie tiene un carácter muy especial, pero no es mala persona.

Violet asintió, pero no estaba para nada de acuerdo con su nuevo amigo.

Capítulo 25

Esa noche, Violet no durmió bien.

Dio vueltas incansablemente hasta que la venció el sueño justo antes del amanecer. Tuvo sueños extraños con perros persiguiéndola y serpientes escondidas en madrigueras de conejo. Se despertó cansada y no fue hasta entrar en la cocina que su ánimo mejoró de forma considerable.

—¿Estoy oliendo rollitos de canela?

Pilló a la cocinera con una enorme sonrisa y con las manos en una masa donde acababa de poner azúcar.

—Buenos días, señora. Me ha dicho el señor Stephens que no ha desayunado.

—Es que se me han pegado las sábanas.

La cocinera llamó a Lily por encima del hombro mientras seguía amasando.

—Lily, prepara té a la señora y un trozo de tarta de grosellas que tanto le gusta.

—No es necesario.

—Por supuesto que sí —la regañó como una madre.

Violet bajó la cabeza y ocultó los ojos que se le habían puesto brillantes.

Charlotte tenía razón, el servicio era maravilloso, tenía las cosas antes de pedirlas, y a pesar de que no era nada convencional, sí que en aquella casa era habitual que algunos días Violet entrara en la cocina y tuviera largas conversaciones con la cocinera y el ama de llaves. Lily era una muchacha encantadora que ayudaba a la señora Mills en la cocina y a la vez hacía de sirvienta. La casa era grande pero el ala oeste estaba cerrada, ya que Violet se negó a tener habitaciones y salones abiertos solo para que ella paseara por ellos. El servicio era el justo y necesario y así seguiría siendo, porque lo cierto es que no tenía ninguna intención de celebrar ninguna fiesta.

La única compañía que necesitaba era la de esas personas. Todas juntas se habían divertido en pascuas preparando dulces que luego devoraron con el resto del servicio. Fue entonces que supo que todo iría bien. Allí no sería la señora, sino una más. Y el cariño con que la trataban no podía sentirlo más sincero.

La vida en aquella casa no era nada aburrida, es más, Violet se decía que podía ser perfectamente feliz. Aunque también le hubiera encantado tener una familia numerosa, con niños a los que malcriar.

Pero ese era un pensamiento absurdo que guardaría en la caja de: *cosas en las que no debo pensar*. Por supuesto, la mayoría de espacio en esa caja, lo ocupaba un nombre: JAMES.

—¿Se encuentra bien, querida?

—Oh, sí, sí.

Otra vez se había quedado absorta.

—Parecía pensar en algo importante.

—No, es solo…

—¡Buenos días!

Las tres mujeres se dieron la vuelta para ver como el mayordomo entraba en la cocina con una carta en la mano.

—Señor Stephens…

—Lo lamento, debería haberla puesto en una bandeja —le dijo el mayordomo con afecto—, pero…

—No se moleste.

—¿Es una carta?

—Sí, sí…

Violet alzó una ceja, al parecer no era una carta de nadie conocido o de lo contrario… La tomó de la mano del señor Stephens y después de leer el remitente lo miró a él.

El pobre hombre solo pudo tragar saliva mientras desviaba la mirada.

La cocinera, espolvoreó los rollitos con canela y azúcar mientras la miraba de reojo.

—¿Malas noticias? —preguntó Lily, estirando el cuello para ver lo que su señora tenía entre manos.

—¡Lily! —le amonestaron los mayores.

—Lo siento.

—No… no te preocupes —Violet carraspeó y finalmente se decidió a leerla.

Más que una carta, era una nota.

Estimada esposa,

Mis amigos me han informado de tu encuentro con ellos en el pueblo esta tarde. Déjame que sea yo que te informe que llevo un tiempo en Nottingham y es mi intención quedarme un poco más. No obstante, recuerdo que la caza en mi finca es abundante por lo que he invitado a unos amigos a cazar. Por supuesto esperamos hospedarnos en Evergreen House unos días.

Espero no sea molestia y que puedas proceder para que nuestras habitaciones estén listas.

Con afecto de tu esposo, James.

Violet desvió la mirada de la carta hacia la masa que siempre le parecía tan deliciosa y de sorpresa, se le antojó insípida.

Maldición.

—¿Ha ocurrido algo?

—Señora —dijo el ama de llaves—, parece que ha visto un fantasma.

Un fantasma no, pero quizás el mismísimo demonio llamaría pronto a su puerta.

—Lo… lo lamento. No me encuentro demasiado bien.

—¿Un té, querida? —le ofreció de inmediato la señora Mills.

—No, no. Solo…

Volvió a quedarse callada y su mente voló a lo que tendría que soportar en los próximos días.

¿En serio tendría que aguantar la visita de su esposo? Sí, tendría que hacerlo, y no solo eso, sino que también debería aguantar a sus amigos.

Apoyó una mano en la mesa cuando sus piernas le fallaron.

—¡Señora!

Stephens le acercó una silla donde se sentó sin decir nada.

¿Amigos! ¡Oh! ¡Dios mío! También tendría que aguantar a su amante.

Maggie Florence iría con ellos, se lo había dejado muy claro. Ella había viajado hacia Nottingham con James, por lo que formaba parte de esa camarilla.

Cazar en mi finca, había escrito el muy cretino.

Mi finca.

Empezó a temblar. Pero no podía decir que no fuera así, pues él era el propietario, aunque su madre hubiera estipulado que ella podía ocuparla hasta el fin de sus días.

Estrujó la nota y respiró hondo.

—¿Lily? ¿Dónde está el pastel de arándanos?

Las tres mujeres y el mayordomo se la quedaron mirando con sorpresa y preocupación, pero la ayudante de cocina se apresuró a correr hacia dicha tarta para servirle un buen pedazo.

—Aquí tiene, señora. —Se lo sirvió con una taza humeante de té.

Violet se lo comió en dos bocados mientras miraba al infinito. No así el servicio, que solo tenía ojos para ella.

La señora Swanson se inclinó hacia el mayordomo y susurró.

—Como dijo Shakespeare, *se avecina algo terrible*.

***

Violet pasó muy nerviosa aquel martes, el miércoles no fue más tranquilo mientras esperaba la visita de su esposo. El jueves pensó que era muy probable que todo hubiera sido una broma, y el viernes se dijo que la arpía de Maggie quizás hubiera retrasado la estancia para no tener que enfrentarse a ella. Aunque claro, eso era suponer que la amante de su marido tenía reparo alguno en restregarle por la cara la relación con él.

No, seguramente deseaba pavonearse por la casa como la dueña y señora.

No iba a esconderse, y mucho menos sentir vergüenza, porque para Violet Phillips, Maggie carecía de ella.

Pasó una semana y Violet no podía decir que hubiera olvidado la espada de Damocles sobre su cabeza, pero la administración de la finca y algunos asuntos de los arrendatarios la tenían bastante ocupada.

Esa mañana llegaron varias cartas de Londres y una de Edimburgo de David Corbet, ninguna de su marido.

Apenas mantenía correspondencia con nadie, pero de vez en cuando recibía cartas de las viejas amigas de Charlotte. Con una sonrisa en los labios, se dispuso a responder cada una de ellas. Estaba contenta de que se acordaran de ella.

Finalmente tomó la carta del David Corbet.

Suspiró.

Decir que esa solo su abogado sería faltar a la verdad, pues se había convertido en un buen amigo. Jamás olvidaría que fue el único hombre que la ayudó, el día que Charlotte sufrió su primer desvanecimiento, en aquel baile.

David había sido muy amable al encargarse de todo y aunque no hacía tantos años que trabajaba para Charlotte, Violet sabía que había estado muy complacida en saber que sus últimas voluntades se realizarían como ella había pedido. No en vano, Corbet le había prometido que podía contar con él en todo momento y que haría lo imposible para que se sintiera cómoda en su nueva casa de Nottingham y que esta no tuviera ningún sobresalto cuando James finalmente fuera a molestarla.

Ese día había llegado y Violet no sabía si comentárselo a David en la carta.

Tenía preguntas, tales como: ¿Puede instalarse él aquí, aunque yo no lo desee?

Entre todos los escenarios posibles, Violet no había creído posible que él fuera a Nottingham. La odiaba y pensó que por eso se mantendría alejado. Pero al parecer la odiaba demasiado como para no facilitarle la existencia. Estaba claro que él quería atormentarla, recordarle con quien estaba casada.

Ahora veía que Charlotte había sido muy astuta. Solo ella había intuido que James no podría resistirse a hacer acto de presencia solo para que quedara claro que esos también eran sus

dominios. Aunque no podía decir que después de la primera y última carta que recibió, de eso hacía siete años, no le sorprendiera que finalmente hubiera decidido presentarse.

Te voy a ignorar como si no existieras. Eres mi esposa en el papel, pero solo en eso, jamás recibirás nada de mí, ni adulación ni mofa, porque me importas menos que nada.

—Maldito botarate —resopló, y al estar a solas apoyó la espalda en la silla de su escritorio mientras abría la carta del señor Corbet.

Las palabras que recordaba de James hicieron que los ojos le escocieran, pero para cuando abrió la carta y empezó a leer las amables palabras de David Corbet, todo parecía mucho más tranquilo, incluso su corazón.

Mi muy estimada señora Phillips,

Espero que goce de buena salud y que se encuentre bien de ánimo. Le escribo en respuesta a su carta de hace unas semanas. Lamento no haberle respondido anteriormente más que un acuse de recibo, pero he estado investigando sobre el asunto.

Es mi deber informarle…

Un suave sonido procedente de su espalda captó su atención. La señora Swanson había llamado a la puerta y con su habitual sonrisa había entrado con una bandeja de té y pastas.

—Si me permite señora, ha llegado una carta para usted.

Violet alzó una ceja.

—Precisamente en eso estaba pensando yo, señora Swanson.

—¿Cómo dice? —le sirvió el té, prestándole atención.

Violet sonrió.

—Pensaba en mi abundante correspondencia de esta mañana. —Se rio al ver que en verdad había otra carta que tendría que contestar.

El ama de llaves la miró con profundo afecto.

—Es tan joven y bonita —le dijo, con sentimiento—, debería sonreír más, hacer alguna reunión con sus amigas, una fiesta.

Violet rio.

—¿Una fiesta?

—¿Por qué no? muchos vecinos la aprecian.

Violet pensó en que era cierto, y ella también les tenía estima. Pero no haría una fiesta para invitarles, porque eso significaría invitar a Edgard, el vecino que estaba hospedando a su marido y en consecuencia, tendría que invitarlo también a él y a su amante. Aunque que importaba ya eso, cuando James le había dicho que de todas formas irían.

Deseó encarecidamente que se olvidara de ella y que la velada amenaza de ir a verla, fuera solo eso, una vana amenaza.

Meneó la cabeza mientras seguía escuchando a la señora Swanson parlotear. Tomó el sobre en las manos y le dio la vuelta para ver el remitente.

Mayor James Phillips.

Se quedó de piedra.

—¿En serio?

Querida,

Espero puedas preparar cuatro habitaciones en mi casa para mí y mis amigos. Estos son, Jhon Wilkins, Tomas Young y Maggie Florece, con su tía Rose Mary. Por supuesto, nuestro vecino Edgard Harper también viajará conmigo. Son gente encantadora como espero recuerdes de las fiestas londinense.

Llegaremos pronto.

Tu esposo, James.

—¡Ja!

Adiós a su esperanza de que todo fuera una broma.

Mis amigos.

Se le olvidó decir que entre ellos también estaba su amante.

Violet abrió la boca, incapaz de cerrarla.

—Maldita sea.

—¿Cómo dice? —la señora Swanson calló de pronto y se quedó mirando a Violet largos segundos, pero esta solo sostenía la carta entre sus manos.

—¿Malas noticias? —preguntó, dudando si dejarla sola.

—Mi esposo… —tragó saliva—, ha vuelto de la guerra.

—Sí, eso es… fantástico —Aunque sabía que hacía meses de ello—. ¿Y vendrá a verla?

—Sí —dijo Violet apretando los labios—. Pero no lo hará solo.

—Oh.

Sí, Oh, es lo único que ella podía decir cuando su marido iba para dejarle claro que, aunque su madre le hubiera dado permiso para vivir en aquella casa, él era el amo y señor del castillo y se le debía pleitesía.

Violet estrujó la carta entre sus manos y miró con furia al infinito.

Tenía que hacer algo, y ese algo, pasaba por hacerle la vida tan imposible a su marido que huyera lejos, tan lejos que Londres no fuera suficiente.

Se levantó del sofá tapizado en seda china y se dirigió al escritorio que languidecía en un rincón de la estancia. La señora Swanson la miraba en silencio sin saber qué hacer. Por el movimiento enérgico de sus manos, sabía que estaba enfadada, pero poco podía hacer.

Violet tomó papel y pluma, dispuesta a escribir una respuesta a su odioso marido.

Querido esposo.

¡Ja! De querido nada.

Hizo de su carta una bola de papel y la dejó en una esquina de la superficie lacada.

Estimado esposo.

Sí, mejor, aunque no sabía por qué tenía que usar formalismos, James no era estimado, y él lo sabía.

Resopló y miró las letras entrelazadas con pulcritud. Esta vez no arrugó la carta, pero respiró hondo antes de continuar.

Le escribo para acordar con usted la fecha de su llegada, puesto que me gustaría que el personal pudiera prepararla como se merece.

¡Puaj! No te mereces nada.

Respiró hondo bajo la atenta mirada de la señora Swanson que iba enarcando las cejas viendo como su señora se ponía cada vez más roja a causa del enfado.

Por supuesto, esta es su casa y será bien recibido.

Violet puso los ojos en blanco. Sí, era su casa, pero solo sería bien recibido en apariencia. ¿Qué quería ese déspota egoísta? Su propia madre le había hecho saber que ella administraría la casa y viviría allí hasta morir. ¿Por qué antes de su muerte osaba pasearse por allí?

—¿Señora?

—¿Qué?

La señora Swanson apretó las manos entre sí.

—Es que parece que se le olvida respirar.

Violet soltó el aliento con violencia.

—Así es, señora Swanson. Discúlpeme.

Tampoco durmió bien aquella noche, aunque después de un par de rollitos de canela estaba de mucho mejor humor.

Esa mañana sí que le dio tiempo de terminar de leer la carta del señor Corbet, y aún debía decidir si eso eran buenas o malas noticias.

Se acercó a la ventana para disfrutar del sol.

Hacía un día espléndido, no quería que fuera de otra manera siendo junio. A lo lejos, por el camino que flanqueaban dos grandes hileras de árboles vislumbró el brillo de un carruaje lacado.

¿Visitas?

Tras él había otro, y… ¿otro?

Se levantó del escritorio de la biblioteca donde solía contestar el correo y salió para hablar con el mayordomo quien, a pesar de su edad no tan lozana, estaba avanzando con premura por el largo pasillo alfombrado.

—¿Señora?

—¿Qué ocurre? ¿Tenemos visitas?

El hombre, de tez blanca de por sí, había empalidecido aún más.

—Sí, —dudó, lo que provocó que Violet alzara una ceja.

Lo miró divertida al ver su azoramiento.

—No es técnicamente una visita, creemos… sabemos que llega el señor.

—Por supuesto —dijo, con los dientes apretados.

Ni siquiera había tenido la deferencia de decirle el día de su llegada. Quizás había querido ponerla nerviosa, algo que sin duda había logrado.

Apretó los puños.

Su corazón tronaba en su pecho y su sangre rugía por la indignación. Porque… era su marido. No era una visita, por supuesto que iba a quedarse en la casa, en su cuarto, junto al de ella. Pero… había algo que la inquietaba aún más.

—¿Están listas las habitaciones?

—Tal y como usted ordenó.

Violet asintió agradecida y vio que el señor Stephens carraspeaba.

—¿Sí?

—Tommy, el lacayo, los vio en la posada cuando fue a visitar a su madre, que como bien sabe trabaja allí… Bien, saludó al señor y este le dijo que vendrían esta tarde. Que estarían presentes para la cena, y que como el chico ya estaba aquí, que anunciara su llegada y le dijera a la señora Mills que preparara un gran festín. Que iban a quedarse…

—¿Sí?

Los ojos de Violet se abrieron temiendo lo peor.

—Todo el verano.

En efecto, era una catástrofe.

—¡¿Qué?! ¡Ni hablar!

¡El botarate de su esposo se empecinaba en arruinarle el verano!

El señor Stephens permaneció tan estoico como le fue posible, y eso era mucho decir ante lo que se avecinaba en la casa.

—Bien, Stephens, que la señora Mills prepare un festín —dijo, resuelta—. Y a mí envíame a Lily, porque necesito adecentarme.

—Sí, señora.

No necesitaba cambiarse de ropa, ni adecentarse. Necesitaba estar espectacular, brillar con luz propia, y no porque su ego se lo exigiera, sino porque sabía con quien llegaba. Maggie Florence, esa maldita arpía había urdido todo aquello.

¿Pensaba quedarse en su casa todo el verano?

Pobre ilusa. Al parecer, la había tomado por alguien que se podía subestimar.

Capítulo 26

Mientras se vestía con la ayuda de Lily, Violet maldecía a su marido por haberse presentado sin darle tiempo a nada. Seguro que lo ha hecho apropósito, había refunfuñado. Lily intentaba contener la sonrisa, pero al parecer a la joven no le suponía ninguna tragedia que la casa se llenara de gente y se perturbara la paz del lugar.

Cuando Violet bajó después de ponerse de punta en blanco, los invitados ya estaban dentro de la casa.

Vio como en el recibidor tres figuras masculines parloteaban con voces graves mientras se quitaban los sombreros, guantes y abrigos. Stephens se comportaba como el buen mayordomo que era, con total corrección.

Mientras descendía los peldaños de la gran escalera central las voces se fueron apagando y las miradas, incluso las de las dos damas, se posaron sobre ella.

—Bienvenidos —dijo impostando una sonrisa.

Por supuesto el cuerpo de anchos hombros de James captó su absoluta atención.

Dio varios pasos para reunirse con ella al final de la escalera.

Violet pensó que, mientras ella no podía respirar a su marido le daba exactamente igual volver a verla después de dos años. Su boca se estiró con una educada sonrisa y sus ojos estaban tan fijos en ella que se sintió incómoda en la que consideraba su propia casa.

Maldito fuera, seguían tan apuesto, como siempre.

—Esposa —dijo llanamente.

Inclinó su cabeza y sus piernas se juntaron como si quisiera que sus talones se tocaran en un saludo militar.

Hizo una sutil reverencia y finalmente se situó a su lado. Después de haber bajado todos los escalones su diferencia de estatura era más que considerable.

Miró a las demás personas allí presentes, pero su mente seguía aún vislumbrando los ojos azules de James. Los invitados,

reunidos en el recibidor, habían quedado en un segundo plano.

A Violet le molestó que su expresión fuera más relajada que la suya.

Por su parte, James la miró de arriba abajo. Tragó saliva y se juró hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para que no se diera cuenta de los pensamientos que estaban cruzando por su mente.

Estaba realmente hermosa, con un vestido de escote cuadrado y un semi recogido que hacía que su larga cabellera cayera sobre su espalda. Sus hermosos ojos jamás le habían parecido tan verdes y con los años, lejos de perder la lozanía, sus rasgos se habían vuelto elegantes y más angulosos. No era la muchacha que había conocido años atrás. Ahora era la señora Phillips y no creía que nadie pudiera apagar su brillo y mucho menos en su propia casa.

Por supuesto, los invitados se acercaron para las presentaciones, por lo que era consciente de que no podría seguir ignorando por mucho más tiempo a Maggie Florence.

Como si hubiera leído sus pensamientos, la amante de su esposo se acercó a ella para saludarla. Sí, esa mujer sabía fingir las sonrisas mucho más que ella. Parecía realmente encantada de volver a verla, aunque Violet sospechaba que, en realidad, de lo que estaba encantada, es de incomodarla en su propia casa.

Respiró hondo, dispuesta a ser la mejor de las anfitrionas y morderse la lengua.

—Espero que el señor Stephens y la señora Swanson los hayan atendido tan bien como acostumbran —dijo Violet.

—Así ha sido —dijo James mirando a Stephens que permanecía apartado y esperando instrucciones—. Espero que nuestra aparición no haya sido inoportuna.

—Por supuesto que no —dijo Violet—, estás en tu casa, querido.

James se la quedó mirando y sintió cierta falta de sinceridad en sus palabras. Aun así, estuvo dispuesto a ignorarlo.

Carraspeó para captar la atención de todos.

—Déjame presentarte a mis amigos.

Violet asintió con una fina línea en sus labios como sonrisa.

—Creo que conoces a nuestro vecino Edgard Hawke.

Esta vez la sonrisa de Violet sí fue genuina.

—Bienvenido señor Hawke.

El hombre se acercó inmediatamente como si estuviera algo avergonzado de estar allí sin invitación o haberse anunciado previamente.

—Señora, es un auténtico placer volver a verla —se inclinó para besar su mano—, aunque creo que acoramos que como vecinos y futuros amigos puede llamarme Edgard.

Violet sintió que su esposo se tensaba a su lado, pero solo por esa molestia de origen desconocido, se sintió aún más agradecida por el buen carácter de Edgard Hawke.

Los demás hombres se acercaron a ella y James hizo las presentaciones.

—John Wilkins y Tomas Young.

Violet extendió la mano hacia los demás caballeros.

—Es un placer.

—El placer es todo nuestro.

Ante las miradas cargadas de algo más que aprobación de sus amigos, James alzó una ceja, haciéndolos retroceder.

—Fuimos compañeros en el mismo regimiento cuando empezamos nuestra carrera militar —dijo James—. Pero ahora John se dedica a temas administrativos y Tomas colabora en inteligencia. Por supuesto sabrás que el señor Hawke dejó hace mucho el ejército y se dedica… a lo que se dedican los terratenientes.

Edgard hizo una mueca.

—Lo dices como si cuidar de mi patrimonio no fuera un arduo trabajo.

—Mejor dejamos para después la discusión de lo que consideramos o no un arduo trabajo.

Violet los miró a ambos, se veía claramente que había una gran camaradería entre los hombres, pero como había visto siempre, James apreciaba por encima de todos a Edgard. Y no le extrañaba, para ella era de los hombres más sensatos y no parecía haber dobleces ni en sus actos, ni en sus palabras.

—Oh, James, con qué rapidez has dejado claro que el único héroe que hay aquí eres tú —dijo Tomas.

Violet miró a James y sus ojos le parecieron más azules que nunca.

James rio y ella se sorprendió pensando que su sonrisa era muy bonita. Carraspeó molesta consigo misma.

Hubo un carraspeo y se escuchó un frufrú de faldas.

Violet vio por el rabillo del ojo como Maggie Florence se acercaba, era como ver un áspid venenoso reptar hasta sus pies. Le costó cierto esfuerzo permanecer impasible y rogó porque su rechazo no se dibujase en su rostro.

Al ver su profunda mirada clavada en ella, le dio hasta risa. Tenía una clara intención de intimidarla y ella no se lo iba a permitir. Sin duda, Maggie era una triunfadora, pero no la ganaría. Al fin y al cabo, quien llevaba el apellido de su esposo era ella.

Se refrenó por no chasquear la lengua, ¿qué hubiera dicho Charlotte? La amante oficial en casa de la esposa.

Sin duda le daría unos buenos consejos para ponerla en su lugar, pero con el paso de los años había aprendido a defenderse y si Maggie pensaba que podía avasallarla como hacía antaño en los salones, pronto se daría cuenta de que no se lo iba a permitir.

Debería tomarse todo aquello como el triunfo de su vida. Violet era muy consciente de cuanto la odiaba y eso se había manifestado a través de los años, tanto en comentarios hirientes, mordaces y destinados a ridiculizarla en un salón atestado de gente, como en notas de velada intención, o cartas con información destinada únicamente a mortificarla.

La sonrisa radiante de Maggie Florence, sus ojos claros mirando a su alrededor como si fuera la dueña y señora de la casa, hizo que Violet diera un paso al frente.

Violet no despegó los labios, pero por su sonrisa tensa y sus ojos expresivos, esa mujer ya podía darse cuenta de que no era bien recibida en su casa.

—Por supuesto recordarás a la señora Margaret Hopkins.

Violet se echó a reír sin proponérselo. Fue una risa corta hasta que pudo recobrarse de la desfachatez de su marido.

—Por supuesto, como olvidarla. —Maggie le sonrió y la saludó con una leve inclinación de cabeza—. Es un placer volver a verla.

Mintió.

—Un inmenso placer.

Cualquiera que no fuera idiota se dio cuenta de que había veneno en cada palabra que se dedicaron esas dos mujeres. Pero por supuesto, como la tía de Maggie no tenía demasiadas luces, no lo notó.

—Esta encantadora dama es Mary Rose Hopkins, la tía… —se adelantó James para hacer las presentaciones, más movido por intentar suavizar la tensión reinante que por el anhelo de ser buen anfitrión.

—Soy la tía de Maggie.

La mujer hablaba inusualmente fuerte y Violet fue consciente de que se inclinaba hacia delante para que pudiera entender bien sus palabras. La mujer, evidentemente, estaba medio sorda y no había escuchado hablar a James, que se calló enseguida y cerró la mano mientras apretaba los labios en un intento de controlar su sonrisa—. Tiene una casa preciosa, señora Phillips.

Aunque Maggie era viuda y tenía una posición privilegiada en la soledad, no había ninguna duda de que la señora Hopkins, prima abuela de su difunto marido, le hacía de carabina. No era tan ingenua como para ver en ello un acto de caridad, que fuera sorda sin duda beneficiaba que Maggie pudiera decir o hacer prácticamente lo que le viniera en gana sin que su tía se diera cuenta.

—Muchas gracias, sea bienvenida. —Alzó la voz y Mary Rose se mostró agradecida

Violet desvió la mirada por encima de los invitados. Tanto el señor Stephens como la señora Swanson estaban de pie junto a la puerta, esperando las instrucciones de la señora. Se dirigió al mayordomo para indicarle como proceder.

—Señor Stephens, sea tan amable de ordenar que suban las maletas de los invitados a sus correspondientes habitaciones. Aunque hayamos tenido poco tiempo para prepararnos espero que estas sean de su agrado —les dijo a sus invitados, por supuesto le

lanzó una mirada a James que este interpretó como un reproche—. Si sienten la necesidad de que se enciendan las chimeneas, por favor no duden en pedirlo, aunque el tiempo este verano está siendo espléndido.

Miró a ambas damas y les sonrió.

—Señora Swanson, asegúrese de que Lily acompañe a las doncellas de las damas para que puedan dejarlo todo a su gusto. Y por favor, envíe té y pastas al salón azul.

—Por supuesto, señora.

Violet pudo ver la sonrisa del ama de llaves y como la miraba con absoluto orgullo. Eso significaba que lo había hecho bien, no había intentado apuñalar a James con un abrecartas, ni sacarle los ojos a su amante. De momento todo iba bien.

—Ahora, si me disculpan, yo iré a modificar los menús para estos… —miró a su marido que, a su vez, le clavó la mirada. Reinó el silencio durante unos incómodos segundos hasta que Violet dijo finalmente— su estancia.

La sonrisa triunfal de James hizo que sintiera la imperiosa necesidad de estirarle las mejillas hasta deformarla en una mueca de dolor.

Por supuesto, no lo hizo.

Carraspeó y se mantuvo firme.

—Es muy amable —le aseguró Edgard.

—Querido —se giró de nuevo hacia James y juntó ambas manos esperando que él volviera sus ojos de nuevo hacia ella—. Me gustaría hablar contigo.

Él permaneció erguido con las manos entrelazadas a la espalda y mirándola con la cabeza ladeada.

Menudo patán.

—Por supuesto —dijo cuando notó que la había puesto lo suficientemente nerviosa. Luego hizo una mueca. Aceptó con demasiada facilidad y tuvo que tragarse un suspiro.

Se avecinaba tormenta y no se refería a la que podría haberse formado fuera en un día tan espléndido como aquel. Sino una más peligrosa, en aquella casa, bajo su techo.

—Hablemos en la biblioteca.

—Por supuesto —le respondió—. Nos encantan las bibliotecas —susurró para que solo él la escuchara.

Si hubiera estado bebiendo de una copa, sin duda se habría atragantado.

Su mujer mantenía un vivo sentido del humor.

—Volveré enseguida. —Aseguró James a sus invitados.

—Pasen al saloncito azul, por favor señora Swanson, acompáñelos.

El ama de llaves se apresuró a obedecer y solo Maggie quedó rezagada.

—No tardes —escuchó que le susurraba a James.

Violet no se quedó para ver que le respondía. N no miró a Maggie ni un segundo más de lo necesario cuando vio que acariciaba el antebrazo de su esposo. Se guardó un resoplido para sí. Aunque tenía las manos cerradas en un puño se obligó a respirar lo más calmadamente posible.

Un verano, pensó.

¿Un maldito verano?

Tendría suerte si aguantaba un día sin tirarla por las escaleras.

Capítulo 27

Violet se desplazó como la dueña y señora de la casa que era y recorrió el pasillo hasta pararse frente a las puertas dobles de la biblioteca. Abrió una de sus hojas y sin esperar que su esposo la siguiera entró.

La estancia estaba algo oscura, pero se precipitó hacia las ventanas para descorrer las cortinas y dar luz a la estancia favorita de la casa.

—Vaya, todo está como lo recordaba.

Violet miró por encima del hombro y lo vio parado justo frente a las puertas. Mirando a izquierda y derecha con una expresión soñadora. Parecía en verdad que estaba recordando algunos buenos momentos vividos allí. Con esa expresión parecía una persona mucho más amable de lo que recordaba.

Chaqueó la lengua y corrió con ímpetu las últimas cortinas que le quedaban.

Ahora la biblioteca parecía otro lugar, mucho más luminoso y apacible.

—Siéntate —le dijo a su esposo cuando ella misma tomó asiento en uno de los sofás que presidía el centro de la estancia.

Él la ignoró, al menos en apariencia.

Después de cerrar las puertas se puso en movimiento, pero recorrió algunas estanterías con la mano. Al cabo de un minuto se volvió hacia su mujer.

—Mmmm. No recordaba que estuviera tan bien surtida —señaló una librería tras él.

—No sabría decirte cuanto tiempo llevas sin venir aquí, pero tu madre fue muy generosa a la hora de proporcionarme nuevos ejemplares y viejas joyas literarias.

James hizo un mohín.

—Ya veo.

Violet frunció el ceño.

¿Qué demonios veía ese patán?

—¿Sí?, ¿qué ves?

Iba a levantarse porque no soportaba que es estuviera por encima de ella, pero antes de tomar la decisión él avanzó hasta sentarse a su lado.

Violet tragó saliva.

El sofá era lo suficientemente ancho para que cupieran los dos, no obstante, la pierna de James estaba demasiado cerca de la suya y se vio forzada a apartar la mirada y volver la cabeza hacia el lado opuesto al notar que sus mejillas se estaban calentando.

—¿Tienes calor? —le preguntó él en un claro intento de ofenderla.

—Por supuesto que no, es solo… que es verano.

—Entonces tienes calor —Violet volvió su cabeza con rapidez y lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Qué quieres, James?

—Oh, ya no soy ¿querido?

Así que no iba a ser una conversación placentera, ni agradable. Había venido con ganas de guerra. Siendo militar, no supo por qué no lo había predicho.

—Puedo llamarte como te plazca, pero desde luego, querido no eres en esta casa.

Él se encogió de hombros.

—Y sin embargo sigue siendo mi casa.

Violet se levantó furiosa.

—¿A eso has venido? ¿A que no se me olvide que vivo en tu casa? —lo miró desde lo alto, de pie junto a él—. Déjame que yo te recuerde que por el testamento de tu madre, yo tengo derecho…

—Por favor —James alzó una mano como si quisiera que parara de hablar.

Abrió la boca indignada.

—¿Cómo te atreves? No me mandes callar.

—Lo hago por tu bien, para que no gastes saliva.

La indignación le puso la piel del color de la grana y ahora sí tuvo que ir junto a la ventana y abrirla para que la brisa le refrescara la piel.

—Eres tan mezquino e insoportable como siempre.

—¿Eso crees? —dijo acercándose por detrás—. Yo te veo muy diferente.

No se dejó engañar por el tono amistoso, James era un escorpión que iba a inyectarte su veneno cuando menos te lo esperabas.

—He cambiado, ¿acaso no lo hacemos todos?

—Has dicho que sigues siendo el mismo.

Guardó silencio.

—No quiero hablar de cosas que nos pondrán de mal humor —dijo Violet aún sin mirarle y observando los jardines que podían contemplarse desde ahí. Se llevó una mano a la mejilla y vio que seguía caliente—. ¿Hay algo que quieras decirme?

—Creo que sí.

—Tú dirás.

Se volvió hacia él cuando estuvo segura de que no iba a perder la compostura.

—¿En serio? —ella se rio, incrédula—. ¿Yo diré?

Él alzó una ceja, como si esperara un estallido de furia en cualquier momento. Este no llegó, pero pudo disfrutar del evidente enfado de su esposa.

—Bueno —empezó Violet—, pues empezaré diciendo que teníamos un acuerdo con tu abogado, ese que dejaste a cargo de todo para la lectura del testamento de tu madre.

De pronto pareció calmarse un poco y dio varios pasos hacia el sofá.

—Por cierto, lo lamento mucho.

James la miró con fijeza.

—¿Su perdida?

—Por supuesto, James —se volvió y toda lástima había sido substituida por una mirada dura—, por su pérdida.

—Bueno, siempre pensé que me considerabas un patán egoísta que había abandonado a su madre…

—Ya empezamos.

—No creo que empecemos nada, de hecho, nunca hemos mantenido una conversación que haya durado demasiado.

—Me preguntó por qué —dijo acusadora.

—¿Por qué crees?

—No sé, ¿por tus ganas de huir?

—¿Huir a la guerra? Sí —dijo burlón—, muchos lo llaman cumplir con su deber. Pero bueno, si mi esposa quiere decir que huyo como un cobarde, ¿quién soy yo para oponerme?

—Exacto. No eres nadie para decirme qué decir ni pensar.

Eso le molestó.

—Soy tu esposo.

—¡Ja!

Se alejó de él, pero no dejó de mirarlo con esos ojos verdes, grandes y acusadores.

—Dejemos de lanzarnos acusaciones que no nos llevaran a ningún lado —dijo Violet sentándose de nuevo en el sofá. Carraspeó para continuar—. Solo debo destacar…

—¿Por qué creo que ahora vendrá otro reproche?

Se dejó caer de nuevo a su lado, en el sofá.

Violet miró al frente.

Ese hombre estaba demasiado cerca y tenía la capacidad para sacarla de quicio.

—Tómatelo como quieras, un reproche o un acuerdo que acabas de romper.

—No sé de qué me estás hablando —y por su expresión, Violet juraría que no mentía.

—Como te he dicho, tu abogado acordó con el señor Corbet…

—¡El señor Corbet! —James juntó las manos dando una palmada—, casi me había olvidado de él.

Se burló con cierta rabia y Violet abrió los ojos sorprendida por esa actitud.

—¿Qué te ocurre ahora?

—Así que tu querido señor Corbet llegó a un acuerdo con mi abogado.

—No es mi querido señor Corbet, él…

James la ignoró y la interrumpió nuevamente.

—¿Y cual es ese sacrosanto mandato que yo he violado?

—No te burles de mí. Sabes perfectamente que llegamos al acuerdo de que yo viviría en esta casa y que tú… —Violet balbuceó cuando James se acomodó de nuevo en el sofá y ahora estaba mucho más cerca de ella con un brazo estirado sobre el respaldo, con los dedos casi rozando sus cabellos—, bueno, que yo…

—¿Sí?

—Yo viviría aquí.

—Eso ya lo has dicho.

Suspiró exasperada.

—Y que tú no me molestarías.

—Oh, ¿te estoy molestando? —se llevó una mano al corazón como si realmente sintiera su incomodidad—. No veo por qué. Solo he hecho una visita a mi esposa para saber si se encontraba bien o si necesitaba algo de mí. Soy un marido muy atento.

Violet volvió a levantarse del sofá como un resorte.

—Lo que eres es un patán que no para de burlarse de mí.

Antes de que se apartara, James la tomó de la muñeca y tiró de ella hasta que su cuerpo chocó contra el suyo.

—¡James!

Se quedó sin aire. Él estaba muy serio y ella podía ver las motas de color oscuro que tenía entre el azul de aquellos ojos tan sobrenaturales. Pensó que jamás volvería a verlos desde tan cerca. Pero ahí estaba otra vez, en brazos de su esposo, totalmente aturdida e incapaz de hilar un pensamiento coherente para pedirle que se marchara y la dejara tranquila.

—De verdad que me ha parecido buena idea venir a verte —dijo muy serio y en un tono que era apenas un susurro—. Lamento si se hubieron hecho promesas en mi nombre que mi viejo abogado no me ha comunicado aún a mi llegada. En mi defensa diré que no estuve mucho tiempo en Londres y que los pormenores del testamento me traían sin cuidado.

Violet tragó saliva. Era muy consciente del calor que irradiaba el cuerpo de James bajo el suyo, de la dureza de su torso donde tenía ambas manos apoyadas, y e la inclinación de su cuerpo que lo mantenía muy cerca del suyo al estar recostada sobre él, sentada sobre su muslo.

—Mi madre me explicó que pensaba dejarte vivir aquí el resto de tu vida. No me opuse. Sé cuento te quería —tragó saliva y sus ojos se movieron por el rostro de Violet y a ella se le cortó la respiración al sentir la mano de él soltando su muñeca para acariciarle la mejilla—. Agradezco lo que hiciste por ella y me parece un precio pequeño que puedas disfrutar de esta casa.

—Bueno… —se sonrojó y tuvo que alzar la cabeza para tomar aire—. Gracias.

Se apartó y por un momento pensó que él no se lo permitiría, pero al instante estuvo sentada cómodamente en el sillón. Cualquiera que abriera la puerta de la biblioteca, no se encontraría con ninguna escena indecorosa.

Puso ambas manos sobre sus rodillas y se dio cuenta de que le sudaban las palmas de las manos.

Después de que James se sentara dignamente a su lado, pasaron algunos segundos sin hablar, hasta que Violet rompió el silencio.

—Me alegra que quieras mantener el acuerdo que firmaron nuestros abogados.

—Puedes vivir en esta casa, Violet —la forma en la que pronunció su nombre hizo que ella tragara saliva y lo mirara con el corazón acelerado—, pero en ningún momento estuve de acuerdo con que se me prohibiera la entrada.

—Yo no he dicho esto.

Violet se envaró.

—Ya sabes a lo que me refiero —entrecerró los ojos y lo vio sonreír, disfrutando de su irritabilidad.

—Has venido para fastidiar.

—No, de verdad que no —se rio él.

—¿Y por eso vienes con tu amante?

Lo soltó a bocajarro y la risa de James se volvió mucho más estridente.

—¿Te refieres a Mary Rose?

Violet abrió los ojos ofendida.

—Vete al cuerno.

Era evidente que se estaba burlando de ella.

—Lo siento —acabó de reírse—. No he podido evitarlo.

—Eres mezquino.

—Y tú tienes la cola de paja —alargó el brazo y uno de sus dedos le colocó un mechón detrás de la oreja, acariciando sutilmente el cuello de cisne.

Enfadada por su broma y alterada por su caricia, se puso en pie.

—Tienes una risa perversa —le dijo alejándose de él—, tanto como tu corazón.

Él se levantó para ir tras ella.

—No seas así, Violet. Solo era una broma.

—¿Te parece una broma traer a tu amante bajo el mismo techo que tu esposa? ¿No ves lo humillante que es para mí?

Ahora sí se puso serio y tuvo la decencia de apartar la mirada.

—Maggie no es mi amante —dijo finalmente.

—No me importa si sigue siéndolo o no —volvió a mirarlo con la mano aún apoyada en la ventana y apretando la madera como si le fuera la vida en ello—. Pero lo fue, y todos los amigos que te acompañan, lo saben. Es una falta de respeto hacia mi persona. Y eso, se traduce en molestar.

—No es mi intención que te sientas así —Parecía sincero con sus palabras—, pero deberías entender que la relación que tenemos Edgard, Maggie y yo…

—No me lo vuelvas a explicar. No me interesa. Solo quiero vivir en paz y no será posible mientras estéis aquí.

Él apretó los labios. No estaba ofendido, simplemente contrariado porque podía entenderla, pero ella no hacía ningún esfuerzo para entenderlo a él.

—Como quieras, pero no me voy a ir antes de que comprobar unos asuntos.

Eso pareció interesarla.

—¿Qué asuntos?

—Lo cierto es que me he enterado de que el administrador ya no está con nosotros.

Violet entrecerró los ojos y lo encaró, exigiendo saber donde quería ir a parar.

—¿Y?

—Y por supuesto he venido para ver si…

—¿A eso has venido? —lo interrumpió— ¿A ver si la casa se hunde bajo mi administración?

James parpadeó.

—Pues… —pareció vacilar ante el ataque de su esposa. ¿Desde cuándo tenía tanto carácter? —A eso vengo, a ver qué puedo hacer…

—No puedes hacer nada. —O al menos, no podía hacer nada mejor que ella, estaba convencida de ello.

Su modo de rechazar su ayuda le molestó, sin duda. Y eso se reflejó en sus ojos, que de pronto se tornaron de un azul más oscuro.

—Te olvidas que, a efectos legales, es mi casa.

—¡Por Dios!

—Solo quiero…

Esta vez no lo interrumpió. ¿Qué iba a decirle?, ¿que solo quería ver los desastres que había hecho en la casa, lo mal que lo llevaba sin un hombre en su vida? Ya podía irse al infierno.

—¿Me escuchas?

—La verdad es que, aunque te oigo, no sé si te entiendo —dijo, acercándose un paso hacia él—. ¿Tienes que pasar todo un verano aquí con tu amante para cerciorarte de que tu propiedad —hizo hincapié en que la titularidad era suya—, siga funcionando a pesar de la mala cabeza y organización de tu esposa?

Él hizo una mueca que quería decir "más o menos". Pero Violet pensó que apreciaba su cabeza, pues no lo dijo.

—Quizás no me quede todo el verano, tengo amigos a los que visitar después de mi vuelta.

—Oh, qué bonito. Mi marido tiene amigos —se burló rabiosa —. Por supuesto, debes ir a visitarlos, no quisiera que te entretuvieras con tu esposa.

No se dejó pinchar por la lengua afilada de Violet.

—Quizás con un par de semanas sea suficiente.

Quiso gritar al cielo, pero como la dama que era, se conformó con alzar la barbilla y dar media vuelta para alejarse de él.

—Si me disculpas, ya que has traído invitados, haré mi papel de anfitriona e iré a ver si todo está del agrado de tus amigos.

A pesar del tono dulce, Violet cerró de un portazo y James se quedó solo en aquella impresionante biblioteca que olía a su esposa.

Miró a su alrededor y la lavanda seca se hallaba en todas partes.

Suspiró.

Quizás había sido una muy mala idea dejarse convencer y llegar hasta allí. Era tan hermosa y… tan vital, ¿siempre había sido así? No. Hubo un tiempo en que esa mujer con aspecto de cervatillo asustado le había tendido la más indigna de las trampas. Aun así, siempre se había mostrado una actitud culpable con lo que pasó. Ahora, era una dama, se había cansado de pedir disculpas y solo parecía querer vivir en paz.

Bien, él también quería vivir en paz.

Lo que no sabía es si podría hacerlo una vez después de haberla visto de nuevo.

Capítulo 28

Violet apretó su almohada contra la cara y se puso a gritar.

No lo hacía desde niña, pero hacía años que no se sentía tan frustrada.

Solo unos minutos más tarde se recompuso lo suficiente para acercarse al tocador del dormitorio y recoger su cabellera rebelde en un moño tirante. El corazón le palpitaba con fuerza y difícilmente podía dejar de pensar en el infierno que iba a vivir si su marido se quedaba allí, no solo con sus amigos, sino con su amante.

—Maggie Florence. —Hizo rechinar los dientes.

¿Era ella una puritana por censurar a una mujer que fue casada apenas a sus diecisiete años con un hombre que podía ser su abuelo?

Quizás.

Pero no era eso lo que le molestaba de esa mujer.

Y no, tampoco era el hecho de que fuera la amante de su esposo… Bueno, en realidad eso sí la fastidiaba un poco. Pero lo que más la enfurecía es que era precisamente esa mujer quien no había tenido compasión alguna de ella y la había convertido en el hazmerreír de media sociedad. Era Maggie y no otra quien había esparcido el rumor de que James la había abandonado la misma noche de bodas. ¿Cómo una mujer podía superar semejante vergüenza? Desde luego, no sabía cómo.

Maggie no perdió ni una sola oportunidad de hacerla sentir pequeña, de tirarle a la cara todos sus defectos. Si Jame son existiera, igualmente sería su enemiga. Oh, tal vez no, porque no podía pasar por alto que esa mujer la odiaba por haberse casado con el hombre que ella consideraba suyo.

Resopló llevándose las manos a la cara y apoyando los codos en el tocador.

Iba a ser un verano terriblemente largo.

Hizo una respiración profunda, y poco a poco exhaló calmando el latir desbocado de su corazón. Lo hizo una y otra vez hasta que pateó el suelo como una niña a la que no han dejado ir al baile. Aunque ella no era una niña, más bien una mujer adulta que se había visto arrastrada a ese baile por culpa de su marido.

—Como te odio, James.

Un ruido en la habitación contigua hizo que su cuello diera un latigazo en esa dirección.

Se le crispaban los nervios al escuchar a los sirvientes poner a punto la alcoba que ocuparía su esposo.

Como no, era la que se comunicaba con la suya. Las habitaciones principales que debían ocupar el señor y la señora de la casa.

Puede que los Phillips no fueran de alta cuna, pero sí eran muy adinerados y tenían amistades entre la nobleza y era tradicional en ella que los esposos durmieran separados.

Sin ir más lejos, Violet sabía que su primo Robert Belford, conde de Shepton se encontraba entre sus amistades, así como también el coronel Lyonel Knigth que había servido a su lado en España. Por supuesto era cuestión de tiempo que el mayor recibiera algún título, quizás ya lo había hecho. Puede que fuera baronesa y no lo supiera.

Miró de nuevo la puerta que separaba la habitación suya de la de su esposo.

—Dudo que el señor la ocupe solo —masculló.

Se levantó con la dignidad de una reina al pensar que en breve Maggie Florence podría estar ahí con James. Volvió a tomar la almohada que había dejado sobre la cama y en un rápido movimiento la apretó contra su cara.

El grito salió ahogado y rezó para que los lacayos no pensaran que había perdido la cordura, aunque poco le faltaba.

Tendría que ver a diario a James y a sus amigos. Aguantar los comentarios ofensivos que seguramente haría esa mujer y soportar la sonrisa tonta y bobalicona que le dedicaría a su amante. Y peor aún era el hecho de que por la noche, tendría a James solo a una

puerta de distancia. ¿Y sí la compartía con Maggie? No, no, no. ¿Y si, lo que era mucho peor, los escuchaba en sus arrumacos amorosos?

Violet se lanzó sobre la cama y se permitió el lujo de patalear.

No quería matar a nadie, pero en esas circunstancias, ¿acaso el homicidio no estaría justificado?

—Señora.

Violet se levantó de un salto cuando Lily llamó a la puerta y apenas la abrió sin mirar.

—Pasa.

—Es hora de vestirla para la cena.

Violet hizo un mohín.

—No pensaba hacerlo, Lily.

La muchacha le sonrió con profundo aprecio.

—Pero debe bajar a cenar y… —Lily llevaba un vestido espectacular en brazos.

Cuando lo vio las pupilas de Violet se agradaron.

—¡Lily!

—La señora Swanson y la señora Mills han pensado que este era el mejor vestido para lucir esta noche.

Violet se quedó con la boca abierta. Era un vestido hermoso que le había regalado Charlotte y que nunca usó porque fue al poco de ponerse enferma y jamás quiso a ir a ningún baile sin ella.

—Le hemos hecho unos ajustes y le haré un peinado digno de una reina.

Violet la miró con los ojos brillantes, no porque quisiera estar espectacular esa noche, sino porque veía en el rostro de la joven el cariño que le tenían los habitantes de esa casa.

—Está bien —se rio—, dejémoslos boquiabiertos.

***

Al entrar en el salón, James se quedó mirando a su esposa más tiempo del que debía.

No pudo evitarlo.

Violet era hermosa y con ese vestido de un verde encendido sus ojos no hacían más que brillar como dos faros. La hermosa cabellera pelirroja estaba suelta, solo recogida con algunos mechones en la coronilla, era informal pero elegante y él se sorprendió deseando deslizar sus dedos por esas hebras cobrizas. Parpadeó recordando que casi lo había hecho en la biblioteca. Le había apartado un mechón de la frente y solo el regreso a la cordura no hizo que hundiera sus manos en aquella masa espesa y tirara de ella hacia su boca y…

Carraspeó.

—Buenas noches —la miró mientras ella saludaba a todos y fue a compartir sofá con Rose Mary.

Por la expresión que le dedicó la tía de Maggie a Violet, se veía a la legua que su mujer le había caído en gracia.

Por su parte, Violet también parecía muy cómoda con ella. La saludó con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

James tragó saliva.

Las mejillas sonrosadas, los ojos despiertos y grandes, la generosidad de sus curvas y ese cabello tan brillante que uno no podía dejar de mirarlo, hicieron que quedara totalmente obnubilado.

Iba a acercarse, pero sus amigos y Maggie Florence, que estaban junto a la ventana lo llamaron.

—James, querido —fue la voz de Maggie quien lo sacó de su estupor. Pero no era él único que la había escuchado, Violet lo miró al ver que otra mujer lo había llamado con un apelativo cariñoso.

Tragó saliva algo molesto.

Debería hablar con Maggie esa misma noche y exigirle que no hiciera nada que perturbara a su esposa.

Se encaminó hacia el grupo mientras Violet volvía a una amena conversación con Mary Rose, pero antes de poder unirse a ellos, el señor Stephens entró para anunciar que la cena estaba servida.

Violet le dio las gracias y como la anfitriona que era los guio hasta el comedor.

La mesa estaba dispuesta para que ella tomara asiento en la cabecera de la misma, mientras James, como el señor de la casa, lo

hacía en el otro extremo. Todo estaba cuidado con esmero. La propia mesa era una obra de arte de un ebanista. Al ser pequeña no había demasiada distancia entre los comensales, de modo que todos podían participar en la conversación.

Y esta, no se hizo esperar.

James miró al frente, demorándose en los gestos de Violet, cada uno más elegante del anterior.

Parecía cómoda con sus amigos, sonreía y asentía animadamente ante los comentarios jocosos de Tomas. Por supuesto, Rose Mary intentaba seguir la conversación de Tomas y John que solían hablar siempre en un tono mucho más alto que la media. Edgard, que había sido el más reticente en ir hasta allí, había dejado de sentirse culpable por la incomodidad que pudiera sufrir su esposa de tenerlos a todos sin apenas avisar con el tiempo suficiente.

Notó una mirada intensa clavada sobre él. Era Maggie quien estaba sentada a su lado.

James miró a su esposa que pareció percatarse de su mirada directa.

¿Por qué demonios Violet la había sentado junto a él? Si estaba tan moleta de que hubiera traído a Maggie pensando que era su amante, ¿no debería haberla mantenido lo más lejos de él posible? Al parecer su esposa tenía una forma de pensar del todo imprevisible.

Maggie desvió la mirada hacia Violet y después de nuevo hasta él. Parecía visiblemente molesta por la atención que su esposa despertaba en él.

Ante el repentino ataque de celos de Maggie, James se limitó a alzar una ceja.

No tenía ningún derecho a mirarlo de ese modo.

Quizás debió poner fin a su amistad hacía mucho tiempo, pero apartó ese pensamiento de inmediato. Maggie era Maggie. Los presentes en esa mesa, habían sido de sus más queridos amigos, y uno no aparta simplemente a sus amigos de su vida.

Cuando Violet se dio cuenta de las miradas de Maggie, que también le lanzó una a ella divirtiéndose con su incomodidad,

carraspeó para decir algo.

—¿Tienen en mente ir a cazar, caballeros? —preguntó Violet.

—Oh, me encantaría, aunque mi fuerte es la pesca —dijo Tomas.

—No, tu fuerte es comerte las truchas y los ciervos. Lo de cazar y pescar… —se burló John, haciendo muecas divertidas—, no es lo tuyo. Te morirías de hambre —acabó por decir, despertando así las risas de los demás.

—Eres muy cruel —se burló su amigo.

Violet sonrió, al parecer era un grupo bien avenido y si no fuera por la presencia de Maggie Florence estaba segura de que se estaría divirtiendo sin ningún pudor.

—Me temo que no hay mucho que hacer por estos lares —dijo Maggie, suspirando.

—Eso no es del todo cierto.

—¿No? —Maggie clavó la mirada en Violet y preguntó— ¿De qué actividades disfruta usted aquí sola, sin nadie interesante con quien conversar?

La sonrisa de Violet estuvo a punto de morir en sus labios.

Edgard miró a Maggie con desaprobación y James también, pero esta actuó como si no se hubiera dado cuenta.

—Oh —Violet fingió recuperar el buen humor—. No sabe lo bien que una puede estar sola.

Aunque había sido una respuesta lanzada para callar la boca a la señora Hopkins, se dio cuenta enseguida de su error. Lo hizo cuando vio a su marido bajar la barbilla y sonreír con malicia.

—Aquí hay algunas actividades interesantes —dijo James, hablando para Maggie, pero mirando fijamente a Violet—, los jardines de mi propiedad son espléndidos. —Por supuesto que remarcó el posesivo, algo que no pasó inadvertido a nadie y mucho menos a su esposa.

La risa de Maggie hizo que el labio de Violet empezara a temblar, pero supo mantenerse en su sitio.

Le devolvió la mirada a James.

—Sí, mi jardín es una maravilla —afirmó, sin ningún rubor—. He plantado árboles exóticos que al parecer están creciendo bien,

quizás quieran verlos durante su estancia —le sonrió triunfal, dejando claro que esa era también su casa.

—No sabía que habías plantado un pequeño bosquecillo.

—Lo has visto al llegar ¿verdad? —se sintió muy satisfecha—. No creí necesario informarte, al fin y al cabo, no sabía que vendrías alguna vez para disfrutar de él.

James ahogó una carcajada. Vaya con su tímida esposa.

—Me he quedado sorprendido, muy gratamente.

—Me alegro —dijo Violet, mordaz.

—Tanto que quizás venga más a menudo para disfrutar de todas las mejoras que has hecho en mi casa.

—Puedes disfrutar de mi jardín cuando gustes.

Los amigos de James habían dejado de comer y miraban a sus anfitriones como si de un juego de mesa se tratara.

—Quien sabe —se burló James—, es tan bonito que quizás pida que me entierren en él.

Violet soltó una risita condescendiente.

—Todo se puede arreglar. Aunque si muero antes espero dejarte la finca todo lo bonita y ordenada que está ahora. —Con ese comentario a todos les quedó claro que Violet pensaba quedarse allí hasta su último aliento—. Avísame si después de eso quieres instalarte aquí. Mi intención siempre ha sido ser enterrada en Escocia, pero claro, morar por esta casa y visitarte por las noches es un aliciente para que mi tumba esté en mi precioso jardín.

Ante los sutiles carraspeos, y la cara de James, Edgard intentó cambiar de tema, pero antes de hablar lo interrumpieron.

—Sabes que puedes venir a visitarme por las noches siempre que quieras.

Violet se atragantó con el vino al ver la expresión de triunfo después de que su comentario la alterara tan visiblemente.

Edgard suspiró frotándose las manos en los pantalones y antes de que nadie dijera nada, se apresuró a preguntar.

—¿Es originaria de Escocia?

—Así es —Violet apartó la mirada de James para dedicársela a su vecino.

—Eso explica el color de su pelo —dijo Maggie.

Violet fingió no haber escuchado el burdo comentario y siguió hablando con Edgard.

—Soy de las Highlands, aunque pasábamos temporadas en Edimburgo.

—Una ciudad gris y apestosa —dijo Maggie, pero nadie le rio la gracia y que Edgard mirada a Violet con interés no hizo más que querer molestarla.

—Lo puede parecer —asintió Violet—, y llueve mucho, pero a veces es esa lluvia que cae contra la pizarra y la piedra gris que hace brillar el mundo de una forma increíble.

—¿Lo echa de menos?

—Echo de menos a mi familia —aseguró—, pero se marcharon a América. Me acostumbré a ser feliz sin ellos en Londres y también lo soy aquí.

—¿Sola? —preguntó Maggie— ¿No se deprime sin tener a nadie con quien hablar?

—Está el señor Stephens y la señora Swanson…

—¿Criados? —se burló Maggie Florence—. No me dirá que esa es buena compañía.

Violet no miró a los lacayos, ni al señor Stephens que estaban aguardando para rellenar sus copas y servirles el postre, pero desde luego los defendió.

—Son la mejor compañía —dejó la copa con más brusquedad de la necesaria—. De hecho, uno no sabe lo interesante que puede ser una persona hasta que tiene una conversación profunda con ella.

—¿Con el servicio? —insistió Maggie, incrédula.

Miró a James, pero este no apoyó su malevolencia. Maggie cada vez le irritaba más.

Cuando la mirada perforó a Maggie y su sonrisa fue de hielo, John y Tomas se miraron como si estuvieran a punto de observar un fenómeno natural. A Maggie no le gustaba que le llevaran la contraria y al parecer, la señora Phillips era muy consciente de que estaba en su casa.

—Verá, señora Hopkins —le dijo a Maggie muy seria—, no juzgo a las personas por sus orígenes. De hecho, hay algunos

miembros de la alta sociedad cuya conversación es tan banal y estúpida que me han dado ganas de lanzarme al Támesis.

La miró sin vergüenza alguna y Maggie ahogó una expresión.

—No entiendo que se desespere por la buena conversación de uno de los nuestros y prefiera hablar con el servicio. Francamente, me parece del todo inusual.

—Inusual es que la conversación de cierta clase social sea interesante.

De nuevo ahogó una exclamación y miró a los presentes en busca de ayuda.

—¿Cree que la conversación de su mayordomo es más interesante que la de… Edgard o su esposo, James?

—Podría ser —Violet no se ruborizó al decirlo, pero miró a Edgard con cortesía—, aunque me resulta muy placentero hablar con usted, señor.

Maggie no se mordió la lengua. Quería sangre e iba a conseguirla.

—Me temo que ha pasado demasiado tiempo con las personas equivocadas. Charlotte era una buena conversadora —Maggie no vio como James se tensaba visiblemente al pronunciar el nombre de su madre—, pero siempre se codeó con gente muy por debajo de su nivel social. Me consta que hasta se hizo amiga de su abogado —la miró con malicia y Violet le sostuvo la mirada— Supongo que le resulta tan placentera la conversación de su mayordomo como la de su abogado.

—¿Cómo dice? —el ceño de Violet se frunció y si hubiera mirado al otro lado de la mesa, también se hubiera dado cuenta de que a James le pasara lo mismo.

—Maggie —le advirtió este.

—¿Qué? —fulminó a James con la mirada por defender a su esposa—. Es cierto. —Los ojos de Maggie brillaron con malicia—. Me han dicho que disfruta mucho de la conversación con un tal David Corbet.

—Bueno, creo que ya es suficiente —le advirtió James dejando la copa sobre la mesa de malos modos.

—Oh, no pasa nada —Maggie lo ignoró centrada como estaba de atacar a Violet—. Se ve que tu esposa es alguien que disfruta de las conversaciones con gente que tiene oficio. Un abogado es un buen conversador, ¿no es así?

Violet la miró a ella y después a su marido.

—Si tanto le interesa, puedo hacer una afirmación rotunda al respecto.

James apretó los dientes y aunque aquella noche no había querido tomar el papel de anfitrión, hizo un gesto para que sirvieran el siguiente plato.

—Stephen, por favor.

El mayordomo se apresuró a obedecer.

Cuando Maggie quiso abrir la boca de nuevo, James le apretó la muñeca un segundo haciéndole una clara advertencia.

Molesta, tuvo que callar.

Poco a poco, con la ayuda de sus amigos la conversación fue poco a poco hacia aguas más tranquilas.

Ya antes de sacar el postre, Violet hizo un comentario sobre la cena.

—Lamentablemente quizás hoy la cena no haya estado a la altura de sus expectativas —dijo Violet—, hemos tenido poco tiempo para cerrar el menú, pero les aseguro que todo estará delicioso y que mañana habrá un mínimo de cinco platos.

—No se moleste, nos gusta la buena mesa como a cualquiera, pero entendemos que hemos sido un imprevisto —dijo amablemente Edgard.

—Sí, nos gusta el buen comer, pero más el buen beber —se animó a decir John alzando la copa—, y de eso estamos servidos. Edgard ha traído un par de cajas de su reserva para que las suyas no se vieran mermadas.

Lo cierto es que sí eran grandes bebedores, se dijo Violet, y también pensó que sospechaban que quizás la aburrida esposa de James, como la llamaba Maggie, no tendría suficiente despensa para sus necesidades.

—¿Le gusta beber? —preguntó Maggie a Violet, que la miró alzando su copa.

—Siempre que la ocasión lo requiera.

—No la creía una mujer de esas aficiones, siempre me pareció…

¿Sí, arpía? ¿Qué te parecí?

—¿No muy predispuesta para las celebraciones? —Violet ladeó la cabeza esperando una nueva puñalada.

—Algo así —se burló Maggie—, parecía tan cohibida en los salones londinenses.

—No es ningún secreto que me gustan los bailes como a cualquier otro entretenimiento, lo que no me gusta es la gente.

Dejó que el mensaje calara a su alrededor y se cubrió con un incómodo silencio. El señor Young carraspeó.

—A mí tampoco me gustan las aglomeraciones —dijo, mostrándole su apoyo.

Violet asintió.

—A eso me refería. Algunos bailes están tan atestados que una no puede ni respirar.

Al ver la simpatía que despertaba en los hombres, Maggie no pudo menos que añadir.

—Pero ahora que no hace de doncella de su suegra, ya no tendrá que asistir.

Un nuevo silencio incómodo se instauró en la mesa.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Mary Rose a Tomas, pero este negó con la cabeza, centrándose en su plato.

James miró a su esposa. Pensó que se ofendería, porque era un comentario hecho para ese fin, pero Violet no se inmutó y la admiró por ello.

—Mi esposa, no era la doncella de mi madre —la defendió—, pero fue una gran compañía, algo que le agradezco sobremanera. De no ser por ella se hubiera sentido muy sola con un hijo en el frente.

El cubierto de Violet cayó sobre el plato de porcelana.

Lo miró como si le hubieran salido dos cabezas. *¿Qué acaba de pasar?*, se preguntó. ¿En verdad, su marido la había defendido frente a su amante que claramente tenía la intención de ridiculizarla?

—Bueno… —sorprendida y molesta, Maggie intentó disimular soltando una risita estridente—. No ha sido un comentario mal intencionado, como siempre acudían juntas…

—Sé lo que ha querido decir, no se apure —le aseguró Violet.

Pero enseguida su mirada se desvió a la de su esposo que, asintió como si ella se mereciera esa defensa y mucho más.

Maldita sea, no estaba preparada para deberle nada.

Bebió un poco más de su copa de vino hasta que sus mejillas se sonrosaron y se aseguró a sí misma que su rubor se debía al alcohol y no a la mirada que el mayor James Phillip tenía sobre ella.

Agradeció que después de que James hubiera puesto en su sitio a su amante, esta había mantenido la boca cerrada respecto a comentarios del todo inapropiados. Ella se había dedicado a hablar animadamente con Edgard, quien estaba sentado a su lado, entre ella y Maggie.

Al contrario de lo que había pensado, la cena se hizo corta.

Los compañeros de James eran muy graciosos y ese buen humor aumentaba con la merma del vino en las botellas que tenían delante.

Mary Rose, sentada a su derecha, disfrutó mucho de lo platos y no dejó de agasajarla, algo que le valió un par de miradas de reproche de su sobrina política. Pero no importaba lo bien que se sintiera después de haber estado tan sola en esa casa, no debía olvidar que James la había abandonado y que la mujer que estaba a su lado era su amante. No debía olvidar que ella no era la vencedora de ese duelo. Ellos se marcharían y ella seguiría aquí con su anodina vida, sin más compañía que sus viejos libros y los rollitos de canela.

Bebió otro sorbo y se dispuso a olvidar lo diferente que se había imaginado su vida.

Capítulo 29

Avanzada la noche y después de la cena, Violet tuvo que reconocer que se lo había pasado mejor de lo que se hubiera podido imaginar. No obstante, cuando se levantó de la silla, fue muy consciente de cuanto había bebido.

Se juró que no estaba borracha, quizás el temblor de sus rodillas tuviera otra causa y lo pensó de veras cuando la mirada azul de su esposo se clavó en ella por el borde de la copa.

Carraspeó desviando la mirada.

—Si me disculpan —su voz sonó lánguida—, creo que es hora de retirarme.

En un sillón cercano, Mary Rose canturreaba con una copita de licor en la mano, con la que tenía libre movió los dedos a modo de despedida.

—Ha sido una velada encantadora —dijo John, y los demás lo secundaron.

Los hombres estaban tan animados que no parecían tener intención de retirarse temprano, seguían en la mesa donde acababan de terminar una partida de naipes.

—¿Ya nos deja? —la despreocupada pose de Maggie, con un brazo apoyado sobre el respaldo de su silla le daba un aspecto juvenil y desenfadado—. Quédese a jugar otra partida de cartas. Ha ganado dos, el señor Young quiere la revancha.

—No se preocupe —dijo el hombre con amabilidad—, podemos jugar en otra ocasión.

Violet le sonrió agradecida por su comprensión.

—Otra vez será. Buenas noches a todos.

No se esperó que James se levantara, no para despedirse con gentileza, sino para acompañarla. Pero lo hizo.

—Si me disculpáis, escoltaré a mi esposa a su habitación.

Las mejillas de Violet ardieron.

—¿Qué? No, yo… no es necesario.

—Insisto.

Edgard se esforzó por ocultar una sonrisa al ver el claro interés de su amigo por su esposa. Maggie lo fulminó con la mirada. Desde luego su amigo no estaba de su parte en lo que a esa relación se refería.

—Pero… —Violet intentó protestar pero fue inútil.

La mano de James se posó en su codo y empezó a andar hacia la puerta. Se inclinó sobre su oreja para susurrar.

—Solo para asegurarme que las piernas no te fallen al subir a la escalera. No desearía quedarme viudo tan joven.

Ella chasqueó la lengua y lo miró con sincera reprobación.

—No voy a caerme —dijo, apartando el brazo con un gesto que no pasó desapercibido para nadie. Pero al llegar a la puerta James la abrió y la hizo salir.

—Buenas noches —se despidió de sus invitados con un asentimiento y cerró tras de sí, pero no tuvo tiempo de encerrar a James con sus amigos.

Lo miró molesta, pero él se limitó a sonreírle.

—Si me permites —quiso esquivarle.

Pero él se mantuvo firme tomándola con delicadeza del brazo.

—Si me permites tú.

Violet parpadeó. ¿Se lo permitía?

No sé, no debería… Bueno ¿qué puede pasar? No estoy tan borracha para olvidarme de lo cruel que puede ser este hombre y de que su amante está bajo el mismo techo que nosotros.

No seas tonta Violet, no quiere nada contigo, él no piensa en ti de esa manera y tu deberías dejar de hacerlo. Seguro que solo quiere hacerte un comentario sobre cuanto se van a quedar, o alguna cosa relacionada con la casa.

O eso deseaba creer.

Al estar a solas en la penumbra del corredor, Violet negó con la cabeza.

—No, no es necesario.

Pero James insistió.

—Has bebido mucho.

Ella abrió la boca sorprendida por su comentario y se lo tomó como un insulto.

—¿Cómo te atreves? —Se dio la vuelta escandalizada y con tanto ímpetu que tropezó con sus propios pies y James tuvo que sostenerla.

Podría haberla agarrado del brazo, pero por qué hacer eso cuando podía envolverla en ellos.

Los labios de Violet se abrieron entre el asombro y la indignación, pero el semblante serio de James no dejaba lugar a dudas, se había perdido en aquellos ojos y estaba recordando como era tener a su esposa entre los brazos.

Una mano se abrió en su espalda mientras la otra agarraba su cintura.

—James… —susurró ella presa del mismo embrujo que él.

Los labios del mayor estaban sobre su frente y ella tuvo que alzar la barbilla para seguir mirándolo a los ojos. Notaba su aliento fresco a menta y limón del postre de la señora Swanson, pero también a vino dulce.

—¿Qué haces?

—Te he salvado de que cayeras de bruces.

Molesta, lo empujó sin demasiado impétu y él tuvo el buen tino de no enfadarla más y retirarse. Pero no se fue muy lejos, tan solo a un paso detrás de ella cuando le indicó cortésmente que empezara a subir la escalera.

—Puedo sola —sentenció mirándolo de reojo.

—Sí, creo que puedes hacer cualquier cosa sola —dijo, sin mucho ánimo James—. Es una suerte que nuestro matrimonio sea una farsa, me sentiría un hombre bastante inútil si mi esposa no me dejara hacer nada para ayudarla.

Ella se rio sin humor.

—Bueno, al parecer me estás ayudando mucho invadiendo mi casa y…

—Mi casa.

Entrecerró los ojos molesta y lo fulminó con esos ojos verdes nada más llegar a lo alto de la escalera.

—No vuelvas con eso, ya es bastante bochornoso que me lo recuerdes a cada rato delante de tus amigos.

—Creo que has empezado tú.

—Yo no estoy muy segura de ello —alzó el mentón y empezó a andar por el pasillo hacia el ala familiar. Por supuesto James fue detrás.

Antes de que ella pudiera abrir la puerta, él puso una mano sobre la madera para impedírselo. Se quedó a su espalda y Violet pudo sentir la respiración en su nuca.

No forcejeó, estaba segura de que es lo que quería, jugar con ella, atormentarla.

Lo notó cerca y volvió a agarrar el pomo de la puerta.

—Quiero retirarme —le dijo a James, pero su voz apenas fue un susurro.

—¿Sí?

Ella asintió.

Notó como él se acercaba a su cuerpo y este, traicionero, reaccionó emitiendo tanto calor que la dejó tan sorprendida como sofocada. Iba a insistir en retirarse, pero la voz de barítono se escuchó en el silencio del pasillo.

—No tenemos por qué llevarnos mal mientras esté aquí.

El dedo índice que James se elevó hasta que apartó su cabellera, despejando su nuca. Sintió como un escalofrío le recorría la columna. ¿Siempre había tenido ese poder sobre su cuerpo? Era muy probable que así fuera. Desde su noche de bodas la había hecho perder la cabeza y no había vuelto a ser la misma si de deseo se trataba.

Lo miró por encima del hombro.

—¿Qué haces?

Pero él se limitó a sonreír como única respuesta.

James parpadeó al fijarse por primera vez en sus preciosos pendientes de perlas, los reconoció como un regalo de su madre y la sonrisa se volvió triste.

Es una mujer extraordinaria, James, debes darte cuenta de ello.

Pero estaba tan enfadado, nunca le había dado una oportunidad a su esposa, aunque en verdad ella se había comportado como la mejor de las mujeres con su madre. ¿Y si se daban una oportunidad? ¿Podría comportarse con él de igual modo? ¿Podía confiar en ella y ser felices?

Violet no dijo nada ante la mirada escrutadora. Solo se concentraba en respirar, algo que interrumpió cuando James se apartó un poco y notó el frío en su espalda.

—Buenas noches —dijo Violet, pero no se movió, ni él siguió retirándose.

No era para menos, los ojos de Violet eran grandes y profundos y el deseo que sintió le hizo tragar saliva. Quizás algunas cosas podían cambiar… quizás pudieran…

El pánico la invadió al ver como la mirada de James se oscurecía.

Deseo.

Lo reconoció porque tampoco podía negar que ella misma lo sentía por todo su cuerpo.

Con un súbito sentimiento muy parecido al pánico, Violet giró el pomo de la puerta y se precipitó hacia el interior del dormitorio.

James fue a dar un paso, pero la puerta de la alcoba se había cerrado en sus narices.

Apretó los labios y apoyó la frente contra la madera.

Suspiró e hizo un mohín.

Sin decir nada más, aceptó su derrota y se retiró a la alcoba contigua.

Capítulo 30

Violet se dejó caer contra la puerta y de inmediato se llevó las manos a las mejillas.

—¿Qué demonios te pasa Violet?

Su corazón latía acelerado.

Se enfadó consigo misma. ¿Solo le bastaba una mirada de James para caer rendida en sus brazos? Al parecer, había estado a punto de cometer una locura inducida por la magia de sus ojos. Pero por fortuna había reaccionado a tiempo.

Dio unos pasos hacia la cama. Empezó por quitarse los zapatos, todavía con la mirada perdida. De pie frente al tocador, las horquillas de su pelo cayeron sobre la superficie reluciente. Se masajeó el cuero cabelludo y cerró los ojos al sentir el alivio de sus dedos presionando en los lugares correctos. Suspiró con deleite.

Se dio cuenta enseguida que quitarse el vestido sería mucho más complicado. El corsé le apretaba y al intentar deshacerse los lazos, la hazaña, le parecía imposible.

¿Por qué se había dejado persuadir por Lily? Era un vestido realmente hermoso, pero no era sencillo como los otros y no podía quitárselo sola. Bajó los brazos frustrada y se golpeó las caderas con las palmas de las manos.

Estaba acostumbrada a desvestirse sola y ahora no podía hacerlo, era tarde y no quería despertar a nadie para que la ayudara.

Se miró en el espejo.

—Tú puedes hacerlo Violet.

Decidida, se contorsionó, gruñó y resopló hasta que un mal movimiento hizo que se golpeara la cadera contra el poste de la cama.

—¡Ah! Maldita sea —espetó molesta.

Se dejó caer en los pies de la cama y al alzar la mirada la puerta que separaba la habitación de la de su marido estaba abierta.

—¿Te ayudo?

Violet fue incapaz de contestar enseguida, se quedó mirando a su esposo como si fuera una aparición.

Parpadeó varias veces y lo repasó con la mirada. Iba descalzo, con los ajustados pantalones que había llevado en la cena, pero había añadido al atuendo una bata de seda de color borgoña, aunque por supuesto, bajo esta no llevaba su camisa blanca, sino que su pecho estaba completamente desnudo. Por supuesto iba descalzo, pero eso no parecía molestarle, se mostraba tan seguro de sí mismo como siempre.

Tragó con dificultad.

—¿Qu… qué?

Él dio un paso y abandonó el marco de la puerta donde estaba apoyado para entrar en el dormitorio. Lo hizo despacio, como si ella fuera un cervatillo asustado y él un cazador que no quería ver huir a su presa.

Como si despertara de un sueño, Violet se levantó de la cama como un resorte.

—No te he dado permiso para entrar.

James se paró en seco, retrocedió un paso y levantó las manos. Todo ello con una sonrisa que dejaba ver cuanto se divertía.

—Está bien —dijo James con dulzura—. Si no quieres que te ayude… —alargó la palabra como para que recordara que ella sola no podría hacerlo—. Si quieres puedo despertar al servicio, aunque a estas horas sería una lástima, se levantan tan temprano…

Violet se mordió el labio, pero al ver brillar los ojos de su esposo frunció el ceño.

—Me estás manipulando.

Una carcajada hizo que se enfadara aún más.

—Un poco —confesó James—, pero es cierto, puedo despertar a tu doncella. Emy.

—Lily. Y no, no la despiertes —se acercó un paso y se dio la vuelta—, ven aquí y desátame los lazos.

Violet esperó con la vista pegada a la alfombra, frunció más profundamente el ceño al darse cuenta de que a su espalda, su esposo no se había movido.

Lo miró por encima del hombro y él se puso en movimiento cuando se dignó a mirarlo.

—De acuerdo.

Violet volvió a apartar la vista de él. Notó como se situaba tras ella, y aunque cerró los ojos sabía perfectamente que él estaba muy cerca. Irradiaba un calor agradable y su pulso se aceleró, es más, le costaba respirar.

Cuando el vestido se aflojó y cayó por sus hombros, ella lo sujetó contra el pecho.

—Deberías quitártelo para que pueda deshacerte el corsé.

Tragó con dificultad.

Se había olvidado del maldito corsé.

La voz a su espalda era cálida, como el aliento que él estaba lanzando contra su nuca.

Tragando saliva y decidiéndose por fin, Violet abrió las manos con las que sujetaba la prenda como la garra de un halcón. El vestido cayó al suelo, pero sus enaguas eran bastante largas como para cubrirla hasta las pantorrillas. No estaba mostrando ningún trozo de carne que pudiera considerarse indecoroso y aún así…

—Date prisa —lo apuró.

Cuando James empezó a desatar los lazos del corsé, el muy canalla se tomó su tiempo. Tirón a tirón fue sacando los cordones hasta que ella tuvo que repetir el mismo movimiento que había hecho con el vestido de apretárselo contra el pecho para que no se cayera al suelo.

Bajo el corsé llevaba una fina camisola y tragó saliva al sentirse tan expuesta como si estuviera desnuda, pero entre esa prenda y las medias, no había piel que mostrar. Estaba a salvo, ¿no?

Carraspeó.

—Gracias, ya es suf…

El cuerpo de James se pegó al suyo. Por la espalda, notó como las manos masculinas acariciaban sus hombros, desplazando la fina tela de la camisola, haciéndola estremecer.

Sin verlo venir, James agarró el corsé que ella agarraba contra su pecho y lo lanzó al suelo.

—James —se quejó con un gemido entrecortado.

Parpadeó confusa cuando él no siguió avanzando.

Estaban los dos allí de pie en medio de la habitación, solo sintiendo la presencia del otro, respirando el mismo aire.

Notó el aliento de James en su cuello cuando ladeó la cabeza. Pero había algo más, un dedo acarició la sensible piel de su nuca y al notar como un escalofrío le subía por la columna vertebral, Violet tiró la cabeza hacia atrás con un gemido que ni siquiera ella reconocía como suyo.

—¿Necesitas algo más, esposa? —Su voz era cálida y se derramó como miel sobre ella.

Violet se abrazó a sí misma y al notar ese movimiento James la envolvió entre sus brazos.

—Yo…

Le dio la vuelta para que lo mirara a los ojos y se tomó la libertad de acariciar el escote de la camisola, recorriendo con el mismo dedo que le había acariciado la nuca, la piel suave que asomaba por ella.

Acarició el hombro derecho y después se abrió camino por la curvatura perfecta de sus pechos. Sin el corsé estos eran visiblemente más grandes y redondos, no tan elevados, pero exquisitos.

Se le secó la boca y tuvo que lamerse los labios, un gesto que a Violet no le pasó desapercibido. Recordó a qué sabían los labios de su esposo. Nuca insípidos y siempre con ese toque a pecado y placeres inimaginables.

Mirandola a los ojos y viendo que ella no oponía resistencia, James avanzó un poco más en aquella carrera de seducción. La mano acarició uno de sus pechos sobre la fina tela y la sensación fue tan placentera que ella jadeó y alzó la mirada para encontrarse con el calor de la suya.

James le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí.

Quería que notara el calor de su cuerpo, su dureza, que sintiera cuanto la deseaba.

No, no habían empezado bien su matrimonio, pero, ¿quién decía que no podían terminarlo de una forma más amistosa?

—James —las manos de Violet se posaron sobre su pecho, no sabía si para apartarlo, pero eso no fue posible cuando él la besó. Los dedos de ella se cerraron entrono a la bata para retenerlo.

Abrió la boca al mínimo roce de los labios de su esposo.

Era una traidora a sí misma, pero en la penumbra de la habitación, le importaba francamente poco. Su mente no pensaba en todo lo malo de esa unión, sino en lo bueno de sentirse por fin acompañada. La soledad podía volverla a una loca cuando se tenía demasiado tiempo para pensar.

El placer era demasiado intenso como para ignorarlo. Había estado tan sola.

La lengua de James asaltó su boca, y la de ella le salió a su encuentro.

Gimió de nuevo, abrazándolo con fuerza y él la levantó sin que ella opusiera resistencia.

No la tumbó en la cama, sino que la acomodó sobre el tocador, haciendo que ella abriera las piernas para que pudiera rodearle la cintura y meterse mejor entre ellas.

—Oh —James gimió y respiró agitadamente cuando su boca liberó los labios de Violet—. Diría que había olvidado tu sabor, pero no lo he hecho, sabes a dulzura.

Ella jadeó cuando la boca d James se desplazó por la mejilla hacia la barbilla y el cuello.

Echó la cabeza hacia atrás y gimió su nombre.

Las manos de James tomaron las cintas de la camisola, la única prenda que los separaba y la abrieron lo suficiente como para que esta se deslizara sobre sus pechos y quedara suelta sobre su cintura.

—Oh, Señor… —Gimió, tomándolos con ambas manos y sopesando aquella exquisitez.

Los ojos de Violet brillaron al ver como la boca de su esposo se precipitaba contra su carne tersa.

Soltó un pequeño grito cuando él chupó uno de sus pezones. Tomó la cabeza entre sus manos y lo acunó contra su pecho. En parte para disfrutar de aquel placer, pero sobre todo para que no se apartara.

Ya no podía pensar en nada, solo sentir todo ese fuego recorrerla por entero. Maldito fuera, lo había echado de menos…

—James…

Cuando finalmente la soltó, Violet estaba al borde del orgasmo. Le costó enfocar la mirada y apenas vio venir la boca de James volar hacia la de ella. La tomó con fruición. Lamió, chupó y mordió, volviéndola loca.

Se acomodó más entre sus piernas haciendo que ella se abriera por completo para él. Cuando buscó con su mano bajo la camisola aún enredada en su cintura, la notó húmeda, preparada para su invasión.

Se apresuró a desatarse el pantalón y con la boca abierta jadeó contra su mejilla al tiempo que oyó la voz de una mujer. Frunció el ceño desconcertado, aún entre las brumas del placer.

—¡Señora! He venido a ayudarla con el vestido.

Violet parecía haber vuelto a la realidad de la forma más abrupta posible. Sus ojos se abrieron de golpe y James sintió como le clavaba las uñas en los hombros.

—Un momento.

James la obligó a mirarle, agarrándola por la barbilla.

—No, no —susurró consumiéndose en su propio deseo—, dile que se vaya.

Y en verdad estuvo tentada, pero…

—Pero… yo…

—Por Dios, Violet —gruñó entre dientes, con cierta desesperación—. Haz que se vaya.

Volvió a besarla.

Ella gimió perdiendo el mundo de vista hasta que la siguiente voz que oyó fue la de Lily.

—La señora Hopkins se ha retirado y al ver que su doncella iba a atenderla, me he dado cuenta de que quizás necesite ayuda con ese vestido.

Por supuesto, la señora Hopkins.

Maggie Florence.

La amante de su marido.

¿Cómo había podido olvidarlo?

Estiró el cuello hacia atrás y James pudo notar como algo se había roto.

—No, no, por favor —pero la voz suplicante de James no la conmovió.

Lo empujó y lo miró como si todo el calor de su cuerpo la hubiera abandonado.

—¿Qué? —preguntó él con la boca seca.

James la miró suplicante. Lo deseaba, estaba convencido de ello. ¿Por qué lo rechazaba?

—Ya me he desvestido sola, Lily, puedes irte.

Hubo unos segundos de silencio en los cuales la doncella pareció dudar, pero finalmente asintió tras la puerta.

—Está bien, señora —le dijo con una voz bastante animada—, buenas noches.

Era evidente que Lily había sacado sus propias conclusiones.

Al escuchar los pasos de la joven alejarse del dormitorio, Violet empujó a su esposo con renovadas fuerzas. Se compuso la camisola y se plantó frente a él.

James avanzó un paso, pero Violet esquivó su abrazo.

—¿Qué ocurre?

Ella se ató la camisola con la dignidad de una reina.

—Deberías irte.

Su esposo abrió la boca para protestar, la miró fijamente y volvió a animarse a hablar.

—Pero… me deseas —dijo finalmente.

Furiosa consigo misma dio un paso hacia atrás y lo miró como si fuera el peor diablo del infierno.

—Ni hablar.

Él enarcó una ceja.

—¿Ni hablar de qué?

Ella negó con la cabeza de forma enérgica y lo empujó hasta que atravesó la puerta hacia su propia alcoba.

—¿Violet?

—Esta puerta, milord —la señaló furiosa con el dedo índice—, permanecerá cerrada con llave —y por si no había quedado claro, añadió—, permanentemente.

James fue a abrir la boca y Violet alzó la barbilla y levantó una mano para detenerle.

Se sentía frustrado.

—No lo entiendo.

¿Por qué lo rechazaba? Lo deseaba, eso era más que evidente. ¿Por qué no quería tomar lo que le ofrecía su marido? Quizás podrían tener una oportunidad, ¿no es lo que quería? Era ella quien le había arrastrado a un matrimonio con ardides dignos de una arpía. Debería estar contenta porque él la deseara y se planteara… ¿qué se planteaba?

—Violet, haz el favor.

Era indignante que lo rechazara de aquella manera cuando él hacía querido concederle la gracia de su perdón.

Por suerte, Violet no podía escuchar los pensamientos de su esposo o de lo contrario habría intentado con más o menos éxito, abrirle la cabeza.

Antes de que James pudiera añadir algo, Violet lo empujó hasta hacerlo retroceder. Pensó que ella le diría unas últimas palabras cuando lo miró a los ojos, pero la puerta se precipitó contra su cara, y por una pulgada no destrozó su recta nariz.

Capítulo 31

Los días no pasaban en incómodo silencio tal y como pensó James después de que Violet lo echara de su recamara de forma tan abrupta. La verdad es que habían organizado algunos paseos por la finca, picnics y una pequeña excursión a la abadía derruida, no muy lejos de allí. Era el lugar favorito de su esposa para salir a cabalgar, y precisamente esa mañana James había aprovechado esa salida para echar un vistazo a la contabilidad.

No es que se sintiera el amo y señor del lugar, tal y como le había echado en cara Violet en diversas ocasiones, lo cierto es que se preocupaba por la propiedad, tal vez porque había sido la favorita de su madre o quizás… porque Violet vivía allí y no quería que se viera en la situación de necesitar algo. Era tan cabezota que probablemente no se lo diría.

Sabía que el señor Garret, el antiguo administrador, era un hombre mayor y que probablemente se retiraría pronto, pero no que lo hubiera hecho ya, por lo que aquellas palabras del ama de llaves lo inquietaron bastante.

—¿Está usted segura, señora Swanson? —James alzó la mirada del libro de cuentas que estaba sobre el escritorio de la biblioteca y miró a la mujer con el ceño ligeramente fruncido.

El ama de llaves le sirvió una taza de té caliente y se la tendió.

—¿Me pregunta si estoy segura de que el señor Garret se ha retirado? —La señora Swanson asintió—. Por supuesto.

No dijo que estaba extrañada de que no lo supiera antes de llegar, pues había creído que el antiguo administrador se lo habría comunicado, aunque claro la señora de la casa era Violet y quizás decidió que no era necesario molestarle. Puso cara de circunstancias, pues entendía que era un matrimonio un tanto especial. Quizás Violet no le informara de nada.

—De hecho, el señor Garret, ya no vive por aquí. Su salud empeoró y su mujer lo obligó a trasladarse al sur, creo que se compraron una casita junto a Leeds, pero no estoy muy segura. Solo sé que vinieron a despedirse de la señora.

—De la señora… —gruñó James, como si eso fuera una especie de sacrilegio.

—Sí, como debe ser —parpadeó la señora Swanson—. El hombre le dio algunas recomendaciones a la señora Phillips, pero también afirmó que mientras ella estuviera al cargo de la finca, difícilmente necesitarían un nuevo administrador.

Eso sí que pareció sorprender al mayor.

Extendió ambas manos sobre el libro de cuentas y sin mover el cuello, subió los ojos hasta el rostro rubicundo de la señora Swanson.

—¿Me está queriendo decir que es mi esposa quien se encarga personalmente de la finca?

—Oh sí —dijo la mujer, con entusiasmo—. Es muy buena con los números y, por si fuera poco, también lo es con los caballos.

—¿Caballos?

—Le encantan los animales, aunque ella dice que jamás le gustarán tanto como a su hermana Sophie. Lástima que la señorita y los padres de mi señora vivan tan lejos, en América.

—Sé donde están mis suegros y mi cuñada.

Aunque admitiría que, por supuesto, no lo sabía de boca de Violet.

—No quería insinuar lo contrario, señor —respondió, con sorpresa.

James hizo un gesto con la mano. No debería trasladar al servicio su mala relación con Violet.

—No me lo tenga en cuenta, no estoy de muy buen humor, señora Swanson.

Y lo cierto es que se sentía un mal hombre, porque le enfurecía que su esposa fuera tan buena en cosas que a una mujer no se le deberían dar bien.

Gruñó.

Sería mejor que no revelara sus pensamientos en voz alta si no quería que Violet lo mirara de forma más glacial a como lo hacía en estos últimos días.

—¿Hace mucho que se marcharon? —preguntó, apenas elevando la voz, sin querer dar a entender que sentía curiosidad por los Belford de América.

—¿Sus suegros? Años —afirmó la señora Swanson—. Su madre vivía, y un día recibieron una carta de un familiar de la señora Belford, el padre de mi señora aceptó el ofrecimiento de trabajar en la industria naviera, o eso creo —Swanson pareció dudar—. Pero nos llegan muchas cartas, están siempre en contacto y como buena hija, la señora Phillips los echa mucho de menos.

A veces, pensó James, era bueno que la señora Swanson fuera tan parlanchina, otras…, no tanto.

—Sí, supongo que los echa de menos —miró de nuevo el libro de cuentas—. Y sobre esto… Deberíamos contratar un administrador.

—¿Un administrador? —la voz de Violet llegó desde la puerta entreabierta.

James alzó la vista y la vio fruncir el ceño, escudriñando su rostro como si esperara encontrar a un dragón en vez de a su marido.

Parpadeó y tardó en reaccionar a la visión que proyectaba. ¿Por qué tenía que ser tan hermosa?

Tenía las mejillas sonrosadas por el ejercicio y por haber pasado la mañana montando a caballo. Llevaba un austero traje manchado de barro en la parte inferior y alguna que otra mancha de hierba, como si se hubiera tirado sobre esta y hubiera rodado. Alzó las cejas imaginándose la estampa.

La visión de Violet jugando como una niña en medio del prado hizo que tragara saliva.

Carraspeó para aclararse la voz.

—Buenos días, querida.

El apodo de querida hizo que Violet rechinara los dientes, pero no podía ponerse como un basilisco delante del ama de llaves.

Entró con paso firme en la biblioteca y contuvo un mohín de disgusto al verlo sentado tras su escritorio. Se quitó los guantes de

montar mientras saludaba con la cabeza al ama de llaves.

—Señora Swanson, podría traerme también una taza de té, mientras le explico a mi ausente marido el funcionamiento de la finca.

El ama de llaves iba a responder con entusiasmo, pero su sonrisa murió antes de que fuera tan familiarmente amplia. La palabra ausente, no era más que un reproche y todos se dieron cuenta.

James chasqueó la lengua.

—Por supuesto —se apresuró a pasar por su lado y se escuchó el leve frufrú de las faldas cuando cerró la puerta y los dejó solos.

—Vaya —dijo James reclinándose contra el respaldo de la silla —. Así, que tengo una esposa administradora.

Violet elevó con elegancia la ceja izquierda.

—En cambio yo tengo un marido olvidadizo.

Él parpadeó como si no supiera a qué venía eso.

—¿Qué quieres decir exactamente?

Violet se lo explicó de inmediato.

—Verás, te suelo poner al día de los asuntos de la finca y de otras circunstancias que considero que son importantes.

—¿En serio? —quien elevó la ceja esta vez fue él.

—Seguramente te habrás encontrado una gran cantidad de correspondencia en la casa de Londres…

—Que supongo, es donde envías toda esa información.

—Por supuesto —la falsa sonrisa de Violet era cegadora—. Te la haría llegar a España, pero ya dejaste muy claro que no tenías ninguna intención de responderme, ni de perder el tiempo con mis cartas. Por lo que deduje que era mejor enviártelas a tu casa en Londres, siempre a través de tu abogado, por si un día cambiabas de opinión pudieras saber cómo iba todo por aquí.

—Ya veo que bien.

Violet se encogió de hombros.

—Sí, querido y parece que te molesta —lo dijo de una forma tan falsamente acogedora que James soltó un leve gruñido—. Como habrás comprobado, está todo bajo control —señaló el libro forrado

de cuero que James tenía entre las manos—, no eres necesario en esta casa.

Al mayor Phillips no le pasó por alto como había mencionado "tu" casa en Londres, y lo poco que era necesaria su presencia en esa casa, refiriéndose a Nottingham.

—No creo yo que sea tan innecesario.

La expresión de su esposa con el mentón alzado daba a entender lo molesta que estaba al pensar que se estaban entrometiendo en sus asuntos.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber de inmediato.

James suspiró como si tuviera todo el tiempo del mundo para pelearse con su esposa, de hecho, lo agradecería. Desde el episodio en su alcoba Violet no rehuía las reuniones sociales con sus invitados, pero sí que aparecía justo a la hora de las comidas y se retiraba temprano cuando no había ninguna actividad programada. Sobra decir que le dirigía más bien pocas palabras y sí muchos monosílabos como sí y no. Pero mayoritariamente no.

—No estoy muy seguro, solo acabo de empezar a revisar todo esto —dijo James—. Y ya que estoy aquí…

Ella se acercó hasta poner ambas manos sobre el escritorio.

—Ya que estoy aquí, ¿qué? —quiso saber, aunque se temía la respuesta y esta no iba a gustarle nada en absoluto.

—Voy a darme un tirón de orejas por ser tan negligente —dijo pasando las páginas del libro de cuentas mirando, pero sin mirar—. Voy a ver que todo esté en orden…

—Lo está.

—… y a buscar un nuevo administrador.

—Yo administro mi finca.

Sin mover la cabeza, James alzó la mirada.

—¿Tu finca?

Ella gruño y se apartó de la mesa.

—¿Vas a castigarme por no querer acostarme contigo?

Fue el turno de James de levantarse y acercarse a ella.

—¿Crees que eso hago?

—No me cabe la menor duda —aseguró, al tiempo que se daba la vuelta y lo encaraba—. Está claro que solo quieres

molestarme, buscando errores donde no los hay. No he sido negligente con mis obligaciones…

—Yo no he dicho eso —se ofendió James.

—… no como otro. He procurado ser justa con nuestros arrendatarios y ayudarlos en lo posible cuando lo han necesitado. No me vengas con tu aire de padre supervisor, porque no tengo por qué aguantarlo.

Los dos estaban muy serios… y muy juntos.

Cuando James vio tan de cerca los ojos de su esposa y el olor a hierba recién cortada y lavanda invadiéndole las fosas nasales, cubrió la distancia que los separaba, pero ella se apartó.

James apretó los labios, pero cambió de estrategia, se mostró más relajado, apoyándose contra el escritorio y mirando a Violet con los brazos cruzados.

—¿No te parece lógico que quiera saber en qué se gasta el dinero mi mujercita? —preguntó, con un tono dulce que hizo que a Violet se le descolgara la mandíbula.

¿Mujercita? ¿Eso había dicho, el muy imbécil?

Al recuperarse, sus ojos habían tomado un brillo destinado a fulminar al mayor Phillips con la mirada.

—Por supuesto —dijo, acercándose de nuevo a él—. Adelante maridito, juega a las casitas mientras estés aquí. Que espero, sea poco tiempo.

Apretó las manos contra su falda y se dio la vuelta, dando por zanjada aquella conversación.

Había olvidado lo desagradable que podía ser el mayor James cuando se lo proponía.

Estaba a punto de marcharse cuando sintió que alguien la tomaba por la cintura y la hacía girar. La espalda de Violet chocó contra la puerta y se quedó petrificada y con la boca abierta al ver que su esposo estaba sobre ella. Tan cerca, que podía ver cada mota de color azul medianoche en esos ojos tan endiabladamente bellos.

—¿Qué…?

—Sssh —le chistó James.

Pasó un segundo.

Dos.

Él retiró las manos de su cintura y las puso contra la puerta, encerrando la hermosa cabeza de su esposa entre ambas.

—Mi querida, Violet. Creo que tenemos una conversación pendiente ahora que he vuelto a Inglaterra. —*Ahora que te he vuelto a ver y me he dado cuenta de que, la niña malcriada, egoísta y manipuladora, está lejos de la mujer endiabladamente madura y hermosa que tengo delante*. Obviamente estos últimos pensamientos quedaron en silencio.

—¿Qué conversación?

Violet se sobresaltó.

Los ojos casi se le salen de las órbitas.

—La de cómo vamos a vivir a partir de ahora.

Intentó salir de la cárcel que eran sus brazos, pero James le cortó el paso, hasta tres veces.

—Creo que quedó muy claro y por escrito como vamos a vivir.

—No tengo mucho recuerdo de ello —le sonrió, taimado.

Violet apretó los dientes. ¿Estaba jugando con ella?

—Yo sí, y no me hagas recordártelo.

La furia en su mirada lo divirtió.

—Oh, Violet, me encantaría que lo hicieras. Recuérdamelo, y puede que yo te recuerde otras cosas.

Lo miró sin comprender.

—¿Cómo qué?

—Como esto.

La besó, recordando lo bien que sabía y cuanto había echado de menos sus labios. Pero esta vez, Violet no se dejó dominar por la pasión. Lo empujó con todas sus fuerzas, apartándose de él.

—No vuelvas a hacer eso, y menos cuando tienes a tu amante bajo mi techo.

James la miró sorprendido cuando ella abrió la puerta de la biblioteca sin miramientos y salió decidida.

—¡No es mi amante! —El grito de James podría haberse hecho sentir por toda la casa—. No sé cuántas veces tengo que decírtelo.

La señora Swanson hizo equilibrios con la bandeja de té cuando se vio en medio de aquel tumulto. Logro dominarse justo a

tiempo cuando Violet pasó por su lado como una exhalación y antes de que el mayor James, furioso con su mujer, cerrara de un portazo.

—Oh, Jesús —el ama de llaves se quedó temblando hasta que el señor Edgard Hawke que había contemplado la escena la miró comprensivo.

—Vaya a la cocina, señora Swanson, yo me ocuparé del señor.

La mujer balbuceó un gracias y desapareció, tal y como él le había pedido.

Capítulo 32

—¿Puedo entrar sin que me lances un libro a la cabeza?

Edgard asomó su cabellera rubia por la puerta entreabierta y James resopló nada más verle de tan buen humor.

—Menudo espectáculo le habéis dado a la señora Swanson.

—¿A la señora Swanson? —preguntó extrañado, sentándose en uno de los dos butacones de la biblioteca.

Al parecer su expresión debía de ser muy cómica pues su amigo no pudo contener una carcajada.

—La pobre os traía una taza de té cuando Violet ha salido hecha una fiera y tú le has gritado que no era tu amante.

James se frotó la cara con ambas manos.

—Esa mujer me saca de quicio.

—¿Sí? No me había dado cuenta —se burló Edgard.

—Sigue riéndote de mí —lo animó frunciendo el ceño.

—No es lo que hago —le aseguró su amigo sin perder la sonrisa—, de hecho, he venido para algo muy distinto.

—¿Cómo qué?

—Quizás para darte un consejo.

Cerró los ojos y respiró hondo para calmarse.

Edgard no tardó en compadecerse de él. Como siempre que sacaba su mal genio, solo necesitaba un amigo con quien desahogarse. Tomó el asiento a su lado y se relajó en aquel sillón orejero.

Esperó a que James volviera a centrarse en la conversación.

—¿No quieres mi consejo?

—Guárdatelo.

—Si me lo guardo seguirás haciendo el tonto y de verdad que me duele el corazón al ver todo el teatro que tenéis montado —Se inclinó hacia a James, llevándose una mano al pecho—. En serio, ni en el *Royal Drury Lane* he visto semejantes interpretaciones.

James chasqueó la lengua.

Por un instante Edgard pensó que su amigo no le respondería o que seguiría fingiendo que todo estaba bien.

—Cada uno hace el papel que le ha tocado hacer en esta función.

La mueca de disgusto hizo ver a James que había decepcionado a su amigo.

—¿No quieres acabar con esto? —preguntó Edgard.

Lo miró alzando una ceja, con la esperanza por primera vez en mucho tiempo de que siguiera uno de sus consejos.

—Por supuesto —lo miró como si hubiera perdido el juicio—. ¿Y cómo lo hacemos? ¿Tienes el poder de volver atrás en el tiempo?

Edgard alzó una ceja.

—¿Y eso de que serviría?

—Pues serviría para no estar casado con esa mujer.

Mantuvo su mirada en James y al ver que no tenía intención de decir nada más, él tomó la iniciativa.

—De verdad pienso que crees que estás hablando con una persona que no te conoce. A cualquiera podrías decirle eso mismo y te creería, pero yo sé en el fondo lo mucho que te gusta tu esposa.

—¿Debes ser el único que piensa so?

—¿El único que ve la verdad? —siguió en sus treces—. Es muy posible, y por eso te aconsejo que dejes de hacer el estúpido y pongáis fin a esto. —Por un momento pensó que James se marcharía indignado, pero no lo hizo y eso lo animó a seguir—. Tu madre no está, James. Violet es la única persona que puede comprender lo que sufres con su partida.

—Ella cree que la abandoné. Que dejé a mi madre para irme a la guerra como si huyera de algo.

—No sabe de tus deseos, anhelos, sueños… Aunque estoy seguro de que Charlotte se los explicó. Quizás te entienda mejor de lo que crees.

—Es mujer no escucha, es una cabezota y… —apretó los labios y se negó a continuar.

—Está furiosa contigo porque te marchaste nada más casaros, porque le prohibiste escribirte, porque… cree que Maggie es tu amante, que sigue siendo tu amante —se rectificó.

James lo miró como si no pudiera creer que sacara el tema.

—¿Qué? Fingimos que no lo fuiste en su día.

—Oh, cállate.

—No —se rio Edgard—, mejor no nos callemos. Habla con Violet, de Maggie, de tu vida, de tu madre… tenéis mucho que contaros. Quizás cuando lo hayáis aclarado todo tengáis la oportunidad de empezar de nuevo.

Mirándolo de reojo se resistía a darle la razón a su amigo, pero, ¿qué tal si todo se solucionaba con una conversación?

—No lo sé —dudó James—. Hablarle de Maggie solo empeoraría las cosas. Se odian.

—Lo he visto —resopló Edgard.

—De todas formas, no me creería.

—No lo sabrás si no lo intentas.

Reclinándose aún más contra el respaldo de la butaca, James lo miró con interés.

—¿Por qué le das tanta importancia a mi bienestar? No solo a eso, sino que se las das a lo que piense mi esposa.

—¿Porque es tu esposa y tú mi amigo?

James gruñó.

Edgard suspiró y no pudo evitar sonreír, como lo haría un padre con un niño imposible.

—De verdad que no entiendo tu actitud. Deberías reconciliarte con ella.

James alzó una ceja.

—No me digas.

—Sí, así dejarías de suspirar por los rincones.

—Yo no suspiro.

—Sí, lo haces —dijo sin molestarse ni un poco—. Si no querías que lo viera, deberías haber rechazado la idea de venir a molestar a tu esposa.

—Yo no…

—Oh, ya lo creo que sí —se mofó Edgard, quien parecía realmente divertido—. Desde que has llegado tu humor por lo general sombrío se ha vuelto bastante… ¿ácido? —Hizo una mueca

—. Te encanta sacarla de quicio. La miras cuando ella conversa con otra gente, y la miras realmente embobado.

James se removió en la silla y resopló, incapaz de aceptar que eso fuera cierto.

—No es así.

—Ya lo que creo que sí —siguió Edgard—. Crees que no sé que coges prestado un caballo cada mañana para ir tras ella, pero debe ser muy rápida por la cara de frustración que pones cuando vuelves.

—Huye de mí —refunfuñó—. Ni por un momento me creo que no me ha visto.

—Va a la abadía —le dijo Edgard.

—¿Y tú como lo sabes?

—Un día fui a pintar, necesitaba alejarme de todo. Y la encontré allí. Me confesó que es su sitio favorito. De hecho, cuando nos la mostró también lo comentó al resto del grupo, pero no debiste estar escuchando.

James lo miró, esta vez interrogante. La expresión de su amigo se tiñó de cierta melancolía y no encontró motivo alguno para ello.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —pero no lo estaba.

Se acercó a la ventana, estirando sus agarrotados brazos. Se quedó allí plantado viendo como las nubes iban cubriendo el cielo que había amenazado con buen tiempo hacía apenas una hora.

—No me hagas caso —le sonrió a Edgard.

Realmente agradecía la preocupación de su amigo, pero se veía incapaz de salir de ese embrollo. Con Violet todo era cuesta arriba, cada vez que se veían era como volver a empezar.

—Si le pones esa cara estoy seguro de que te perdonará.

James suspiró frustrado.

—Me reiría, pero no estoy de humor.

—Lo sé —le dijo Edgard con cariño—. Siento haber insistido tanto. Solo es que… es muy poco frecuente que alguien ame y sea correspondido.

—Yo no amo a mi…

La risa cortó la tensión y James no tuvo más remedio que corresponder con una sonrisa.

—Lo sé, lo sé… —levantó una mano para que se callara—. Solo digo…

—Sandeces, eso dices —se acercó a sillón para agarrar uno de los almohadones y tirárselo a su amigo. Por suerte los reflejos de Edgard eran buenos y lo atrapó al vuelo—. Yo no amo a mi esposa, y ella, desde luego, no me ama a mí. Estará más que encantada cuando todos desaparezcamos de su vista y de su vida.

—¿Tú crees?

—¿Crees que está muy descontenta con su soledad? A mí no me lo parece.

Pero a Edgard sí se lo parecía.

Él, a diferencia de sus amigos, se levantaba muy temprano y la había encontrado en un par de ocasiones desayunando con la señora Swanson e incluso con su doncella Lily. La consideraba una mujer dulce y cabal. Había observado como cuando Maggie la atacó por hablar con el servicio, como los defendió. Los consideraba parte de su familia. Había establecido un vínculo con ellos porque tampoco tenía otras personas con quien relacionarse. Charlotte en su sabiduría, sabía del buen talante de la señora Swanson y la señora Mills, era seguro que por eso la había querido en Nottingham y no que languideciera en Londres, rodeada de gente malintencionada que seguiría bailándole el agua a Maggie Florence.

Carraspeó.

—¿Te has planteado que quizás la juzgaras mal?

James soltó un suspiro de cansancio.

—Sí, muchas veces, y… créeme, lo hizo.

—¿Te refieres…?

—A citarme en la biblioteca para forzar nuestro matrimonio.

Edgard parecía sorprendido.

—¿Te lo dijo?

—No hizo falta.

—Quizás haya una explicación detrás de todo.

—Es posible —dijo James.

—De todas formas, aunque tuvieras razón y lo hiciera por pura codicia, las personas cambian, han pasado siete años. Violet no es la mujer que conociste. ¿No crees que después de convivir durante estos siete años con tu madre y sufrir su pérdida, ha madurado?

—Que no es la misma mujer es más que evidente —suspiró James.

Se había encontrado con una mujer completamente distinta. Era cierto que guardaba esa dulzura de antaño, pero ahora era mucho más madura, más decidida. Se había encargado de la finca ella sola, después de la jubilación del administrador. No le había pedido ayuda ni una sola vez y eso incluía en que nunca le había pedido dinero. Sabía del generoso estipendio que le había dado en vida su madre, pero aún así…

—No lo sé —dudó finalmente.

—Yo creo que lo sabes, como sabes que tu rencor, después de tanto tiempo, ya no tiene sentido. —La mano de Edgard se posó sobre su hombro—. Deberías perdonar y darle una oportunidad. Aunque creo que la oportunidad de ser felices os la daríais los dos.

Hubo un largo minuto de silencio hasta que James respondió.

—Tal vez…

No terminó la frase.

Su orgullo le decía que era imposible perdonar la mentira, pero su corazón había visto bondad en Violet. De hecho, había visto una nobleza que pocas veces reconocería en una mujer.

Alzó la mirada y vio como Edgard esperaba su respuesta.

—¿Tal vez?

James se dio por vencido.

—Tal vez debería hablar con ella.

—¿Y?

—Y explicarle que… no la odio.

Edgard sonrió. Por supuesto que no la odiaba y si el muy botarate todavía no se había dado cuenta de cuanto amaba a su esposa, quizás en esa conversación lo hiciera.

Salió de la biblioteca satisfecho. Había hecho todo lo que había podido por su amigo y la dulce Violet.

Capítulo 33

Su marido e invitados ya llevaban dos largas semanas en su casa.

Se sintió culpable al suspirar de aquella manera, como si no los soportara, cuando en realidad le hacían la vida muy agradable.

Rose Mary había resultado ser una mujer muy fácil de complacer y, de hecho, se había dado cuenta de lo mucho que leía y la profunda conversación que podía mantener con ella sobre ese tema. John y Tomas eran un dúo de lo más gracioso y en más de una ocasión la habían hecho reír hasta las lágrimas. Después estaba Edgard, su vecino era sin duda su favorito. Un hombre amable y educado, preocupado por el bienestar de sus amigos y por todo cuanto le rodeaba. Violet no se refería solo a sus arrendatarios o conocidos, sino también en otras cosas, hasta la flora y la fauna del lugar. Era de trato muy fácil y le encantaba la poesía, no le extrañaba que fuera amigo de lord Byron, o quizás sí, aunque no veía a Edgard en sus sórdidos salones. Aunque tampoco lo veía siendo amigo de Daemon Sinclair, un vecino próximo al que apodaban el diablo, pero el afirmó que era un hombre extraordinario con una fama nada merecida.

Violet se estremeció. Si lo pensaba bien, estaba rodeada de gente. Sus vecinos eran peculiares y no había entablado amistad con ninguno, solo con la vieja Clementine que recibía las visitas de sus ahijadas que vivían en Somerset, las Anderson. La vieja viuda tenía en mucha estima a Edgard y a Daemon, y no entendía muy bien por qué, pues se comentaba que eran dos hombres del todo opuestos.

Mientras avanzaba sobre la hierba húmeda de la mañana se dijo que la visita de su esposo e invitados, le había hecho bien.

La había sacado de su caparazón.

Quizás sí debería tomarle la palabra a Edgard y visitar su casa, y por supuesto, volver a visitar a la pobre viuda, Clementine.

Podría asegurar que la gente no la desagradaba tanto como había pensado y menos en un ambiente tan relajado como el del campo. Sí, el problema no era la gente, era otro con nombre de mujer.

Lo que no podía soportar era la presencia de la señora Margaret Hopkins.

—Maggie Florence —canturreó, como si el nombre se le antojara empalagoso hasta la náusea.

Con pasos enérgicos se dirigió hacia el establo.

Le hubiera encantado arrancarle todos los pelos de la cabeza a esa arpía, pero no podía hacerlo. La sociedad la obligaba a aparentar. Aparentar que era la fiel esposa del mayor Phillips, héroe de guerra. Y una buena esposa no arrancaba cabelleras de las amantes de su marido en público.

Qué fastidio.

Las apariencias eran lo único que impedía que los amigos de su esposo, todos ellos enterados de que Maggie era su amante, fingieran no darse cuenta de sus miradas y caricias. Aunque en eso debería ser sincera. Ella lo manoseaba, y James tenía la decencia de no tocarla, al menos en su presencia.

Después de su rechazo a compartir su alcoba, estaba más que segura que Maggie compartía la habitación de él, aunque por la ausencia de ruidos, era más probable que fuera él quien se trasladara a la de Maggie. No es que Violet hubiera estado algún tiempo con la oreja pegada a la puerta, al menos no mucho.

Se alisó las faldas mientras esperaba que el mozo de cuadra ensillara su caballo.

Cuando se lo tendió, Violet se lo agradeció con una sonrisa y se despidió con una inclinación de cabeza después de montar sin dificultad.

—Tenga cuidado señora, parece que va a llover.

Violet miró el cielo y suspiró.

—No tardaré —le dijo al joven para no preocuparlo.

Solo una carrera hacia la abadía y volvería para el desayuno.

Empezó a avanzar hacia su lugar favorito y frunció el ceño.

Podría haber esperado a la figura que se acercaba al establo con la misma intención de salir a montar, y lo hubiera hecho si fuera la agradable compañía de Edgard, pero distinguió claramente a su marido.

—Oh, no. Ni hablar —refunfuñó agachando la cabeza y haciendo que su coqueto sombrero le cubriera la mirada. Así podía fingir que no lo había visto, como había hecho en otras tantas ocasiones.

Salió del establo al trote y no se paró cuando escuchó un saludo con la intención de que se detuviera.

Media hora después, sentía como si hubiera obtenido una leve victoria, pero esa sensación no duró mucho, solo el tiempo suficiente de llegar a la ruina de la abadía y sentarse en su piedra favorita para contemplar las ventanas sin cristales y calcular cuánto había crecido la maleza desde la última vez que estuvo ahí.

Cerró los ojos cuando un rayo de sol se coló entre las nubes y calentó su rostro.

Sonrió, hasta escuchar la voz masculina que interrumpió su paz.

—¿Huías de mí?

Se levantó como un resorte y miró a su esposo, apoyado en el gran arco de piedra que un día fue la entrada de la capilla.

—¿Yo? —dijo, azorada—. No. ¿Por qué debería hacerlo?

—Quizás no te guste mi compañía —dijo burlón, lo que hizo que ella se riera.

—Eres muy consciente de cuánto me gusta tu compañía —lo picó.

—¿Y eso es nada de nada?

—¿Ves? Lo sabes.

La risa de su esposo hizo que lo mirara con la boca entreabierta para después tragar saliva.

Estaba de buen humor.

Y muy guapo.

Violet se dio la vuelta y paseó por la galería central.

—¿Vienes solo?

—¿Necesitamos a alguien más? —Dio un paso hacia delante y Violet se quedó en el centro de la capilla, como si lo esperara para que se uniera a ella en el recorrido.

De pronto, ella se dio cuenta de que, si no fuera su marido, esa situación sería del todo inapropiada. Una mujer sola con un hombre… Bueno, había estado allí sola con el señor Edgard, pero él era todo un caballero, amable y gentil. Jamás haría nada indecoroso. Sin embargo, su esposo era otro cantar.

Un depredador.

Lo veía claramente en su mirada, en sus andares, en aquella sonrisa que anunciaba una cacería.

Se sofocó y no era algo extraño en presencia del mayor Phillips.

Tragó saliva y se dio media vuelta para alejarse de él, fingiendo interesarse por lo que había sido el altar.

Podría pasar cualquier cosa y más si él había dejado claro que albergaba un cierto anhelo hacia ella.

Vamos Violet, como si tu no sintieras lo mismo. Resopló, molesta. A veces odiaba su vocecita interior. La enfadaba porque solía ser más sincera de lo que convenía.

—Seguimos teniendo una conversación pendiente.

James se acercó con parsimonia y ella aprovechó para seguir caminando.

—¿Quieres volver a discutir sobre la administración de la finca? —Violet se paró y se volvió hacia él para enfrentarle.

Enarcó una ceja al ver que su buen humor no había menguado.

—Por supuesto —se mofó—, aunque no me refería a eso.

Ella suspiró. No debía sorprenderle que un hombre como él que trataba a las mujeres como si fueran cabezas huecas de mantequilla, hubiera decidido que una de ellas no administraría su propiedad.

—Si no es a la administración, ¿a qué te refieres exactamente? —le preguntó Violet.

James dejó de moverse y ella hizo lo mismo.

El mayor sonrió al darse cuenta de que, sutilmente, estaba huyendo de él. Al reanudar la marcha, ella se desplazó entre las piedras caídas del techo y llenas de hierba y musgo.

—Quiero saber en qué punto estamos ahora que he vuelto.

Se dio la vuelta con tal velocidad que se le fue algo la cabeza.

—¿Has vuelto? —por su mirada cruzó una sombra fugaz, muy parecida al pánico.

Él entrecerró los ojos.

—¿No es evidente?

—¿A dónde? —preguntó nerviosa.

No quería pensar que le estaba diciendo que había vuelto a casa, a su casa. No estaba preparada para enfrentarse a ello. Si unas semanas la habían dejado sin energía y con los nervios a flor de piel, no quería ni pensar lo que sería que su esposo decidiera trasladarse a Evergreen de forma permanente.

Si esa visita era algo más que una visita, no sabía qué podría hacer. ¿Huir?

Pero pronto James la sacó de su error.

—A Inglaterra, a Londres

—Ah. Mmm… Londres.

—He vuelto de la guerra Violet —le explicó como si tuviera que hacerlo—. Napoleón está en Elba y dudo que se mueva de allí, así que mi destino permanente es Inglaterra.

Violet fingió despreocupación, pero eso solo la hizo parecer más nerviosa.

—Sí, bueno que bien que puedas volver a Londres y quedarte allí. ¿Qué hombre no echaría de menos la ciudad después de tantos años? —A pesar de que pensó que sus palabras eran dichas con bastante aplomo, la sonrisa de James hizo que se sintiera de pronto algo insegura. Se forzó a añadir—. Entonces, te marcharás pronto. Lo entiendo.

La risa de James no le hizo ninguna gracia.

—Lo cierto —él se dejó de juegos y se dirigió hacia ella con paso decidido.

No le dio tiempo a retroceder.

Subió el peldaño que separaba la galería del altar y se plantó frente a ella, que miraba a cualquier lado menos a él. Tenía la gran piedra del altar a su espalda y no podía retroceder más.

—Violet, preferiría quedarme aquí.

—¿En esta capilla? —Oh, Violet ¿qué dices? Eres más tonta que un zapato.

Se llevó una mano a la sien como si no pudiera asimilar esas palabras.

La mano de James le rodeó la cintura y el aire que ella retenía en sus pulmones salió disparado.

—Yo… estás bromeando —era básicamente una afirmación, no podía estar haciendo otra cosa. Él no iba a quedarse. *Desde luego, en mi casa no te vas a quedar. ¿Verdad que no? Oh, Señor. ¡No!*

—Violet…

—Le recuerdo que su madre me dejó vivir en esta casa, y está firmado para que usted no pueda sacarme…

—Oh, por favor. No vas a volver a tratarme de usted —dijo mirándola decepcionado—. Sé lo que haces. Poner distancia entre nosotros y no lo voy a permitir.

Ella pateó el suelo y James echó una mirada fugar al dobladillo de su falda.

—¿Vas a empezar una pataleta?

—Vete al infierno —dijo enfurruñada.

—He estado en él, Violet —una sombra oscura cruzó sus ojos y ella sintió un pellizco de compasión al entender que estaba hablando del campo de batalla.

Se obligó a respirar profundamente y calmarse.

—Lo que digo es que Charlotte me dio permiso para vivir en Evergreen hasta…

—¿Quién habla de sacarte de nuestra casa? —Su voz fue demasiado suave y Violet parpadeó desconcertada.

En algún momento se había acercado demasiado. Le sonrió acariciando el rizo entre el pulgar y el índice.

—James…

—Eres mi esposa.

Esta vez Violet lo miró a los ojos y no hubo temor alguno en ellos, estaba francamente sorprendida. Había dicho nuestra casa y reconocía que era su esposa.

—¿Estás jugando conmigo? —parpadeó.

James negó con la cabeza.

—No.

Violet se humedeció los labios.

—Eso es algo que olvidaste con mucha facilidad.

—Vaya… un reproche.

James se apartó de ella y Violet se maldijo por añorar las manos que rodeaban su cintura y que ahora se acariciaban el cabello para ponerlo en su sitio.

—Supongo que los reproches entre esposos son habituales. Porque estamos casados, Violet y…

—¿Y qué? —preguntó molesta.

—… yo quisiera… —al escucharla, apretó los labios y su enfado hizo acto de presencia.

Puede que le hubiera dicho a Edgard o, mejor dicho, que su amigo le hubiera convencido de darle una oportunidad a la relación con su esposa. Pero la mirada feroz de Violet hacía que se replanteara las cosas.

—¿Por qué tanto veneno?

—¿Crees que es veneno? —preguntó Violet sin apartar la mirada—. Perdóname por no poder olvidar que no has querido ejercer de esposo durante muchos años.

—Yo tampoco olvido por qué soy tu esposo, Violet.

Ella apartó la mirada.

Pero como si pudiera cambiar de humor con solo pensarlo, James se retiró un paso y puso ambas manos entrelazadas a su espalda.

Violet no huyó. Se quedó allí de pie con la cabeza en alto.

—Voy a quedarme hasta ver que todo está en orden.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a revisar el libro de cuentas —dijo, sin dejar dudas de que no era una pregunta, ni que esperara su opinión—, me haré

cargo de mis obligaciones que, al parecer, han estado en manos equivocadas durante mucho tiempo.

Eso sí que la enfureció.

—Eso es mezquino, hasta para un hombre como tú — Apretando los puños dio un paso hacia él.

—¿Por no querer que mi esposa haga las tareas de un administrador? Pues sí, soy muy mezquino —alzó el mentón—. No dejaré la finca en…

—¿Mis manos?

—En efecto.

Abrió la boca con indignación.

El muy canalla…

—¿Ya piensas que son las manos equivocadas sin saber si he hecho bien el trabajo o no?

—No importa que bien hayas hecho el trabajo, siempre estará mal que lo hagas tú.

—¿Porque soy una mujer?

El la miró de nuevo y avanzó un paso. Sus cuerpos volvieron a estar demasiado cerca y al darse cuenta del calor que desprendían, ambos giraron sobre sus talones alejándose un poco más.

—Porque eres mi esposa —dijo James, sin mirarla.

Ella se volvió y le lanzó una mirada de censura.

—Y supongo que las esposas no administran su casa.

En verdad estaba más enfadada consigo misma que con él. Debería haberse marchado cuando él apareció con sus amigos. A su casa de Edimburgo o a Londres, seguro que el servicio le abriría las puertas.

Estaba enfadada, pero, sobre todo por lo mucho que le afectaban sus palabras y su opinión. Debería importarle bien poco lo que dijera o pensara ese hombre. Pero por desgracia, no era así.

—No del modo que tú lo has hecho. —James vio como Violet apretaba los dientes, pero no le dijo nada mientras él continuaba hablando—. Necesitas un administrador.

No estaba de acuerdo.

—Necesitar, no es la palabra adecuada. No necesito un administrador —dijo Violet mirándolo a los ojos—. Ni siquiera necesito un marido.

James respiró con fuerza por la nariz.

—Eres una impertinente.

—Al menos no soy un miserable que se ha presentado aquí con su amante.

El puño de James impactó contra la columna medio derruida que estaba todavía en pie en la galería de la capilla.

—¿De veras quieres hablar conmigo de administración? —preguntó James.

—Si te soy sincera —dijo, después de darle la espalda y apoyar ambas manos sobre la cubierta de mármol roto del altar—. No quiero hablar contigo de nada en absoluto. Pero el hecho de que estés aquí, deja claro que no piensas irte hasta saber qué hago con tu dinero.

—Yo no he hablado de dinero —se calló a tiempo de decir algo más ofensivo.

—¿No quieres saber en qué gasto tu asignación? ¿Controlar mis gastos? ¿Hacerme dependiente de ti para darme una lección?

—Dependes de mí —dijo con una mirada feroz, tomando asiento—. No lo dudes ni por un instante querida. Que mi madre me animara a seguir pasándote una asignación no significa que por ley esté obligado a ello.

—Me importa un bledo la asignación.

—Perdóname si no te creo, al fin y al cabo, por eso te casarse conmigo, por mi fortuna.

Ella golpeó el mármol con los puños.

—¡Las cosas no fueron como tú te imaginas!

—Oh, basta. Te respeto más cuando no te haces la pusilánime, ni intentas embaucarme con tus encantos.

Ella se volvió furiosa para encararlo y se dio cuenta de lo cerca que estaba. James había subido el peldaño que los separaba y sus ojos azules refulgían al mirarla tan de cerca.

—Yo no intento embaucarte con mis encantos. Y es ridículo que lo menciones —dijo, cruzándose de brazos—, no solo porque te

he rechazado en varias ocasiones, sino porque tú mismo me dijiste que no encontrabas ninguno en mí.

Él gruñó.

No se acordaba de eso. Y si lo había dicho, era una absoluta mentira.

—Si te refieres a algún comentario que hice en la noche de bodas, estaba bebido y…

Ella se enervó todavía más cubriéndose la cara con las manos.

—¡Eso no es excusa! Además, los borrachos siempre dicen la verdad ¿no? —lo miró con los ojos grandes y brillantes y James tuvo que callar—. Me dijiste lo mucho que me despreciabas, que jamás sería tu mujer ante nadie y mucho menos ante ti, que no viviríamos jamás juntos y que lamentabas haberte casado con una mujer con ningún encanto que valiera la pena mencionar.

¡Vaya! Había estado espléndido esa noche.

—Yo…

—Y, por si fuera poco, me demostraste lo poca mujer que debía ser para ti cuando te fuiste a echar en los brazos de otra mujer. Mujer que, por cierto, has tenido la desfachatez de traer aquí, a *mi* casa.

—Esa noche no pasó nada entre Maggie y yo. De hecho, no ha vuelto a pasar nada…

—¡Basta! —lo interrumpió— No quiero saberlo. ¿No te das cuenta de que esto no tiene ningún sentido?

Se quedaron mirando en silencio, Violet azorada con la respiración acelerada y James avergonzado por su comportamiento el día de su boda y después cuando consumó su matrimonio.

—Me comporté como un canalla, y te pido disculpas.

Violet abrió y cerró la boca en varias ocasiones sin saber muy bien a qué venía esa disculpa. Tragó saliva y sus manos empezaron a temblar.

—Por favor, Violet…

No, no, no. Lo estaba viendo venir.

Iba a ser débil.

¿Por qué demonios siempre era débil cuando se trataba de su marido?

Capítulo 34

James se acercó peligrosamente. Y para su completa desgracia, Violet quería que lo hiciera.

—Edgard me ha hecho ver que quizás haya algunos malos entendidos entre nosotros.

Violet lo miró con recelo.

—¿Cómo cuáles?

Le costó mantener la mirada alta, la cercanía de James hacía que temblara como una hoja. Respiró hondo y cerró los ojos.

Lo deseaba cerca, quería olerle, tocarle. Ansiaba sus labios sobre los suyos, devorándola para después arrancar de su garganta gemidos y suspiros.

—El asunto de Maggie.

Abrió los ojos de golpe y lo fulminó con la mirada. Jame no se apartó pero levantó las manos en señal de rendición.

—No es mi amante, te lo juro.

—Está bien, supón que te creo —dijo Violet—, ¿crees que ese es el único motivo por el que no estamos juntos?

—La cuestión es… ¿podremos perdonarnos lo que nos hemos hecho el uno al otro y darnos una oportunidad?

Violet guardó silencio. No podía negar que ella también lo había engañado, propiciando una boda que él no deseaba.

—¿En serio podrías perdonarme? —preguntó Violet en apenas un susurro—. Siempre me lo has echado en cara y yo quisiera explicarte…

—¿Y si de momento nos damos una tregua? —dijo James tomando la barbilla entre el dedo índice y el pulgar— ¿Y si vemos como va? Quizás nos sea más fácil perdonar si sustituimos los malos recuerdos por buenos momentos.

D pronto James estaba demasiado cerca, notaba su aliento, su calor y la mano que no tomó su barbilla, le rodeó de inmediato la cintura.

Violet tragó saliva y empezó a temblar.

Su marido exasperante, la volvía loca.

Oh, sí, era una contradicción, pero era demasiado el placer que él sabía darle como para intentar resistirse. Además, llevaba demasiado tiempo sola como para olvidar la tentación que era su cuerpo.

Y él lo sabía.

Conocía su secreto. Ese que le decía a gritos cuanto lo deseaba y lo aprovecharía.

Por cómo la miraba, por esa ligera sonrisa de rufián que se negaba en ampliar, por el brillo que proyectaban sus increíbles ojos azules… lo sabía.

Dio un paso atrás y su espalda quedó pegada contra una columna. Fue un acto reflejo el que las palmas de sus manos se colocaran contra la fría piedra, como si con ese gesto pudiera apartar el obstáculo, o todo lo contrario, como si esa piedra fuera su tabla de salvación, pues le impediría escapar de él, y eso era precisamente lo que no quería su corazón, aunque su mente gritara lo contrario.

—¿Tregua?

Violet se negó a hablar, pero asintió.

—Bien, voy a besarte, esposa —aseguró, colocando también las palmas sobre la gruesa columna, pero más arriba, a cada lado de la cabeza de Violet.

No se movió, no cerró los ojos, ni siquiera pestañeó cuando él hizo lo prometido.

Los labios suaves y jugosos de su esposa eran un pecado, pensó James cuando ella los entreabrió para recibir su lengua.

No tardó en sentir el gemido contra su boca, y eso lo enardeció.

Las manos abandonaron la columna para acunar el rostro de Violet y ella volvió a gemir cuando los dedos masculinos substituyeron a su boca para rozar sus labios.

—Oh, sí… —dijo él, bajando por su mentón, con el dedo índice trazando un sensual camino que cruzó la clavícula hasta llegar al nacimiento de sus senos—. Puedo sentir tu pulso acelerado. Aquí.

Me desea.

—Te deseo, Violet.

Y yo a ti. Sueño contigo todas y cada una de las noches, desde la última vez.

Aunque ella jamás revelaría esa verdad.

Fue Violet quien lo besó esta vez.

Rodeó su cuello con los brazos y alzó la rodilla izquierda, que él sostuvo apretando la gruesa tela. Necesitaba más de ella. Necesitaba sentirla.

La muñeca de James se movió veloz, apartando la falda de montar y buscando bajo su enagua. La escuchó jadear y aunque no podía verse, tenía en el rostro una expresión de triunfo. Violet vibraba bajo su contacto y él hacía tiempo que no se sentía tan completo.

Le subió la falda hasta la cintura y la vio echar la cabeza hacia atrás cuando notó su dureza, acariciándola sobre la fina tela de su ropa interior.

—¡James!

La miró por unos segundos, embriagándose de su imagen.

Las mejillas encendidas parecían querer expulsar a las diminutas pecas que salpicaban su nariz y parte de sus pómulos. Tenía los ojos entornados y su garganta pulsaba, acelerada. Los cabellos de fuego, brillaban con la luz de la mañana, volviéndose aún más rojos.

—No hay mujer más hermosa que tú en toda Inglaterra —susurró, pero ella no lo oyó, pues justo en ese instante, soltó un intenso gemido cuando la mano de su esposo se abrió camino hacia su centro.

Apartó la ropa interior de su esposa para descubrir su humedad, suave y cálida.

Sintió cómo se adentraba en ella, con un dedo. Despacio. Arrancándole gemidos de placer y haciendo que se meciera contra él.

—¿Así? —intentó mirarla a los ojos, pero los de Violet permanecieron encerrados— ¿Violet?

—Sí —gimió ella abrazándolo con más fuerza.

Le introdujo un segundo dedo y ella balanceó las caderas, buscando su propio placer.

La lengua de James lamía el lóbulo de su oreja mientras los ruidos del placer iban llenando el ambiente.

James desplazó sus labios por el cuello y con los dientes, apartó un trozo de tela de su vestido, para dejar la nívea piel de su hombro expuesto.

—Eres deliciosa.

Apretándola más contra la columna de piedra, la falda quedó sujeta entre ambos cuerpos. La pierna de Violet seguía rodeando su cadera y el aprovechó para soltarla de su abrazo. Sus manos acudieron veloces hacia la parte de su anatomía que lo tenían fascinado. Rodeó el elegante busto con ambas palmas abiertas para después apretar y subir la deliciosa carne hasta que pudo vislumbrar uno de sus pezones oscuros.

La escuchó gemir mientras movía las caderas, todavía con los pantalones puestos, pero dándole la fricción suficiente como para poder soñar con lo que le esperaba.

Acabó besando el nacimiento de sus senos, que subían y bajaban con rapidez, al ritmo de su respiración agitada.

Hundió de nuevo un dedo en su calidez, y luego otro, mientras con el pulgar apretaba su centro, palpitante, húmedo y duro. Pero la otra mano no se quedó quieta, tiró del escote hasta que el sonido inequívoco de la tela al rasgarse llegó a sus oídos.

A ninguno de los dos les importó.

Metió la mano en su escote y la carne sobresalió por encima del vestido. No dudó en meterse la turgente carne en la boca. La escuchó gritar cuando después del húmedo beso succionó la sensible piel mientras sus dedos trabajaban para darle el placer que se merecía.

La frotó despacio, hasta que su palpitación se aceleró y el orgasmo la obligó a gritar.

Violet hundió las manos en su cabello, evitando que se apartara de ella. James regresó los labios a su boca y bebió su grito de placer, haciéndolo suyo y de nadie más.

Se apartó para observar su rostro, sumido en el éxtasis, y se emborrachó de ella.

Sin mediar palabra, mientras le sonreía extasiado a su vez por la hermosa visión de su esposa, se desabrochó los pantalones, y aplastándola contra la columna la penetró con fuerza y rapidez.

Los ojos de Violet se abrieron y su garganta ahogó un grito al sentir la dureza y amplitud de su esposo, adentrándose en ella.

Sus manos soltaron su pelo para que sus brazos rodearan su cuello, fundiéndose con él. Se agarró con fuerza, rodeándole con las piernas, y apretando con sus muslos en el flanco de sus caderas.

El placer hizo que se sorprendiera clavándole las uñas en la piel de los hombros, por encima de su camisa entreabierta.

Podía sentir su cuerpo cálido, y en contraste, la frialdad de la columna contra su espalda. A penas podía moverse, él la mantenía inmovilizada, pero sus movimientos, circulares, lentos al principio para terminar en un golpe seco y rudo, la acompañaron hacia un segundo orgasmo, que James aprovechó para mirarla a los ojos y disfrutar de su expresión entregada.

Ella gritó, cerró los ojos y James la apretó aún más, aumentando el ritmo.

—¡Oh, Violet! —jadeó una y otra vez.

Era como dejarse llevar por una ola, violenta e inevitable que ponía su mundo patas arriba.

Podía notar la unión entre ambos, y no se refería solo a sus cuerpos. Violet era suya, porque él era de ella. No sabía cómo no lo había comprendido antes. No entendía como había podido creer que estar con ella era lo mismo que estar con otras mujeres.

No lo era.

Violet era única. Y siempre lo sería.

Su esposa.

Antes de vaciarse en su interior gritó su nombre y dejaron que el placer los recorriera a ambos.

Quedaron abrazados durante un largo rato, esperando a que sus corazones desaceleraran y aprendiendo a respirar de nuevo.

Después, aún unidos, se miraron a los ojos y por un breve instante, ambos se reconocieron, llegando a tener la certeza de que

nada había sido un error, o tal vez todo lo vivido los últimos siete años, lo había sido. Pero no aquello, no podía serlo. Es instante era perfecto.

Esa verdad existía, el deseo y la esperanza de un matrimonio real, fueron palpables en ese instante.

Después, sin saber cómo ni por qué, ambos sonrieron.

—Bueno, no ha estado mal —dijo James, juntando su frente con la de ella.

Ella rio.

—No cantes victoria, aún podría suceder algo que lo estropee.

—Dios no lo quiera —dijo él más serio besándole los labios con dulzura.

De repente, un enorme trueno resonó sobre sus cabezas.

—¿Eso significa que no tenemos su bendición? —se burló James.

—Has tomado a tu esposa en un lugar sagrado —se rio ella con más fuerza mientras la lluvia empezaba a mojar sus mejillas—. Tendremos suerte si no nos fulmina con un rayo.

Otro trueno cayó cerca de allí y empezó el aguacero.

Ambos estallaron en carcajadas.

La lluvia no cesó, pero sí amainó lo suficiente como para que pudieran regresar a casa sin contratiempos.

El camino de vuelta no fue ni distante ni tenso, más bien al contrario.

Mientras cabalgaban al paso, disfrutaron del paisaje, hablaron de cosas frugales, pero lo hicieron con comodidad. Incluso James hizo alguna que otra broma, con el único fin de escuchar la alegre risa de Violet, una risa que pocas veces había escuchado y que se le antojó música para sus oídos.

No pudo dejar de mirarla el resto del trayecto con los ojos del deseo. Estaba bellísima, con los cabellos revueltos y húmedos, las mejillas encendidas y sus ojos brillantes de lo que le pareció que era pura felicidad.

Deseó que esos momentos duraran para siempre.

Cuando divisaron al fin la silueta de la mansión, las nubes se habían abierto el tiempo suficiente para que esta estuviera iluminada por la luz del sol.

La casa destacaba imponente, sobre un prado verde y brillante como una esmeralda pulida. A pesar de tanta belleza, el rostro de Violet se ensombreció por unos momentos y una pequeña arruguita se mostró en su entrecejo.

—¿Qué piensas? —preguntó él, se sintió preocupado por el cambio de humor de su esposa.

Ella volteó el rostro hacia él y la sonrisa regresó.

—En que mi yegua es más rápida que tu jamelgo.

Dicho esto, apretó los flancos de su montura y rompió a galopar.

—¡Ehh! ¡No tan rápido! —gritó James, pero ella ya llevaba varios trancos de distancia.

La siguió al galope y la alcanzó cuando ya desmontaba, frente a los establos.

El mozo de cuadras, que los había esperado pacientemente, se apresuró a tomar las riendas de su señora.

—Gracias, Bobby —le dijo, entregándole a su yegua—. Tenías razón —rio divertida—, ha llovido.

El mozo de cuadras la miró divertido, mostrándose contento por el buen humor de su señora.

James desmontó también y le dio las riendas de su caballo al muchacho, que se marchó con los animales, uno a cada lado, para atenderlos en los establos.

Se miraron de nuevo, esta vez sabiendo que habían llegado a su destino y que la magia amenazaba con marcharse para dar paso a la realidad que habían sido sus vidas hasta el momento. Una realidad que… nada tenía que ver con los buenos momentos que, por primera vez en sus vidas, habían paladeado.

No fue así, pues la sonrisa y la ternura regresaron al rostro de James.

—Eres una excelente amazona, estoy sorprendido.

Ante el halago, Violet también sonrió, ladeando ligeramente la cabeza en un gesto de agradecimiento.

—Gracias, pero tendrías que ver a mi hermana, Sophie. Ella sí que es una experta.

James se acercó y la tomó de la mano.

Deseó besarla de nuevo, pero no lo hizo.

—Gracias por este día tan hermoso.

Acercó el dorso de su mano a los labios y la besó, demorándose el tiempo suficiente como para que la piel de Violet se erizara de pura excitación.

—Lo hemos pasado bien, ¿verdad? —dijo y ella asintió.

—Podríamos... Hacerlo más a menudo. Me refiero a salir a cabalgar —se corrigió, al ver como las mejillas de Violet se sonrojaban y sus labios se entreabrían para expulsar un suspiro.

James sintió la acuciante necesidad de besarla, beber de su boca hasta saciarse.

—Yo… —ella tragó saliva, antes de echarse a reír.

Sin pensárselo dos veces Violet corrió en dirección a la casa. Los claros en el cielo habían desaparecido y la lluvia volvió a empaparlos mientras James corría tras su esposa.

***

Desde la ventana de su dormitorio, Maggie contempló la escena con los puños apretados y una expresión de furia.

¿Cómo demonios había podido suceder aquello?

James corría tras su mujer como un petimetre enamorado. Podía escuchar sus risas y odió cada momento.

Esa mujer lo había traicionado, ¿cómo era posible que hubiera olvidado ese detalle? El muy idiota.

Pateó el suelo, furiosa, y empezó a caminar por su habitación.

Necesitaba calmarse.

Después de la guerra, tampoco la había buscado enseguida, se reunió con ella y sus amigos en Londres. Maggie pensó que ahora

que estaba ahí, todo podía ser como antes, ser amigos… o más que eso.

Pero su estúpida e insulsa mujercita, solo le ponía palos en la rueda.

Maggie no podía consentirlo.

Anhelaba tenerlo de nuevo en sus brazos, pero esa mosca muerta se había inmiscuido entre ambos y eso era algo que no pensaba permitir.

Debía tomar cartas en el asunto antes de que la relación de James con su esposa se encaminara a una firme reconciliación.

Perderlo por Violet era algo que no iba a consentir.

Capítulo 35

James se desnudó despacio, observando desde su dormitorio el paisaje oscuro que le revelaba la noche. Sonreía, mientras dejaba caer la chaqueta sobre la silla. Recordó como aquella misma mañana había hecho lo mismo deshaciéndose de su ropa mojada después de volver junto a su esposa.

Violet se había despedido de él para ponerse ropa seca y poco después se habían visto en el desayuno. El día transcurrió como suspendido en el tiempo. Hubo miradas, roces y sonrisas. Tuvieron que quedarse junto a sus invitados y hubiera sido extraño que su actitud se volviera repentinamente cariñosa, aunque por supuesto, Edgar había intuído algo.

Ahora, después de la cena y una lenta velada que Maggie había querido alargar, James estaba expectante.

Junto a la chimenea y al poco rato de quitarse las botas y andar descalzo sobre la alfombra se desabotonó la camisa con mirada ausente. Solo podía pensar en su esposa y en repetir lo que había sucedido esa mañana.

Se sacó la camisa por la cabeza. Al tomar la bata se miró en el espejo. Seguía sonriendo.

No entendía muy bien el por qué, pero por primera vez se sentía en paz.

No se haría el ingenuo al pensar que al haberle hecho el amor a su esposa no acababa de tomar una gran decisión.

Una grande y definitiva.

Iba a darle una oportunidad a aquello, fuera lo que fuera.

Quizás no había un enamoramiento profundo, pero sí deseo. Uno que no podía controlar y mucho menos ocultar.

Deseaba a Violet, a pesar de haberla odiado durante mucho tiempo.

Chasqueó la lengua, odiar era una palabra demasiado fuerte, pero sí había sentido un profundo resentimiento por su forma de

actuar. Pero como le había dicho aquella mañana era momento de pasar página, de darse una oportunidad.

En el fondo no todo había salido tan mal. Él se había ganado sus galones, había luchado en primera línea en la guerra española y gracias a hombres como él se había conseguido una victoria notable contra el tirano.

El lado negativo es que había dejado sola a su madre, y aunque se escribían y pensaba mucho en ella, no era lo mismo. Ahí también debía admitir que Violet se había comportado como una buena mujer, una mujer madura que, lejos de pavonearse en los salones de baile con su nuevo estatus de la esposa del capitán Phillips primero y después de la del coronel y mayor, se había quedado con Charlotte, alejada de las habladurías y comportándose de forma ejemplar. Nada tenía que reprocharle a su esposa, si era sincero.

¿Podría darle una oportunidad a una mujer así? James pensó que sí. A la Violet que esa mañana había tenido entre sus brazos podría darle su lugar.

No sería fácil.

De alguna forma se las había ingeniado en ignorarle al medio día en la comida y por la noche durante la cena. Su esposa esquiva se había refugiado en la conversación con Rose Mary y también con Edgard. Si no supiera la verdad se pondría celoso. Pero Edgard era un buen amigo y quien le impulsaba a dar una nueva oportunidad a su matrimonio, que ese mismo hombre hablara con su esposa solo podría hacer que ambos pensaran en lo mejor para un futuro juntos.

La verdad se reveló al retirarse después de la velada. James había acudido a su lado y Violet, sonrojándose como la había visto en pocas ocasiones, le pidió que la excusara.

Por supuesto, fue tras ella en las escaleras y la tomó de la mano.

—Hablemos más tarde —le había pedido y él no se negó.

—Por supuesto.

La había dejado marchar, a sabiendas que ese rechazo solo era el espacio que ella necesitaba para poner en orden sus ideas. ¿Y acaso él no necesitaba lo mismo?

Acabó por desnudarse. Se quedó contemplando un largo instante la puerta que separaba ambas habitaciones.

Quizás esa noche no fuera a su lado, quizás se lo hubiera pensado mejor. No obstante, iba a darle el espacio que le había pedido.

Puso una mano sobre la superficie de madera como si así sintiera a Violet más cerca, pero finalmente retrocedió.

Poco después de meterse en la cama, apagó la vela y la habitación quedó a oscuras.

Soñaría con su esposa, de eso estaba seguro, pero quizás mañana podría volver a tenerla entre sus brazos y pasar del sueño a la realidad.

Violet intentaba leer sin ningún éxito, porque en cuanto a dormir, hacía tiempo que se había dado por vencida.

Estaba metida en la cama, con la espalda apoyada en un enorme almohadón y un libro sobre su regazo. La vela estaba consumida hasta casi la mitad y había sido incapaz de leer tres párrafos seguidos sin que su mente viajara a otros lugares.

Más concretamente, a James.

A pesar de que le había dicho que Maggie no era su amante desde hacía mucho tiempo, verlos interactuar juntos con total naturalidad la había vuelto a poner en alerta. No quería discutir de nuevo con James sobre el mismo tema, por eso decidió que era mejor tranquilizarse y tener un encuentro para… hablar o lo que sugiera entre ambos, una vez que estuviera más calmada.

Pero no se había calmado, sí que Maggie había quedado en un segundo plano, pero el deseo que sentía por James la hacía vulnerable a aceptar todas sus demandas y Violet era muy consciente de que eso la ponía en desventaja. Pero, como no pensar en James.

Su mente volvía a sus labios gruesos, a su mirada irreverente, su pecho amplio y musculoso… Las crestas de su vientre, que daban paso a un lugar en concreto que…

Agitó los pies, y cerró los párpados con fuerza.

¡Qué tonta eres, Violet! Media hora de placer te ha hecho olvidar más de siete años de desprecios.

Gimió, al darse cuenta de que pesaba más esa maldita media hora en su absurda y desequilibrada balanza.

Debía repetirse que únicamente se trataba de deseo. Por supuesto, no amaba a su esposo, ¿verdad? Imposible. No había compartido con él más de una sola mañana agradable en toda su vida, durante la cual, milagrosamente, no se habían lanzado ni una sola piedra.

Sus labios se curvaron hacia arriba, inconscientemente.

Había sido una buena mañana. Habían reído, hecho bromas, galopado hasta la mansión… Y al despedirse, se habían mirado a los ojos. Violet habría jurado que ambos habían recordado lo sucedido en la abadía.

Suspiró, rendida al deseo, que nuevamente pulsaba en su centro. Aunque esta vez parecía algo distinto, pues esas ansias nacían de su pecho, haciendo que su corazón se acelerara, desbocado.

Se mordió el labio, mientras depositaba el libro sobre la mesilla de noche, junto a la vela.

¿Podría ser posible amar a su esposo? ¿Sería posible que su matrimonio fuese distinto en el futuro?

Miró fijamente en dirección a la alcoba de James.

¿Sería buena idea que fuese a su encuentro?

Pareció pensárselo e hizo una mueca.

¿Por qué no? Al fin y al cabo, era su mujer…

Frunció el ceño, porque mientras se hacía esas preguntas, escuchó algo al otro lado de la puerta que separaba ambas habitaciones.

Un golpe seco.

—¿Qué demonios?

Un grito de mujer.

Violet agrandó mucho los ojos y se olvidó de respirar, al darse cuenta de qué estaba sucediendo en la habitación de James.

—¡Malditos seáis los dos!

Era bien entrada la madrugada, cuando la premonición de James se hizo realidad.

Soñaba con su esposa, con su olor a lavanda y los suaves bucles de su cabello acariciando su pecho desnudo. Los labios cálidos y sugerentes, susurrando su nombre mientras le besaba la barbilla, abriéndose paso hacia su boca.

Lo embriagó y él alzó las manos para acariciar las suaves curvas de sus caderas, mientras poco a poco le iba alzando la fina camisola de seda.

Sintió un gemido gutural contra sus labios, y como las uñas se le clavaban en los hombros.

Jadeó, cuando esa boca se separó de la suya para tomar aire.

Era excitante, pero…

—Te he echado de menos.

Algo no iba bien.

James frunció el ceño.

Esa voz…

—Tanto, que en algunos momentos pensé que moriría de rabia al no tenerte.

James apartó las manos como si el cuerpo de su esposa quemara.

Dejó de acariciarla de inmediato y sus manos empezaron a ejercer cierta presión, para apartarla de encima suyo.

—No, no, no…

—¡James! —exclamó la mujer frustrada al ver que quería quitársela de encima.

Pero él tenía muy claro que no era con ella con quien quería estar. Acababa de reconocer a la mujer que le estaba hablando y eso lo sacó de las brumas del sueño.

Los ojos del mayor se abrieron como platos cuando distinguió los rasgos delicados de Maggie Florence justo frente a su cara.

—¿Qué demonios…?

Tomó los hombros de la mujer y la empujó lo más lejos posible.

Se escuchó un grito agudo y al tiempo un golpe seco cuando el cuerpo cayó de la cama sobre la alfombra.

James parpadeó vivamente y se precipitó a encender una vela.

Se encontró sin poder creer lo que veían sus ojos cuando estos se acostumbraron a la luz de una vela. No solo veía a Maggie Florence sobre la alfombra agarrándose la cabeza y maldiciendo en un lenguaje que jamás había escuchado en una dama, sino que, junto a la cabeza de esta, unos pies descalzos y delicados estaban firmemente plantados.

Maldición.

Apretó por un momento los párpados, como si el simple hecho de no ver, hiciese desaparecer lo que estaba pasando.

No fue así.

Pues cuando los abrió de nuevo, esos pies seguían ahí.

James siguió con la mirada el fino camisón, la descordada bata y la larga cabellera rojiza que caía sobre los pechos de la otra dama.

Al llegar a su rostro se estremeció y su cuerpo reaccionó, apartándose hasta que su espalda chocó contra el cabecero de la cama.

La mirada furiosa de Violet lo perforó. La de una Gorgona habría sido más dulce.

—Violet, yo…

Tragó saliva cuando su voz se apagó y su esposa avanzó dos pasos hacia él, dejando atrás a Maggie, que se levantó con esfuerzo, tocándose la cabeza en la que seguro tendría un buen chichón.

—No es lo que parece —logró decir James.

—Ah, ¿no? —Alzó una ceja y dejó la palmatoria que sostenía sobre la mesilla de noche, consciente de que, de no hacerlo, seguramente habría volado hacia la cabeza de su marido prendiéndole fuego a la cama o a él.

—No, por supuesto, yo…

No tuvo tiempo para más explicaciones, Violet tomó la almohada que James tenía bajo su codo y antes de saber qué iba a hacer, se la puso en la cara y escuchó un grito ahogado.

Maggie retrocedió asustada, y James se puso una bata de inmediato, levantándose de la cama y esperando a que el ataque de

rabia de su esposa desapareciera sin dejar cadáveres a su paso.

Capítulo 36

Después de desahogarse gritándole a la almohada, su respiración se ralentizó. Se había quedado sin fuerzas.

—Soy una idiota —se recriminó Violet.

Los ojos verdes se elevaron llenos de decepción hacia su esposo.

—Violet…

—¿Como has podido engatusarme de esta manera?

Oh, Violet, menuda la has hecho. No aprendes, ¿verdad?

¿Qué demonios le pasaba por la cabeza para aceptar las insinuaciones de su marido? *¿Quieres que te bese?* Y ella, ¡Por supuesto! *Hazme tuya contra una columna, déjame caer todo lo bajo que pueda.*

Le hubiera gustado ser una mujer de moral relajada, alguien realmente horrible para plantarse frente a Maggie Florence y decirle: *Acabo de fornicar con tu amante, y creo que ha disfrutado más conmigo que con lo que haya podido disfrutar contigo en toda su vida.* Pero su madre le enseñó que las niñas buenas deben comportarse.

Ante la cara de estupefacción de James, Violet tomó de nuevo la almohada y se puso a gritar como si no hubiera otra forma de dar rienda suelta a su rabia.

Maggie se apartó, como si la considerara una loca peligrosa.

—¡Oh! Te odio. —Le gritó a James, aún con la almohada en entre las manos una vez se la apartó de la cara.

A pesar del golpe, Maggie tuvo la desfachatez de reírse y Violet la fulminó con la mirada. No contenta con ello le lanzó la almohada y esta le dio en la cara haciendo que trastabillara.

—¿Qué demonios haces? —Gritó Maggie apartándose el cabello de la cara.

Si James pensaba que Maggie estaba enfadada, no tenía ni punto de comparación con el humor de su esposa. Supo que Violet

había llegado al límite cuando, sin pensárselo dos veces, se abalanzó sobre Maggie.

Los ojos de James se abrieron como platos.

Desde el otro lado de la cama vio como las dos mujeres se enzarzaban en una pelea.

—¡Basta! ¿Qué estáis haciendo? —preguntó, intentando llegar hasta ellas rodeando el lecho— ¿Creéis que estáis en un club de boxeo?

Violet tiró de la cabellera de Maggie y eso hizo que la amante de su esposo se doblara en dos.

—Si lo fuera, habría normas y aquí no hay ninguna —dijo Violet resulta dejándolo boquiabierto.

—¡Para!

Intentó evitarlo, pero no pudo separarlas antes de que Violet tirara a su rival sobre la cama y se lanzara de nuevo sobre ella golpeando con saña su cabeza contra el cabecero.

—Esto es de locos. ¡Parad!

Los gritos de los tres probablemente habían despertado a todos los moradores de la casa. Mientras Maggie gritaba e intentaba dar patadas, Violet la agarraba de la cabellera y tiraba de ella zarandeando su cabeza una y otra vez haciendo que Maggie con la tez roja tuviera los ojos en blanco. Hubiera sido muy cómico si no fuera también muy peligroso.

James intentó agarrarlas, pero los gritos y gruñidos hicieron que apartara un par de veces las manos.

Ambas mujeres estaban con la piel roja, enseñaban los dientes y gruñían.

No, no, no. James no podía creer que fuera más difícil amansar a dos mujeres que dirigir un ejército.

Por suerte, acudieron refuerzos.

—¡Ya está bien!

Edgard entró en la habitación con tanto ímpetu que la puerta golpeó la pared, haciendo saltar parte de ella.

Tres cabezas se volvieron de inmediato hacia él y dos, que lo conocían muy bien, jurarían no haberlo visto tan furioso, jamás.

La habitación se quedó en silencio.

—Sois como animales, ¡comportaos! —rugió.

James lo miró sorprendido, no tanto por su intervención, cualquiera que viviera cerca de Nottingham habría escuchado los gritos, sino por su enfado.

Edgard nunca se enfadaba.

Jamás.

Había sufrido lo indecible en manos de su padre, pero ni una sola vez lo había visto perder la compostura.

No. Por mucho que se esforzara, no recordaba la última vez que había perdido la paciencia.

Maggie, anonadada por su actitud, lo miró con los ojos muy abiertos y dejó de patalear. Hasta Violet parecía estar dispuesta a obedecer sin rechistar, pues el puño que había arrancado un mechón a Maggie Florence y que estaba en alto en señal de victoria, descendió despacio al tiempo que cerraba la boca y bajaba de la cama.

Las tres figuras parecían haberse cuadrado ante William.

—Se os oye desde Londres. ¡Qué vergüenza!

Maggie y James agacharon la cabeza. Violet los miró a ambos y después a Edgard.

—Lo lamento.

Él solo resopló.

—Ni siquiera voy a preguntar qué está pasando —dijo con voz cansada y totalmente decepcionado—. Es demasiado evidente y bochornoso. No tengo por qué aguantar explicaciones que seguramente ninguno de los tres crea que merezco.

—Eso no es cierto —dijo James, apenado.

En ese momento, Violet se dio cuenta de cuanto apreciaba James a su amigo.

—Ah, ¿crees que merezco una explicación?

James tuvo el buen tino de permanecer en silencio.

Miró a Maggie, que se ruborizó y alzaba y bajaba la mirada solo para cerciorarse de que realmente estaba furioso, aunque parecía mantener la esperanza de que todo se arreglara. Con Edgard, todo siempre acababa arreglándose. Él la amaba, pensó Maggie, perdonaría ese desliz.

O tal vez no.

Dudó cuando lo escuchó dirigirse a ella.

—Creía que podíamos tener algo bonito —la voz de Edgard sonó como un susurro lleno de decepción—, pero ya veo que tu obsesión por James siempre estará ahí.

Maggie tuvo la decencia de apartar la mirada y James dio un paso hacia él.

—No ha pasado nada.

—Pero no porque ella no quisiera —Con disgusto, meneó la cabeza.

Violet parpadeó, dándose cuenta de lo que estaba pasando realmente.

—No importa —Edgard miró a Maggie y dio un paso hacia ella. La miró fijamente y ella tragó saliva—. Y ahora, sal de aquí.

Maggie alzó la cabeza sorprendida.

—¿Qué…?

—¡Ahora!

El grito de Edgard hizo que los tres dieran un respingo.

A medida que Maggie se acercó a la puerta él dio un paso hacia ella y la tomó del codo.

—Vamos a tener una larga conversación —le dijo, con los dientes apretados, aunque el intento de calmar su rabia era más que notorio—. Hablaremos de por qué siendo mi amante te metes en la cama de otro. Si no quieres estar conmigo, solo tenías que haberlo dicho.

—No es eso —Maggie tuvo la decencia de sentirse avergonzada—, es…

—Ahora no —la cortó.

Edgard miró a James, pero enseguida su mirada se puso sobre Violet que parpadeaba confusa como si no hubiera escuchado bien.

—Maggie no es la amante de James, lo ha sido mía… y quizás de otros hombres durante todos estos años, pero no de tu marido.

—No tienes por qué hablar en mi nombre.

Edgard rio sin humor.

—Al parecer sí, porque eres idiota.

James cerró la boca como si le hubieran dado un bofetón.

Edgard se dispuso a ignorarle y a seguir hablando con Violet.

—Desde que se marchó a España no ha pasado absolutamente nada entre Maggie y tu esposo. Cuando regresó la primera vez, ella era oficialmente mi amante, se lo expliqué nada más llegar.

Violet frunció el ceño y no tuvo más remedio que creerle, aunque la actitud de James era más la de un niño al que estaban regañando, que la de un adulto a la que acababan de librar de una calumnia que hacía demasiado tiempo que pesaba sobre su matrimonio.

—Hasta podría añadir —prosiguió Edgard—, que si conozco a James como creo, dudo que él se hubiera atrevido a tocarla sin antes avisarme de sus intenciones. No lo hizo por lo que creo que su asunto amoroso fue algo de juventud que en mi ingenuidad creía olvidado por parte de los dos —miró a Maggie y ella apretó los labios para no responder.

—Gracias por la información —dijo Violet con suavidad.

—Y ya que estamos, James tampoco ha tenido ninguna amante desde que regresó.

—¡Edgard! —le advirtió su amigo, francamente molesto por revelar algo que él no quería decir—. No te metas donde no te llaman.

Lo ignoró y siguió hablando con Violet.

—Incluso dudo que James…

—Ya es suficiente.

James alzó una mano para pedirle que por favor se callara. Su esposa no tenía por qué saber que no había estado con ninguna mujer desde que llegó de España, y más concretamente desde la última vez que se acostó con ella.

Pero Edgard no lo iba a dejar pasar.

—Violet, has sido la última mujer con quien se acostó tu marido —dijo muy seguro de ello. No sonreía, pero era una pequeña venganza contra su amigo.

—Traidor —musitó James, lo que le valió una sonrisa de Edgard.

Violet los miró a ambos sin acabar de creerse aquello.

—¿Cómo…?

—Por Dios, no preguntes. —Se molestó James, que estaba a su lado—. No fue por fidelidad, me hirieron y cuando me recuperé estaba demasiado metido en las últimas órdenes de Wellington como para pensar en otra cosa que en cumplir con mi deber y sobrevivir. No tenía tiempo para nada más y mucho menos para tener una amante.

Edgard resopló, burlón.

—Si quieres creer eso.

Con una mirada de reproche los fulminó a ambos y ladró.

—¡Largaos!

Ahora fue James quien perdió la paciencia, pero antes de echarlos, Edgard ya arrastraba a Maggie por el pasillo.

Se acercó a la puerta y cerró de un portazo, dejando a la habitación en un silencio sepulcral. Al darse la vuelta solo vio los grandes ojos de su mujer que se dividían entre la más absoluta incredulidad y algo de vergüenza.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó James pasándose una mano por la nuca y respirando hondo para concentrarse.

Estaba exhausto, pero sabía que la noche no había terminado, no iba a permitir que Violet se marchara sin aclarar lo que quedara pendiente.

Se acercó a ella y vio como lo miraba con los ojos muy abiertos.

Conmocionada, habló.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

Capítulo 37

Violet se dio la vuelta y fue hacia la puerta que comunicaba con su recámara.

—Creo que deberíamos hablar mañana.

No se sentía con ánimo de hablar con James en ese momento. Puede que Maggie ya no fuese su amante, pero no podía olvidar lo que acababan de ver sus ojos. A él desnudo y a esa… mujer, con los cabellos revueltos y únicamente vestida con una camisola.

Cuando estaba a punto de entrar en su alcoba, James se precipitó hacia donde ella estaba y cerró la puerta de golpe.

Giró la llave y la escondió tras su espalda.

—James —protestó ella tendiéndole la mano para que le diera la llave que acababa de tomar.

No sé dejó intimidar por el tono autoritario y lanzó la llave sobre la cama. Los ojos de Violet se desplazaron por las sábanas revueltas, al observar a su marido de nuevo se dio cuenta de que la estaba desafiando a cogerla.

—No tiene gracia.

Pero como si eso no fuera cierto James le dedicó una sonrisa ladeada.

—Yo creo que es mejor hablar ahora.

Ella suspiró e intentó no huir cuando James la tomó por los hombros.

—Ahora, Violet —Había cierto tono de urgencia en su voz—. No quiero más malos entendidos entre nosotros.

Escuchó como su esposa suspiraba.

—Acabo de arrancarle un mechón de pelo a tu antigua amante, y aún lo tengo en la mano —la alzó, y le enseñó un número considerable de cabellos que se le habían pegado a la palma de la mano.

James tragó saliva.

—Recuérdame que no me meta contigo.

—Entonces no lo hagas y déjame volver a mi habitación.

Él la soltó, pero le hizo una pregunta antes de que se volviera.

—¿En verdad crees que podrás dormir esta noche sin aclarar lo que acaba de pasar?

—¿Tanto te cuesta entender que tu esposa no está de humor para hablar contigo ahora?

Muy a su pesar, James rio.

—Un poco, la verdad. Pensé que querrías jactarte del espectáculo que has protagonizado.

—¡James! —Violet alzó la mano y le golpeó el dorso de la mano, molesta por lo que sin duda creía que era una burla.

—Ha sido todo un espectáculo.

Eso solo hizo que ella resoplara y, ofendida, abriera la puerta de un tirón.

—No, Violet. —Pero ella ya había cruzado a su recámara y como iba siendo habitual, le cerró la puerta en las narices.

—¡Violet! —le gritó— ¿No crees que esto es muy infantil?

Ella no respondió y James se limitó a golpear la puerta de manera insistente, aunque usando solo los nudillos.

—Abre.

—¡No!

—Abre —insistió.

No hubo respuesta por parte de ella y los golpes cesaron.

Cuando todo quedó en silencio Violet, que estaba cruzada de brazos en el centro de su propia alcoba, se sintió algo contrariada por lo fácil que había sido convencer a su esposo.

Con los oídos bien abiertos, se acercó un paso y luego otro hasta poner la oreja en la puerta. Tardó en darse cuenta de que los pasos de su esposo se alejaban de donde ella estaba escuchando.

Al oír la puerta del pasillo abrirse, Violet se precipitó hacia la suya propia y cerró con llave. El muy bellaco había intentado entrar por la puerta del pasillo.

—¡Violet! —Esta vez la puerta tembló ante el enfado de James—. He dicho que abras.

—¡No!

Se escuchó un gruñido.

—Yo podría recordarte que eres mi esposa.

Violet boqueó como un pez y se echó a reír.

—A buenas horas te acordarías —dijo, mordaz.

Cuando James replicó, el tono de voz volvió a aumentar.

—No me has dado muchos motivos para querer estar casado contigo.

Serás… apretó los puños y se acercó un paso a la puerta desafiante, como si él pudiera verla.

—¡Tú tampoco! —le gritó, indignada.

—Ah, ¿no? ¿No estás contenta con mi casa y mi dinero?

—Estaría más contenta siendo pobre con un marido que no me restregara a su amante por la cara.

—¡Ya ha quedado claro que no es mi amante!

—Y yo te he dejado claro que me importa un bledo tu dinero, y en cuanto a esta casa…

—Sí, sí, lo sé. No nos repitamos, ¿quieres?

—Solo te repetiré esto, ¡lárgate James!

Solo se escuchó silencio durante largos segundos. Pero James no se había ido.

—¿Podrías ser generosa y abrir esta puerta para que podamos hablar y quizás limar asperezas? —El tono dulce con que su marido habló le hizo alzar las cejas.

Instintivamente dio un paso atrás cuando sintió miedo de sí misma, al recordar los labios de James, plenos y perfectos.

Tragó saliva. No se podía creer que sus pensamientos siguieran por esos derroteros.

—Ni en broma.

—Violet —su nombre sonó a advertencia.

—Si decide arriesgarse a entrar —dijo, en tono burlón y solemne—, recuerde que tengo un arma cargada y que podría confundirle con un ladrón.

La mandíbula de James por poco se descuelga.

—¿Me… me estás amenazando?

—¿A usted? Un héroe de guerra, mi marido… No, no. No se inquiete. Solo le digo lo que podría pasar.

—Eres…

Violet dio un grito cuando, por el estruendo, se percató de que el cuerpo de James acababa de estamparse contra la puerta.

—¡James!

Se llevó las manos a las mejillas. Oh. Dios, ¿se había lanzado contra la puerta?

—¿Qué haces idiota? Podrías hacerte mucho daño —dijo al escuchar el segundo impacto.

Al tercero intento esta se abrió, golpeando la pared con fuerza.

El espectáculo hizo que Violet se llevara las manos a la boca para no gritar. Se había roto el cierre y cuando James entró y después cerró con el pie, el pomo de latón cayó al suelo.

—¿Qué haces? —dijo, retrocediendo un paso.

—Solo quiero hablar.

Él se quedó plantado donde estaba, en el centro de estancia. Sus ojos estaban fijos en ella, y brillaban como los de un depredador.

—¿No aceptas un no por respuesta? —le preguntó, con los brazos en jarras, fingiendo tener una valentía que no sentía. ¿Cómo ser valiente, si sus iris habían variado de tono y ahora eran azul marino?

—Dime que vas a poder dormir sin que aclaremos esto.

A pesar del ceño fruncido, el silencio le decía claramente que él tenía razón. No podrían dormir, ninguno de los dos podría.

Y, aun así, cuando lo vio avanzar ella, retrocedió hasta que su espalda quedó contra la pared de papel pintado.

James se acercó tanto que notó su cálido aliento contra la mejilla.

Se quedaron en silencio, mirándose.

El brazo de James reposaba junto a la cabeza de Violet y estaba tan cerca que a pesar de la escasa luz podía ver el color de sus ojos y aquellas motitas que los salpicaban. Siempre le parecieron tan fascinantes…

—¿En qué estás pensando?

Ella tragó saliva.

—Creo que todo ha sido un error. —mintió.

Nerviosa, Violet volvió a intentar huir, pero él no se lo permitió. La tomó de la cintura y la alzó sin miramientos rumbo a la cama.

—James… —protestó ella, rodeando su fuerte cuello para mantener el equilibrio, aunque no hacía ninguna falta, pues su esposo era fuerte y no la habría dejado caer.

—No, espera. —Envolviéndola entre sus brazos, hizo que cuando él tomó asiento a los pies de la cama, ella se sentara sobre sus rodillas—. Vamos a hablar. Ya no quiero más malentendidos entre nosotros.

—¿Y crees que todo es un malentendido?

—Maggie no es mi amante.

Violet resopló y dejó de forcejear. Miraba hacia la pared y sentía el aliento de su esposo en la nuca.

—Bien, eso me ha quedado claro. Pobre Edgard, no entiendo como un hombre tan bueno y gentil…

James carraspeó.

—¿Podemos no hablar de Edgard?

Ella entrecerró los ojos.

—¿Podemos no hablar de Maggie?

—Está bien —asintió James—, pero no puedes culparme de que ella…

Violet cerró los ojos y respiró con fuerza.

—¿De que asaltara tu alcoba y se metiera en tu cama?

—No habría asaltado nada si tú hubieses estado en ella.

—¡Ja! ¿Ahora la culpa es mía? —giró la cabeza y lo fulminó con la mirada—No te atrevas, James Alexander Phillips, a echarme la culpa a mí de eso.

El mayor tuvo el buen tino de permanecer en silencio.

Era la primera vez que decía su nombre completo y aunque agradable, también le daba algo de miedo. Estaba enfadada.

—Esto ha sido una locura —dijo Violet intentando levantarse de su regazo sin conseguirlo—. No deberías haber venido. Lo has

hecho solo para atormentarme y restregarme por la cara…

—¿Que? —James, apoyó la frente contra su espalda—, que sigo vivo, que inconscientemente quería verte, que quería… —hizo una breve pausa—. Ni siquiera yo sé qué quería, Violet, pero no soy tan mezquino como piensas.

Esas palabras hicieron que Violet respirara de nuevo y se maldijera por ser tan débil.

En silencio, se relajó en sus brazos.

—No quiero a esa mujer en mi casa —dijo en un tono calmo —. Ese fue tu primer error, James. Traerla. Me faltaste al respeto porque, aunque ya no sea tu amante, lo fue. Y, aunque no me ames, al menos deberías respetarme.

—Se marcharán mañana —dijo James.

Se quedó en silencio unos momentos, pensando en lo que le acababa de decirle Violet. Su esposa no comprendía que no siempre vio a Maggie como a su amante, era su amiga, pero… tenía razón, entendía por qué le costaba tanto aceptar eso.

Por su parte, Violet no quería hacer la pregunta que rondaba por su cabeza, pero no tenía otro remedio, necesitaba saber a qué atenerse.

—¿Y tú? —rompió el silencio— ¿Vas a marcharte?

La nariz de James se desplazó por su hombro, por la parte sensible de su cuello y suspiró.

—¿Crees que después de lo que pasó en la abadía puedo alejarme de ti?

Ella pensó que solo era deseo, pero ¿acaso ella no lo deseaba también? Quizás no hubiera amor, era imposible que estuviera enamorada del ogro insensible que siempre había considerado su marido, pero… Lo miró de reojo y se dejó abrazar con más ternura que deseo. Las manos eran tan suaves cuando acariciaron su cintura y sus labios se sentían tan cálidos contra su cuello… quizás podría acostumbrarse a aquello.

—No puede volver a pasar —jadeó Violet.

No le convenía poner en riesgo su corazón, pero James se lo iba a poner muy difícil.

—¿El qué? —preguntó él, con inocencia—, ¿esto?

James la tomó por las caderas y sin poder remediarlo se inclinó para que sus labios hambrientos tomaran su boca.

Violet recibió sus labios, como si nada que existiera en el mundo deseara más.

Gimió contra ellos, en el instante en que sintió las manos de su esposo, subir con delicadeza por su piel, adentrándose por la suave seda de su camisola, la cual iba alzando mientras ascendían sus caricias.

—No —gimió ella.

—¿No? —preguntó sin poder enfocar la vista.

—Me refiero a que Maggie vuelva a esta casa, me refiero a que vuelvas a abandonarme —Le tomó el rostro entre las manos—. No puede volver a pasar.

James asintió.

Sabía que significaba aquello. Le daba una única oportunidad. Una sola.

Él no iba a desaprovecharla.

—No volveré a dejarte, te lo prometo.

Le sonrió con ternura y él le correspondió con creces.

Siguió acariciando sus curvas, zambulléndose en el deseo que siempre se despertaba como una fiera hambrienta entre los dos.

Cuando James alcanzó sus pechos, llenos y turgentes, los masajeó haciéndola gemir. Pellizcó sus pezones, provocando que Violet abriera la boca y profiriera un hondo suspiro.

James sonrió satisfecho, esta vez hundiendo la cara en su melena. Con la nariz se la apartó ligeramente hasta descubrir la piel de la parte trasera de su cuello, la cual besó, lamió y mordisqueó, haciendo que se erizara el vello de su nuca.

Podía sentir la agitada respiración de su esposa contra su boca, como sus hermosos senos se movían rápidamente y temblaban, cada vez que inflaba el pecho de aire.

Los abandonó, para descubrir nuevos horizontes.

La tendió en la cama dispuesto a darles un festín a sus sentidos.

Acarició su vientre con el dedo índice, rodeó el ombligo y llegó a la cresta suave y rizada, que custodiaba su humedad.

Violet abrió las piernas de forma inconsciente, y la mano izquierda de James regresó a su pecho y lo apretó, mientras la otra mano se abría paso hacia su centro caliente y mojado. Separó los labios inferiores y pellizcó el clítoris con el índice y el pulgar, al mismo tiempo que hacía exactamente lo mismo con el pezón de su seno izquierdo.

Violet echó la cabeza hacia atrás, estirando el cuello.

—¿Te gusta?

Ella no pudo contestar más que con un simple jadeo.

Le gustaba, pensó James, sonriendo lleno de triunfo, pue son había nada mejor que dar placer a la mujer de la que uno estaba…

Sacudió la cabeza y reptó por el cuerpo de Violet.

No, era demasiado pronto. Solo era deseo, ternura quizás, algo de admiración por el endiablado carácter que Violet mostraba a veces. Pero, ¿amor? No estaba preparado para pensar en aquella palabra.

James capturó sus labios.

Las lenguas lucharon la una con la otra, entre suspiros y gemidos, que se convirtieron en un grito cuando dos dedos de su esposo se adentraron en su sexo.

Violet se revolvió frenética y fue capaz de incorporarse. Agarró los brazos de James y lo empujó hasta sentarse a horcajadas sobre él.

Su marido la miró confuso, pero no protestó cuando fue ella quien volvió a besarle con frenesí.

Violet empezó a danzar, sentada sobre él, se movía al ritmo del placer que él le daba, como una experta bailarina de danza oriental. Podía notar la dureza de su centro en el pulgar y como sus suaves y húmedas paredes se contraían, estrangulando sus dedos a un ritmo vertiginoso.

Sabía que estaba a punto de alcanzar el éxtasis, pero quería darle el mayor placer posible, sabiendo que, esta vez, lo obtendría de otra manera.

Su bata se había desatado con los movimientos de Violet, y James se deshizo del resto en un rápido movimiento con los hombros. Entonces, asió a Violet por los glúteos y la instó a alzarse

ligeramente, lo suficiente como para que su virilidad quedara justo donde él quería.

—Déjame guiarte —dijo con la voz ronca.

La hizo sentarse nuevamente sobre él y oyó un hondo grito, escapando de su garganta.

—¡Ahhh!

Violet abrió mucho los ojos. Tan concentrada había estado en las caricias de James, que no se había dado cuenta de qué se proponía cuando la instó a alzar las caderas.

Cuando se sentó sobre él, notó su grueso miembro adentrándose en su carne, abriendo sus pliegues y llenándola por entero. Pero los dedos mágicos que acariciaban ese punto encendido no se habían apartado de ella. Apretó los puños y cerró los ojos con fuerza.

Instantes después, mordió el lóbulo de su oreja, para después susurrarle al oído.

—Me vuelves loco, Violet.

Empezó a mover las caderas, para adentrarse en ella más y más profundamente.

—Oh, James.

Escucharla gemir su nombre mientras sus cuerpos estaban unidos le daba un placer que jamás creyó posible.

Los pequeños gritos y gemidos lo hacían enloquecer por momentos. Su clítoris estaba a cada momento más duro y las paredes de su sexo se contraían y expandían más y más rápido.

No tardó en sentir su orgasmo.

Violet se agarró a sus hombros, clavándole las uñas. No importaba, solo sentía la felicidad de tenerla por entero, suya, gritó una voz en su mente.

James le clavó los dedos en las caderas con más fuerza. El placere fue tan intenso que él mismo arqueó la espalda y gritó el nombre de ella.

Su esposa se derrumbó sobre él, besando la comisura de sus labios mientras su sexo aún palpitaba por el placer compartido.

Jadeantes y sudorosos, se quedaron quietos.

Las manos de James seguían acariciando la piel caliente de su esposa. En silencio los dos, disfrutando de cada roce, de cada silencio, de cada caricia.

Hasta que él, en un suave movimiento la tumbó a su lado. La miró bajo la luz de la única vela que quedaba encendida en la habitación. Bebió de su imagen, acariciada por la tibia luz dorada.

Tan preciosa, tan delicada, y tan fogosa al mismo tiempo.

Esa era su esposa, y hasta ese momento no se había dado cuenta de lo maravillosa que era.

Violet quedó frente a él, que la miraba, acariciándola con los ojos.

Le apartó un mechón rojizo de la frente, que se había quedado pegado a su piel por el sudor, y con los dedos trazó una línea que surcó su mejilla, reconociendo cada pequeña arruguita, cada peca… abriendo sus labios con los dedos.

Sin mediar palabra, acercó el rostro al de ella y la besó.

Una vez más, el fuego se desató en un incendio imparable.

Violet rodeó el cuello de su esposo con los brazos, mientras él disfrutaba del calor que le brindaba estar entre sus piernas.

Cuando la cubrió con la inmensidad de su cuerpo, y se hundió de nuevo en su interior, la acompañó, entre besos, caricias y palabras dulces, hasta un segundo éxtasis.

Horas después, somnolientos y saciados, James aún jugueteaba con los mechones rojizos de su esposa y ella gozaba del calor de tener sus piernas enredadas entre las suyas.

Ni en sus mejores sueños se había imaginado que semejante desenlace podría suceder.

—James…

El gimió con los ojos cerrados, dejando que la voz de Violet lo rescatara del sueño.

—¿Sí?

—¿Crees que de verdad podremos ser felices?

La besó en la frente y la abrazó con fuerza.

Iba a responder, y Violet en verdad quería escuchar su respuesta. Pero ambos se quedaron dormidos antes de que eso sucediera.

Capítulo 38

A la mañana siguiente, el ambiente en el desayuno fue tenso, pero no del todo incómodo. Tomas y John anunciaron que debían marcharse ese mismo día. Violet no creía que hubiera tenido tiempo de hablar con ellos, pero la verdad es que por la mirada de Edgard sabía que había sido su vecino quien los había invitado marcharse de la propiedad.

—Unos días más en mi casa para poder cazar creo que será lo mejor.

Maggie estaba roja de ira, pero por algún motivo decidió que era mejor guardar silencio, al menos delante de Violet. Por supuesto, ella y Rose Mary se marchaban con ellos.

James no.

Violet untó un poco de mantequilla en el pan y no fue capaz de dejar de sonreír.

—Ha sido maravilloso hospedarse en su casa —dijo Tomas.

—Un placer que esperamos poder repetir —John la miró con afecto, no parecía haber dobleces en sus palabras. Quizás no fueran muy conscientes del drama que la noche anterior habían protagonizado los señores de la casa y sus otros dos amigos.

Violet asintió y les dedicó unas palabras corteses.

Cuando miró a Maggie de reojo, sentada junto a Edgard, la vio lejos de estar agradecida. Estaba triste y enfadada. Cómo no estarlo si la alejaban de su juguete preferido.

Violet no sintió ninguna compasión por ella. De hecho se sintió perversa al pensar en comentarios crueles que únicamente pronunció en su mente. Miró a James, y sus ojos azules cayeron sobre ella de inmediato, como si su mirada lo atrajera como un imán.

Acalorada, fue Violet quien rompió el contacto y empezó a comer en silencio.

Después de lo que habían estado haciendo toda la noche, a Violet se le sonrojaban las mejillas con solo notar su presencia. Jamás pensó que su esposo pudiera ser tan tierno y salvaje a la vez. Se había estado perdiendo muchas cosas, quizás lo mejor del matrimonio.

Cuando todos terminaron de desayunar, dieron unas últimas instrucciones para que bajaran los equipajes y, en ese momento, Edgard la llamó para dedicarle unas palabras.

—¿Señora Phillips? —Violet se volvió hacia él—. Me gustaría hablar con usted un minuto.

Con un asentimiento y un gesto de la mano, Violet le indicó que entraran en el pequeño salón donde tendrían más privacidad para hablar.

—Usted dirá.

—Quería disculparme por mi comportamiento de ayer, yo…

—Si es por eso, no te disculpes —le dijo con total confianza—. No hay nada que disculpar. Creo que soy yo quien debe pedirte perdón, o más bien mi marido y la señora Hopkins. Su actitud fue lamentable.

Edgard hizo una mueca de disgusto.

—Coincido —dijo suspirando—. En verdad fue bochornoso y no se volverá a repetir.

—Ya le digo yo que no —se echó a reír Violet—. Mis nervios no lo soportarían. Fue un espectáculo bochornoso.

—Lo fue —Edgard le devolvió la sonrisa—, pero si sirvió para aclarar las cosas…

Dejó caer las palabras entre ambos para que ella las tomara o las dejara pasar.

—Sirvió de mucho —Violet agachó la cabeza algo azorada, pero se acercó un paso para hacerle una confidencia—. Mi esposo ha decidido quedarse… una temporada. —Acabó la frase sin tener idea de si eso era cierto o no.

No sabía cuanto futuro tendría su relación, o si al poco se aburriría de ella y volvería a Londres, pero lo cierto…

—Lo cierto es que hemos decidido intentarlo.

Edgard tomó las manos enguantadas de Violet y se las apretó con afecto.

—Me alegra mucho escuchar eso.

—Sé de boca de mi esposo que usted insistió en que el nuestro no era un matrimonio abocado al fracaso. Quizás sus palabras le inspiraron para quedarse, y para… no sé, darnos una oportunidad. Se lo agradezco.

—James es un cabezota y a veces su orgullo puede hacerle parecer un desalmado, pero si de algo estoy seguro es que sabe el valor que tienen las cosas y las personas. Y usted, querida mía, es una mujer de un valor incalculable.

Sus ojos azules de color aguamarina la miraron como si en verdad creyera que era una mujer a tener muy en cuenta.

Violet soltó una risita, visiblemente emocionada por sus palabras.

—Muchas gracias, Edgard. Me gustaría contarle entre mis amigos, si no le importa. Siempre será bienvenido en esta casa.

No hacía falta que esperara su visita, aunque la esperaba sin su acompañante habitual.

—Claro que sí, querida Violet. Extiendo mi invitación. Le gustará mi casa, aún se nota la mano delicada de mi madre.

Violet lo miró algo azorada. No quería rechazar su ofrecimiento, pero era imposible que fuera mientras Maggie estuviera viviendo con él.

—Si piensa en la señora Hopkins, me temo que va a abandonarme pronto. Unos amigos la han invitado para pasar unas semanas en su finca.

Ella asintió como si después de esa confesión aceptara visitarle, aunque en realidad le estaba diciendo que se alegraba mucho de que se apartara de esa mujer.

Con la elegancia que le caracterizaba, Edgard le ofreció el brazo para salir al recibidor a despedirse de sus invitados.

No vieron a nadie.

Les faltó tiempo para darse cuenta de lo que estaba pasando. Las voces que se escuchaban procedían del salón con ambas puertas abiertas.

Quien gritaba más era la voz femenina.

—No puedo creer que te hayas dejado manipular así, James.

Maggie tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no por la pena, era más que evidente que era de pura rabia.

Violet y Edgard se quedaron a la entrada del salón y aunque su presencia fue notoria, no tenían intención de dejar de hablar.

Violet pudo notar la tensión de Edgard a su lado.

No se atrevió a decir nada, y él tampoco intervino.

—Este juego se ha acabado —dijo James, severo—, tienes que entenderlo.

—¿Que entienda que quieres hacer de buen esposo y apartarme de tu vida solo porque tu mujer no me soporta?

Fue evidente que Maggie sabía que estaba allí porque la fulminó con la mirada. Violet simplemente se limitó a elevar una ceja.

—¿Vas a olvidarte de todo lo que hemos vivido?

James intentó rehuir sus manos, que lo agarraron por los antebrazos.

—Maggie, por favor. Es solo que no puedes volver aquí.

—¿Entonces volveremos a vernos? —preguntó con esperanza. Pero James no pudo asegurárselo, no mientras Violet estaba allí, mirándolo, pendiente de sus palabras.

—Siempre seremos amigos. Me tendrás si me necesitas.

Aunque Violet se tensó visiblemente molesta, Maggie no se lo tomó como un triunfo, más bien como una despedida.

—¿Te olvidas de lo que te hizo? —le espetó, alejándose de él. —Esa mujer te engañó para que te casaras con ella, y luego está lo del abogado, David…

—¡Basta!

James se apartó aún más de ella y Edgard se adelantó hasta quedar a un brazo de distancia de su amante, no para defenderla, sino para llevársela de allí.

—Es mejor que nos vayamos, Maggie.

Sintiéndose traicionada los miró a ambos como si los odiara y Violet se quedó allí plantada, intentando averiguar qué iba a decirle Maggie sobre el señor Corbet.

—Maggie, es hora de que te marches —dijo James—, por el afecto que te tengo, espero de corazón que logres ser feliz.

—Te arrepentirás de esto, ella no te quiere, solo está contigo por tu dinero. —Maggie fulminó a Violet con la mirada—. Cuando ella te destroce, piensa en volver con los amigos que siempre te quisieron. —se dio la vuelta y lo encaró—. Yo siempre estuve allí James. Siempre estuve a tu lado como la amiga que soy, no me merezco que me trates así.

No dijo nada.

O había más que decir.

Sin disimular su rabia, giró sobre sus talones y salió al exterior, donde les esperaba el carruaje.

Los demás invitados aparecieron al minuto, Violet sospechaba que habían estado viendo todo lo que ocurría desde lo alto de la escalera, pero a diferencia de Maggie, todos la miraron con cariño y le dieron sus buenos deseos, esperando verla pronto.

Salieron al exterior para despedirse de ellos y cuando los carruajes enfilaron el camino principal, protegidos por la sombra de los árboles, James se acercó a ella.

Su mano rozó la suya y entrelazaron los dedos.

—Ahora que estamos solos —dijo él—, ¿qué hacen los matrimonios?

La miró con una sonrisa pícara en la cara y ella se echó a reír.

—No lo sé. Nunca he tenido a mi marido cerca para llevar una vida conyugal satisfactoria.

Él alzó una ceja.

—Yo creo sinceramente que podría darte una vida conyugal más que satisfactoria.

La acercó a él y se inclinó para besarle los labios.

Por supuesto Violet no se resistió.

—Démonos una oportunidad, Violet.

Violet parpadeó, cosiendo su mirada a la suya.

—¿Una oportunidad de ser felices?

Él la besó con más intensidad, hasta que finalmente aseguró:

—Una oportunidad para ser muy felices.

Epílogo

Con el paso de los días se estableció una cotidianidad agradable. Al quedarse a solas, sin comentarios maliciosos, ni malintencionados de ciertas personas, el agua volvió a su cauce. No había peleas, ni reproches y sí mucho tiempo compartido, forjando una confianza que debería ser la base para su matrimonio.

Cada mañana salían juntos a cabalgar, visitaban el pueblo y a sus arrendatarios, discutían lo que era mejor para la finca y también hablaban del futuro.

James no se había retirado. Era consciente de que pronto le asignarían un nuevo emplazamiento, donde formar a sus hombres, y deseaba que fura muy cerca de allí para no tener que abandonar la Evergreen por mucho tiempo. Violet ya había decidido que iría con él y así se lo dijo. James se limitó a asentir, aunque el hecho de que ella no viera impedimento en seguirle lo hizo secretamente feliz.

El paso de las semanas no hizo más que acercar a la pareja.

Cada uno descubría cosas sobre el otro, algunas se intuían, otras fue un placer para ambos descubrirlas.

Durante aquella mañana de finales de otoño en la biblioteca, donde Violet aún conservaba su escritorio, James la hizo acercarse al libro de cuentas.

—¿Vas a regañarme otra vez?

—No estaba en mis planes —dijo él, con una sonrisa ladeada.

La tomó de la cintura y la acomodó en su regazo con el libro de cuentas abierto frente a ellos. Violet aún se sonrojaba por los gestos de cariño de su esposo, pero enseguida se tranquilizaba al ver que no había nadie presente quien pudiera reprochar su comportamiento, más propio de un joven matrimonio enamorado que no de uno que llevaba siete años de existencia.

—He conseguido un administrador.

Violet se volvió hacia él mirándolo como si la hubiera traicionado.

La abrazó con más fuerza al ver que quería levantarse de su regazo.

—¿No lo hago bien? —preguntó muy molesta.

—Todo lo haces bien.

La sonrisa de James hizo que, lejos de tranquilizarse, lo mirara con absoluta desconfianza. Entrecerró los ojos y eso solo sirvió para que él se riera con fuerza. Le besó un hombro y ella apretó los labios sin creerse nada.

—No te enfades. La propiedad es grande y ahora que estoy aquí…

—Pues ahora que estás aquí, podríamos encargarnos los dos…

—Quiero utilizar mi tiempo para otras cosas —las manos de James la acariciaron sobre la suave tela de su vestido y ella bufó resignada.

—Así que no vas a encargarte tú, ni quieres que me encargue yo.

—Lo supervisaré —dijo James, suspirando—, pero prefiero solo revisar a tener que hacer todo el trabajo.

—Puedo hacerlo yo.

—También puedes revisarlo, e incluso llevar las cuentas de la casa, pero no quiero que el trabajo te quite tiempo para otras coas.

Supo que lo había vuelto a malinterpretar cuando los ojos verdes de Violet prendieron como dos antorchas.

—¿Cómo bordar?

Él hizo una mueca mientras su esposa fruncía el ceño.

—Bueno…

—No hables, James. Solo lo estás empeorando.

—Pero…

—Jamás cambiarás tu opinión sobre las mujeres. Pero en eso te equivocas, tenemos la cabeza para algo más que para llevar sombreros. Somos muy válidas, ¿sabes?

Pareció rendirse al echarse hacia atrás y apoyar la espalda en el respaldo de la silla.

—Dejémoslo, en realidad solo te estaba informando y quería saber qué significaban algunas cosas.

—¿Cómo cuáles? —No se levantó del regazo de su marido, pero se cruzó de brazos, mostrando su enfurruñamiento.

—Háblame de estas cuentas —le señaló con el dedo una columna del libro.

—No sé qué quieres que te diga, creo que está bastante bien explicado. —Ahora era ella quien golpeó el libro con el dedo índice—. Columna para ingresos, columna para gastos…

—Maldita sea, sé cómo funciona un maldito libro de cuentas —gruñó exasperado, sabiendo que se había acabado el buen ambiente entre ambos.

Violet se encogió de hombros.

—Lo lamento, como pareces tan predispuesto a encontrar errores en mi administración, que pensé que debería empezar por lo básico.

James revisó en silencio durante unos minutos el libro. Uno impecable, maldita fuera. ¿Desde cuándo a las mujeres se les daban tan bien esas cosas?

Miró a Violet un par de veces mientras veía que no había ningún gasto superfluo. Sí, algunos vestidos, pero no había comprado joyas. Y por los pendientes y el collar sencillo que lucía, podía ver que no era nada ostentosa. De hecho, era probable que los hubiera heredado.

Al ver que la miraba, se llevó una mano a la cadena de oro y carraspeó.

—Un regalo de tu madre.

—Ya. —No dijo más.

Charlotte siempre fue muy generosa, así que dudaba que solo le hubiera regalado un simple colgante.

Cerró el libro con fuerza.

—No veo… —Se dio cuenta que su esposa sonreía y alzaba una ceja dispuesta a recibir un cumplido. Entonces él se mordió la lengua—. Parece todo en orden, pero aun así…

Violet se levantó con los labios apretados y James volvió a tomarla de las caderas, pero ella no quiso sentarse, por lo que fue tras ella unos pasos y la alzó hasta sentarla sobre la mesa.

—¡James! ¿Qué quieres? —dijo enfadada.

—¿Vas a estar de morros todo el día?

—¿Se acabará el mundo por decirle un cumplido a tu mujer?

—Te digo muchos cumplidos —la miró contrito—. Te digo lo hermosa que eres y…

—Ya —ella resopló. Como si las cualidades de una mujer solo pudieran ser la belleza.

—Necesitaremos a alguien que se ocupe de los arrendatarios.

A Violet no le gustaba como la había mirado, como si fura tonta.

—¿Y para qué exactamente?

—¿Crees que las verjas no se caen, o que los techos no necesitan reparaciones o…?

Ofendida, apretó el puño para no sucumbir al impulso de golpearle en el hombro.

—Sé perfectamente que eso ocurre y, de hecho, ha ocurrido. Simplemente no veo qué problema hay en que vengan a contarnos sus problemas, o esperen a decírmelo el domingo.

—El domingo —la miró extrañada.

—Sí, suele suceder, que hay una iglesia, de la que formamos parte, que los domingos dan misa, un sacerdote —le explicó como si fuera un niño de cinco años—. Ya sabes, esos señores que dan sermones y van vestidos…

La tomó de los hombros y la atrajo hacia sí.

Sus labios chocaron contra los de ella. Estaba destinado a ser un beso rápido, solo para hacerla callar, pero se vio zambullido en el gran problema de no separarse a tiempo. Su esposa lo embrujaba y cuando sus labios se tocaban, olvidaba qué estaba diciendo y todo pensamiento coherente abandonaba su mente para dejarla en blanco, o solo pensando en lo que era realmente importante: ella.

Se separó, frustrado.

Era como un joven imberbe sin experiencia.

—No agotes mi paciencia, Violet.

Ella abrió la boca sorprendida.

—¿Se puede saber de qué me acusas?

—Tú… tú no me dejas pensar.

Ella rio divertida.

—¿Eso hago?

Mientras la miraba a los ojos, un gruñido salió de su garganta y se acercó de nuevo al tiempo que ella se inclinaba hacia atrás, todavía sobre la mesa. Alzó una mano y la pegó al pecho de James, que se detuvo de inmediato.

—Puedes contratar a un administrador —dijo Violet finalmente, esperando que eso lo contentara.

De hecho, eso la libraría de un buen trabajo. Si ella misma no había conseguido a otro era porque no tenía los recursos suficientes, pero estaba claro que James pensaba hacerse cargo del sueldo de su empleado.

—¿De veras?

—Pero…

—Oh, Violet —se quejó James—, siempre hay un pero.

—No obstante, seguiré dando mi opinión.

—Ya veo —bufó James que no esperaba menos.

—Pero eso no quiere decir que nuestros arrendatarios no puedan contarnos sus problemas.

James enarcó una ceja.

—¿Quieres decirme que deseas que sigan contándote sus preocupaciones cada domingo?

Ella se encogió de hombros.

—Más o menos.

Se miraron largos segundos a los ojos, hasta que James volvió a olvidarse de por qué estaban discutiendo. Solo podía pensar en que su esposa estaba realmente hermosa con el sol de la mañana iluminándola y arrancando destellos rojizos de su hermoso cabello.

Se inclinó para besarla, y al escuchar unos golpes en la puerta, Violet se echó hacia atrás, azorada.

—Aparta —susurró con apremió.

—Un momento —gritó James, seguramente al mayordomo o al ama de llaves.

James no la dejó marcharse.

—¿Por qué? —preguntó Violet, sorprendida.

—Porque quiero besarte —susurró contra su boca y el beso se volvió exigente, hasta que Violet definitivamente se inclinó hacia atrás mientras lo empujaba con fuerza.

Rodó sobre la superficie de la mesa y casi se cae de bruces, por suerte James volvió a sujetarla con destreza.

Se alisó el vestido y se alejó de él, poniendo el escritorio entre los dos.

—¡Adelante! —gritó Violet, antes de que James pudiera alcanzarla.

El ama de llaves entró en la biblioteca con una sonrisa que demostraba que ella también había sido joven un día y que sabía exactamente lo que estaban haciendo. Si no lo hubiera deducido, se habría dado cuenta cuando el rostro de Violet se volvió del color de la grana.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarla?

—Señora… me dijo que la avisara cuando llegaran las viandas y organizaríamos los menús.

—Por supuesto —contestó demasiado rápido, pasándose una mano por el pelo para que todo quedara en su lugar y mirando de reojo y con bastante mala cara a su esposo, quien sonreía como un gato que acaba de comerse un ratón—. Vamos.

—Pero no hemos terminado —se quejó James.

—Ya lo creo que sí.

Violet cerró la puerta tras de sí, y James se quedó solo con una sonrisa dibujada en la cara y sin poder quitarla de ahí.

¿Quién hubiera dicho que estar casado con su esposa sería tan entretenido?

No solo era una mujer bella e inteligente, sino que hacía que todos los que estaban a su alrededor se sintieran bien. Él se sentía bien y hacía mucho tiempo que no lo hacía. Casi había olvidado lo que era sentirse normal.

Se sentó en la silla tras el escritorio y cerró el libro que habían estado consultado y que no pensaba volver a abrir. Estiró de la manecilla anacarada del cajón y metió el libro dentro, pero solo para darse cuenta de que había cierta correspondencia en su interior.

Frunció el ceño al ver un nombre familiar en el remitente de una carta.

Tragó saliva, congelándose en el tiempo.

David Corbet.

James no se había dado cuenta de que había dejado de respirar hasta que necesitó tomar aire.

David Corbet.

Se recordó que aquello no tenía por qué significar nada. Y se lo siguió diciendo como un mantra hasta casi convencerse, casi.

Como su abogado era normal que se escribieran, pero… Violet no tenía demasiado que decirle a su abogado si todo había quedado más que claro en el testamento de su madre. ¿Y por qué la carta estaba fechada de ese mismo verano?

Reconoció esa quemazón en el vientre como celos y ese monstruo de ojos verdes fue quien lo llevó a abrir una carta que desde luego no iba dirigida a él.

Las palabras bailaron ante sus ojos.

Querida Violet.

Apretó los dientes al darse cuenta con que familiaridad ese cretino trataba a su esposa. Las dudas lo asaltaron, ¿sería posible que Maggie tuviera razón? ¿Sería Corbet o en algún momento fue el amante de su esposa?

Cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos para terminar de leer la carta, se dijo que no solo era personal, sino que también estaba concebida para darle a su esposa una información muy importante que ella había pedido.

Sobre la información que me solicitabas acerca de como terminar tu matrimonio…

James se sintió mareado al estrellar el puño sobre la mesa. Cerró los ojos para calmarse, pero al volver a abrirlos, la palabra seguía ahí y lo golpeó con tal fuerza que hizo que todo su cuerpo se tensara y rugiera de rabia.

Divorcio.

NOTA DE LA AUTORA

¿Os imaginabais que la historia de James y Violet empezó así? La pobre Violet ya confesó a nuestra indomable señorita Belford que había engañado a su esposo tendiéndole una trampa para que se casara con ella, pero con el buen corazón de Violet todo tuvo que tener un motivo. Quería salvar a su familia y estaba convencida de que podrían enamorarse y vivir felices, y aún pueden, solo que James tiene que rebajar su temperamento, algo que sabéis que no hará y mucho menos después de lo que le espera en Waterloo.

Por supuesto sabíamos por las otras entregas que este matrimonio había tenido sus momentos buenos y sus momentos malos, quienes habéis seguido la saga sabéis que aún falta lo peor y lo mejor. Pero… ¿qué os ha parecido este aperitivo?

Espero que sigáis disfrutando de esta pareja, os prometo que en nada estará disponible el desenlace. Un desenlace que os traerán nuevos y viejos personajes. ¿No echáis ninguno de menos? Seguro que, a Alana y a Daemon, sí, o quizás a descubramos más cosas sobre Sophie y el bueno del señor Edgard Hawke.

Gracias por leerme mis Brillis.

No olvidéis comentar qué os parece la novela en mis redes sociales o en Amazon.

¡Os quiero!

Querido lector, permíteme invitarte a seguirme en mi página de Amazon, donde podrás estar al corriente de todas mis novedades y descubrir otras de mis novelas.

Kate Bristol, en Amazon

Y si deseas pasar un buen rato te animo a que te adentres en el maravilloso mundo del brilli-brilli, una comunidad de amigas maravillosas, en Facebook.

Las Chicas Brilli-brilli de la Juani.

Con cariño,

Kate Bristol